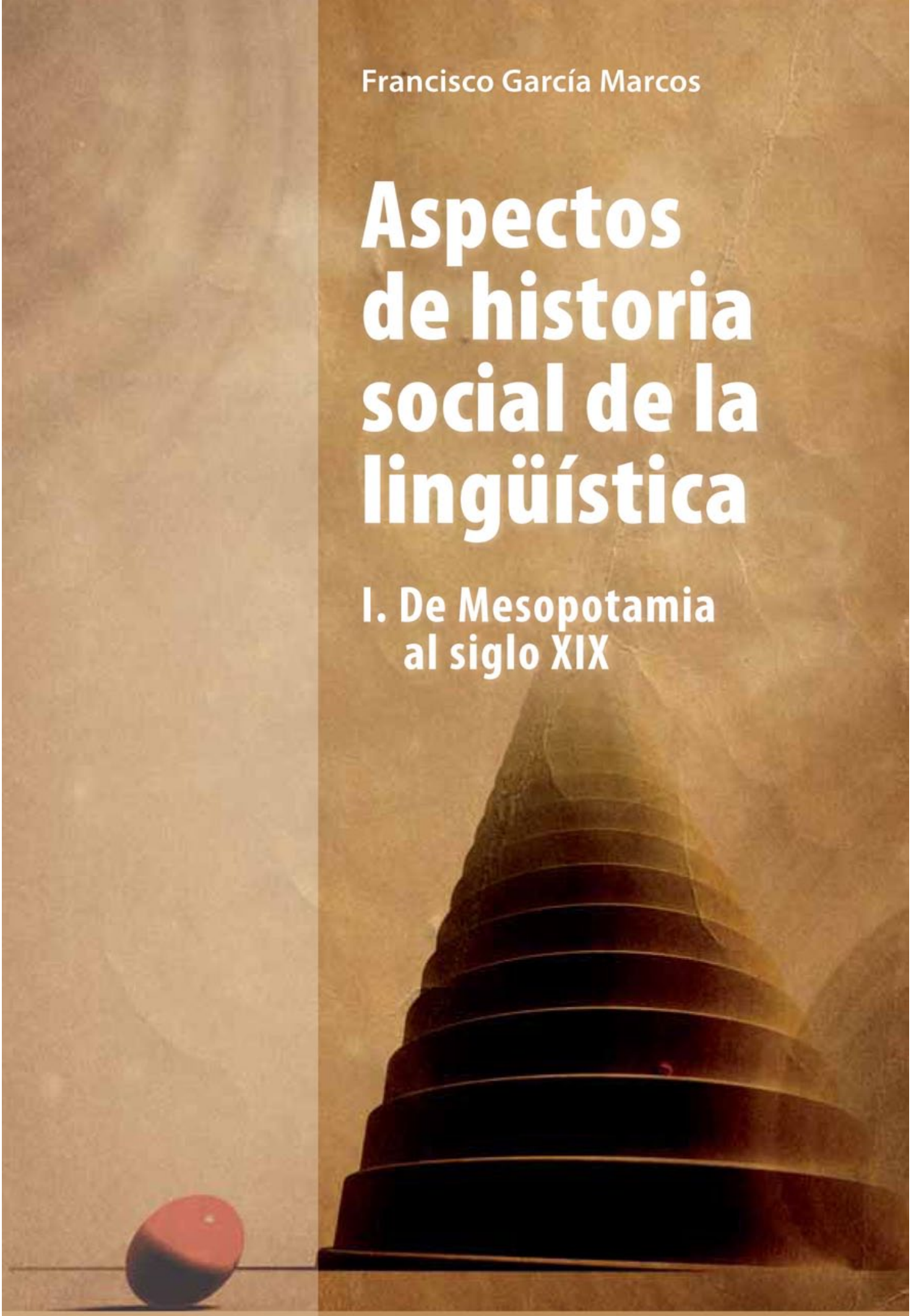
Francisco García Marcos

Aspectos de historia social de la lingüística

I. De Mesopotamia al siglo XIX



universidad

editorialoctaedro

AUTOR:

Francisco García Marcos (Terrassa, Barcelona, 1959) es catedrático de Lingüística en la Universidad de Almería, luego de su paso por la UNED (sede central de Madrid), la Universidad de Kiel (Alemania) y la Universidad de Granada. Inició su andadura científica en el terreno de la Sociolingüística, en la que, desde el principio, combinó la investigación empírica (*Estratificación social del español de la Costa Granadina,* 1988), con la teórica (*Nociones de sociolingüística,* 1992; *Estratificación omnidimensional de las lenguas,* 1996; *Fundamentos críticos de sociolingüística,* 1999; *Sociolingüística e Inmigración,* 2001). Dentro de ese campo, recientemente ha trabajado en derechos lingüísticos de la Humanidad (*La divinidad políglota*, 2005). Pero también desde el principio ha mostrado un constante interés por la historia de la lingüística, materia que imparte como profesor de Lingüística, firmando trabajos como «Ideas lingüística de un jefe de Estado: Niceto Alcalá-Zamora y Torres» (junto con A. Manjón-Cabeza), «Ampliación epistemológica y metahistoriografía en la sociolingüística actual» o, entre otros, «Historia e historiografía lingüísticas. Notas para su definición».

Francisco García Marcos

ASPECTOS DE HISTORIA SOCIAL DE LA LINGÜÍSTICA

I. De Mesopotamia al siglo XIX

editorial octaedro

ASPECTOS DE HISTORIA SOCIAL DE LA LINGÜÍSTICA
I. De Mesopotamia al siglo XIX

Primera edición en papel: noviembre de 2009

Autor: Francisco García Marcos

Primera edición: mayo de 2010

© Francisco García Marcos

© De la presente edición:
Ediciones Octaedro, S.L.
C/ Bailén, 5 - 08010 Barcelona
Tel. 93 246 40 02 Fax 93 231 18 68
e-mail: octaedro@octaedro.com
http://www.octaedro.com/

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9921-072-8
Depósito legal: B. 24.233-2010

DIGITALIZACIÓN: EDITORIAL OCTAEDRO

Sumario

Palabras previas 7

Introducción 15

Lingüística, historia e historiografía científicas 15

1. La Antigüedad 29

2. Edad Media 93

3. Humanismo e Ilustración 125

4. La lingüística del siglo XIX 153

Bibliografía 169

Índice 189

Para Pablo, mi pequeño aprendiz de escriba

Palabras previas

A principios de los 80 y en las aulas de Humanidades, los alumnos universitarios todavía percibíamos el vigor epistemológico con el que proliferaban las versiones sociales de nuestras materias. Lo cierto es que tal perspectiva arrancaba de mucho más atrás, como acaso intuíamos entonces, y como terminaríamos por convencernos quienes –ya docentes más tarde– pretendimos dar cuenta de nuestras respectivas historias disciplinares. Pero en aquellos momentos, en la España que estaba arrancándose la densa sombra del general Franco, la perspectiva social circulaba cargada de connotaciones que rebasaban, con holgura además, las fronteras de lo estrictamente científico. Dada la frecuente génesis marxista de los enfoques sociales en las disciplinas humanísticas, cultivarlos no dejaba de implicar también una suerte de rebeldía política, más o menos evidente, y en gran medida comprensible, por nuestra trayectoria histórica inmediata.

Fuera de un contexto tan singular como el español, máxime durante aquellos años, la corriente científica de inspiración marxista llevaba décadas realizando aportaciones encomiables, no siempre directamente vinculadas a una transcripción política concreta. Es más, con la perspectiva de los años no dejo de albergar la duda de si, en realidad, el orden correcto de los factores no debería haber sido el contrario al habitualmente supuesto. Quiero decir que se ha solido dar por sentado que el enfoque científico marxista era fiduciario de posiciones políticas previas, cuando la estricta realidad de los hechos aconsejaría optar por la dirección justamente inversa; esto es, concebir la política marxista como una consecuencia de la lectura científica de la realidad. Al menos –creo– ese sería el recto sentido desprendido de los textos fundacionales de Marx y Engels.

En todo caso, esas disquisiciones teóricas considero, sinceramente, que no fueron determinantes, sobre todo en la tradición científica marxista elaborada extramuros del llamado «socialismo real». Cierto es que desde la ortodoxia se examinaron los procesos humanos, todos con inclusión de los científicos, como una superestructura ideológica originada por condicionamientos determinantes

que procedían de la estructura socioeconómica. Sin embargo es simplemente otro dato no menos histórico que las versiones más creativas del marxismo científico se arriesgaron a adentrarse en otros dominios o que exploraron –y probablemente también desarrollaron– otras versiones del modelo motriz del que partían. La semiótica y la sociolingüística italianas de los 60 fueron abanderadas en esa dirección, obteniendo propuestas epistemológicas ciertamente nuevas, cuya productividad científica en gran medida todavía sigue vigente en nuestros días.

Dos décadas después, en la España en la que me formé como estudiante universitario, lo habitual, lo más frecuente, no dejaba de limitarse a situar en paralelo datos humanísticos y sociológicos, todo sea dicho, en una versión bastante trivial de estos últimos. El entusiasmo que acompañó a la aparición de aquellas renovadas versiones sociales de los estudios humanísticos, en apenas dos décadas, terminó por dejar paso a un cierto escepticismo. La fresca novedad que –en principio– se les atribuyó, fue sustituida por una vaga sensación de diletantismo y, todo sea dicho, por la bastante fundada sospecha de que mediante la apelación social se rehuía el rigor disciplinar.

Como está en la mente de todos, las oscilaciones pendulares suelen conllevar una carga de dogmatismo directamente proporcional a la cuota de novedad hacia la que se inclinan. Ni toda la tradición precedente era por completo prescindible, como si la perspectiva social fuese la albacea exclusiva de las esencias científicas, ni todos sus productos y sucedáneos garantizaban una solvencia científica mínimamente aceptable. Entre otras cosas porque, como también suele ser hábito común, alcanzaron éxito y difusión inmediata las versiones más triviales de esa perspectiva, mientras que las propuestas en verdad profundas prosiguieron con modestia un camino intenso, aunque menos notorio. Los mismos alumnos que padecíamos los lugares comunes de las «historias sociales de la literatura» de la época, con un poco de detenimiento alcanzábamos a conocer las enormes propuestas de la Escuela de Tartu. La misma corriente epistemológica nos conducía del tedio a la clarividencia.

El tiempo suele ser un juez inapelable, también en ciencia. En términos generales la moda de los «estudios sociales» hace años que caducó, en parte por un agotamiento previsible de la misma, en parte también por el derrumbamiento de los presupuestos políticos que, con justicia o sin ella, llevaba aparejados. En cambio, los hitos de esa perspectiva científica todavía siguen vigentes, con una presencia

inexcusable en las historias de las disciplinas humanísticas, a poco que se aborden desde un mínimo de ecuanimidad. Los años también me han enseñado a discriminar entre hechos netos y perspectivas de análisis de los mismos. Podrá discutirse el valor último de los modelos científicos de tinte social. Pero ello no debe cuestionar la pertinencia del factor social como un dato inherente a cualquier proceso de interés para las disciplinas humanísticas, con independencia del modelo epistemológico desde el que se aborde su estudio.

Mi pretensión aquí, contra lo que pudiera parecer de todo lo dicho hasta ahora, se aleja por completo de tratar de enarbolar una reivindicación postrera de ninguna suerte de enfoque político, ni tan siquiera de sus correlatos científicos, incluso en el más indirecto de los supuestos. Tan solo he considerado prudente empezar por hacerme cargo de la connotación inmediatamente asociada al término «social», en nuestro campo disciplinar, justo porque en mi ánimo está llamar la atención sobre su mayor amplitud, sobre su radio de alcance, más allá de coloraciones ideológicas, políticas e incluso humanísticas. Entre los epistemólogos, como en la historiografía científica en general, tampoco es nueva la discusión entre internalismo y externalismo, por más que a mi juicio pueda resultar ostensiblemente ociosa en nuestros días. Me parece suficientemente demostrado que un internalismo milimétrico, la historia de una ciencia contemplada única y exclusivamente desde dentro de sí misma, no satisface unas mínimas exigencias explicativas. Las razones por las que Galileo evadió a Kepler, a pesar de lo próximas que estaban sus respectivas visiones astronómicas, hay que buscarlas en última instancia en su repudio a las formas vinculadas al manierismo, entre las que sobresalían las elipses, como las acuñadas por Kepler para describir la órbita terrestre alrededor del sol. Galileo había crecido entre una concepción visual muy distinta, participando activamente de las inquietudes del primer Renacimiento. Hasta tal punto fueron intensos sus vínculos en ese sentido, que llegó a ejercer como profesor de dibujo, tal y como ha recordado Panofsky.

Ni Galileo ni ningún otro científico han ejercido su profesión desde una suerte de vacío aséptico y esenciado. Todos han participado de un tiempo que les ha dejado, o ha podido hacerlo en grado diverso, alguna suerte de huella, de influjo directo o indirecto. La opción externalista, mediante la que se da cuenta de situaciones como la de Galileo, simplemente supone atenerse a los hechos, sin necesidad de hacerlo desde una mecánica ciega y uniformadora. El

poso de lo externo sobre la actividad científica no siempre habrá de ser el mismo, unas veces explicará causas recónditas, otras filiaciones manifiestas, habrá ocasiones en las que se limite a subrayar un cierto aire de familia o, en fin, podrá también no tener ninguna manifestación aparente. En cualquiera de esos supuestos, o de otros más o menos equivalentes, lo cierto es que por definición hemos de contemplar esa más que posible intervención de lo externo a la hora de acometer una historia científica. Diría más aún, se impondría justificar con más detalle ese internalismo férreo por el que nos habíamos conducido hasta ahora, en la medida en que tal ensimismamiento disciplinar es, sobre todo –y fundamentalmente– excepcional. Lo usual apunta en la dirección justamente contraria a la que hasta ahora nos hemos desenvuelto, en una influencia decisiva de todo lo que envuelve al científico, por más que esta no siempre resulte directamente perceptible, por más que tampoco haya sido objeto de consciencia por parte de quienes la ejercitaban.

El externalismo nos hace retomar el aspecto social al que he aludido al principio de estas líneas, solo que enfocándolo desde un prisma sustancialmente más amplio, más diversificado, y yo diría que también más abarcador. Las ideologías desde las que, consciente o inconscientemente, operan los científicos, los condicionamientos procedentes de las estructuras socioeconómicas sobre la producción intelectual o los patrones históricos de una colectividad constituyen, qué duda cabe, otras tantas facetas de lo social. Pero, claro está, no agotan el listado de todos los posibles factores que conforman este y, por consiguiente, el conjunto de influencias que pueden actuar sobre la producción científica desde ese ángulo social, o si se prefiere, desde ese primea externalista en sentido amplio. La percepción de las cosas, la oportunidad de temáticas coyunturales, el universo semiótico o, entre otros muchos factores, la mentalidad de un tiempo son otros tantos elementos que pueden actuar sobre la elaboración de un determinado planteamiento científico. Incluso la contigüidad disciplinar, como se pone de manifiesto cuando repasamos las metáforas científicas empleadas durante una época determinada. En muchas ocasiones estamos ante soluciones afortunadas, por lo general muy útiles para resolver huecos descriptivos en momentos de relativa indefinición disciplinar. En otras disciplinas se busca, y a menudo se encuentra, aquella secuencia explicativa que todavía no se ha desarrollado plenamente en la propia, trasvasando conceptos, imágenes o tópicos. En nuestro tiempo estamos asistiendo a un auténtico giro

copernicano en la concepción de las llamadas ciencias puras que, roto el paradigma discreto, han acudido a un referente tan inhabitual en esa bibliografía, incluso tan contrario a los postulados en los que secularmente se habían basado, como es la noción de «caos».

Esas son las líneas generales de la acepción del término social invocada en este trabajo, haciéndola sinónima, o cuasi-sinónima, de externalismo, o si se prefiere, de una historiografía integral que conjugue el mayor número de ángulos posibles en la explicación de los hechos lingüísticos a lo largo de su historia, siempre huyendo de cualquier vestigio de dogmatismo epistemológico. Como veremos en las páginas siguientes, o al menos esa es mi pretensión, unas veces los alrededores del acontecer disciplinar de la lingüística arrojan buena parte de la luz necesaria para interpretarlos *a posteriori*. Pero, esa ecuanimidad consustancial al quehacer del historiador, o de algunos historiadores, impone reconocer que en otros casos el responsable del fluir disciplinar hay que buscarlo dentro de sí mismo.

El enfoque por el que abogo, en todo caso, tampoco queda exento de algunos problemas consustanciales a toda actividad historiográfica. Pienso, fundamentalmente, en el siempre espinoso problema de acometer la historia contemporánea. Suele ser un lugar común y, además, suele ser estrictamente cierto. Las dificultades que arroja la historia de la época contemporánea, por momentos, se antojan insalvables. Para empezar, se carece de una mínima distancia temporal que permita aquilatar con precisión lo realmente histórico del tiempo que se está viviendo. Esa dificultad, lógicamente, se intensifica a medida que decrece la distancia temporal respecto de los autores comentados. Podemos tratar de hacer la historia de la lingüística desarrollada durante los treinta primeros años del siglo xx, y no sin puntualizaciones de cierta envergadura. Pero las dificultades lógicamente crecen al tratar de establecer lo que está sucediendo en el momento presente. Y lo hacen de manera, por momentos, casi insalvable. Tanto es así que la historiografía clásica para este último supuesto ha preferido eludir el concepto *historia*, para remitir directamente al de *crónica*. El eje histórico nos permitiría desenvolvernos entre parámetros que el transcurso del tiempo ha convertido en bastante evidentes, como mínimo tendencialmente. Ese eje nos sitúa hitos poco menos que ineludibles y, como tales, habrán de ser tratados. En el supuesto que nos ocupa, dentro de la lingüística del siglo xx De Saussure o Bloomfield merecen tal consideración sin mayores dudas al respecto. Lo único que resta es calibrarlos en esa dimensión.

Fuera de esos hitos indiscutidos, hasta la vertiente más histórica de la contemporaneidad no deja de estar sujeta a los vaivenes teóricos entre los que se desenvuelve, sin remedio, cualquier historiador. En mi época de estudiante, haber dudado de la transcendencia capital de la glosemática danesa hubiera sido poco menos que un sacrilegio científico. Hoy, sin embargo, parecemos más inclinados a interpretarla como una manifestación extrema del estructuralismo, en ocasiones incluso como una extralimitación poco explicativa de la naturaleza última del lenguaje humano.

La dimensión cronística nos sitúa ante la tesitura, visiblemente más delicada que la anterior, de dilucidar entre lo ya asentado y lo todavía en curso de desarrollo, incluso dentro de un mismo modelo teórico. La sociolingüística interaccional ha sido una de las grandes aportaciones con las que concluyeron el siglo y el milenio pasados, cargada de expectativas fundadamente positivas para el siglo xxi. Hay que decir que el modelo ha respondido con eficacia, máxime por sus fructíferos vínculos con aportaciones de último cuño, caso del análisis crítico del discurso. Ello no ha de ser óbice para ubicar algunos de sus conceptos señeros, *competencia comunicativa* o *evento comunicativo*, entre los logros evidentes que alcanzó la lingüística del siglo xx, con independencia del desarrollo que pueda tener la sociolingüística interaccional en los próximos años. Aun así, sería imprudente tratar de pronunciarnos de manera definitiva al respecto de un modelo que todavía está en curso, cuyos límites solo en parte podemos predecir. Nos queda, pues, únicamente la crónica científica, con toda la carga de subjetividad que ello comporta.

Resulta casi imposible que esa singularidad descriptiva, poco menos que consustancial a las épocas contemporáneas, carezca de cierta contrapartida metodológica. En el supuesto concreto de la historia de la lingüística, tal y como la estamos tratando de acotar aquí, nada parece recomendar que deban abandonarse las coordenadas integrales para abordar su trayectoria a partir del siglo xx. Solo que, aceptado ese planteamiento, de inmediato será ecuánime reconocer que, por todo lo señalado, requiere de un tratamiento expositivo distinto, de unos criterios específicos para seleccionar la información y, como mínimo, de un lógico incremento del componente valorativo. La contemporaneidad nos induce más a encauzar la información, tratando de inscribirla en marcos explicativos, que a introducirla en sentido estricto, como sucede en relación con las épocas pasadas. Las corrientes actuales ya forman parte de la cotidianidad de los

potenciales lectores de una historia de la lingüística. Ceñirse única y exclusivamente a ofrecer sus contenidos, en gran medida, no deja de ser un ejercicio redundante.

A la vista de todo lo anterior, he decidido mantener una sola perspectiva historiográfica, la integral en los términos comentados, adaptándola a lo que entiendo como dos idiosincrasias historiográficas, la contemporánea y la precedente. No por ello renuncio a explicar las líneas de continuidad evolutiva que recorren toda historia, máxime en el caso de la historia científica, ni pretendo fijar ninguna suerte de discriminación cualitativa antes y después del siglo xx. Desconfío seriamente de la convicción conforme a la que solo a partir de esa fecha podemos hablar de ciencia lingüística en sentido estricto, recluyendo los casi cinco milenios anteriores en el apartado de precedentes o inquietudes diversas. Va para medio siglo que Khun nos mostró la imperiosa necesidad de calibrar el cientificismo desde los parámetros del tiempo sometido a examen, no desde los coetáneos al historiador. Sobre eso volveré en varias ocasiones a lo largo de este trabajo, con ejemplos pienso que ilustrativos al respecto. Justo para atenerme a la idiosincrasia historiográfica de las etapas que trato de examinar, propongo esa división que, en última instancia, queda reflejada en el propio formato de esta obra, finalmente dividida en dos volúmenes. El primero de ellos se ocupará de las expectativas humanas hacia el lenguaje y de las respuestas que cada época haya dado para tratar de satisfacerlas. Se trata de un lapso temporal, sin duda, extenso que abarca desde el III Milenio a. C. hasta finales del siglo xix. No obstante, será abordado siguiendo una secuencia habitual en la historiografía occidental, dividiéndolo en cuatro grandes epígrafes, que se corresponderán con la *Antigüedad* desde Mesopotamia hasta el final del Imperio Romano, la *Edad Media,* el *Humanismo y la Ilustración* siglos xvi, xvii y xviii y, por último, el *siglo xix*. El segundo volumen de esta aproximación a la historia social de la lingüística se ocupará de nuestro tiempo, partiendo de sus predecesores directos e inmediatos, por más que todos ellos viviesen a caballo entre el xix y el xx. Dentro del siglo xx, aplicando los criterios generales antes comentados, discriminaré una parte más tendencialmente historiográfica, la que concluye en los años 60, con otra en la que predomina el matiz cronístico, desde esa década hasta nuestros días. Así pues, lo que hoy pongo a disposición del lector, tiene ya una continuidad, elaborada y cerrada, en ese segundo volumen sobre la lingüística del siglo xx que aparecerá de inmediato.

Antes de concluir estas palabras previas, no puedo menos que dejar constancia de dos deudas especialísimas de gratitud. La primera es hacia Juan León quien, tras casi veinte años, sigue teniendo la inmensa paciencia, no solo de soportarme corrigiendo versiones, sino incluso de editarlas con esmero y valentía encomiables. Solo acierto a explicarme tal actitud por una bonhomía, la suya, de la que he recibido ininterrumpida constancia. La segunda es hacia Luis Santos Río, *magíster et amicus*, a quien profeso una constelación de gratitudes, por todo lo que nos ha enseñado, por todo lo que nos ha querido, y nos sigue queriendo, por dispensarme el inmenso honor de su amistad, por la influencia determinante que ha tenido para que estas líneas vean la luz.

La Cañada de San Urbano, verano del año 2009

F. García Marcos

Introducción

Lingüística, historia e historiografía científicas

Me mueven aquí intenciones sincera y ostensiblemente modestas. Pretendo tan solo compartir algunas de las cuitas que me han ido surgiendo durante estos años al ejercer mi profesión, entre otras cosas, rindiendo cuenta de la trayectoria histórica de una disciplina, en este caso la mía, la lingüística. He procurado hacerlo animado por la firme convicción de que el conocimiento científico, por definición, solo puede ser contemplado desde una provisionalidad inherente, desde la firme consciencia de que posee una vigencia limitada que, en consecuencia, lo obliga a discurrir en perpetua renovación, asistiendo a la continua de gestación de nuevas formulaciones que reemplazan a aquellas de las que un día partieron. En definitiva, la ciencia, cualquier ciencia, también la mía, la lingüística, discurre a través de un camino siempre abierto, en constante renovación, en pos de la nueva puerta que siempre es posible abrir, alimentando una búsqueda que ni se agota ni se concluye jamás y que, finalmente, hace de la historia un relato siempre provisional.

Creo honestamente que la trayectoria de una disciplina debería ser enfocada desde ese prisma tan modesto, también tan limitado y movedizo si se quiere, pero del mismo modo tan estrictamente fidedigno al acontecer científico. Desde luego, me daría por bien pagado si mis alumnos lo entendiesen así al final de mis cursos.

Sucede, sin embargo, que nuestro propio prurito profesional hace poco menos que inevitable la búsqueda, con frecuencia también casi incesante y también casi siempre angustiosa, de razones que unas veces justifiquen las decisiones adoptadas al exponer el itinerario temporal de una ciencia, otras las expliquen, lo que en el fondo viene a ser una justificación ampliada y, en todo caso, una forma de mantener siempre viva la atención sobre el propio ejercicio historiador. Traspasamos así las fronteras de la *historia* en sentido estricto para adentrarnos sin ambages de ninguna clase en las competencias de la *historiografía*, entendida esta última como una reflexión acerca

de la historia, en tanto que actividad científica susceptible de ser enfocada en modos y maneras diversos. Cada uno de ellos responde a un modelo particular de ciencia que, por lo demás, se inscribe igualmente dentro de unas coordenadas ideológicas concretas. Es posible que ahora dé la sensación de ser meticuloso en exceso, y hasta manifiestamente contradictorio con mis prudentes intenciones iniciales. Pero es que resulta simplemente imprescindible saber *cómo* y *por qué* se está manteniendo un determinado hilo expositivo para poder calibrar adecuadamente *sobre qué* se está tratando históricamente. Mesura y cautela no tengo la sensación de que mantengan ninguna suerte de relación antagónica con el rigor y la precisión que cabe exigirle a toda actividad científica, entre la que por supuesto incluyo el historiar la propia disciplina.

La problemática científica introduce unas variables muy significativas en el ejercicio del historiador, en parte motivadas por la relativa singularidad de su objeto de atención, visiblemente menos frecuente que el de otros campos tradicionales de interés histórico. Si bien tampoco es cuestión de obviar que esa singularidad historiográfica de la ciencia, en buena medida, viene motivada por las peculiares coordenadas entre las que se suelen desenvolver buena parte de los agentes implicados en ella. A diferencia de otras materias, el científico es objeto experimental y sujeto experimentador en lo tocante a estos temas: es quien escribe la historia en sentido pleno y sobre quien se escribe la historia, al menos en parte, como miembro del colectivo que estudia. Ni en el más aséptico y objetivo de los supuestos, el historiador de la ciencia deja de profesar algún credo científico. Por su parte, dicho credo se inscribe en una determinada tradición disciplinar, lo que en última instancia comporta una lectura particular o, como mínimo, tendencialmente particular de lo que ha sido la trayectoria cronológica de un determinado ámbito de conocimiento científico. No conozco casos en los que ello se haya negado explícita y firmemente, casi con toda certeza porque en este punto la objetividad es una quimera manifiestamente alejada de esta cuestión. Por decirlo en términos un tanto rotundos, pero ilustrativos, a veces se tiene la sensación de que vamos a encontrarnos tantas historias de una ciencia como enfoques teóricos admita la misma. Quizá convendría desasirnos un tanto de la mitificación contemporánea acerca de la objetividad, convertida casi en un bien supremo y no cuestionable, para, en cambio, percatarnos de que las historias son narradas por hombres y que éstos suelen tener credos ideológicos que

les ahorman una determinada perspectiva. Lo cierto es que, guste o no, las historias científicas han solido presuponer un inapelable ejercicio de evaluación epistemológica, una forma de examinar cómo se ha ido construyendo la visión de ciencia en la que el historiador cree. Por ese camino, puede llegar a adquirir una finalidad argumental en el debate epistemológico de una determinada época, merced a la legitimación teórica que supone el rastreo de ancestros científicos, como justificación de los postulados subyacentes en los planteamientos del historiador. La concepción de *lingüística cartesiana* acuñada por el generativismo, con Chomsky a la cabeza, proporciona al respecto un ejemplo más que obvio y conocido desde la propia lingüística. En ese sentido se me antoja evidentemente sintomática la inclusión de la historia disciplinar dentro de las competencias propias de la filosofía de la ciencia o, como prefieren otros autores, incluso dentro de dominios plenamente epistemológicos. No siempre, en todo caso, la descripción del acontecer disciplinar está por fuerza sujeta a esas recias dependencias escolares. Puede darse también el caso de que constituya una tarea dotada de plausibles márgenes de autonomía, una selección relativamente ponderada de circunstancias, descubrimientos, métodos y constructos teóricos que han surcado la vida de una disciplina. La objetividad que cabe atribuir a esta segunda opción, con ser evidentemente mayor que la del supuesto anterior, no deja de tropezar con serios inconvenientes. Dicha objetividad, como la libertad existencialista, en última instancia sigue estando *toujours menacée*, y en modo alguno escapa por completo al paradigma desde el que opere el historiador. Pero, al menos, lo intenta, y en esa pretensión consigue tamizar con bastante solvencia esos obstáculos procedentes de la perspectiva disciplinar desde la que parte. Como recoge Stengers (1989a) hay varios Galileo en la percepción histórica de su contribución científica: el innovador o el medieval larvado, el irreverente o el creyente poco convencional, el experimentador laborioso o el especulativo apriorístico; todos ellos contemplados, como es obvio, desde ópticas acusadamente distintas que remiten a otras tantas formas de entender la actividad científica.

Más allá de condicionamientos de esa naturaleza que, por lo demás, parecen poco menos que ineludibles, lo cierto es que la historia de la ciencia actual ha sido capaz de desarrollar un palpable vigor y, lo que se me antoja más decisivo, parece hallarse en completa sintonía con preocupaciones y tendencias generales que surcan la historiografía contemporánea en su conjunto. A grandes rasgos,

podemos decir que encontramos dos tesis, hasta cierto punto contrapuestas, para dar cuenta de sus cometidos. Según la opción *continuista* los descubrimientos, métodos y aportaciones teóricos de una época se conectan con los de otra sin transición alguna, o cuando menos sin rupturas significativas, de manera que las fases sucesivas del conocimiento humano no serían más que ampliaciones científicas de elementos latentes en etapas anteriores. Desde el ángulo *discontinuista*, en cambio, se enfatiza el error en tanto que manifestación de la inoperancia de un determinado paradigma ante los nuevos resultados aportados por la experiencia científica, circunstancia que motivaría la formulación de nuevas hipótesis, el desarrollo de nuevos métodos y, consecuencia de todo lo anterior, la implantación de modelos científicos que supongan una ruptura epistemológica con la tradición precedente. Ambas corrientes, como ya he avanzado, son susceptibles de ser contempladas desde ópticas *internalistas* o *externalistas*; o lo que viene a ser lo mismo, desde el convencimiento de que la evolución científica solo se explica en función del propio acontecer disciplinar, en el primer caso, o, en el segundo, defendiendo su inserción dentro del entramado social del que han surgido los investigadores y la propia actividad científica.

La verdad es que para un lingüista todas esas preocupaciones historiográficas tienen un inevitable halo de lejanía, acostumbrados como estamos –por lo general– a acometer nuestra historia desde un eminente y prosaico practicismo. Excepciones hay, y solo cabe atribuirles el doble mérito de haber sido pioneras y de haber resultado en verdad agudas e iluminadoras. Al margen de reflexiones más concentradas en la discusión de estas cuestiones como las de Swiggers (1980, 1981, 1982, 1983), Simone (1975), Delgado (1998) o Laborda (1999), tampoco faltan apuntes parciales como los aportados por Robins (1967), Auroux (1990), Koerner (1995), Malkiel y Lanton (1969), Elffers-van-Ketel (1991) o de nuevo Laborda (2005). Ha de reconocérseles que, en sentido amplio, han constituido una venturosa e iluminadora nota discordante de esa regla, en función de la que se daba cuenta de nuestro bagaje científico al ritmo dictado por el recto entender lingüístico, sustentándose más en una tradición interna y autónoma, que en un modelo definido acerca de cómo hacer historia científica. Y he empleado el término «recto» en el más literal de los sentidos, desde el respeto y el reconocimiento que me merecen las contribuciones de los lingüistas en ese campo, todas sin excepción. Solo que nada de ello entra en contradicción con la in-

clusión de ciertas consideraciones historiográficas que, aunque sea como mera hipótesis metodológica, recojan esas otras inquietudes compartidas por la historia de la ciencia en general.

Siguiendo *grosso modo* esas inquietudes, en su día cometí el manifiesto atrevimiento de proponer un bosquejo de modelo historiográfico para la lingüística, de neta inspiración integral, conforme a lo postulado por Geymonat para la historia de la ciencia en general (García Marcos, 1997). Lejos de mi ánimo entonces solventar, o aspirar a solventar, una discusión que ya se antojaba ardua, compleja, y al parecer también prolija, a la vista de que el transcurso del tiempo no ha modificado en demasía la panorámica con la que concluimos el siglo. Cinco años más tarde (Barros, 2002) seguía constatando la relativa confusión que todavía reinaba en torno a la historiografía científica, situación que en términos generales se mantiene hoy vigente. Mis aspiraciones eran más limitadas. Tan solo trataba de poner en orden mis ideas al respecto y, en la medida de lo posible, de compartirlas con quienes pudiesen estar interesados en estos quehaceres.

De partida, consideraba necesario recurrir a dos grandes criterios axiológicos, concentrado el primero en torno al *qué evaluar*, ocupado de *cómo evaluar* el segundo. El *qué evaluar* incide indirectamente sobre problemas de base epistémica, o lo que es lo mismo, sobre qué es y qué no es materia lingüística y, por tanto, sobre qué forma parte del objeto de atención historiográfica y qué queda fuera del mismo en el supuesto particular de la ciencia del lenguaje. Conocida es la tendencia a restringirlo al momento en que modernamente la lingüística se consolida como ciencia autónoma, restricción que nos situaría entre De Saussure y nuestros días o, en el continente americano, entre Bloomfield y la época contemporánea. Nadie puede cuestionar, y menos un generalista como yo, que en efecto solo desde entonces la lingüística adquiere carácter plenamente independiente en el conjunto de la actividad científica. Pero de ahí a negar la existencia de tradiciones previas, de formas anteriores de reflexión y conocimiento acerca del lenguaje y de las lenguas, media un hondo, peligroso y no pertinente abismo. La autonomía científica es un logro puntual, un momento culminante que solo se explica profundamente merced a una sucesión de avances previos, incluso desde la más discontinuista de las concepciones. Bloomfield o De Saussure no emergieron de la vacuidad más completa y absoluta, sino que muchas de sus ideas ya estaban prefiguradas en la tradición inmediatamente anterior que compartió su incomodidad con la inmediata concepción

neogramática, por más que los Badouin de Courtenay, Sweet, Jones, Whitney y otros tuvieran menor suerte para la historiografía posterior; sin olvidar a lingüistas que desarrollan parte de su contribución durante esa época, tales como Marr, Bajtín o Meillet, autores que han sido precursores de corrientes relativamente larvadas durante decenios antes de su máxima eclosión, pero no por ello menos vitales para la configuración final de la lingüística del siglo xx. Esto, por lo demás, tampoco constituye singularidad alguna por parte de la lingüística. Más bien se trata de una constante de la historia científica sin adjetivos, no siempre resuelta con la inflexibilidad a la que en ocasiones se ha recurrido en nuestra disciplina. Las matemáticas deben esperar hasta principios del xix para encontrar un inicio formal de actividad científica como tal. Solo a partir de ese momento cuentan con un foro académico tan reconocido como en su día lo fue el *Journal für die Reime und Angewandte Mathematik*, y con figuras plenamente universitarias como Ernst Edward Kummer. Hasta entonces, el ejercicio de los números era actividad casi lúdica de intelectuales dedicados a la más diversa gama de profesiones, por más que tuviera una especial repercusión en ámbitos como el mercantil o el militar, o que incluso llegara a alimentar ciertas tradiciones esotéricas. Con estatuto formalmente académico o sin él, lo cierto es que antes de esa fecha y esa publicación encontramos ya figuras indispensables en la historia de la matemática, como Pierre de Fermat (siglo xvii), considerado hoy un clásico de la geometría analítica, a pesar de que reconocía preocuparse por los números «para satisfacer la curiosidad de mis amigos», tal y como reza en una nota necrológica.

Así pues, sintetizando este primer criterio axiológico, desde él habríamos de hacernos cargo, no solo del *saber implícito* transportado por las más elementales e indirectas formas de reflexión acerca del lenguaje y las lenguas, caso del mito, entre otros, sino también del *saber explícito* fruto de la producción lingüística que ha descrito las lenguas, así como del *saber especulativo* que haya reflexionado teóricamente acerca de la lingüística y de los hechos de los que ésta se hace cargo científicamente.

El segundo de esos criterios axiológicos, el más orientado hacia el *cómo evaluar*, a su vez estaría subdividido en tres niveles de análisis: lo que denominaríamos productividad epistémica, en primer lugar, la recepción de la actividad lingüística en segundo y, por último, la inscripción de ésta en unas coordenadas ideológicas más amplias.

La mensuración de la actividad epistémica remite al componente de corte más internalista de esta propuesta. Por productividad epistémica, siguiendo solo en parte planteamientos evolucionistas de la historia de la ciencia, entenderé las características definitorias de una teoría lingüística y, necesariamente unido a ello, se contemplarán sus elementos constitutivos, la aportación que estos supongan en la trayectoria de la historia disciplinar y, en última instancia, su capacidad prospectiva, o lo que viene a ser lo mismo, aquellas otras líneas de investigación futura que, en algún grado y de alguna manera, estén preludiadas en sus contenidos. Ello, de inmediato, conduce a postular que tales teorías lingüísticas funcionan como sistemas de ideas y que, en consecuencia, será preciso describir tanto su núcleo duro, como el cinturón de subsistemas dependientes del mismo, así como los mecanismos inmunológicos, bien desplegados durante su trayectoria académica, bien susceptibles de actuar en tal dirección si así fuese necesario.

Siendo ello así, desde el punto de vista evolutivo se atenderá, no solo al grado de dinamismo aportado por una teoría lingüística, sino a su génesis epistemológica y a su fundamentación empírica. Hay que contemplar ese dinamismo, por tanto, desde una doble direccionalidad cronológica; esto es, en tanto que evolución retrospectiva, entendida como acumulación de los antecedentes que han concurrido en la formulación de determinado planteamiento lingüístico, pero también desde el ángulo prospectivo, entendiendo por tal ahora la proyección de una teoría en el ulterior desarrollo de la lingüística. Mientras que a través del eje retrospectivo explicamos la génesis de una teoría lingüística, la tarea del prospectivo es principalmente evaluadora y da razón de su potencialidad epistémica, conforme a lo que acabamos de comentar.

Dialectología y sociolingüística han protagonizado en los últimos años uno de los más vivos ejemplos de transición epistémica entre dos modelos claramente concurrentes. En el primer momento de esa delicada y encontrada vecindad disciplinar, a principios de los años 60, la dialectología desplegó una actividad defensiva de los sistemas de ideas que catalogaríamos de *estrategia de exclusión* hacia la sociolingüística, recurriendo a la noción de lingüística externa como principal argumento operativo. La inadecuación atribuida a la sociolingüística, desde parámetros dialectológicos, no obedecía, en sentido estricto, tanto a que sus intereses investigadores frecuentaran o se zambullesen de pleno en los dominios de la opción externa, cuanto a

que ello se llevase a cabo desde un modelo ajeno, científicamente alternativo y académicamente no controlado por los dialectólogos. Esa sanción disciplinariamente excluyente, en cualquier caso, tuvo una vigencia limitada que desapareció a medida que se modificó la correlación de fuerzas académicas entre ambas corrientes lingüísticas. Por ello, a continuación, la dialectología impulsó una *actividad diluyente* que, entre otras cosas, implicaba una modificación sustancial de la topología disciplinar entre cuyo seno se había desenvuelto hasta ese momento. En esa segunda fase asistimos a las más variopintas desviaciones del contenido real de la propuesta sociolingüística bajo envoltorios que, no por palpablemente errados, dejaban de perseguir ese objetivo al que estoy haciendo referencia: unas veces se hizo de la sociolingüística una variante de la lingüística aplicada, otras se la convirtió en una forma particular de los estudios sobre el coloquio, en algunas versiones apareció como una rama de las investigaciones cuantitativas, o en los supuestos más generosos, bien se le concedía cierta pertinencia para los estudios urbanos quedando los rurales para la dialectología, bien se la subsumía en la llamada lingüística intraidiomática, entre la que concluía difuminándose en compañía de otras orientaciones más o menos próximas. Todas esas opciones, por lo demás, compartían el común denominador de profesar un credo lingüístico bastante más flexible que el característico de la etapa anterior, por más que en términos generales siguiesen desenvolviéndose entre coordenadas dialectológicas. Inquilinatos entonces poco menos que inaceptables, caso de la lingüística aplicada que ni tan siquiera había gozado de estatus de lingüística externa, de pronto cobraron existencia y gozaron de cierta carta de naturaleza y, más aún, entre sus recién estrenadas responsabilidades se ocuparon de acoger a la sociolingüística, de manera tan inopinada como excesiva. Por último, la dialectología hubo de aplicar una *estrategia de reconversión*, mediante la que presentó las nuevas opciones como si fuesen el resultado de la evolución natural de patrones científicos precedentes. No es cuestión de detenernos en las incontables ocasiones en que se nos ha intentado persuadir de que todo estaba contemplado en la tradición dialectológica por más que cambiasen los rótulos, de que la sociolingüística no aportaba más que una versión remozada de viejos planteamientos ya conocidos, o incluso de que un examen detenido de las grandes fuentes del saber dialectológico conducía a conclusiones, *grosso modo*, equivalentes a las proporcionadas por el análisis sociolingüístico. En lógica consonancia con ese discurso los científicos

salientes, en este caso los dialectólogos, tratan de poner en práctica los nuevos modelos teóricos, buscando asegurar una continuidad disciplinar que, curiosamente, entra en contradicción frontal con los argumentos defendidos en etapas anteriores. No ha sido otra la práctica habitual de la última dialectología que ha visto en el examen sociolingüístico de la variación uno de sus auspicios de futuro inmediato. Por ese camino hemos asistido a interminables, y no menos curiosos, listados que remontaron la sociolingüística a los más vetustos y extraños ancestros; todo ello para terminar convergiendo en esa supuesta relación filial mantenida entre dialectología y sociolingüística.

Pero, por más prolijos que puedan parecer procedimientos como los que ilustran las recientes relaciones entre dialectología y sociolingüística, la productividad epistémica abarca un campo considerablemente más amplio de cuestiones que, en ocasiones, pueden llegar a desbordar incluso un estricto marco disciplinar. Stengers (1987) subrayaba que la aportación más sustancial del *Discurso del método* cartesiano no radicaba tanto en una perspectiva científica, que venía a resumir ideas ya presentes en la tradición del siglo XVII, como en los apéndices sobre óptica, que suponían la generalización en Occidente de los avances alcanzados por la tradición árabe. Del mismo modo, la evaluación de la gramática generativo-transformacional puede ser objeto de amplios debates y de diferentes –y hasta encontradas– lecturas, aunque nunca debiera pasarse por alto su decisiva proyección en psicolingüística o en inteligencia artificial.

El segundo epígrafe de este dominio axiológico hace referencia a la recepción de las ideas lingüísticas. La recepción de la producción intelectual cuenta con una nutrida bibliografía que la ha abordado con detalle, profundidad y rigor metodológico. Y, ciertamente, la versión lingüística de esos procesos puede convertirse en un indicio evaluador de la trayectoria que ha podido tener una teoría lingüística determinada, a la par que constituye materia sujeta a historificación. En cualquiera de ambas opciones será preciso constatar quiénes han prestado atención a qué productividad lingüística, en qué apartados de la misma, a partir de qué planteamientos y sobre qué aspectos de su corpus doctrinal, entendiendo que toda lectura es reflejo, en alguna medida, de un tiempo y de una mentalidad lingüística.

Muestras de las diferencias que pueden darse en la recepción de las teorías lingüísticas encontramos en prácticamente todas las tradiciones conocidas. Pero, por quedarnos en la nuestra, y en una figura tan emblemática como la de A. Bello, baste recordar las lecturas

que Urrutia (1984) y Trujillo (1988) proponen acerca de su visión de la gramática. Urrutia, además de primar el análisis de Bello en relación con el contexto lingüístico internacional, justifica también su alejamiento del comparativismo imperante durante la época en la que se produce su intervención en cuestiones lingüísticas. Las referencias manejadas por Urrutia son claras e indicativas de la postura adoptada en esa dirección, pues confronta la figura de Bello con Rask y, en la medida de lo posible, con Von Humboldt, subrayando en este último aspecto la relativa semejanza existente entre los conceptos de «teoría interna de una lengua» e «innere Sprachform». Destaca en Urrutia, por tanto, un riguroso ejercicio de confrontación y contraste teóricos, de valoración epistémica, en definitiva, que lo lleva a abordar terrenos tan delicados como el que acabo de comentar. La suya constituye una lectura esencialmente historiográfica y científica que, por lo demás, supone una innovación radical en la perspectiva desde la que se había enfocado Bello hasta entonces. Ello contrastará con los presupuestos desde los que operará Trujillo en dos aspectos fundamentales: la consideración complementaria de toda la producción de Bello relacionada con la lingüística, de un lado y, de otro, una particular inclinación hacia los aspectos más teóricos –y, consecuentemente, menos normativistas– de la producción del mencionado autor. El que emerge de la interpretación de Urrutia es, básicamente, el Bello lingüista.

Como acabo de avanzar, muy distinta es la problemática que percibe Trujillo, principalmente concentrado en el Bello gramático, lo que le permite restringir el rastreo de fuentes científicas a las mencionadas por el propio Bello o, a lo sumo, a casos de coincidencia ciertamente evidente. El Bello de Trujillo es una persona interesada en conocer y describir la lengua, con la constructiva intención de ofrecer pautas de corrección lingüística a sus coetáneos. Con esos presupuestos, por fuerza, había de alcanzarse una interpretación bien distinta –que no contradictoria– respecto de la realizada por Urrutia. Lo que se destaca ahora es una continuidad dentro de la tradición lingüística hispánica, un nuevo pilar que agregar al camino iniciado por Nebrija y el Brocense, un agudo notario de rasgos constantes en la lengua española, por todo lo cual Bello es para Trujillo una referencia clásica e indispensable en cualquier aproximación gramatical a esta lengua. Tanto es así que, en su opinión, sus observaciones siguen vigentes en muchos aspectos. Por tanto, nos hallamos ante dos interpretaciones no necesariamente opuestas, y, por descontado, imprescindibles ambas para el conocimiento pro-

fundo de la contribución gramatical de Bello; opciones que presuponen otras tantas perspectivas científicas de partida y, en lógica consecuencia, otros tantos frutos de la investigación histórica.

No siempre la recepción lingüística ha obedecido a motivaciones tan exquisitamente científicas como las que movieron a Trujillo y a Urrutia. Bernstein aporta el más sintomático ejemplo contemporáneo de hasta qué punto la recepción de las obras lingüísticas puede rebasar, con mucho, competencias y motivaciones exclusivamente disciplinares. La constatación de un hecho tan obvio como el documentado por este sociolingüista británico, la influencia determinante del entorno social y escolar en el desarrollo de la capacidad lingüística del niño, fue sin embargo materia sujeta a las más diversas discusiones y, por supuesto, a las más variadas y menos inocentes interpretaciones. De ese modo, en Estados Unidos unos convirtieron las ideas de Bernstein en el supuesto pasaporte científico que atribuía a la población negra un déficit lingüístico y mental casi innato. Otros, como Labov, reaccionando en apariencia contra tales excesos, terminaron por aferrarse a la supuesta inexistencia de diferencias lingüísticas y, sobre todo, comunicativas que pudieran ser determinantes para diferenciar a los hablantes, y lo que es más grave, eximieron de cualquier responsabilidad al aparato escolar de la transmisión de la desigualdad lingüística en primera instancia, y social en última. Desde Alemania, se desautorizará al completo la producción estadounidense, enarbolando de paso a Bernstein como el adalid de una gran transformación científica encargada de periclitar la arcaica germanística de los años 60, sin olvidar la enorme responsabilidad social depositada en sus teorías. No en vano Wunderlich, uno de los grandes bernsteinianos de principios de los 70, reconocía explícitamente en esas teorías un instrumento ideológico para transformar la sociedad de su país. En Italia los mismos presupuestos invitaron a algo más práctico y prosaico, pero también más resolutivo, como fue una exhaustiva revisión del sistema educativo italiano. Halliday, por su parte, quizá por proximidad física e intelectual con el propio Bernstein, recondujo sus teorías hacia los dominios del potencial de significado. Estamos por tanto ante cuatro interpretaciones considerablemente divergentes entre sí, con fortísimos condicionamientos ideológicos en las dos primeras. Y, en efecto, éste resulta ser un parámetro fundamental e inexcusable para poder explicar hasta sus últimas consecuencias la formulación final adquirida por cualquier planteamiento lingüístico, o por cualquier teoría científica en general. Además, hay dominios lingüísticos y épocas históricas que

parecen ser especialmente prolijos en la promoción de este componente ideológico de la producción científica, sobre todo en sus aspectos más externos y manifiestos. En la medida en que las lenguas han sido –y son– enarboladas como instrumentos sociopolíticos amalgamadores de la identidad colectiva, conforme al conocido paradigma herderiano, la historia de las lenguas transparentará de manera privilegiada esa pugna ideológica. La del español ha sido conceptuada en gran medida como una gesta reconquistadora y unificadora, siguiendo los propios ritmos de la historia de España, reconquistadora primero, y después, simultáneamente, conquistadora de América y unificadora de su propio estado. Según esa visión de la historia del español, la ascensión sociolingüísticamente hegemónica del castellano será consecuencia directa de una lógica evolutiva perfectamente natural, desde el momento en que sus fenómenos lingüísticos particulares progresan «mucho más decididamente que en otras regiones» (Menéndez Pidal, 1926: 128). Al respecto, Lapesa (1942: 184-185) se mostraba convencido de que

> «el castellano poseía un dinamismo que le hacía superar los grados en que se detenía la evolución de otros dialectos [entre otras cosas porque] era certero y decidido en la elección, mientras los dialectos colindantes dudaban largamente entre las diversas posibilidades que estaban en concurrencia».

Las novedades introducidas por el castellano medieval, no obstante, no siempre fueron correctamente asumidas por los dialectos colindantes, caso del leonés, que solo con el tiempo fue capaz de adquirir la diptongación inaugurada por el castellano, «pero lo comprendió mal y lo articuló *ia*, *defecto*[1] del cual se corrigió después» (Menéndez Pidal, 1926: 145). Así se explica –y justifica– el largo proceso que permite a Castilla pasar de ser en el siglo XI un «pequeño rincón donde fermentaba una disidencia lingüística muy original, pero que apenas ejercía influencia expansiva» (Menéndez Pidal, 1926: 515) a extender su «hegemonía»; merced todo ello a esa «cuña castellana» mediante la que Menéndez Pidal simbolizó ese proceso de expansión, que

> «quebró la originaria continuidad geográfica de las lenguas peninsulares. Pero después el castellano redujo las áreas de los dialectos leonés

1. Las cursivas son mías.

> y aragonés, atrajo a su cultivo a gallegos, catalanes y valencianos, y de ese modo se hizo instrumento de comunicación y cultura válido para todos los españoles».
>
> (Lapesa, 1942: 192)

Con tales precedentes, las variedades dialectales estaban condenadas a ser «meras deformaciones geográficas de la norma», castellana se sobreentiende, como formulara sin ambages ni matizaciones de tipo alguno M. Alvar (1969), en un libro que condensaba teóricamente una ya por entonces dilatada experiencia de trabajo de campo dialectal. Por ello, tampoco es de extrañar que en el manual por excelencia desde el que esa misma escuela da cuenta de esa parcela de nuestra realidad lingüística, la *Dialectología española* de Zamora Vicente, se estableciese una significativa jerarquía de inspiración historicista y se reiterasen juicios y tópicos estigmatizadores en relación con los dialectos que, como observara J. Tusón (1988) para los hechos lingüísticos en general, nada tienen que ver con la ciencia que los estudia. De ese modo, solo adquieren carta de naturaleza dialectal aquellas variedades del romance que compitieron por la hegemonía lingüística peninsular con el castellano medieval (leonés y aragonés), en tanto que las demás restan como subdialectos (andaluz), quedando arrinconadas otras en el indefinido cajón de las «hablas de tránsito» (extremeño, murciano, riojano y canario) o, en fin, careciendo de definición específica todas las demás («solo» todo el español de América, el judeoespañol y el filipino). Sobre ello se emiten opiniones que deben ser calificadas sin reparos de estigmatizadoras. Mediante ellas, por lo demás, el dialectólogo ejerce de *guardián de la lengua* en la más pura acepción fishmaniana, más que de observador científico en sentido estricto. Para Zamora Vicente el andaluz, amén de su connatural y simpático gracejo, solo es portador de defectos que, en opinión de Gregorio Salvador, contienen gérmenes más que suficientes para amenazar gravemente la unidad del idioma y que, como sostendrá Mondéjar más tarde, no son más que la expresión lingüística del círculo infernal de la miseria cultural. No me interesa aquí discutir la pertinencia científica de tales planteamientos, primero porque me parece cuestión baladí por obvia, y segundo porque tampoco es mi cometido en esta ocasión.[2] Solo quiero subrayar la perfecta armonía entre esta manera de entender la vida de la lengua española y un determinado patrón ideológico centralista, políticamente autoritario y culturalmente

2. Aparte de que ya me ocupé de estas cuestiones en García Marcos (1991), lugar en el que examino con mayor detalle la bibliografía que comento ahora.

irrespetuoso con la diversidad de los pueblos. En los mismos años en que se escribían esas páginas, los libros de textos enseñaban a los escolares que catalán, gallego y vasco eran dialectos del español, y que en consecuencia eran otras tantas deformaciones según el parámetro antes comentado, al tiempo que desde la administración franquista se recordaba que hablar una lengua vernácula equivalía a ladrar. Había pues algo más, bastante más, que una mera concomitancia entre esa producción lingüística y el marco ideológico en el que fue formulada.

Esa contextualización de la actividad científica, en ocasiones, impone recios peajes, pudiendo rebasar con mucho el ya de por sí delicado establecimiento *a posteriori* del exacto marco nocional entre el que emergió un determinado planteamiento. Drake (1981) escribió una de las más ejemplares páginas de la moderna historiografía científica cuando reprodujo fidedignamente el instrumental descrito por Galileo en sus trabajos sobre el movimiento uniformemente acelerado. Solo así, obteniendo réplicas exactas de las mismas condiciones experimentales en las que manifestaba haberse apoyado el propio Galileo, pudo demostrar la base empirista de su teoría y, como recuerda Stengers, desautorizar de manera definitiva la interpretación filosófica de la física galileana dependiente de la tradición medieval.

La historia de la lingüística está repleta de evidencias que, no por trascendentales, pueden resultar menos invisibles para los ojos y el entendimiento del historiador en unas determinadas coordenadas sociales. Quizá solo el tiempo esté en condiciones de ayudarnos a interpretar todo ese entramado de manera satisfactoria, aunque no me atrevo a decir que por completo definitiva. Solo que esa clase de procesos ni son nuevos ni desconocidos en la historia de la ciencia. Las lentes convergentes fueron conocidas y empleadas ya desde el siglo XIII gracias a la pericia de los artesanos vidrieros. Proporcionaban un caso empírico más que óptimo para el estudio del cristalino. Habrá que esperar, no obstante, hasta mediados del siglo XVI para encontrarnos con los primeros tratados científicos de cierta envergadura al respecto. Y en este punto no me resisto a recordar las esclarecedoras palabras de Authier (1987), tan legítimamente extrapolables a otros dominios disciplinares:

> «curiosa situación la de esos hombres que, provistos de lentes, escriben página tras página sobre el sentido de la vista sin darse cuenta de que tienen en la punta de la nariz la clave de la situación».
>
> (Authier, 1987: 298)

1

La Antigüedad

1.1 Mesopotamia arcaica

1.1.1 La sociedad mesopotámica

En términos tan aproximados como suele ser habitual siempre que nos ubicamos en coordenadas cronológicas tan alejadas de las nuestras, del 6500 y al 1500 a. C. se desarrolla entre los ríos Tigris y Éufrates una de las más atractivas civilizaciones de la Antigüedad. Mesopotamia, como la conocemos retomando el nombre de la provincia romana que ocupó ese mismo espacio geográfico, llamó la atención europea desde antiguo. El infatigable Heródoto daba cuenta de ella, pues no en vano para sus coetáneos era ya un referente histórico de pasado esplendor imperial.

Cuadro 1. Mesopotamia. Delimitación geográfica. (Fuente: Postgate, 1997: 14)

Pero en la mirada hacia la historia arcaica de esa franja de terreno que recoge el cuadro 1 hay –y debe haber– algo más que curiosidad por lo lejano o por el brillo de la historia de los pueblos en algún tiempo hegemónicos. En el actual Próximo Oriente se encuentran parte de las claves explicativas de la historia del mundo occidental al completo. Precisamente, los dominios de actividades como la escritura, algo más que linderos con la lingüística, son uno de los más reveladores testimonios de ese antiguo esplendor y una de las más firmes razones que mantienen vivo nuestro interés actual por Mesopotamia.

Ese amplio lapso temporal que asienta una civilización por primera vez en la historia, manifiestamente sedentaria, con ciudades ya datadas en torno al 3980 a. C., organizada conforme a una trabada organización social, política y administrativa, en su arranque estuvo principalmente repartido entre dos pueblos, los sumerios y los acadios, cuyas respectivas casas reales gobernaron sin grandes fracturas en su transición. El auge de Sumer coincide con la aparición de la escritura, más o menos en torno al III Milenio a. C. A partir del 2340 a. C. Acad hegemoniza la antigua Mesopotamia, pero sin dar al traste ni con la organización social ni con la cultura desarrollada por sus antecesores sumerios. Ello tendrá importantes consecuencias en todos los órdenes, también por supuesto en el de las pericias lingüísticas que aquí nos preocupan. Después vendría, en torno a 1900 a. C., el Imperio Babilónico, que asumiría buena parte del legado sumerio, y que tendría en el conocidísimo Código de Hammurabi la muestra fehaciente de hasta qué punto llegaba a ser trabada su capacidad organizativa en el orden social.

1.1.2 El saber científico mesopotámico

Contemplado desde ojos contemporáneos, es inevitable tener la sensación de que el saber mesopotámico circuló en una dimensión, más que fronteriza, solapada entre la ciencia propiamente dicha y la magia. El conocimiento que se iba adquiriendo acerca de los astros, o las distintas destrezas aritméticas y geométricas que fueron desarrollándose, tenían un alto poder predictivo en la mentalidad mesopotámica. Ello era acorde con una cosmogonía que, como veremos, conceptuaba el mundo como una exhaustiva manifestación de designios divinos.

Ninguna de estas matizaciones, sin embargo, impide estimar en su justa medida los palpables logros científicos y técnicos alcanzados en ese período de la historia del Humanidad. Ya durante la etapa sumeria las matemáticas y la ingeniería habían conocido un floreciente desarrollo. De esa época procede el particular sistema numérico mesopotámico que combinaba la base duodecimal, muy útil para cálculos fraccionarios, con la decimal. El número 60 era el punto de convergencia de ambos esquemas y, en consecuencia, constituía la magnitud fundamental del mismo (Dampier, 1972: 34).

Pero serán la geometría y la astronomía las dos disciplinas que conocerán un desarrollo más destacado en la antigua Mesopotamia, ambas estimuladas por necesidades sociales más que inmediatas. La planificación del terreno, tanto de agrícola como de urbano, resultaba inevitable para toda civilización sedentaria y requería de buenos fundamentos geométricos que, entre otras cosas, propiciasen el trazado de mapas. Esas mismas necesidades imponían una correcta medición del tiempo y la observación de los astros, conocimientos ambos indispensables para un mejor aprovechamiento de los recursos agrícolas. Los mesopotámicos tabularon el tiempo en días, meses acomodados a los ciclos lunares y estaciones que agrupaban varios meses, ya en torno al IV Milenio a. C., un poco antes que en China. En el año 2000 a. C. disponían de un calendario completo, con un año de 360 días, 12 meses, 7 días semanales que se correspondían con el sol, la luna y los cinco planetas conocidos entonces, al que se le incrementaba periódicamente un mes al objeto de reajustarlo. Del mismo modo medían horas, minutos y segundos, siendo también capaces de calcular anticipadamente los eclipses. Además, asociaron cada una de las divisiones que observaron en el cielo con una deidad o animal mítico (aries, escorpión, etc.), de lo que surgió el zodiaco. Junto a esos cálculos temporales, destaca su desarrollada capacidad para medir tierras, así como la implantación de un sistema judicial que, en efecto, coronará Hammurabi.

1.1.3 La escritura mesopotámica

1.1.3.1 Posibles causas

Parece existir acuerdo unánime en fechar el nacimiento formal de la escritura en torno al III Milenio a. C. en la ciudad mesopotámica de Uruk. Lo que allí y entonces sucedió, más que interpretarlo como una

intuición genial, cabría entenderlo mejor como una nueva y decisiva consecuencia del propio desarrollo cultural y tecnológico alcanzado por aquella sociedad. Por primera vez en la historia, el ser humano estuvo en condiciones de generar grandes cantidades de producción agrícola que, pertinentemente almacenada, constituyeron la base principal de una floreciente actividad económica. Ello hizo posible, ni más ni menos, ese paso ya referido de la vida nómada a la sedentaria que, entre otras cosas, acarreó un cambio radical en la percepción del espacio y del tiempo; del espacio porque se delimitaron zonas de cultivo propias, en contraposición a las de otras comunidades y a las selváticas no agrícolas; del tiempo porque se procedió a la cuantificación perdurable de los bienes acumulables (Margueron, 1991: 395-396). El sedentarismo, además, subrayó los signos de identidad propios de los individuos, en tanto que miembros de una comunidad, a la par que permitió el desarrollo de sociedades que, como la mesopotámica arcaica, contaron con un gran núcleo de poder central en torno al que se engarzaba una red de centros productivos relativamente dispersos. En ese contexto, la escritura es una urgencia, un imperativo casi, para regular y controlar la actividad desarrollada en todos los órdenes de la vida social.

Quizá esa inconsciente cotidianidad que la rodea en el mundo contemporáneo sea responsable de haber pasado por alto la magnitud del logro que supone la escritura, solo consumado tras un pertinaz empeño de afanosa búsqueda y experimentación. La escritura no fue ni el primero ni el único sistema de almacenamiento gráfico de información legado por la Antigüedad. Para muchos especialistas, el arte rupestre, en parte, tiene cometidos que apuntarían en esa dirección. Más evidente finalidad signataria, contable en esta ocasión, presumiblemente tuvieron las cuerdas anudadas empleadas por los incas.

De todas formas, ninguno de estos recursos atesoró una potencialidad informativa equiparable a la mostrada por los pequeños objetos de arcilla aparecidos en Jarno, fechados en el VII Milenio a. C. Son piedrecitas, de formas muy variadas,[3] a las que durante mucho tiempo se les atribuyó carácter poco menos que festivo. Hoy, en cambio, sabemos que reproducen un sistema numérico, todavía no descifrado por completo, que luego se dispersará por toda la geo-

3. En concreto se han localizado piezas en forma de burbuja, cono, tetraedro y cilindro. Algunas de ellas pudieron ser empleadas también como amuletos.

grafía de Mesopotamia, desde Uruk, Tello o Habuba Kabira en la actual Siria, hasta Sialk, Choga Hauvi y Godin Tepe en Irán. Eso quiere decir que, cuatro mil años antes de la aparición de la escritura como tal, hemos confirmado la existencia de objetos materiales, dotados de valor simbólico y capaces de transmitir mensajes a otros individuos.

El camino del símbolo a la grafía, de la notación a la escritura, al *registro escrito* como la denomina Postgate (1992), estaba más que prefigurado y franco, aunque se tardase 40 siglos en recorrerlo. En efecto, durante el período de Ubaid, aproximadamente del 5600 al 3900 a. C. conocemos la abundante existencia de esos objetos, ya evolucionados, las *bullae* que con tanta insistencia refiere la asiriología. Inmediatas, por tanto, al arranque de la escritura, las *bullae* localizadas dentro del área de Uruk, y en especial en Susa, son pequeñas esferas de arcilla, cuyo interior contiene diversas clases de fichas, los *calculi*, o *token* para los autores británicos. Algunas de ellas recuerdan los caracteres empleados más tarde para simbolizar los números 1, 10 y 60. Otras evocan animales u objetos reconocibles de la vida cotidiana. Dentro de ellas, a su vez, es posible discriminar dos grandes grupos: en el primero, el exterior de las *bullae* lleva estampado un sello indicativo de su origen, como abunda en las tomadas de Susa; en el segundo, se añaden inscripciones equivalentes al contenido cuantificado mediante fichas en el interior. La finalidad de tan apelmazado mecanismo era manifiestamente fiscalizadora:[4] contenido y continente había de coincidir y, además, hacer lo propio con la carga transportada. Las *bullae*, pues, ponen de manifiesto la existencia y práctica social de la cuantificación, difícil y complejamente plasmada mediante procedimientos de simbolización bastante débiles, es cierto, recurriendo a recursos materiales un tanto farragosos, pero presente a fin de cuentas como categoría cognoscitiva del hombre mesopotámico ya desde esa fecha. Ese sistema de notación pervive hasta el siglo xv a. C., momento en el que, por descontado, se encontraba más que instaurada la escritura y en el que las antiguas *bullae* resultaban bastante innecesarias.

El paso siguiente, por otra parte casi obligado, sí que nos aproxima de modo fehaciente a formas abstractas y arbitrarias de notación cuantificadora. La misma información, preservando su innegociable cuota de seguridad, podía ser consignada mediante

4. Lo que no evitaba el uso de otros recursos complementarios.

inscripciones realizadas en superficie arcillosa. Una vez secada ésta, con la impronta del correspondiente sello oficial, mantenía la misma perdurabilidad que las *bullae*, pero recurriendo a procedimientos considerablemente más económicos y ágiles. Surgen así las primeras tablillas con registro gráfico que los arqueólogos de nuevo han subdividido en otros dos grandes grupos. Cierto es que están más guiados por el afán de organizar espacialmente la información que por adentrarse en la valoración de la misma, si bien, como pasaré a comentar de inmediato, las consecuencias que podemos extraer para la lingüística son considerablemente determinantes. Al final del período de Uruk, ya en las puertas del III Milenio a. C., algunas zonas, como Habuba Kabira, Godin Tepe, proporcionan tablillas con notación exclusivamente numérica. Otras, en cambio, produjeron materiales en los que las cifras convivían con signos pictográficos como los contenidos en las primitivas *bullae*. Disponemos del material y del procedimiento técnico,[5] las incisiones en arcilla, de la categoría cognoscitiva y de los elementos para cristalizarla. Todo estaba dispuesto, por tanto, para que la notación numérica y la escrita se expandiesen a través de la cultura espiritual de la antigua Mesopotamia.

Por encima de otras consideraciones más puntuales, ahora quiero subrayar que ese sistema de contabilidad, tanto en sus primeras versiones, como en sus derivaciones posteriores, para los asiriólogos arranca del Neolítico, prueba más que fehaciente de la Antigüedad del proceso que finalmente conduce al pleno desarrollo de la plasmación gráfica de las lenguas.

1.1.3.2 La evolución de la escritura mesopotámica

Si fueron necesarios cuatro mil años para alcanzar el arranque efectivo de la escritura, para depurarla y afinarla hubo de seguir un recorrido no menos prolijo. Entre los siglos XVI y XV a. C. culmina el alumbramiento definitivo del alfabeto, dentro de unas coordenadas geohistóricas que irían del Sinaí a Fenicia, ámbito que para los especialistas es conocido como «el Levante». No hay discusión acerca de

5. Aunque no será un material de uso uniforme a lo largo de todo este período. Desde Acad, en los orígenes mismos de la escritura cuneiforme, hay muestras de tablillas realizadas sobre piedra y sobre metal, por más que se trate de procedimientos al parecer esporádicos y ocasionales (Postgate, 1992: 35).

la influencia determinante que en ello ejercieron los dos grandes sistemas de notación contiguos, vinculados en tantos sentidos más allá del meramente físico: la escritura cuneiforme de Mesopotamia y el sistema jeroglífico egipcio. Esa contigüidad al parecer fue transitada con cierta asiduidad y soltura, por supuesto que en ambas direcciones, también para lo que aquí nos concierne. Conocemos tentativas de alfabetos cuneiformes en Ugarit y Canaán. Sin duda, el fenicio, el paleohebreo y el arameo son la cuna de otros tantos desarrollos alfabéticos desde mediados del I Milenio a. C. El germen no es aventurado atribuírselo a la escritura cuneiforme que, paradojas de la historia cultural, más tarde intentará baldíamente aplicárselo a sí misma, como atestiguan los alfabetos cuneiformes de Ugarit y Canaán.

Pero como he avanzado, antes hubieron de superarse múltiples etapas con lentitud, cautela y laboriosidad. Tratar de condensarlas no siempre resulta fácil ni inmediato. Las distintas aproximaciones disciplinares que se han realizado a la historia y a la cultura mesopotámicas no siempre han valorado los mismos hechos, tampoco han alcanzado conclusiones siempre coincidentes ni, por lo demás, han contemplado las mismas series de acontecimientos. Agréguese a ello que nos estamos haciendo cargo de una considerable dispersión cronológica y geográfica, así como de la provisionalidad de los datos a nuestro alcance, siempre pendientes de las eventuales modificaciones que introduzcan los hallazgos de nuevas excavaciones. Con todo, tratando de extraer el factor común de las diferentes posiciones que presenta la bibliografía, es posible establecer cuatro fases principales en el desarrollo de la escritura.

1.1.3.2.1 Fase 1. Pictografía

Los herederos más directos de los *calculi* empleados en la notación matemática de las *bullae* datan aproximadamente de la segunda mitad del IV Milenio a. C. Conforman un inmenso corpus de caracteres pictográficos, entre 1.500 y 2.000 según los especialistas, que representan aspectos diversos del cuerpo humano, los animales, la naturaleza, objetos de la vida doméstica, etc. Con ellos se construyeron textos que se iniciaban en la esquina superior derecha y continuaban en columnas verticales. Más tarde, cuando todo el sistema gire 90 grados, como veremos más adelante, también variará la orientación de los documentos, que pasarán a escribirse de izquierda

a derecha y en horizontal (Powell, 1981). Su extensión a través de todo el dominio mesopotámico resulta innegable, habida cuenta de que sus restos han aparecido en lugares tan dispersos como Uruk, Ur, Djemder-Nasr o Kish.

El alcance exacto de la pictografía, con todo, no deja de estar sujeto a cierto debate. Buena parte de los asiriólogos la consideran un requisito imprescindible para el desarrollo posterior de otras formas más abstractas de representación del componente fónico. Esa opinión se sustenta en la pervivencia de algunos sistemas de escritura, que incluso han perdurado hasta nuestros días, dotados de un fuerte componente pictográfico, entre los que de inmediato se subraya el chino.[6] Para otros (Bottéro, 1987), sin embargo, la pictografía maneja signos independientes del lenguaje. El que aparezcan formas diferentes de notación gráfica no presupondría de manera automática una capacitación lectora que parece inherente a la escritura. La competencia de «lectura» en grafía no equivaldría, desde este punto de vista, a la *lectura* del lenguaje escrito. Bottéro alude a propósito al ejemplo de las señales de tráfico, manifiestamente pictográficas, que pueden ser interpretadas sin mayores inconvenientes por conductores extranjeros que desconozcan la lengua del país que estén atravesando.[7] Otros argumentos parecen más decisivos, pues en efecto la imagen solo está en condiciones de evocar indirecta y parcialmente realidades abstractas. El pictograma de «pie» tal vez evoque la idea de «andar», pero evidentemente no puede plasmar la acción verbal «tú andas», «él andaba», etc. Con todo, entiendo que lo más sugerente en la exposición de Bottéro radica en su convicción de que una secuencia de pictogramas resulta indescifrable si no se articula sobre un conocimiento previo y comunal, sobre lo que hoy llamaríamos una base contextual enciclopédica, compartida por quienes participan en la actividad lectoescritora. Más allá del estatus último que atribuyamos a la pictografía, aunque Bottéro no llegue a pun-

6. Entre otros, cfr. Tusón (1997), Gelb (1963), Coulmas (1996), en lo que es línea prioritaria en la bibliografía.

7. El ejemplo, no por ingenioso y elocuente, deja de tener sus inconvenientes. Ese conductor hipotético está «leyendo» y, sin duda, realizando una traducción automática a una lengua oral, aquella mediante la que ha aprendido el código de circulación y sus señales. Luego, en parte al menos, el problema parece otro y radica, no tanto en que el pictograma esté desconectado de una posible reconversión a lengua natural, que no lo está, como en el isomorfismo de las convenciones que lo formalizan en distintas lenguas.

tualizarlo en esos términos, eso significa ni más ni menos que, desde buen principio, estamos constatando la enorme pertinencia de esos vasos comunicantes que vinculan texto a contexto, tal y como se ha encargado de destacar buena parte de la bibliografía con la que ha concluido el siglo xx. Si sobre el alcance real de la imagen pictográfica en tanto que transcriptora fidedigna de las lenguas caben interpretaciones como la que estoy aludiendo, en cambio no hay mayores dudas acerca de su configuración textual, acorde, por consiguiente, con parámetros organizativos universales de las lenguas, tanto en la oralidad como en la escritura posterior.

Con todo, la pictografía resultaba insuficiente para cumplir todos los cometidos comunicativos que requiere la transcripción formal de las lenguas. En plena etapa sumeria se han encontrado signos como los que contienen las tablillas de Fara y Abu Salabikh, claros indicadores verbales de persona, tiempo, modo y número. Al igual que las marcas gramaticales, los conceptos abstractos sufrirían trabas irresolubles en una notación escuetamente pictográfica. Una primera solución de compromiso trasladó la homofonía a la holografía. El verbo «dar» («sum», como es evidente carente de pictograma posible que lo represente) era sin embargo anotado a través de la imagen correspondiente a «ajo» (también «sum»).

1.1.3.2.2 Fase 2. La traslación ideográfica

Con esas premisas, sea como resultante directa de un proceso iniciado en la pictografía, sea como consecuencia de procedimientos gráficos semióticamente muy vecinos, asistimos a una segunda fase, datada en torno al año 3200 a. C., en la que ya se ha dado paso a la ideografía, recurriendo a signos derivados de las imágenes empleadas con anterioridad, pero que en todo caso los evocan muy de lejos. Margueron (1991: 405) alude a importantes condicionamientos técnicos para explicar este nuevo paso. Los pictogramas terminaban por diluirse en la arcilla sobre la que operaban los mesopotámicos, difuminando inevitablemente las imágenes, que no siempre resultaban fácilmente reconocibles. Para asegurar el trazo se introduce un elemento, el cálamo de caña, que va a ser determinante a la postre. A partir de ese momento, se realizan incisiones sobre la base arcillosa húmeda, lo que obliga a estilizar los trazos, convirtiéndolos en más lineales y angulosos y evitando las formas curvas. Surge así lo

que más tarde se denominará escritura cuneiforme, justo porque la marca de la incisión dejada por la caña es su más característico señuelo físico.[8]

Esa innovación debió influir más que poderosamente en la perceptible reducción de caracteres manejados que, finalmente, no rebasarán los 600 en el período de máximo esplendor de la escritura cuneiforme. Están, de cualquier forma, sentadas las bases para el pleno desarrollo de la escritura en el contexto de la Mesopotamia sumeria.

En el III Milenio a. C. encontramos las primeras aplicaciones de esos signos a la transcripción de fonemas. El papel desempañado por el nuevo pueblo hegemónico en el espacio comprendido entre el Tigris y el Éufrates, los acadios, sin ningún lugar a dudas es crucial y determinante al respecto. Pero antes de adentrarme en ello, no estará de más recordar que, en todo caso, los primeros testimonios de notación fonográfica proceden de Sumer, y más en concreto, de Djemder-Nasr, donde se ha localizado una tablilla con una flecha asociada a la imagen del dios Enlil. Como quiera que el objeto en sí carece de la más mínima relevancia para la iconografía teológica, solo cabe interpretarlo como una forma que alude a una palabra homófona, «ti» («vida»). Se supone, en consecuencia, que ha sido empleado para construir un enunciado que podríamos traducir como «Enlil vivifica». Por tanto, la propia escritura contenía en sí la urgencia de simplificarse y acomodarse a la fonética. Ello no deja de testimoniar, también desde los mismos orígenes, otra constante de la historia de la Humanidad, esa necesidad de acomodar la representación gráfica de las lenguas a su realidad fónica.

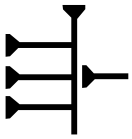
El escriba acadio, por descontado, tenía nuevas necesidades. Una lengua monosilábica y aglutinante, a la que hasta entonces había servido el sistema de notación cuneiforme, es sustituida en el repertorio funcional mesopotámico por una nueva lengua semítica, silábica y flexiva, en la que es preciso anotar también la categoría gramatical. La solución adoptada para sortear la manifiesta inadecuación del sistema cuneiforme consistirá en aprovechar el valor fónico de los signos, desvinculándolos de su contenido. Los monosílabos sumerios son empleados por los acadios para anotar fonéticamente sus sílabas, con lo que el enorme paso hacia la abstracción queda verificado. Eso, por descontado, no significa que se produzca una sustitución radical

8. Por lo general se atribuye la paternidad del término a un hebraísta de Oxford, Thomas Hyde, quien al parecer lo puso en circulación en un libro sobre Persia. Desde 1700 es el más generalizado en la bibliografía.

en la notación cuneiforme. La opción sumeria terminará imponiéndose en el transcurso de un par de centurias (Margueron, 1991: 409), aunque no por ello dejará de subsistir el sumerio, que mantendrá sus constantes pictográficas. De hecho ambas lenguas intercambiarán a lo largo de la historia mesopotámica sus recursos, bien es verdad que de manera ocasional y no sistemática.

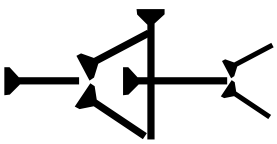
En todo caso, es evidente que este contacto lingüístico va a tener consecuencias capitales en la evolución de la escritura mesopotámica. Para empezar supuso la utilización de un mismo logograma para representar palabras bien sumerias, bien acadias.

Tusón (1997: 60) menciona a propósito el ejemplo del siguiente signo



leído *gal* («grande») en sumerio o *rabu* (también «grande»), pero ahora en acadio. Para Tusón en ello radica una de las causas de la extensión de un sistema de notación silábica ya documentado en la ciudad de Ur hacia el año 2900 a. C. Así, la antigua representación de la palabra sumeria «flecha» *ti*

tras la mencionada rotación sirvió para representar, no solo su homófona correspondiente a «vida», sino también todas las sílabas con la secuencia fónica /ti/.



1.3.2.3 Fase 3. Rotación de los signos y simplificación del sistema

Alboreando el siguiente milenio, sobre el año 2000 a. C., asistimos a otras de las grandes transformaciones del registro cuneiforme. Los

escribas fueron paulatinamente modificando su técnica de incisión sobre las tablillas. En las postrimerías del período acadio quedan pocas tablillas con la cabeza de la incisión hacia abajo o hacia la derecha. En el período paleobabilónico prácticamente ninguna. Eso quiere decir que los escribas tendieron a girar las tablillas, con lo que se produjo la consabida y definitiva rotación de 90º en todo el sistema. Ello coincide con la simplificación del número de caracteres empleados. El inventario final que establecen los especialistas está por debajo de los 1.500, de los que al parecer solo debieron ser empleados entre 500 y 600 para Postgate (1992), no más de 300 directamente evolucionados de pictogramas para Margueron (1991).

1.1.3.3 El recorrido social de la escritura en la antigua Mesopotamia

Esa nueva y trascendente destreza, la escritura, surgida de la propia dinámica social, también iba acomodándose a ella e incrementando de forma progresiva sus cometidos. Postgate (1992: 88) los ha sintetizado gráficamente como sigue, haciéndose cargo del lapso temporal que discurría desde el año 3000 a. C. hasta el final del imperio babilónico:

Cuadro 2. Incremento progresivo del repertorio sociofuncional de la escritura mesopotámica

Como vemos, tanto la administración mesopotámica como la escuela mantuvieron vínculos constantes con la escritura a lo largo de todo ese período y fueron, sin ningún género de dudas, no

solo sus principales «clientes», sino sus grandes artífices. No en vano hablamos de, respectivamente, la promotora y destinataria de la escritura mesopotámica desde sus orígenes, de un lado, y, de otro, el lugar encargado de velar por la formación de los futuros escribas.

Estoy completamente de acuerdo con Postgate (1992: 70) cuando sostiene que, además de un espejo de la vida social, la escritura fue «un ingrediente activo del sistema». Mediante ella se perpetúa información a través del espacio y del tiempo que puede ser de utilidad diversa para sus potenciales receptores, aunque tan solo sea como mero testimonio de una época. Pero también es un catalizador de relaciones sociales que regula la vida colectiva y refuerza los lazos entre los diferentes sectores que componen una sociedad. De ahí la capital importancia de su aparición en la Mesopotamia arcaica y el que, más allá de la asiriología, haya suscitado el interés de historiadores de la ciencia, antropólogos y, como es natural, también de los lingüistas. Para nosotros, a todos los ingredientes anteriores hay que agregar que la escritura aporta una huella más que seria de la existencia de un cierto saber lingüístico sin el cual resulta absolutamente inexplicable su desarrollo. No es de extrañar que este prodigioso «descubrimiento» muy pronto se propagase a otros pueblos vecinos. El influjo de la escritura cuneiforme (Tusón, 1997: 61) ha sido algo más que palpable sobre elamitas (Susa, dentro de Mesopotamia), hititas (Turquía), cananeos (Ugarit, hoy Ras Samra en Siria), Persia (dinastía Aqueménide, 556 a 530 a. C.); así como sobre Pakistán, India y Egipto (Postgate, 1992: 74).

1.1.4 El sistema escolar mesopotámico y las enseñanzas lingüísticas

La escritura estaba en la base del sistema escolar mesopotámico, primariamente concebido como un centro de adiestramiento técnico en el desarrollo de pericias necesarias para acometerla, si bien más tarde terminaría convirtiéndose en un verdadero núcleo de transmisión de los saberes de la época, entre los que Kramer (1963: 41) incluía los de «índole […] gramatical o lingüística». No debió ser otro el destino de las tablillas de la biblioteca de Nínive compilada por Assurbanipal (669-630 a. C.), entre las que se ha registrado un lote de 200 ejemplares que hubieron de haber sido destinados a la actividad escolar de los futuros escribas. Esa tarea formativa dio ori-

gen al uso, presumiblemente regular y sistemático, de herramientas que presuponen un evidente grado de madurez lingüística, o cuando menos de reflexión implícita sobre la actividad lingüística. Desde luego, existían listas de términos, como las encontradas en los restos de Uruk, hacia el III Milenio a. C., que parecen especialmente destinadas a cometidos nemotécnicos. Mediante ellas, dada su sistematicidad temática, era más fácil instruir a los aspirantes a escribas, sobre todo en la memorización de información gramatical, léxica y fraseológica. De esa manera contamos con un ancestro de los diccionarios ideológicos, testimonio de un evidente saber lingüístico implícito, y a la vez fuente del conocimiento mesopotámico sobre pájaros, insectos, piedras, minerales e incluso sobre otras regiones y civilizaciones coetáneas. El predominio acadio incorporó una segunda clase de obras léxicas, destinadas en esta ocasión a ejercer de diccionarios bilingües que facilitasen una aproximación fidedigna a los textos sumerios. Del yacimiento de Nínive también procede un diccionario bilingüe sumerio/acadio, más formal, y unas 100 tablillas que traducen textos religiosos del sumerio al acadio. Conviene no perder de vista el detalle, en verdad determinante, de que la religión mesopotámica continuó siendo básicamente sumeria durante todo el período y que, en consecuencia, aun durante el predominio político de Acad, la lengua sumeria tenía cometidos sagrados que justifican sobradamente la aparición de diccionarios como los que estamos comentando. Nos adentramos de pleno dentro de lo que en la actualidad conocemos como situación diglósica, también modernamente originada en algunas ocasiones por cuestiones de índole religioso semejantes a las comentadas.[9] Similar carácter diglósico denotarían las variedades del acadio conocidas como *eme-sal* y *eme-ku*. No es posible determinar si eran dialectos geográficos o sociales (religiosos, en este último caso), pero sí que parece confirmado que había plena conciencia sociolingüística al respecto. Hacia el año 2000 a. C. encontramos otra manifestación diglósica en el uso del sumerio logográfico para los textos legales y literarios, frente a las cartas y la literatura reservadas para el acadio.

9. Ese sería el caso del árabe coránico, variedad científica y religiosa del mundo islámico, frente al árabe estándar y dialectal reservado para otros usos comunicativos, tal y como aparece en la clásica formulación del concepto de diglosia propuesto por Ch. Ferguson en *Word* (1959) en un artículo de título tan escueto como significativo, «Diglossia».

1.1.5 Facultades lingüísticas y cosmogonía mesopotámica

La capacidad lingüística, la palabra, estaba dotada de un papel con llamativa relevancia en la cosmología mesopotomática. Del Mar, origen último de todas las cosas, habría surgido una Montaña cósmica compuesta por Cielo y Tierra que, personificados en macho y hembra, engendrarán al dios del aire, Enlil. Este último será el encargado de separar el Cielo de la Tierra, para a renglón seguido proceder a dotar de nombre al Hombre y su entorno. Desde ese momento la palabra se convierte en el elemento motriz de la actividad divina. Al dios creador le bastaba con tener un plan y pronunciar su nombre para que lo previsto cobrase existencia propia. Así, la vida humana se convertía en un gran mosaico semiótico, repleto de designios, signos y escrituras divinas que los sacerdotes se encargaban de descifrar en su calidad de traductores de la voluntad divina. Ese poder divino de la palabra, esa equivalencia entre el nombrar y el crear, para Kramer (1963: 108) se traslada analógicamente a las competencias del monarca mesopotámico, igualmente facultado para llevar a cabo sus designios mediante el uso y transmisión impresa de la palabra. No en vano Nabú, hijo de Marduk, rey de los dioses, habría sido el creador de la escritura, incluida entre los saberes a disposición del hombre por donación divina.

1.2 Egipto

1.2.1 Cultura, sociedad y ciencia en el antiguo Egipto

El mítico Egipto de los faraones aporta la siguiente página de estos primeros balbuceos de la historia de la lingüística, un tanto a caballo entre la reflexión lingüística propiamente dicha y un cúmulo de saberes próximos e indudablemente cargados de sugerencias para el historiador de la ciencia del lenguaje. En no pocos aspectos, además, Egipto mantiene una más que notoria continuidad respecto de la Mesopotamia comentada en el capítulo anterior, tanto en lo concerniente a una configuración política que lo convertirá en uno de los grandes imperios de la Antigüedad, como en lo referente a la base cultural que comparten en no poca medida, así como en ese primer gran indicio de vitalidad lingüística que fue la escritura.

Los antiguos egipcios nos han legado algunos inventos ciertamente decisivos como la rueda, el barco de vela, la balanza o el telar; todos ellos indicio de un desarrollo técnico, notabilísimo en su tiempo, sustentado en avances en el conocimiento no menos significativos, entre los que descollarán los médicos. Sin abandonar por completo los rituales mágicos, los egipcios de aquella época contaron con una medicina muy racional, hasta el punto de que hay documentadas prácticas quirúrgicas hacia 2500 a. C. para las que debió existir una formación sacerdotal específica, tal y como presumía Dampier (1972: 37). Hasta tal punto parecen sólidos los conocimientos médicos de los egipcios, que en nuestros días sigue ubicándose el arranque de la medicina científica en el *Papiro de Edwin Smith*, fechado hacia 1600 a. C., documento que contiene 48 casos quirúrgicos, entre los que figuran traumas encefalocraneanos, espinales, de clavícula, de reducción de mandíbula o de sintomatología, tratamiento y pronóstico de otras fracturas (Krivoy, Krivoy y Krivoy, 2002).

Todo ello discurrió en el seno de una sociedad nucleada en torno a la figura central del faraón, eje de una trabada red administrativa-funcionarial, política y militar, siguiendo por tanto la estela histórica trazada entre los mesopotámicos.

1.2 La escritura

Como en Mesopotamia, entre esas coordenadas la escritura estaba llamada a desempeñar un papel igualmente determinante, no

solo en la conformación de ese tejido social sino, y sobre todo, en su funcionamiento. Los primeros documentos escritos procedentes del antiguo Egipto están fechados en torno al año 3000 a. C., esto es, unos 300 años después que las primeras muestras obtenidas en Mesopotamia. No es de extrañar, pues, que una primera hipótesis sostenga una suerte de filiación de la escritura egipcia respecto de la mesopotámica, abonando así una explicación monogenética para el origen de la escritura, al menos en esos dominios geográficos. La hipótesis es atractiva y, en principio, podría sustentarse en hechos históricos que apuntan en esa dirección, como la existencia de rutas de caravanas comerciales que unieron ciudades como Uruk, Babilonia, Palmira, Damasco, Tiro y Gaza con Menfis y Tebas. Sin embargo, el cotejo de los sistemas gráficos empleados en ambos lugares no anima a proseguir por ese camino, habida cuenta de que las semejanzas gráficas son mínimas («buey», «casa», «pez» y «hombre» apunta Tusón (1997: 66). Además, como es obvio, se trata de semejanzas, en todo caso, fácilmente explicables por coincidencias contextuales. Cualquier representación pictográfica ha de ser equivalente si remite a una misma realidad, con independencia de que el origen de los sistemas gráficos de representación sea común o no. Máxime si pensamos en la proximidad contextual, en todos los sentidos, de las realidades entre las que surgen esos sistemas de escritura. Ello conduce a la hipótesis contraria, como suele suceder, que postularía la completa independencia de ambos alfabetos. Sucede, en todo caso, que la escritura egipcia contiene algunos detalles en verdad sorprendentes que hacen dudar también de esta segunda suposición. Los testimonios de los que disponemos muestran una escritura sólidamente configurada y sistematizada desde el principio, sin etapas de evolución tan marcadas como las conocidas en Mesopotamia, además de que esa escritura muestra también una profunda combinación de caracteres pictográficos y silábicos. Por ello parece razonable pensar con Tusón (1997: 67) en una hipótesis intermedia que admita parte de herencia mesopotámica adaptada a las particularidades de la lengua y el mundo egipcios. Esa herencia, en el grado que sea, parece incuestionable, toda vez que sí está documentada una fase inicial de escritura egipcia que acude a técnicas cuneiformes y que, en consecuencia, solo puedo ser importada de la contigua Mesopotamia.

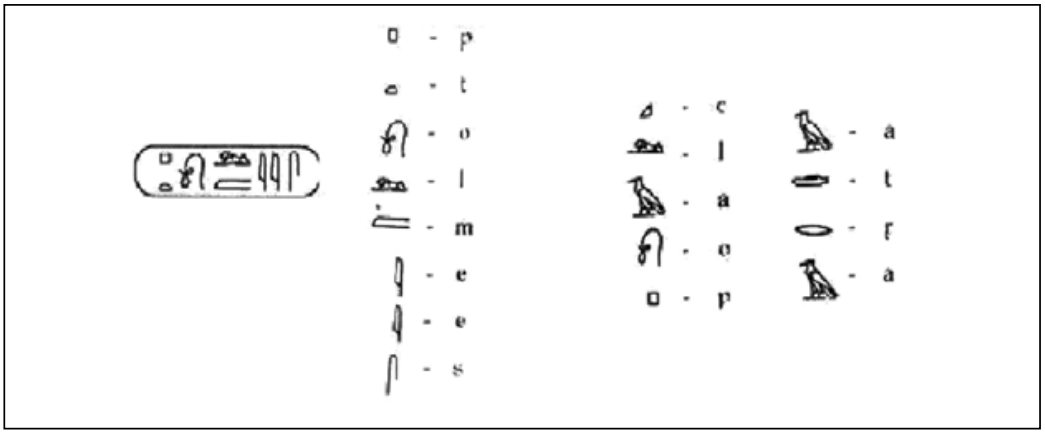
En cualquier caso, parece haber otras causas para explicar la singular homogeneidad de la escritura egipcia. No en vano la hemos recibido con el nombre de «jeroglífica», designación mediante la que los antiguos

griegos aludieron al carácter sagrado de la misma. Quizá esa sea la causa de que, a pesar del largo período temporal que ocupa, de 3000 a. C. a 394 d. C., se mantuviese prácticamente constante e inalterable.

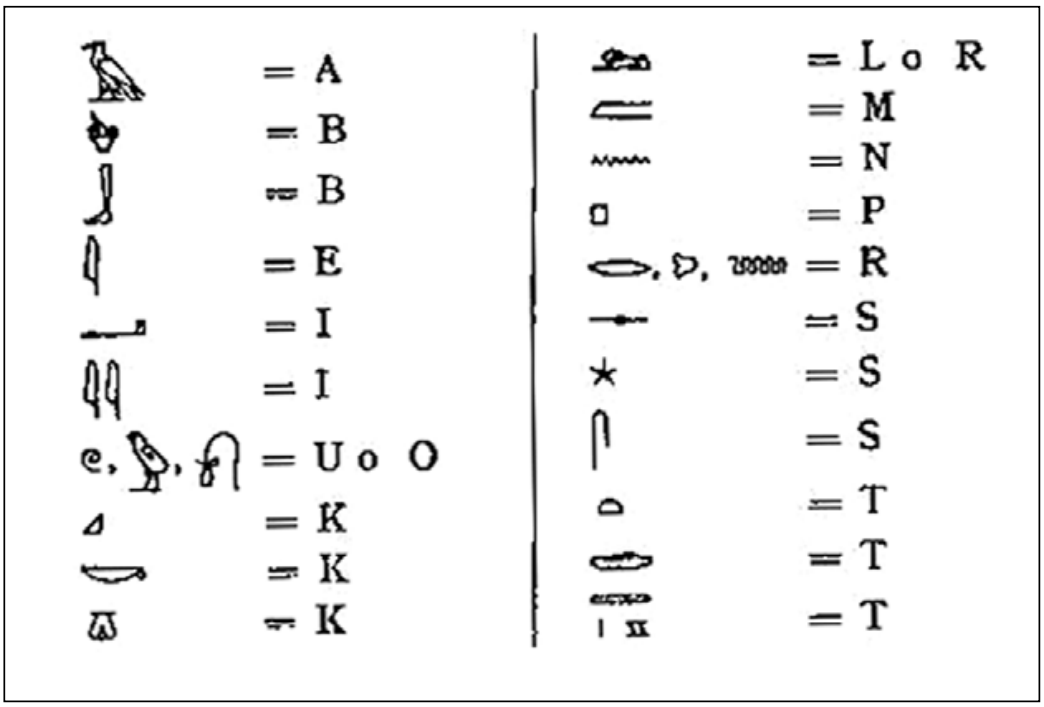
Técnicamente esa escritura se desarrolla denotando de nuevo un evidente espíritu de acomodación al entorno. Casi de inmediato se abandona la opción cuneiforme, para acudir a un recurso tan abundante y cotidiano en las riberas del Nilo como era la planta del papiro. De ella se forjaban múltiples objetos en la vida de los antiguos egipcios (cuerdas, cestos, vendas, pequeñas embarcaciones), encomiendas a las que se agregaba ahora el soporte material de la escritura. Pertinentemente tratada, permitía formar un tejido que conservaba la pigmentación de la tinta roja y negra empleada por los antiguos egipcios, siendo además de fácil transporte y difusión.

Como en Mesopotamia, ahí, en la escritura, reside el gran testimonio del saber lingüístico desarrollado en el antiguo Egipto (Cerný 1996: 5051, Mounin, 1967). Su práctica obligaba, de un lado, a separar textos en oraciones y palabras y, de otro, a desarrollar una notable pericia fónica. A pesar de que no terminaran de perfeccionar un alfabeto plenamente fonético, en la combinación de ideogramas (palabras completas) y fonogramas (sonidos) discriminaron 24 formas sonoras. Esos valores fónicos fueron conocidos gracias a la llamada piedra Rosetta que, aunque descubierta en 1799, fue finalmente descifrada por F. Champollion entre 1822 y 1824.

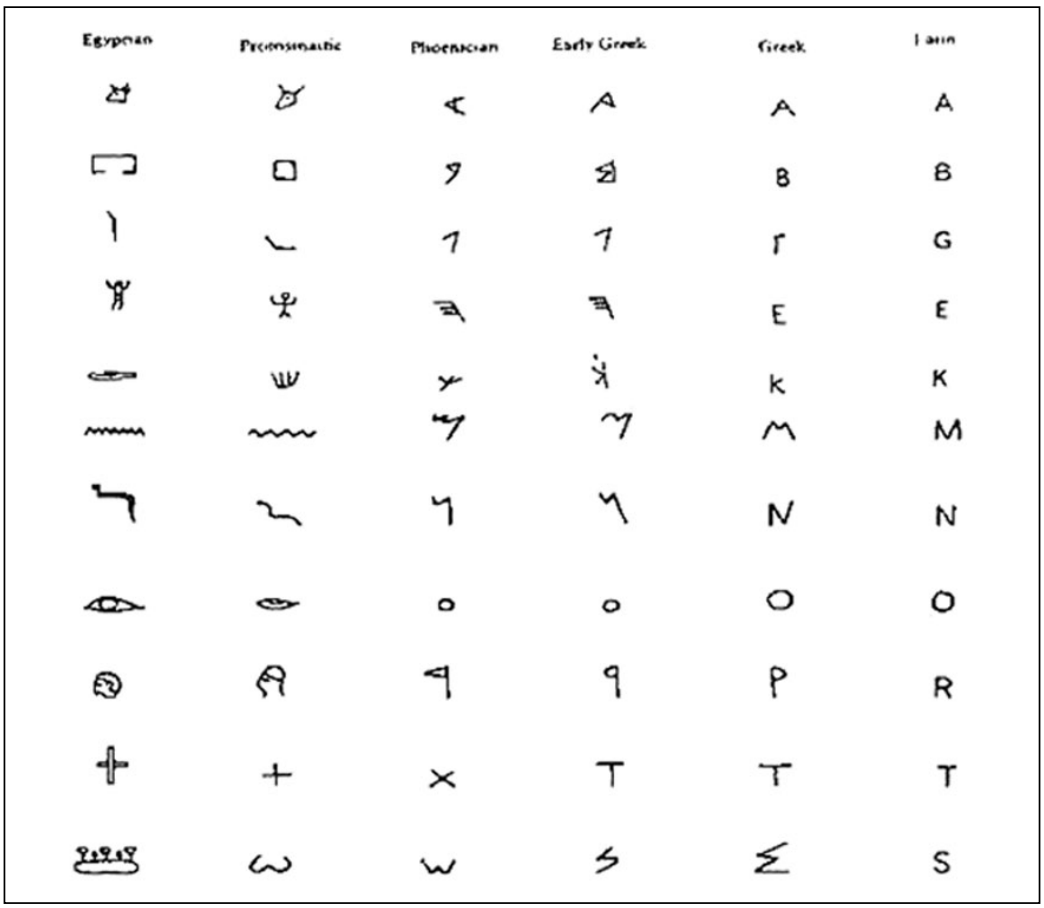
A continuación el cuadro 3 recoge la interpretación de jeroglíficos correspondientes a los nombres de «Ptolomeo» y «Cleopatra». El cuadro 4 muestra la interpretación completa del cuadro de sonidos que transcribió la escritura jeroglífica y el cuadro 5 las posibles líneas evolutivas desde la escritura egipcia al latín (Tusón, 1979: 70-79).



Cuadro 3. Transcripciones de las palabras «Ptolomeo» y «Cleopatra»



Cuadro 4. Asignación de valores fonéticos para los signos egipcios según Champollion



Cuadro 5. Evolución de los sistemas gráficos del lenguaje jeroglífico al latín

La escritura egipcia estaba dotada de valor sagrado, habida cuenta de que escribir el nombre de una persona le aseguraba la inmortalidad. En el terreno humano, fue depositaria de un amplio abanico de funciones sociales, entre las que no faltaron actividades especialmente institucionalizadas para ella en el marco de la estricta organización administrativa egipcia. Esos cometidos, en todo caso, trascendieron los meros dominios administrativos y penetraron en casi todas las facetas de la vida social. Joyas, pequeños recipientes, ánforas e inscripciones en templos y tumbas propiciaron otras tantas ocasiones para ejercerla, tal y como testimonian los materiales compilados por los arqueólogos.

La propia forma de la escritura pareció especializarse en esos amplios cometidos que se le tenían reservados. Manteniendo la unidad formal que hemos referido, contamos con tres estilos principales de caligrafía egipcia (Tusón, 1997: 68):

1. La *jeroglífica*, reservada para funciones religiosas y monumentales.
2. La *hierática*, similar a la jeroglífica pero más rápida, se generalizó a partir de 2500 a. C. y fue la consignataria de los usos administrativos y religiosos.
3. La *demótica*, introducida más tardíamente hacia el siglo VII a. C. se empleaba para los negocios y para usos domésticos. En ella difícilmente se reconocía su origen pictográfico.

Cuadro 6. Formas de caligrafía jeroglífica. (Fuente: Tusón, 1997: 68)

Como sucediera también en Mesopotamia, existían escuelas consagradas al adiestramiento de los escribas, así como archivos con documentos antiguos, para los que se supone que hubo de desarrollarse un conocimiento histórico y comparativo embrionario (Cerný, 1996: 51). Es más que probable que ello originara una presumible diglosia, reservando una variedad clásica para los registros elevados frente a otra más evolucionada que, alejada de la solemnidad formal, cabría atribuir a la comunicación ordinaria. Del mismo modo, la intensa actividad diplomática desarrollada en el antiguo Egipto hubo de promover la formación de traductores e intérpretes.

Todo ello, desde luego, constituiría un potencial y vasto caldo de cultivo para el desarrollo de un pensamiento lingüístico más formal, hipótesis que Cerný (1996: 51) no descarta que vayamos confirmando a medida que desvelemos parte de la documentación todavía desconocida acerca del antiguo Egipto.

1.2.3. Las cuestiones lingüísticas en la teogonía egipcia

He apuntado más arriba que la escritura tenía un valor sagrado verdaderamente significativo en el sistema de creencias egipcio, en tanto que garante de la inmortalidad. No va a ser, con todo, el único vínculo que encontremos entre sus creencias religiosas y la actividad lingüística.

Los egipcios parece que poseían lo que Dampier (1972: 37) ha llamado una *teogonía positiva*. Frente al tremendismo de las fustigadoras divinidades mesopotámicas, los dioses egipcios eran concebidos en términos enormemente creativos y auspiciadores del progreso humano. Los antiguos egipcios estaban firmemente convencidos de que sin la ayuda divina, por sí solos, habrían sido incapaces de desarrollar un saber mínimamente digno o de descubrir cosas como el habla o la escritura. Entre las deidades más positivas de la cosmogonía egipcia ocupaba lugar de especial mención Thot, dios lunar encargado de medir el tiempo, contar los días y registrar los años. En lo que a nosotros nos concierne Thot no sólo había sido el inventor de la escritura, sino que, como gran rey de la palabra y bibliotecario universal, estaría encargado de transmitir el don de la pericia lingüística a los hombres. No debió ser el único mito que circulara en el antiguo Egipto. Ya Heródoto refería en aquel lugar la leyenda de Psamético acerca de dos niños que, habiendo crecido entre cabras,

a los dos años gritaron «*bekos*», «pan» en frigio, lo que de paso sirve para ilustrar la omnipresencia de la preocupación que ha tenido el ser humano por explicar el origen del lenguaje.

1.3 Israel

El *Antiguo Testamento*, el libro sagrado que la tradición hebrea comparte con la cristiana, ha solido ser referencia habitual entre quienes han estado interesados por el lenguaje y su realidad, bien es verdad que desde perspectivas históricas sustancialmente distintas. Durante siglos, al par que dogma de fe, y en gran medida debido a ello, se atribuyó a la *Biblia* una explicación literal del mundo y, por consiguiente, también de los hechos lingüísticos. De ese modo llegó a ejercer como criterio demarcador de verdad: todo lo que se apartaba en algún grado de su contenido –y, en especial, de su lectura canónica– era considerado, además de erróneo, automáticamente también herético. Desde un escueto punto de vista científico, como es fácil imaginar, tal proceder aportaba una contribución prácticamente nula al progreso del conocimiento sobre el lenguaje humano. Esa praxis, por lo demás no privativa del cristianismo, ha solido producir conocidos y significativos desajustes entre ciencia y religión, algunos tan espectaculares como el que, todavía en nuestros días, proscribe la teoría evolucionista de Darwin en numerosas comunidades de la Tierra, todas ellas amalgamadas en torno a un mentalidad ultrarreligiosa, con independencia de la tintura específica de la misma. En todo caso, la subordinación de la razón científica al dogma religioso, al margen de su licitud, no deja de ser un dato psicosocial, con indudable peso a la hora de evaluar las teorías científicas. De una parte, explica las posturas últimas que adoptarán algunos autores que, con irreprochable solvencia científica en su tiempo, finalmente no pudieron evitar ser también creyentes, igualmente conforme a los parámetros vigentes en cada época. La discusión sobre el origen del lenguaje humano por lo general ha desembocado en un último peldaño divino para encontrar su demiurgo definitivo. De otra, calibra en su justa medida la ruptura implícita que conllevaba adentrarse por otros derroteros, alejarse de la lectura religiosa para proponer esquemas autónomos, desprovistos de cualquier clase de poso confesional, discriminando la esfera racional del conocimiento

de la emocional que correspondería a la fe. Quienes procedieron así no necesariamente fueron antirreligiosos, ni tan siquiera arreligiosos, sino que simplemente discriminaron dos caminos, uno correspondiente a la fe, otro a la razón científica. Excuso recordar que tal deontología profesional nunca fue admitida, o cuando menos tolerada, por la Iglesia Católica. Entre los cometidos de la Inquisición, también figuraba la reconducción de científicos descarriados, como ilustra el prototípico caso de Galileo.

Con el tiempo, sin embargo, el *Antiguo Testamento* ha sido objeto de lecturas laicas que, en lo concerniente a la historia de la lingüística, han subrayado dos aspectos fundamentales: en primer lugar, el testimonio de una sociedad que maneja determinadas pericias lingüísticas, que ha socializado un saber instrumental del lenguaje y que incluso muestra una depurada consciencia sociolingüística; para de inmediato constatar asimismo la existencia de mitos vinculados con algunas de las grandes cuestiones sobre el lenguaje y las lenguas, mitos que en el fondo no dejan de comportar una respuesta a una inquietud sobre el lenguaje, lo suficientemente arraigada como para iniciar esa búsqueda intelectual.

En relación al primero de estos últimos epígrafes, el vinculado a las pericias lingüísticas que pueden seguirse a través de *La Biblia*, suele recordarse la supuesta rémora dialectal que entorpecía a las tropas hebreas cuando maniobraban ante las murallas de Jericó. Lo cierto es que tal pasaje no deja de ser uno de esos tópicos de origen indescifrable, que nunca termina de saberse bien por qué, recorre con total libertad los manuales de una disciplina, casi como una apelación consabida. Ello, en todo caso, no garantiza, siempre y sistemáticamente, que se atenga a la literalidad de los hechos, o que realmente destaque lo auténticamente relevante. En el relato sobre el cerco de Jericó lo que destaca es la palabra divina, iluminando una singular estrategia militar, organizada en torno a siete sacerdotes que hacen sonar otras tantas trompetas durante el mismo número de días, rodeando la ciudad, hasta someterla conforme al plan trazado por el mismísimo Dios hebreo. Esa comunicación directa y efectiva entre la divinidad y su pueblo, de hecho, es una de las grandes constantes del *Antiguo Testamento* que atestigua, más que una concepción determinista de la existencia humana, una visión iluminista de la misma. A diferencia de otros pueblos de la Antigüedad, forzados a interpretar los designios divinos a través de signos o indicios de naturaleza diversa, los hebreos van a recibir continuas indicaciones de

Yahvé, merced a un flujo continuo de comunicación sin intermediarios. Ello más que probablemente respondía a la convicción de ser el pueblo elegido por Dios, el depositario de su voluntad plasmada en un corpus jurídico-teológico: *Los Diez Mandamientos*.

La cotidianidad lingüística, en cambio, sí aparece de manera menos forzada en otros pasajes bíblicos, no solo por la presencia de aquellos traductores e intérpretes que ya figuraban en la nómina de figuras comunes a todas las civilizaciones arcaicas, sino en otros detalles que, en términos generales, atestiguan una conciencia efectiva sobre el uso social de las lenguas. En el *Libro de Esther,* el rey Asuero ordena escribir a favor de los judíos y sellar los documentos con el anillo real, para así evitar que el texto fuera revocado. Una vez más, asistimos a un nuevo capítulo del determinante valor que tuvo la escritura real en aquellas civilizaciones, fuertemente ritualizada, como sabemos desde Mesopotamia.

Tampoco faltan algunos intentos esporádicos de explicación etimológica, cuyo valor último no reside en su grado de certeza o incerteza. En sentido estricto todo el trabajo etimológico previo al siglo XIX es más especulativo que otra cosa, dado que carecía de un conocimiento mínimo acerca del parentesco y la evolución histórica de las lenguas. Como veremos al hablar de la lingüística griega o de la etapa medieval, tan cuestionable proceder etimológico sin embargo podía cumplir significativos cometidos, incluso más allá de la lingüística. No parece ser exactamente el caso de la tradición bíblica que, de todas formas, sí subraya la universalidad de esa preocupación en cuanto que inquietud antigua y extendida del Ser Humano por conocer y poder explicar de dónde procede el sentido de las palabras.

Con todo, los mitos han sido la principal fuente de interés para la historia de la lingüística que aporta la *Biblia*. Desde el mismo libro del *Génesis* el nombrar las cosas tiene un alto valor teológico. Es Dios creador quien se encarga de dotar de nombre a las realidades primarias que rodearán al individuo como el día, la noche, el cielo, la tierra o el mar. Adán, creado a imagen y semejanza de Dios, también se convierte en señor de las cosas procediendo a nombrarlas. Para Cerný (1996: 56) el mito de la creación va a tener una repercusión decisiva en todas las teorías elaboradas por lingüistas de inspiración cristiana que han concebido, desde planteamientos evidentemente idealistas, la lengua como algo único y sobrenatural.

Más interesante parece el mito de la *Torre de Babel*. Conforme al texto bíblico, la osadía de los hombres los llevó a tratar de construir una torre para alcanzar a Dios. Para desbaratar ese plan insensato, la divinidad esgrimirá un arma sutil, pero tan eficacísima como hacer que los constructores de la Torre hablen lenguas distintas, con lo que resultará imposible intercomunicarse, y en consecuencia, coordinarse para llevar a cabo tal empeño. El mito de Babel se convierte así en la primera explicación conocida sobre la diversidad lingüística que, implícitamente, acepta un origen monogenético del lenguaje humano. El mito, por lo demás, parece que formó parte de una honda tradición oriental, pues también lo recoge el *Cantar de Gilgamesh* mesopotámico. En cualquier caso, particularmente me llama la atención otro aspecto no tan habitualmente subrayado por la bibliografía, que tampoco entra en contradicción con la anterior lectura. Además de la diversificación lingüística, pone de manifiesto una extraordinaria consciencia acerca de la naturaleza societaria del lenguaje. El dios de los antiguos hebreos no recurre a ninguna suerte de espectacular castigo celestial, sino que simplemente desbarata los planes humanos impidiéndoles su organización social, para lo cual el lenguaje resulta la herramienta imprescindible e inevitable.

Pero Babel tampoco fue la única explicación para la diversidad lingüística recogida en el *Antiguo Testamento* ni, por descontado, la única ocasión en que un texto bíblico supuso consecuencias de envergadura estimable en el pensamiento occidental. Sin salirnos del *Génesis*, al abordar el catálogo de las naciones conocidas se acude a la descendencia de Noé y sus hijos, vértice cada uno de ellos de los pueblos del mundo. En concreto, los hijos de Jafet se habrían expandido a través de las naciones marítimas, «cada una con su lengua, sus clanes y sus nacionalidades». Ese mismo procedimiento se seguirá con los hijos de Canaán, Arpaxad, etc. En *Moisés* la incomunicación con otros pueblos se convierte en un amenaza divina, mientras que en *Nehemías* se prohíben los matrimonios con extranjeras, entre otras cosas, porque ocasionan que sus descendientes desconozcan la lengua hebrea. Una vez más nos interesa el valor documental y la ideología subyacente en los argumentos desplegados en todos estos pasajes. Por descontado que, máxime a la luz de la moderna lingüística aplicada, sabemos que es absolutamente falaz atribuir a los matrimonios mixtos la pérdida sistemática e inexorable de competencia lingüística en alguno de los idiomas familiares. Para que ello suceda deben intervenir otros factores, externos a la mecánica comunicativa

familiar. Por el contrario, es perfectamente factible, incluso habitual, que de un matrimonio mixto surjan hablantes bilingües, con competencia plena en más de una lengua. Claro que asuntos de esta índole tampoco es que preocupasen en exceso al autor, o autores, de los textos bíblicos. La cuestión bilingüe es simplemente una excusa para repudiar las uniones con mujeres extranjeras. Párrafos más arriba, en el mismo texto, se recordaba que:

> «Aquel día, se leyó el libro de Moisés en presencia del pueblo, y en él se encontró escrito: "El amonita y el moabita no entrarán jamás en la asamblea de Dios, porque no acogieron a los israelitas con pan y agua, sino que contrataron contra ellos a Balaám para que los maldijera, pero nuestro Dios cambió la maldición en bendición. Cuando escucharon la Ley, separaron de Israel a todos los mestizos"».

Por tanto, las cuestiones lingüísticas son puestas a disposición de otros intereses, políticos y religiosos en esta ocasión, como por lo demás sucederá a lo largo de la historia en innumerables ocasiones. Ello no impedirá que, además, tenga sus consecuencias indirectas sobre la mentalidad lingüística de generaciones y generaciones que siguen venerando el *Antiguo Testamento*. El dogma político-religioso termina desarrollando una ideología monolingüe, en función de la que el estado natural del Hombre selecciona un idioma, y solo uno, mediante el que se identifica y socializa con los demás.

1.4 La India

En el corazón de Oriente, la India desarrolla una de las más florecientes civilizaciones de la Antigüedad. Desde época muy temprana aporta ya una sólida contribución a la historia del pensamiento de difícil parangón entre sus coetáneos. Hacia el siglo XVI a. C. se inicia la composición de textos védicos escritos en sánscrito, llamados a convertirse en un indiscutible referente religioso, al que más tarde a partir del siglo V a. C. se incorporarán obras sobre meditación y conducta, las *brahmana* y las *upanishada*.

El núcleo fundamental de las creencias budistas, con su indiscutible impronta ética, queda por tanto fijado desde esa época, disponiendo además de un sólido corpus escrito. En sentido estricto, el bu-

dismo no renuncia a todo utilitarismo, sino que más bien se conduce por parámetros sustancialmente distintos de los occidentales. Lo útil, dicho *grosso modo*, en la concepción budista es todo aquello que contribuye a la salvación, concebida como el camino recorrido por todo ser humano para alcanzar la cesación del sufrimiento. Como escuela de pensamiento, preconiza una visión de la totalidad, una perspectiva sintética que renuncia a la conceptualización aislada de los problemas para, en cambio, enmarcarlos en un todo más global, frente al que se proponen lecturas diversas sobre el mismo. Dichas lecturas no entran en contradicción con otras divergentes. Muy al contrario, en última instancia se complementan, forjando así una suerte de visión múltiple del acontecer en la que se diluye la personalidad individual en favor de una interpretación de conjunto. Esa actividad, en todo caso, es entendida como una vía para superar la miseria de la condición humana. Nada de ello implica renunciar al saber en términos estrictos. Sí, en cambio, preconiza una perspectiva muy distinta de la occidental acerca de qué merece la pena saberse y del alcance vital último de ese conocimiento del mundo. Como sintetizara M. Hiriyana, uno de los padres del jansenismo que florece junto al budismo al principio de la Era Cristiana, «no vivas para conocer, mas conoce para vivir».

Como es fácil suponer, desde esas premisas el saber más especulativo desarrollado en Occidente no encuentra fácil e inmediato parangón en el mundo hindú. No así otras formas de conocimiento, ya sea en los dominios ético-filosóficos entre los que se desenvolvió ese pensamiento, ya en determinados ámbitos que pudieran ser gratos a esa bonhomía consustancial a la mentalidad hindú. Desde luego, la medicina de cuyo alto grado de pericia desde antiguo se hacía eco Dampier (1972), respondía perfectamente a esos requisitos, por cuanto constituye una práctica piadosa encaminada hacia la paliación del sufrimiento propio y ajeno.

Sería demasiado ingenuo suponer que el conocimiento lingüístico, sin otras matizaciones, pudiera desempeñar un papel similar al de la medicina dentro de esas coordenadas. Pero no deja de ser cierto que algunas clases de conocimiento lingüístico conllevan un relativo hálito de utilitarismo dentro de esos parámetros, cuando menos para propiciar el acercamiento a los textos de los maestros de la verdad que proporcionan orientaciones religiosas. Quizá por ello en la antigua India sí existió una nítida reflexión lingüística –o, mejor, gramatical– que cristaliza en el *Astadyayi* de Panini. Su datación exacta es todavía hoy objeto de debate, pero podemos situarla entre los siglos IV y

VII a. C. Estamos, pues, en un momento en el que el sánscrito ya había iniciado un fehaciente proceso de mortandad lingüística, a pesar de haber sido la lengua depositaria del saber hindú. Intentar describir su fonética y su gramática no carecía, antes bien todo lo contrario, de un interés social primordial para acceder a esa producción filosófica y teológica. Desconocemos si Panini representa un momento culminante, y sobremanera preclaro, de esa actividad lingüística o si, por el contrario, es obra del azar el que su contribución nos haya llegado indemne al tiempo presente. En cualquiera de ambos casos, es evidente que se inscribe dentro de una tradición ostensiblemente más prolija, ya que, como recuerda Cerný (1996: 62), el propio Panini menciona 68 precursores. También parece incuestionable que tuvo una acogida excelente, como se desprende del hecho de haber sido tratada por diversos autores posteriores como Patandzhali en *Mahabhasya (Gran Comentario*); cuestión más que significativa, pues no parece ser solo una gramática escolar, sino que debió ser pensada como una obra para ser debatida entre los especialistas (Robins, 1967: 139). Su repercusión también fue notable, convirtiéndose en el gran modelo que seguirán otras gramáticas como la del *Tolkapiyán* (hacia el siglo II a. C., lengua dravídica del sur y centro de la India).

El *Astadyayi* es, formalmente, un conjunto de *sutras* –unos 4000– sobre cuestiones gramaticales de la lengua sánscrita. Los sutras son aforismos, comentarios breves y sincréticos, conectados unos con otros, aspecto este último que propicia la memorización de los conocimientos que transmiten. En cuanto a sus contenidos, destacan sus observaciones fónicas y gramaticales, así como algunas reflexiones generales acerca del lenguaje.

La fonética por la que opta el *Astadyayi* es fundamentalmente articulatoria. Los hindúes fueron capaces de distinguir entre segmentos consonánticos y segmentos vocálicos, separando el *svara* y el *kshara*. El primero se correspondería con la unidad mínima equivalente a una vocal que se modifica por roces en el canal bucal. El segundo serían unidades mínimas capaces de ser pronunciadas y oídas, compuestas por un *svara* y otro sonido; esto es, una sílaba con vocales y consonantes. De hecho, este análisis fonético se correspondía con un alfabeto silábico conformado según el modo y el punto de articulación de los sonidos. El alfabeto sánscrito consta de 36 caracteres que siempre unían una vocal y una consonante. Mediante signos superiores, inferiores o laterales se marcaban las diferencias vocálicas para conformar sílabas distintas. Por último, disponían

de algunos caracteres particulares para sílabas consonánticas como *nkra*, *tra* o *ktra*. Los gramáticos hindúes también fueron capaces de reconocer los procesos articulatorios intra y extrabucales, llegando a establecer una clasificación de los sonidos basadas en las parejas sordo/sonoro, aspirado/no aspirado y nasal/no nasal. Así pues, encontramos un sistema ortográfico considerablemente trabado que, al menos en apariencia, respondía con solvencia a las principales características del componente fónico que había de transcribir. Cerný (1996: 62) sugiere que ese saber fónico hindú se correspondía con una singular organización de la escritura, en los términos que acabamos de comentar. Lo que nos lleva a pensar que esa pericia lectoescritora, tan desarrollada y evidentemente sustentada en conocimiento fónico, es difícil que se hubiera desarrollado de manera aislada. Más bien cabe conjeturar que debió formar parte de un saber lingüístico general en la antigua India, dentro del que la escritura y el sanscritismo debieron ser dos de sus más destacadas manifestaciones, aunque probablemente no las únicas.

Con todo, ha sido el apartado gramatical del *Astadyayi* el que más ha llamado la atención de la bibliografía, no solo por la sistematicidad con que está desarrollado, sino por las notables intuiciones que allí se dan cita. Panini discriminó una morfología en torno a tres elementos, la raíz, el sufijo y las desinencias. En virtud de ello estableció otros tantos procedimientos para la composición de palabras:

1. Los *dvanda*, composiciones de carácter copulativo equivalentes al proceso que en español ilustraría la palabra «claroscuro».
2. Los *tatpurusha*, determinativas, subdividas a su vez en
   - *Karmadharaja*, en los que el determinante está coordinado con la determinación como en el ejemplo español de «malapata».
   - *tatpurusha* propiamente dichos, caso ahora de «metalografía»
3. Los *bahuvrihi*, que serían composiciones exocéntricas en las que los elementos que intervienen en ellas remiten a un tercero: «ojinegro», «manicorto», etc.

En cuanto a las clases de palabras distinguió entre sustantivos, verbos, preposiciones y partículas. Cada una de ellas estaba especializada en cometidos sintácticos propios. La sintaxis de Panini gira

en torno al verbo, en tanto que núcleo oracional, especificado en persona, número y tiempo. Los restantes miembros de la oración serán determinados de acuerdo con la relación mantenida respecto del verbo. Así, el sustantivo es el agente de la acción, etc. De ese modo establece una clasificación de las palabras, cruzando esos criterios con los morfológicos antes apuntados. La estructura básica de las mismas, el *tema*, constituye el elemento central de toda palabra, al que se anteponen y posponen morfemas, estos últimos de tipo flexivo. Y es precisamente en función de estos sufijos flexivos como Panini separa las palabras flexivas, nombres y verbos, de las que no lo son, preposiciones y partículas.

Por último, entre las reflexiones más generales acerca del lenguaje llama poderosamente la atención que se cuestionara si la relación entre las palabras y sus significados eran naturales o convencionales, tal y como sucederá en la antigua Grecia. El problema que acuciaba a los antiguos hindúes en relación con el significado consistía en saber si éste era consustancial, o no, a las palabras y, en consecuencia, si las onomatopeyas resultaban apropiadas para describir las relaciones entre las palabras y las cosas que designaban. Estos condicionamientos fueron solventados mediante la teoría de los *sphota*. Toda palabra tiene un constituyente permanente de significado, o *sphota*, que es actualizado de manera individual y concreta en un *dhwani*. De esta manera, la diversidad lingüística era manifestación del *dhwani*, sin que el *sphota* sufriese mayores alteraciones por ello.

1.5 La lingüística en la antigua China[10]

La primera gran etapa que desarrolla un pensamiento lingüístico bastante formal y explícito en China se corresponde con lo que históricamente abarca el *período Pre-Qin*, aproximadamente entre el 700 y el 221 a. C. Socialmente es una época de significativas convulsiones en una China que vive el paso del régimen esclavista al de una sociedad feudal. Ello supuso una desmembración de las estructuras centrales del poder imperial hasta esos momentos vigente, con el subsiguiente atomismo en todos los órdenes. De la misma manera

10. En español contamos con una excelente referencia sobre la historia de la lingüística china, obra de Ciruela (1999), por lo que me guiaré en este y otros apartados, siguiendo la transliteración allí propuesta y las traducciones que aporta.

que el poder político se fragmentó, provocando la confrontación de múltiples intereses, diversos y encontrados, en el ámbito intelectual asistiremos a lo que dará en llamarse *Cien escuelas de pensamiento*. El rótulo es muy expresivo de la dispersión, de la pugna derivada de la ausencia de un patrón intelectual claro y uniformemente aceptado que, no obstante, en su haber contará con propiciar una extraordinaria simiente de ideas.

En ese contexto el lenguaje actúa como una de las grandes preocupaciones de los intelectuales chinos que van en pos de un principio organizador de la vida en todos los órdenes. No deja de ser significativo el que entre las temáticas acuñadas durante esta época sobresalgan dos, universales en toda reflexión lingüística con independencia del tiempo y el lugar, intensamente transitadas también en China desde épocas tan remotas como las que estamos comentando:

1. La relación entre *yan* (lenguaje) y *yi* (significado).
2. La relación entre *ming* (nombre) y *shi* (cosas).

Como veremos de inmediato, ese denominador común es desarrollado con variable intensidad y diferenciada perspectiva en los autores más descollantes del período *Pre-Qin*, manteniendo siempre constante que las cuestiones lingüísticas quedaban inscritas dentro de una reflexión de mayor radio político, filosófico y cultural. Lo que en última instancia está en tela de juicio es, nada más y nada menos, que la contribución del lenguaje a la elaboración de una teoría del conocimiento, de la objetividad de nuestras percepciones, de las relaciones entre el mundo exterior y nuestra mente humana. He avanzado hace solo un instante que, una vez más, nos desenvolvemos en un universal que ha recorrido todas las culturas de todas las épocas, con una vigencia tan activa como la propia vida humana. Reaparecerá en China, lo hemos percibido en las preocupaciones teóricas de Panini, lo recogerá la tradición griega clásica, subsistirá en toda la filosofía europea, hasta culminar en Kant, sin que esté olvidado en nuestros días dentro de la producción de autores con procedencia tan diversa como, entre otros, puedan ser Lotman o Habermas. Naturalmente, no estoy pretendiendo establecer ninguna clase de línea de continuidad, una suerte de imposible influencia directa entre el taoísmo y la crítica kantiana, pongo por caso. Sí que, en cambio, considero necesario subrayar la inquietud que siempre ha causado esta problemática, insisto, sin distingos de culturas y tiempos.

1.5.1 Laozi (580-500 a. C.)

Condensada en el *Dao De Jing* (*Libro del Dao y la Virtud*), Lao Dan (Laozi) aporta lo que podríamos denominar una visión del lenguaje en negativo, directamente inspirada en su teoría del *wuming*, esto es, en la teoría del *no-nombre*. Para Laozi existe un principio absoluto, profundo y universal de todas las cosas, el *Dao*. Como quiera que éste resulta insondable, ni el *Dao* ni sus manifestaciones son susceptibles de ser directamente expresados con palabras. Éstas, en el mejor de los supuestos, propiciarían una cierta aproximación a las cosas, aunque sean incapaces de captar su esencia profunda. A ello habría que añadir otros motivos que continuarían abonando ese recelo:

1. La eterna mutabilidad de las cosas frente a la estabilidad de los nombres que, en consecuencia, los harían incapaces de referirse a ellas con precisión.
2. El que los nombres reflejen categorías y jerarquías humanas, pero no naturales. Lo bueno, lo hermoso, lo feo, etc. no existen en la naturaleza como tales cualidades, sino que proceden de la percepción del hombre acerca de ella.
3. La multidimensionalidad del mundo objetivo que contrasta vivamente con la unidimensionalidad y linealidad del lenguaje humano. La estructuración fónica y sintáctica del lenguaje humano no es más que un entorpecimiento irresoluble que nos aleja de la profundidad del *Dao*.

A la vista de todo lo anterior, el lenguaje no favorece la comunicación; antes bien es un freno para acercarnos a la naturaleza y captar su esencia o, dicho en otros términos, es una fuente de alejamiento de la comunicación en sentido filosóficamente trascendental. Quizá nada mejor que las palabras del propio Laozi para reflejar tanta desconfianza hacia la actividad lingüística:

> «Las palabras verdaderas, nunca suenan bien. Las palabras bien sonantes, nunca son verdaderas. Un sabio no se reconoce por su elocuencia. Aquellos que destacan por su elocuencia no son sabios».
>
> (Ciruela, 1999: 86).

1.5.2 Confucio (551-479 a. C.)

Al parecer, la *rujia*, debió ser la principal corriente de pensamiento chino durante esta fase de su historia, amalgamada en torno a una figura tan capital como Confucio. Hasta tal punto es así que se convierte en la corriente de pensamiento oficial chino y permanece más o menos vinculada al poder durante casi dos milenios. Bajo el nombre de *rujia* se engloban, en realidad, todas las escuelas surgidas al calor de las ideas de Confucio que, desde época temprana, cuenta con discípulos como Zi Xia, Zengzi o Zi You, padres de otras tantas variantes de pensamiento confucionista; unidos todos ellos por su común actividad educativa, de donde procederá el nombre de *rujia,* dado que *ru* fue la denominación del erudito en época anterior al propio Confucio; tal y como señala Ciruela (1999: 102). Además, los maestros de esta escuela de saber chino fueron los grandes impulsores del rito, la primera y más importante de *las seis artes*. El rito debió desempeñar un papel sociosimbólico extraordinario y capital en aquel contexto, pues suponía un principio de orden y regularidad en un mundo profusamente caótico, tal y como se ha señalado anteriormente (Ciruela, 1999: 103).

En el programa educativo de los *rujia* se tenía en gran estima todo lo referente al lenguaje. Entre las cuatro grandes disciplinas que contempla el programa de los *rujia* (moral, lengua, política y literatura), los aspectos lingüísticos quedarían integrados dentro de la *Zhengming* «teoría de la corrección de los nombres». Para Confucio, nombrar adecuadamente es un requisito indispensable para una correcta ordenación de la vida en sí misma. Conviene aclarar de inmediato que ese concepto de «adecuación lingüística» se corresponde con lo establecido consuetudinariamente, con el sentido común y habitual que se le da a las palabras. Lo contrario induce al error, la desorganización y esa atomización tan coetánea a Confucio, de la que precisamente estaba tratando de huir, hasta el punto de que el confuncionismo no dejaba de añorar el antiguo orden imperial, incluso trataba de restañarlo, aunque solo fuera en cierta medida (Ciruela, 1999: 105-107). Restablecer el sentido de los nombres contribuía vivamente a encontrar ese orden difuminado, cuando no perdido, y se corresponde con otra sugerencia paralela en el terreno social. Los reyes debían ser reyes, los señores debían volver a ser señores… y las palabras debían volver a mantener su denominación habitual.

> «El hombre superior no habla de lo que no sabe y se muestra prudente ante lo que desconoce. Si no se pone orden en el caos de los nom-

> bres, si no se corrigen los nombres, no nos entenderemos cuando hablamos; y si no nos entendemos cuando hablamos, no podremos llevar a cabo ninguna tarea que nos propongamos; y si no somos capaces de terminar con éxito lo que nos proponemos, ni los ritos ni la música volverán a florecer y los castigos que nos impongamos serán injustos; y si los castigos son injustos, el pueblo no sabrá a lo que atenerse, porque no sabe, lo que es correcto y lo que no lo es. Por ello, para el hombre superior es fundamental hablar con propiedad de las cosas y también es importante que lo que diga pueda ser cumplido. El hombre superior se exige a sí mismo que sus palabras no sean descuidadas ni impropias».

Eso quiere decir que la lengua no solo es una institución social, sino que se convierte en un factor determinante de la propia configuración de la vida social. De ahí que para los confucionistas la retórica, en tanto que forma de adiestramiento en el uso correcto y adecuado de la lengua, adquiera una importancia capital.

1.5.3 Zhuangzi (369-290 a. C.)

Por más que el confucianismo tuviese una influencia tan determinante como la que acabamos de comentar, otras corrientes de pensamiento continuaron desarrollando sus postulados, por lo demás, tampoco diametralmente contrapuestos a aquel. Zhuangzi es el gran continuador de Laozi. Para Zhuangzi la esencia última de las cosas está fuera de toda forma de conocimiento humano. Más aún, en el primer principio organizador del mundo, las cosas restan indiferenciadas en una suerte de gran magma común. Aunque dos palabras expresen cosas diferentes en apariencia, tales diferencias se diluyen en la profundidad del *Dao*. Cierto es que los nombres existen y refieren elementos del mundo externo. Pero ese ha sido un ejercicio meramente humano. Los nombres tienen una existencia previa y autónoma, anterior a la asignación a una cosa determinada. De ese modo, los nombres serían etiquetas que el hombre ha ido incorporando a diversos aspectos del mundo exterior al objeto de referirlos: «el camino se hace al andar, y los nombres al nombrar», dirá Zhuangzi (Ciruela, 1999: 91), máxima totalmente indicativa de cuanto estamos comentando. Por tanto, la lengua solo tiene valor para aproximarnos a esos significados coyunturales que, en todo

caso, no agotan el inmenso caudal de la significación, dado que para Zhuangzí el lenguaje no es necesario para el pensamiento. De esa manera, la función de la lengua consistirá básicamente en hacernos llegar significados, tras lo cual el hombre procede a desembarazarse de ella. Lo que retiene nuestra memoria no es la expresión gráfica del signo escrito, sino el significado que ha sido transportado mediante él.

I.5.4 Xun Kuang

Contemporáneo de Confucio, Xung Kuang mantiene la misma inquietud por dotar a la sociedad china coetánea. de ese añorado principio de organización perdida. Xun Kuang parte de una concepción negativa del hombre, entendiendo que este es malvado por naturaleza y que, en consecuencia, la única posibilidad de poner freno al desorden humano está en reconducir esa maldad innata. Como sucediera en Confucio, el rito desempeña un papel fundamental para conseguir esos cometidos, convencido como esta Xung Kuang de que aporta «disuasión», «método» y «control». Por ello el rito será el gran encargado de reorganizar la vida social, junto a la ley que impone el rito y al castigo encargado de disuadir las malas tentaciones de no cumplirlo. En esa cosmovisión, por supuesto, no cabe apelar a la divinidad para justificar el caos provocado única y exclusivamente por la mala naturaleza humana.

Una de las más drásticas consecuencias de los males causados por la naturaleza humana queda patente, precisamente, en la conocida inadecuación de los nombres a la realidad, habida cuenta de que los hombres «han trastocado caóticamente la corrección de los nombres, confundiendo lo correcto con lo incorrecto». A pesar de todo, los vocablos son imprescindibles para la sociedad, en la medida en que ejercen como factores determinantes de la intercomunicación, imprescindible para asegurar la supervivencia de la colectividad como tal. De ello se ocupará en el *Zhengming*, obra de más amplio radio de preocupaciones que, en lo tocante a lo lingüístico, circula en torno a tres grandes cuestiones: la corrección de los nombres, el lenguaje como convención social y lo que denominaríamos una teoría epistemológica acerca del lenguaje.

El primero de ellos, la corrección de los nombre, sigue en líneas generales lo que acabamos de exponer hasta ahora, siempre en co-

nexión con planteamientos sociales y filosóficos que dispensan al lenguaje un papel central en el esquema de Xun Kuang.

En el segundo, concentrado ahora en la interrelación que mantienen las palabras y la realidad, Xun Kuang adopta una posición manifiestamente convencionalista, ya que postula la arbitrariedad de esa relación, surgida en último término del acuerdo entre las personas. Tanto es así que ese convencimiento lo lleva a discriminar, aunque sea de forma tímida, la existencia de dos grandes modelos dialectales en el chino de su tiempo: las variedades del Sur (reinos de Chu y de Yue) y las de Norte (sobre todo en el reino de Xia).

Tratando de dar una explicación epistemológica de los hechos lingüísticos sobre los que opina, el tercero de sus grandes objetivos, Xung Kuang parte de que el ser humano percibe el mundo a través de sus órganos sensoriales. Lo recibido mediante los sentidos es más tarde procesado en nuestro interior. Ello nos conduce al conocimiento mental, concebido en todo momento como producto resultante de la actividad sensorial. De esa forma, la mente humana construye conceptos. La gran herramienta que permite desarrollar ese pensamiento hasta sus más últimos grados de abstracción no es otra que el lenguaje. Mediante las palabras se realizan dos tipos fundamentales de operaciones cardinales para la comunicación humana. De la distinción lingüística entre *damming* (nombres simples) y *jianming* (nombres compuestos), procede la contrapartida semántica que discrimina *gongming* (conceptos generales) y *bieming* (conceptos particulares). Gracias a estos conceptos articulamos un sistema completo de intercomunicación entre los seres humanos. Ese proceso formalmente se articula en la palabra, como unidad mínima, de cuya agrupación surgirá la estructura de la frase. Mientras que las palabras son las encargadas de acordar la denominación de las cosas, las frases servirían para transmitir significados complejos

En todo caso, con el componente formal del lenguaje no basta para comunicar, dado que estamos sometidos a unas reglas de adecuación, sin cuya observancia el flujo de la comunicación humana irremediablemente se altera. Hay, por tanto, que seleccionar adecuadamente las palabras, pero también que combinarlas de modo pertinente, única opción para que la transmisión conceptual que comporta el uso del lenguaje sea eficiente, sea convenientemente comprendida.

Por último, dentro de este apartado epistemológico, cabe mencionar la idea de Xun Kuang acerca de la lengua como herencia cul-

tural recibida a través de las generaciones, pero también precisada de renovación y adaptación a las nuevas necesidades que se le vayan planteando.

1.5.5 Los autores moístas

El moísmo fue otra de las grandes corrientes que dominaron la escena intelectual de la época. Inicialmente tuvo una inclinación ascética, reclutando sus seguidores entre los sectores más humildes de la sociedad china. Más tarde se decantó claramente por una orientación materialista, aunque mantuvo en lugar preeminente la figura inspiradora de Mozi (480-420 a. C.) y del *Mojing*, su contribución más señera, a pesar de que puede considerarse una obra en gran parte colectiva, habida cuenta de que fue compilada por sus discípulos, recogiendo las enseñanzas fundamentales del maestro, pero no sin aportar sus propios puntos de vista.

El moísmo parte de que el conocimiento está basado en la objetividad y en la experiencia. Trasladada esa perspectiva al problema de la discusión sobre la naturaleza de los nombres, ello obliga a separar el objeto (la realidad) del concepto (el nombre) mediante el que es designada aquella. Ambos conviven en una sola unidad que, no obstante, tampoco diluye la identidad de cada uno de esos dos componentes. La relación de estos, en cualquier caso, se postula en términos arbitrarios, desde el momento en que se considera que la realidad siempre es previa e independiente de los nombres. En cuanto a estos, los moístas contemplarán tres grandes clases:

1. Los *nombres Da*, conceptos que transportan el máximo grado de abstracción y que, por consiguiente, introducen la más amplia categoría de clasificación. «Cosa», por ejemplo, sería un nombre de estas características, dotado como está de un vastísimo radio de acción conceptual.
2. Los *nombres Lei* serían conceptos comunes, subespecificaciones en cierta medida de los anteriores. Así, «caballo» incluiría a todos estos animales, con independencia de tipos concretos de caballos.
3. Los *nombres Si,* por último, nos permitirían realizar especificaciones concretas como, por ejemplo ahora, «[caballo] alazán».

Ciruela Alférez (1999: 145) subraya el notable avance lógico que supone esta discriminación de los nombres que aporta el moísmo. Me gustaría agregar que tiene una más que evidente conexión con lo que actualmente denominamos constituyentes semánticos, sobre todo en lo que supone una discriminación progresiva de especificaciones conceptuales.

El último gran epígrafe del moísmo en lingüística giraría en torno a la relación que mantienen lenguaje y pensamiento. Para estos autores el pensamiento vendría a ser una representación de la realidad, vertida a su vez al molde de la lengua. De manera que, una vez más, podemos establecer una secuencia que iría de la realidad al pensamiento y de este a la lengua.

1.5.6 La escuela nominalista

La última escuela de este período es conocida con el nombre de *Escuela nominalista*, habida cuenta del desmedido interés que muestran por establecer el correcto orden de los nombres, siguiendo esa línea de preocupaciones prácticamente constante desde Confucio. Las dos grandes referencias son Gongsun Longzi (325-250 a. C.) exponente de una tendencia que prefería separar lo distinto de lo similar, frente a la que representa Hui Shi, quien prefiere buscar la similitud de las cosas y de sus correspondientes nominalizaciones. No obstante, han sido las ideas del primero de ellos las que parecen haber calado más en la historia de la lingüística china, hasta el punto de que Ciruela (1999: 151) tan solo menciona a Hui Shi sin llegar a desarrollar sus planteamientos.

Para Gongsum Longzi el problema de la palabra se inscribe en un marco de referencias más amplias sobre el conocimiento. En términos generales niega, no solo la vinculación de realidad y pensamiento, sino dentro de este la de conceptos generales y conceptos particulares. Entrando en dominios más estrictamente lingüísticos, piensa que todas las cosas concretas tienen su correspondiente denominación lingüística, sin que entre ambas se establezca una relación necesaria. De esa manera establece una gradación de la percepción del mundo que partiría de la realidad. Sustentándose en ella se formarían conceptos abstractos (los *zhi*) que son imperceptibles al hombre, excepto cuando se plasman en las denominaciones de las cosas. Más en concreto, Gongsun Longzi parte de que las cosas que conforman

la realidad están compuestas por una serie indeterminada de atributos, en primera instancia imperceptibles para los sentidos humanos. Estos atributos amplios, generales y universales terminan ensamblando su propio mundo conceptual, por más que, insisto, sea ignoto al ser humano. Ese mundo tiene, además, la suficiente capacidad como para auto-transformarse, generando atributos concretos que, estos sí, se manifiestan en una realidad perceptible sensorialmente (los *wu zhi*) y, a la vez, nombrados a través de las palabras que los identifican. Los nombres, por tanto, son los encargados de ordenar la realidad para el hombre. De ahí que sienta la necesidad de proceder a lo que llama «rectificación de los nombres». Contra lo que las apariencias nominales puedan sugerir, no piensa que los nombres deban adecuarse a la realidad, antes al contrario es la realidad la que debe ser modificada atendiendo a los nombres. Eso quiere decir, descendiendo a terrenos políticos más concretos, que era la realidad coetánea la que había de volver al antiguo orden perdido conforme este se reflejaba en los nombres de la lengua china.

1.6 La lingüística en la Grecia clásica

Aun contando con precedentes como los que han reclamado nuestra atención en los capítulos anteriores, incluso con una producción tan rica como la hindú o la china, la etapa grecolatina tiene especial transcendencia en la historia de la ciencia del lenguaje No solo porque, siguiendo a Bloomfiled (1933: 4), los antiguos griegos se cuestionaran cosas que otros pueblos aceptaban sin discusión, sino porque a partir de ellos es posible constatar una trayectoria de ininterrumpida continuidad hasta nuestros días. Es cierto que conviene huir de un excesivo helenocentrismo, afirmación esta que sería susceptible de ser extendida también a la historia de otras disciplinas, y probablemente incluso a la historia en general. En todo caso, una exagerada modestia por parte de los descendientes intelectuales de los antiguos griegos también me parecería igualmente desproporcionada, e incluso sin demasiada justificación histórica. Lo que sucedió en la Grecia clásica de los siglos V al II a. C., sencillamente carece de parangón en la historia de la humanidad. Asistimos entonces a un desarrollo extraordinario del conocimiento humano, como hasta ese momento no se había producido, que perdurará de manera feracísi-

ma a lo largo de los siglos en prácticamente todas las ramas del conocimiento. Nadie como los antiguos griegos ha sido capaz de desarrollar una contribución intelectual tan vasta y tan diversificada, por lo que necesario es reconocer el enorme mérito que posee, así como la grandísima trascendencia que ha tenido en todo el desarrollo de la ciencia y el pensamiento.

Bien es verdad que ese segmento cronológico al que acabo de hacer referencia, del V al II a. C., acota un esplendor máximo que, en cualquier caso, arranca por lo menos de cuatro siglos atrás. Entre el XI y el IX a. C. los aqueos fundan Micenas, Tirinto y Argos, para desde ahí conquistar Atenas y el Peloponeso oriental, no sin invadir Creta y Troya. En torno al año 1000 a. C. un nuevo pueblo, los dorios, impone su hegemonía militar, aunque se amalgaman con la población preexistente y, lo que será más determinante, aportan un idioma común a toda la región. Ya desde el siglo X a. C. se registran procesos de concentración urbana, de agrupamientos de aldeas hasta entonces más o menos dispersas, que terminarán conformando ciudades, entre las que de inmediato destacan Esparta y Atenas que, además, supondrán dos modelos de organización sociopolítica en gran medida contrapuestos. Surgen así las primeras *polis*, nucleadas entonces a partir de tres estratos principales: las tribus (*ethnos*), los clanes (*genos*) y las fraternidades (*fratrías*). Su gobierno quedaba a cargo de reyes que concentraban en su persona el poder religioso, militar y político. Esparta constituía una excepción, dado que la figura del rey empezó a ser sustituida por la de una aristocracia compuesta por terratenientes.

Durante el siglo VIII a. C. el mundo griego registra una serie de transformaciones que a la postre resultarán determinantes. Recurre al alfabeto fenicio para transcribir la lengua griega, al tiempo que desarrolla serios avances técnicos que mejoran de manera ostensible la metalurgia (hierro) y la agricultura. De ello se deriva un incremento demográfico, cuyas consecuencias inmediatas serán varias oleadas de migraciones, responsables por lo demás de la fundación de un número estimable de colonias. Alrededor del año 760 a. C. se producen los primeros asentamientos griegos en el sur de Italia, en la bahía de Nápoles y Sicilia. Más tarde la presencia griega se extendería a otras zonas del Mediterráneo, tanto en Europa como en Asia menor. Esos asentamientos permitieron una intensa circulación de bienes materiales, la propagación de *polis* en la costa del Egeo y, en general, el desarrollo de una civilización que encon-

tró en el mar su gran recurso socioeconómico. De hecho, suele enfatizarse ese rasgo, su carácter marítimo y comercial, para oponer la civilización griega a los grandes imperios orientales, a las sociedades agrarias y continentales que habían predominado en Mesopotamia y Egipto.

Ese mundo sufre escasas modificaciones entre los siglos VIII al VI a. C., si bien no deja de ser significativa la progresiva sustitución de las monarquías por gobiernos aristocráticos. No obstante, la gran crisis comienza en el año 540 a. C., momento en el que el imperio persa invade varias ciudades griegas de Asia Menor. Se inicia de ese modo un enfrentamiento que la historia conocerá con el nombre de *Guerras Médicas* (499-477 a. C.). La victoria griega, además de consolidar su predominio en el Mediterráneo, propició la creación de la Confederación Ateniense o Liga de Delos (477 a. C.). Bajo el gobierno de Pericles (desde 462 a. C. hasta 429 a. C.), Atenas se convierte en el centro de ese mundo, gracias, entre otras cosas, a su gran capacidad negociadora. Firma la paz con Persia y sella un acuerdo de treinta años con Esparta, lo que hará posible que ejerza una significativa influencia política y económica sobre las otras polis. Estamos, ya sí, dentro del gran período clásico, que espacialmente queda sintetizado en el cuadro 7.

Cuadro 7. Extensión de la antigua Grecia. Etapa clásica. (Fuente: I. Asimov. *The Greeks: A Great Adventure,* 1965)

La época de Pericles, el llamado *Siglo de Pericles*, es uno de los períodos más florecientes de la antigua Grecia, y por ende de la cultura occidental. A él se debe la implantación y desarrollo del patrón de organización democrática de las sociedades que, durante centurias, ha inspirado el pensamiento político, sobre todo en su vertiente más idealista. Supone, en gran medida, la culminación de un proceso iniciado en el propio arranque de las *polis*. Como sabemos, inicialmente basado en la figura de los reyes, irá sufriendo modificaciones de envergadura, sobre todo a partir de la gran expansión marítima. Desde ese momento, una nueva clase social emergente, la dedicada al comercio, reclama un protagonismo político parejo al de su nuevo poder económico. La primera respuesta procedió justamente de Atenas, que ya entre los siglos VII y VI a. C. protagoniza una progresiva democratización interna, hasta el punto de que en el año 594 a. C. Solón instituye la ley escrita, un tribunal de justicia para administrarla y una asamblea legislativa encargada de establecerla. A esta última, compuesta por 400 representantes, se accedía mediante elección de entre los estratos económicamente más poderosos de la ciudad. Ese paso decisivo se encontró, por supuesto, con etapas de regresión que, en todo caso, tampoco evitaron su paulatino avance. Los remeros, decisivos en las Guerras Médicas, solicitaron su correspondiente recompensa política. Clístenes, en el año 580 a. C., agrega cien nuevos miembros a la asamblea de la polis, ya por entonces convertida en órgano central de gobierno, al que ya tenía acceso cualquier ciudadano libre. No obstante, habrá que esperar hasta Pericles para que todos esos movimientos, más o menos larvarios, encuentren su plena eclosión. Es entonces cuando la definitiva asunción al poder de los estratos comerciantes, en detrimento lógicamente de la nobleza, queda transcrita en un modelo social plenamente democrático que tendrá consecuencias de envergadura en prácticamente todos los órdenes, también en el psicosocial. Los individuos, propiedad de los dioses y/o de los reyes hasta esos momentos, pasan a tener entidad propia, convirtiéndose en ciudadanos, en tanto que miembros de una *polis*. Excuso decir que la vivencia personal de esa individualidad autónoma y motriz es agente necesario, imprescindible, para el desarrollo de la actividad intelectual en todas sus manifestaciones, incluida la científica. Por lo demás, ese florecimiento socioeconómico y político trajo consigo también la primera gran eclosión intelectual de la cultura griega. Es la época de filósofos

como Anaxágoras, de dramaturgos como Sófocles, Esquilo, Eurípides o Aristófanes y, por supuesto, de Fidias, el escultor griego por antonomasia; pero también es el tiempo en que las ciencias conocen un desarrollo sin precedentes.

No obstante, el frágil equilibrio en el que se sustentaba la paz entre espartanos y atenienses se quebró en torno a la segunda mitad del siglo v a.C., originando continuos enfrentamientos que terminaron en las llamadas *Guerras del Peloponeso*. Se inicia a partir de ese momento una decadencia ostensible del modelo tradicional de la *polis* que, en corto tiempo, propicia su conquista por un nuevo pueblo, el macedonio en la segunda mitad del siglo iv a. C. Al primero de sus reyes, Filipo II (359-336 a.C.), le sucederá Alejandro Magno (336-323 a.C.), responsable de la mayor extensión helénica por el norte de África, la Península Arábiga, Mesopotamia y los límites con la India. Con él se inicia la tercera y última etapa de la antigua Grecia, el helenismo, caracterizado en lo cultural por una profusa difusión de la cultura griega en los nuevos territorios conquistados, de una vastedad tan considerable como la que refleja el cuadro 8.

Cuadro 8. Grecia helenística. (Fuente: I. Asimov. *The Greeks: A Great Adventure,* 1965)

Ese colosal imperio de la Antigüedad era una obra tan personal de Alejandro Magno que, tras su muerte, se deshizo. Sigue a continuación un período de guerras intestinas, de debilitamientos continuados que, finalmente, tiene como desenlace su definitiva absorción por parte de Roma a partir del año 148 a. C.

1.6.1 Las cuestiones lingüísticas en el esquema de conocimiento griego

Resulta verdaderamente complejo sintetizar la enorme contribución científica griega, habida cuenta de que abarcó prácticamente todas las ramas del saber. Cierto es que arranca de una influencia, rayana en la veneración intelectual, procedente del Oriente egipcio y mesopotámico, culturas que nunca perderán prestigio intelectual entre los griegos. Solo que muy pronto estos realizaron avances más que notables en todos los ámbitos del saber de su tiempo. Algunos de esos hitos forman parte casi de lo consabido en la cultura occidental, como los progresos en matemática[11] o en geometría, gracias a figuras como Tales de Mileto o Pitágoras[12] y, por descontado, Euclides, auténtico punto de encuentro del saber matemático griego, que logró articular axiomas con un recorrido histórico milenario. En el desarrollo de ambas disciplinas, matemática y geometría, se asentaron sustanciales progresos astronómicos que, entre otras cosas, permitieron discutir acerca de las características de la Tierra, en algunos casos con planteamientos ciertamente precursoras. No solo Pitágoras concibió su posible esfericidad, si no que Aristarco de Samos intuyó que era un planeta más girando alrededor del Sol. Merced a los cálculos trigonómetricos de Hiparco de Bitinia se establecieron mediciones considerablemente ajustada sobre el diámetro de la Luna o su distancia respecto a la Tierra. Querer conocer la Tierra condujo a tratar de representarla, desplegando por tanto un nuevo saber, el geográfico. Los griegos fueron los primeros en distinguir Europa de Asia, Oriente de Occidente, así como en discriminar los cuatro puntos cardinales. Ese saber, por cierto, traslucía una plena coherencia con la propia estructura física de un estado sin continuidad directa, distribuido a través del Mediterráneo. La geografía, por tanto, tocaba más que directamente uno de los grandes núcleos de la sociedad griega, dado que establecía una relación directa con el mundo marinero. Los mapas elaborados por los geógrafos, entre los que sobresaldría Eratóstenes, afianzaban y mejoraban cualitativamente los viajes marítimos, tan decisivos en la civilización griega clásica. De estos, por su parte, procedía el conocimiento directo que

11. Introducción de signos numerales similares a los latinos, cálculo a base de tablas, etc.

12. Autores, entre otras contribuciones, de teorías sobre triángulos semejantes y de teoremas capitales para el desarrollo de la geometría.

permitía a la cartografía conducirse con gran precisión. Hasta tal punto fue así que Dicearco estableció la circunferencia de la Tierra en 54.000 kilómetros y, sobre todo, planteó la posibilidad de viajar desde la península Ibérica a la India por mar, convirtiéndose en uno de los grandes precursores de Colón.

Asimismo, son conocidos los progresos de la medicina griega, siguiendo el principio básico según el cual «todas las enfermedades tienen una causa natural, sin la cual no pueden producirse», conforme al conocido principio de Hipócrates de Cos. La praxis médica solo podía partir de ese referente empírico para tratar de ser operativa, utilitaria en todos los sentidos, incluyendo la cirugía que generará su primer tratado conocido gracias a Filomeno de Alejandría.

Ese saber, nunca desconectado por completo de la sociedad que lo estaba generando, encontró una extraordinaria vertiente social en la ingeniería, con aportaciones tan destacadas como, entre otras, el calorífero (Empedeces de Agrigento), la bomba contra incendios y la bomba elevadora de agua (Ctesibio) o las fuentes móviles (Filón de Bizancio). No obstante, corresponde a Arquímedes de Siracusa el honor de haber delimitado el canon del conocimiento griego, al menos a los ojos romanos de Plutarco, gracias a la aplicación de sus conocimientos físicos en el desarrollo de inventos como las poleas compuestas o un cañón capaz de lanzar proyectiles mediante propulsión hidráulica.

De la misma manera que el individuo ya no es propiedad de nadie, la ciencia se guiará por la razón humana, sin más condicionamientos, El mito existe, pero como explicación religiosa que, en todo caso, no excluye la búsqueda de otras explicaciones, racionales en este segundo caso. Los astros y el mundo son medidos matemáticamente y sus movimientos tratan de ser explicados de manera científica, a través de la misma mente que analiza la enfermedad e intenta paliarla de manera metódica y sistemática. No es que desaparecieran por completo las prácticas mágicas vinculadas a la sanación, pero sí que, partiendo de los conocimientos egipcios, los griegos introdujeron un componente experimental que marcaría la historia de la medicina desde ese momento. No sucede nada en sustancia distinto en las restantes ramas del saber que hemos comentado hace tan solo un instante, si bien resta un último aspecto en verdad determinante. Todo ese conocimiento queda inscrito en un auténtico paradigma epistemológico, provisto de métodos, razones explicativas e incluso una topología con su correspondiente *gradatum*.

El mundo griego tenía establecida una clara jerarquía del conocimiento articulada en torno a cuatro grandes niveles: la *peîra*, consistente en el desempeño de diversas habilidades preferentemente mecánicas para las que se requería de un cierto adiestramiento, una habilidad; la *empeiría*, básicamente entendida como un conocimiento práctico; la *téchné* o *arte*, que habilitaba para el desempeño de tareas mentales dotadas de automatización e igualmente precisadas de los conocimientos adecuados para ejecutarlas convenientemente, y, por último, la *epistemé*, vértice de ese esquema, que propiciaba el discernimiento y la comprensión del mundo y de la vida.

En efecto, el terreno sustancial del sabio canónico griego estaba, sin ningún género de dudas, en la búsqueda del *arjé* de las cosas, en la esencia última a la que solo es posible acceder a través de la filosofía. Los historiadores de la ciencia suelen presentarnos un esquema del conocimiento griego sospechoso de estar tamizado por sus propios paradigmas acerca de qué es y qué no es ciencia en la actualidad. De ese modo, se nos recuerda (Serres, 1989: 71) que para el mismísimo Platón la geometría era un arte poco interesante, persuadido de que solo las matemáticas propiciaban acceso a las leyes transcendentales. Hasta aquí, en efecto, el paradigma científico griego estaría muy próximo a conceder primacía a lo que hoy llamaríamos ciencias exactas y naturales. Solo que es necesario llegar hasta las últimas consecuencias de la referencia platoniana y percatarnos de que la meta del conocimiento estaba cifrada, precisamente, en esas leyes transcendentales a las que *conducía* la matemática. Las leyes transcendentales eran competencia de la filosofía, con independencia de que el acceso fuese matemático, físico o de cualquier otra naturaleza. Ese saber máximo, además, gozaba de independencia total respecto del mundo cotidiano y de sus pautas sociales. Solo la cortesía hacia el poder y el filantrópico propósito de iluminar a las masas obligan al sabio a descender al terreno de lo concreto y lo material. Por ello Arquímedes, encarnación de la sabiduría griega por excelencia desde parámetros como los manejados por Serres (1989), aplica sus conocimientos mecánicos al diseño de instrumentos de guerra en la defensa de Siracusa ante el asedio romano. Aunque ello suponga abrir tan solo un sutil resquicio en la puerta que conduce al nexo entre ciencia y sociedad, esa frágil debilidad tampoco evitaba una más que considerable complejidad de esas relaciones. En última instancia, el sabio griego también experimentaba la urgencia de materializar el conocimiento en obras concretas, aunque nunca perdiera de vista la primacía del espíritu sobre cualquier otro valor.

Por mi parte, considero que es necesario ir un poco más allá de nuevo, porque no creo que el sabio canónigo sea exactamente Arquímedes, al menos en la versión siracusana que estamos refiriendo. Ese Arquímedes encaja perfectamente con el paradigma que defiende implícitamente Serres y la gran mayoría de la historiografía científica contemporánea. Es el científico técnico por excelencia, analizador fino y profundo de las leyes mecánicas que se vincula con la sociedad, justo lo estrictamente necesario para proseguir en su andadura investigadora. Plutarco, desde una mentalidad tan utilitarista como la romana, no es extraño que lo conciba también como el máximo exponente del conocimiento griego, por razones en gran medida análogas a las de Serres. Sin embargo, otra vez la propia formulación de Serres nos lleva más allá de sí misma, ya que el espíritu vuelve a ser dominio reservado para la filosofía. El ideal del conocimiento griego precisamente está ahí, en el camino que no está tan claro que recorriese su versión de Arquímedes, pero que en todo caso sí abarcó Aristóteles: el tramo final que conduce desde la ciencia física, matemática, natural, etc. hasta el espíritu del que se ocupa la filosofía. Ese tramo, y no otro, es el que acaso conduzca a iluminarnos algo acerca del *arjé* esencial, es precisamente el que perseguía la sabiduría griega ya desde época presocrática.

En cualquier caso, al margen del alcance de discusiones como la anterior, sí existe común acuerdo en aceptar que desde entonces quedan fijadas las principales fuentes de zozobra para el quehacer científico: el tiempo, responsable de la mutación de los objetos, de su transformación y de la multiplicidad perenne; la falsedad y la religión, causa esta última de la proliferación de la superstición y de la adopción de verdades irracionales que desvían del camino recto para la auténtica ciencia.

Ni que decir tiene que las lenguas no están dotadas de la materialidad tangible que tanto espantara a Platón. Pero sí que en ellas los antiguos griegos depositaron esperanzas prácticas, muy lejanas, en principio, respecto de ese profundo nivel de conocimiento que requería la filosofía. Aunque ello fue así «sólo en principio», «sólo en parte» y no sin matizaciones, como trataremos de ver a continuación. El lenguaje es objeto de atención en dos frentes prioritarios en la antigua Grecia que, si bien *grosso modo* coincidieron en algunos aspectos temáticos, cada uno de ellos tuvo un estatus epistemológico muy acusado dentro del esquema del conocimiento griego. El corpus doctrinal de la filosofía en diversos momentos del inmenso legado griego se adentró en

los dominios del lenguaje, casi siempre vinculándolo a cuestiones muy decisivas dentro de la reflexión última sobre la teoría del conocimiento. Desde ahí se mostró interés por la relación que pudieran mantener la forma lingüística y su contenido nocional, la evolución de las palabras y, en términos generales, los procesos de significación. Suele presentarse esta contribución, no obstante, en términos un tanto inconexos, concentrada en la manifestación más superficial de las cuestiones aparentemente lingüísticas que trataron filósofos como Platón o Aristóteles. Precisamente por estar enmarcadas en problemáticas filosóficas más amplias, estas aportaciones lingüísticas podemos considerar que se desarrollaron al amparo de amplios márgenes de nivel de *epistemé*, tal y como competía a la filosofía en su más puro sentido. La segunda gran corriente de aportaciones lingüísticas de la Grecia clásica, sin embargo, discurre dentro de los márgenes de la *techné*, ya que persigue adiestrar en un conocimiento experto de la lengua griega. Podemos decir que irrumpe a partir del período alejandrino, debido a nuevas y concretas exigencias socioculturales que concurren en este tiempo, sobre las que me detendré más adelante. Antes del helenismo, en todo caso, la *epistemé* y la *techné* lingüísticas debieron coexistir en ese fecundísimo campo intelectual que fue la Grecia clásica. Desde luego, el siempre referido *Cratilo* platoniano alude a las opiniones de los gramáticos,[13] referencia que se me antoja, más que significativa, crucial, porque implica varias cosas de suma importancia para lo que estamos comentando:

1. que Platón tiene clara consciencia de que lo que está debatiendo en su texto acerca de la lengua es algo distinto de la actividad que realizan los gramáticos, referidos como un elemento externo a la discusión planteada, por más que puedan abordar temas coincidentes;
2. que las opiniones de los gramáticos son mencionadas como punto de partida, como material primario a partir del que acometer el análisis sobre los hechos lingüísticos que realmente le interesan; esto es, que la *techné* sobre los hechos del lenguaje permite acceder a un nivel epistémico sobre la misma materia y que, en consecuencia, es susceptible de se-

13 Que, por fuerza, habían de desempeñar algún rol social, dado que, como se ha apuntado, Solón introduce el derecho escrito en Grecia hacia el año 594 a. C., por lo que era ineludible la formación de los correspondientes escribas, la aparición de expertos en esa clase de textos, etc.

guir un camino intelectual en gran medida similar al que hemos comentado partiendo de las ciencias naturales;
3. que esta última posibilidad, precisamente, es competencia de los filósofos dentro de un marco más general de preocupaciones.

Lo que nos interesa discriminar desde la historia de la lingüística es qué fases de predominio –o de retroceso– tuvo cada una de estas corrientes, a qué causas pudo obedecer esa asimétrica distribución, qué otras relaciones además de la comentada pudieron mantener entre sí y, en fin, hasta qué punto es posible vincularlas con otras formas de saber desarrolladas en este período de la historia de la humanidad. Desde luego, en ese marco de referencias y nexos con otros aspectos de la vida griega antigua convendrá no perder de vista que en esa época todo lo concerniente al lenguaje se veía poderosamente influido por el destacado papel reservado a la retórica dentro de la sociedad. La palabra era un instrumento para influir en el pueblo y, por lo tanto, la discusión en torno a la utilización de esa técnica o «arte» destinada a ejercer la persuasión no podía ser un asunto baladí. Estamos dentro del primer contexto social que articula un sistema democrático y, por tanto, un mecanismo oficial de uso público de la lengua con efectos directos sobre la propia organización de la vida comunitaria. Así pues, no es en absoluto de extrañar que el mismo Aristóteles se ocupará de la retórica, dotándola de estatus epistemológico, a la vez que relacionaba los conceptos de persuasión y verosimilitud. Junto con la filosofía, la retórica constituyó uno de los dos pilares básicos que sustentan y explican el origen de las preocupaciones lingüísticas de ese tiempo.

1.6.2 La especulación filosófica acerca de cuestiones lingüísticas

Las primeras discusiones relacionadas con las lenguas desde la óptica de los filósofos están inscritas en las preocupaciones por explicar la percepción, ya presente en los autores más clásicos del pensamiento griego desde Protágoras en el siglo IV a. C. El *homo mensura* que hace del ser humano un parámetro de referencia fenomenológica, inevitablemente conducirá a vincular la propia existencia con el modo en que se llega a conocer el mundo. Nos desenvolvemos, pues, en plena subjetividad. El problema de la denominación de las co-

sas se inscribe en esa esfera de preocupaciones y supone tanto como cuestionarse si a través de las denominaciones alcanzaremos la verdad de las cosas. De ese modo nos enfrentamos a la cuestión transcendental que preocupa a los filósofos griegos acerca del lenguaje; esto es, cuestionar si la esencia de las cosas está reflejada en las palabras, o no. En caso de que la respuesta sea afirmativa, nos hallamos ante las tesis *naturalistas*; en el supuesto contrario, nos emplazarían las tesis *convencionalistas*. Contra la primera postura se blandía la evidencia de la diversidad lingüística, dado que si hay una adecuación inmediata y estrecha, por natural, entre las palabras y su significado, no se explica cómo ésta se ha plasmado en formas lingüísticas tan distintas y distanciadas. La convención, sin embargo, no satisfacía todos los requisitos necesarios para llegar a la esencia de las cosas. No había más solución, por tanto, que remontarse a los orígenes de las palabras para poder desentrañar realmente la solución adecuada para este problema, lo que suponía poco menos que abrir el paso franco para una etimología que, ignorante de los condicionamientos históricos vividos por las lenguas, estaba abocada a actividades tendencialmente especulativas. Solo tendencialmente porque, aunque aboca a evidentes especulaciones, lo cierto es que parte de esa voluntad de remontarse a los orígenes de la problemática, examinarla directamente y, solo a partir de ahí, proceder a decantarse por una u otra hipótesis. De cualquier forma, el propio Platón se había encargado de sancionar por boca de Hermógenes la conveniencia de remontarse a la historia primigenia de las palabras desde las páginas del *Cratilo*. Hermógenes plantea todo un esquema metodológico, de cuya aplicación más tarde irán surgiendo diversas contribuciones griegas en este campo, el de la etimología, siempre conforme a los parámetros de la época. En primer lugar, competía discriminar y clasificar los sonidos para, a continuación, hacer lo propio con la realidad, concluyendo por último en una correlación entre ambos niveles que discriminase su congruencia (la correspondencia de sonidos y sentidos), o su incongruencia (en el supuesto lógicamente contrario). Con esas premisas, la etimología fue básicamente resuelta mediante dos procedimientos: ya fuera recurriendo a ciertas analogías inferidas a partir de otros nombres, ya fuera atribuyendo a cada sonido un particular matiz de significado. Tanto naturalistas como convencionalistas estaban interesados en desentrañar los secretos de esta particular concepción de la etimología, bien es verdad que con intenciones contrapuestas, confirmando los primeros sus hipótesis acerca de la

etimología natural de las palabras, refutándola los segundos. De ello surgen formulaciones como la que nos propone remontar el origen de *ánthropos* a *anathrôn hà ópópo* («quien examina lo que ha visto»). En el supuesto más fonológico de la misma línea etimologista, a la «*r*» se le asigna la transmisión de la idea de movimiento, a la «*i*» la de sutileza y así un largo etcétera. Excuso insistir en que, a la vista de tales argumentaciones, los convencionalistas no tuvieron excesivos problemas para desenmascarar la mayoría de las falsas etimologías y onomatopeyas presentadas desde las filas naturalistas.

En todo caso, al calor de esa discusión y de esa praxis investigadora, terminó desarrollándose una auténtica tarea de descripción del inventario fónico de la lengua griega. Desde época temprana, en el propio *Cratilo* se discrimina entre vocales y consonantes, y dentro de estas últimas, entre sordas, sonoras y mudas. Toda esa tarea de descripción del componente sonoro de la lengua griega estuvo condicionada por lo que se ha dado en llamar «falacia clásica». Los antiguos griegos, como casi toda la tradición lingüística occidental hasta el siglo XIX, están persuadidos de que las letras, en realidad, reflejan de manera fidedigna los sonidos. Para conocer estos, basta con repasar cómo es la escritura; imprecisión más que evidente que, no obstante, pone bien de manifiesto la absoluta primacía de la que gozaba el lenguaje escrito frente al oral. Pero al mismo tiempo subraya algo más, en esta ocasión de neto cariz psicosocial. Los antiguos griegos difícilmente pudieron dudar de ese isomorfismo en el seno de una lengua como la suya que, no lo olvidemos, era concebida simplemente como la única lengua, o al menos, como la única lengua digna. El que otros idiomas, que sin duda conocían, pudieran resolver los mismos conceptos con soluciones gráficas distintas carecía de mayor relevancia. Las otras lenguas y sus escrituras, como los otros pueblos, carecían de la más mínima consideración, engrosaban las filas de los *barbaroi*; por tanto, de la ignorancia y el descrédito en cualquier materia. Por lo demás, tampoco conviene concebir la trayectoria histórica de la falacia clásica en términos herméticos y absolutos. Excepciones, por supuesto, las ha habido durante ese largo peregrinaje secular, incluso dentro de la misma Grecia clásica, sin por ello atenuar su predominio abrumador en la mentalidad lingüística occidental. Esas limitaciones teóricas y descriptivas, en cualquier caso, tampoco condenaron de manera irreversible la curiosidad por los sonidos de las lenguas. Como recuerda Robins (1967: 24), precisamente de la antigua Grecia arranca por primera

vez un sistema alfabético de base fonológica, capaz de discriminar con claridad entre vocales y consonantes, hecho que presupone un análisis fonológico subyacente de notable envergadura.

Junto a la fonética, los filósofos mostraron un interés bastante significativo por clasificar las partes de la oración. Así, Platón distinguió entre sujeto y predicado, o lo que viene a ser lo mismo, entre quien realiza la acción, de un lado, y, de otro, la acción en sí misma. Aristóteles incrementó este primer listado, incorporando lo que hoy llamaríamos objeto directo, pues advierte que es necesario dedicar un apartado específico para el destinatario de la acción.

Como vemos, es indudable que en Platón, Aristóteles y sus continuadores hay gérmenes más que interesantes de observaciones lingüísticas. Pero pienso que es preciso aquilatar esas contribuciones en sus justos términos. Reducirlas a una preocupación realmente lingüística por deslindar las partes de la oración o la esencia de los hechos lingüísticos no deja de ser una manera de desvirtuarla y, en última instancia, de imposibilitar su comprensión última. Campos Daroca (1996) ha llamado la atención sobre todo ello, vinculando las reflexiones lingüísticas de Platón con el resto de su esquema filosófico, estableciendo una relación causal verdaderamente determinante. Por mi parte, concuerdo con su planteamiento pues, en efecto, considero que Platón y Aristóteles no fueron lingüistas, ni tan siquiera cuando discutieron sobre el origen natural o convencional de las lenguas. Sí fueron, por supuesto, filósofos que precisaron desentrañar cuestiones lingüísticas para avanzar en sus respectivas teorías del conocimiento. No sucedía en ellos, por lo demás, nada que desconozca la filosofía actual que desde Austin, Wittgenstein o Russell viene llamando a las puertas del lenguaje para incorporar los resultados de esas pesquisas a marcos de reflexión más amplios.

En los siglos III y II a. C. las posiciones de naturalistas y convencionalistas se vierten, dicho a grandes rasgos, en las tesis defendidas desde la *anomalía* y la *analogía* como principios rectores y explicativos de las lenguas. Desde la primera de ellas se enfatiza la excepción, la falta de sistematicidad ante la diversidad y disparidad de los hechos lingüísticos. En justo contrapunto, la segunda subraya la regularidad de los paradigmas lingüísticos. A menudo se interpretan ambas tesis como una continuación actualizada de las cuitas anteriores, lo que considero solo parcialmente aceptable. Es cierto que hay una comunidad notoria de perspectivas entre naturalistas y anomalistas, de un lado, y, de otro, entre convencionalistas

y analogistas. Pero no pienso que pueda entenderse la tarea que se emprende en esta segunda fase de la polémica sin el trabajo de sistematización previo que debieron recoger los naturalistas y convencionalistas. Quiere ello decir que, más que una mera transcripción terminológica, parecen sendos desarrollo, avances en lo que a la productividad científica de esos modelos se refiere.

1.6.3 La escuela estoica

Fue S. Serrano (1981) uno de los primeros autores en subrayar el interés que atesora la escuela estoica para la historia de la lingüística. Desde luego, sus principales contribuciones parecen haber estado concentradas en la semántica y en la sintaxis, aunque no fueron en absoluto desdeñables sus aportaciones fónicas, máxime en el contexto de esa reflexión griega dominada por la falacia clásica, en los términos antes comentados.

Los estoicos fueron los iniciadores de una lógica proposicional bivalente que partía de considerar todo enunciado como verdadero o falso. Las proposiciones podían ser simples o no simples, resultado estas últimas de integrar diversas composiciones diferentes. Asimismo, separaron las simples afirmativas de las negativas, si bien la negación se obtenía de la adición de una partícula negativa delante de una proposición. Realizan también una primera aproximación a la teoría del significado, merced a la distinción entre «objeto», «aquello que lo significa» y «aquello que es significado».

En el nivel fónico establecieron una solución más que plausible a la falacia clásica, al discriminar entre *potestas* (sustancia sonora), *figura* (forma escrita) y *nomen* (nombre que la designa).

I.6.4 Helenismo y gramática

El final del gran período griego clásico ha sido encuadrado dentro del término helenismo. Como sabemos, el tradicional protagonismo de la *polis* deja su lugar a una expansión del dominio político e intelectual griego que se propagará al Oriente próximo sobre el que ejercen su poder e influencia los griegos. En esos nuevos asentamientos florecen también los conocimientos griegos. En lo lingüístico esa expansión tiene dos consecuencias decisivas para lo que aquí nos ocu-

pa. Se conforma, por una parte, lo que conocemos por *koiné*, esto es, una variedad lingüística normativa que, sobre la base de los dialectos áticos, incorpora elementos de otras variedades, hasta confeccionar un vehículo de intercomunicación común para los variados y diversos hablantes del griego de la época. Ello supone, por otra, un palpable distanciamiento lingüístico respecto del griego en el que habían sido elaborados los grandes textos de referencia clásica. Encontrar un camino para interpretarlos correctamente, para asegurar que la distancia temporal no alterara el contenido de lo transmitido a través de una variedad lingüística distante, era en consecuencia un imperativo intelectual.

I.6.4.1 Dionisio de Tracia

En ese clima surge la figura de Dionisio de Tracia (siglo I a. C.), no tanto un jalón aislado del helenismo, como el máximo exponente de esa inquietud que recibe de su maestro, Aristarco de Samotracia (217-145 a. C.) y que, en términos generales, podemos considerar común a todos los dedicados a la filología en aquella época.

Para Dionisio de Tracia la gramática es, en lo fundamental, un medio de conocimiento acerca del uso habitual de la lengua por parte de los escritores y los poetas. Ello supone situar la autoridad respecto de la misma en la creación literaria, punto de vista que ha transitado a través de toda la gramática normativa o prescriptiva hasta nuestros días. Naturalmente, hablar de escritores y poetas, siguiendo lo comentado hace tan solo un momento, significa ni más ni menos que atenernos a las referencias clásicas.

La gramática para Dionisio consta de seis partes:

1. Lectura con pronunciación correcta.
2. Explicación de los giros poéticos.
3. Transmisión de las glosas y de los ejemplos mitológicos.
4. Etimología.
5. Analogía.
6. Examen crítico de los poemas.[14]

14. En lo que el propio Dionisio cifraba el fin último de la gramática, lo que no deja de ser más que significativo de los dominios en los que se desenvuelve.

La bibliografía ha solido destacar fundamentalmente la contribución gramatical de esa obra. En efecto, Dionisio de Tracia aporta la primera gran construcción gramatical completa que nos aporta la Antigüedad, al menos en Occidente, y siempre dejando al margen las obras hindúes, cronológicamente bastante anteriores. En todo caso, carecemos de constancia acerca de que ese saber hubiera podido trascender al mundo griego. En Occidente, por tanto, Dionisio de Tracia no tiene parangón entre quienes lo precedieron, convirtiéndose, por descontado, en el gran modelo inspirador del quehacer gramatical occidental a partir de ese momento. Además, Dionisio de Tracia fue un extraordinario sistematizador del conocimiento hasta entonces desarrollado en el terreno gramatical, a la par que un perspicaz observador de la lengua. Su obra, desde luego, está repleta de múltiples detalles descriptivos sobre la lengua griega clásica y de un más que afinado espíritu taxonómico que abarca todos los aspectos formales del lenguaje. Tratando de sintetizar el componente más decantadamente lingüístico de la *Techné*, podríamos resumir sus contenidos en los siguientes puntos:

1. *Fonética*. Distingue 24 letras, siete de ellas vocálicas y las restantes consonánticas. El criterio delimitador de vocalismo y consonantismo es la capacidad para producir sonidos por sí mismas (letras vocálicas) o la ausencia de timbre por sí solas (letras consonánticas).
   1.1. Dentro de las vocales discrimina:
      A De un lado, vocales largas, breves e indiferentes esto es, largas en unas ocasiones, breves en otras.
      B. De otro, vocales prepositivas y vocales pospositivas. Las primeras estarían colocadas ante «*i*», o formarían una sílaba.
      C. Del mismo modo contempla seis diptongos.
   1.2 En cuanto a las consonantes contempla varios grupos, siguiendo criterios fundamentalmente acústicos en primera instancia. De ese modo, habla de ocho semiconsonantes menos sonoras que las vocales, nueve sordas porque carecen de sonoridad, de entre las que separa tres suaves [no aspiradas], tres ásperas [aspiradas] y tres medias más suaves que las aspiradas y más roncas que los sonidos suaves.
   1.3 Las sílabas se dividen en *propias*, aquellas en las que se unen consonantes y vocales, e *impropias*, aquellas en las que encontramos vocales aisladas.

2. *Partes de la oración*. La palabra es la parte más pequeña resultante de la unión de elementos menores, como son las sílabas. La suma de palabras con un sentido concreto es lo que llamamos oración para Dionisio. La oración está compuesta por ocho partes:
   2.1 El *nombre* es la parte de la oración que posee terminaciones casuales y designa una cosa. Posee cinco accidentes género, tipo, forma, número y caso que examina con mayor detalle.

   Hay tres *géneros*, masculino, femenino y neutro, a los que podrían añadirse el «ambiguo» y el «epiceno».

   En cuanto a los *tipos*, conviene distinguir para Dionisio entre tipos primitivos y derivados, correspondiendo a los primeros lo dicho en primera denominación, y a los derivados lo que podemos deducir de aquella. Estos últimos se subdividen en derivación patronímica, posesiva, comparativa, superlativa, diminutiva, denominativa y verbal.

   Las *formas* contempladas son la simple, la compuesta y la derivada de una compuesta. Así, «Memnon» (simple) > «Agamemnon» (compuesto) > «Agamemnónida» (derivado de un compuesto). Dentro de los compuestos es posible discriminar también cuatro tipos diferentes: los formados por dos palabras completas («Quirísofo»), los constituidos por dos incompletas («Sófocles»), los integrados por una completa y otra incompleta («Filodemo») y, por último, los que invierten el orden de los constituyentes anteriores con una incompleta y otra completa («Pericles»).

   Los *números* son tres, singular, dual y plural, si bien Dionisio observa agudamente que se registra ocasionalmente una asimetría entre la marca formal de pluralidad y su contenido, a la vista de que palabras singulares como «pueblo» o «coro» remiten a una pluralidad. En casos como «Athenai», «Thebai», en cambio, sucedería lo contrario.

   Son cinco los *casos* que contempla Dionisio: nominativo (forma apelativa y caso recto), genitivo (caso

posesivo o caso patronímico),[15] dativo (caso de la adjudicación), acusativo (caso de la causalidad) y vocativo (o caso de la invocación).

2.2 *Verbo*. El verbo es definido como una parte de la oración carente de caso, capaz de expresar tiempo, persona, número, acción o pasión. El verbo posee ocho accidentes:

- *Modo*: indicativo, imperativo, optativo, subjuntivo e infinitivo.
- *Voz*: activa, pasiva y media.
- *Clase*: primitivos y derivados (p. e., en español, «danzar» y «bailotear»).
- *Forma*: simple, compuesta y decompósito (en este caso, «notar», «anotar» y «connotar»).
- *Número*: singular, dual y plural.
- *Persona*: primera (la que habla), segunda (a quien se habla) y tercera (de la que se habla).
- *Tiempo*: presente, pasado y futuro. El pasado se descompone en cuatro grados: imperfecto, perfecto, pluscuamperfecto y aoristo. Además, muestra tres afinidades, del presente con el imperfecto, del perfecto con el pluscuamperfecto y del aoristo con el futuro.
- *Conjugación*: activa, pasiva y media.[16]

2.3 *Participio.* Es una parte de oración que contiene características propias del verbo y también de los nombres. Mantiene los mismos accidentes que ambos, excepto persona y modo.

2.4 *Artículo*. Concebido como un elemento oracional dotado de terminaciones casuales, situado en posición antepuesta o pospuesta al caso que, por lo demás, posee género, número y caso.

2.5 *Pronombre*. Dionisio entiende que su característica fundamental es la de actuar como sustitutivo del nombre. Designa personas y cuenta con accidentes de persona, género, número, caso, forma y clase.

2.6 *Preposición*. Es un elemento oracional que puede figurar delante de todas las categorías, tanto en composi-

15. En la antigua Grecia se añadía el nombre del padre en genitivo al nombre propio.
16. Distinción que no recoge Arens (1969).

ción directa como en asociación con otras partes de la oración.

2.7 *Adverbio*. Se considera adverbio a la parte de la oración que carece de flexión y se predica de un verbo o se añade al mismo. Son simples o compuestos y entre ellos Dionisio establece una prolija casuística: de tiempo, de clase intermedia («hermoso»), de propiedad («uniforme»), de cantidad, de número («dos veces»), de lugar, de deseo (el equivalente griego al esp. «ojalá»), de negación, de afirmación, de disuasión («mas no»), de semejanza, de admiración, de sospecha («quizá»), de orden («sucesivamente»), de reunión («enteramente»), de exhortación («¡vamos!»), de comparación, de interrogación, de esfuerzo («muy mucho»), de juramento negativo, de juramento afirmativo («en verdad»), de corroboración («seguro»), de ocupación y, finalmente, de entusiasmo báquico (¡evoé!).

2.8 *Conjunción.* Dionisio de Tracia la concibe como una parte de la oración que tiene encomendado encadenar los pensamientos y rellenar las lagunas del discurso. Las conjunciones, a su vez, se dividen en:

- *Copulativas*, que encadenan sumando como «y», «también», etc.
- *Disyuntivas*, encadenan, aunque separando en esta ocasión, como «o».
- *Condicionales*, indican secuencias irreales, como por ejemplo «si», «aunque», etc.
- *Causales*, expresan una secuencia real («porque», «puesto que»).
- *Finales*, usadas para indicar motivo («para que»).
- *Dubitativas*, para manifestar duda («si»).
- *Raciocinativas*, adecuadas para las oraciones conclusivas y para las demostraciones: «por tanto», «así pues».
- *Expletivas*, a las que se recurre con fines estilísticos, sobre todo por imperativos de la métrica poética, como en «pues», «bien» o «ahora».

1.6.4.2 Apolonio Díscolo

La obra de Dionisio de Tracia será determinante en la historia de la lingüística, como iremos comprobando cada vez que sea necesario acometer alguna descripción gramatical. Será, invariablemente, el modelo occidental de referencia durante siglos. No obstante, la tradición griega lega otra gran aportación gramatical, aunque haya de esperarse hasta el siglo III d. C. para encontrar a Apolonio Díscolo. Este recuperará parte del nocionalismo perdido en la *Téchne* de inclinación más formalista. Apolonio es consciente de que hay unidades capaces de distinguir significados y otras que, en cambio, carecen de esa virtualidad. Sus reflexiones en esa dirección son algo más que sugerentes y ponen de manifiesto una clara comprensión de los vínculos existentes entre el componente formal de las lenguas y la función semántica que estas deben desarrollar. De ese modo, para Apolonio el número no es específico del verbo, pues en su opinión solo constata algo referente a las personas implicadas en la acción verbal. La acción verbal en sí residiría en el contenido semántico del verbo que patentiza el infinitivo «escribir», «caminar», etc. A ello, en principio, son ajenas las categorías de número y de persona, en la medida en que aluden a los sujetos implicados en el desarrollo semántico de la acción verbal, pero no en esta misma desde el punto de vista nocional. De la misma forma, Apolonio tampoco considera que el modo sea una característica propiamente verbal. Son, una vez más, los sujetos implicados en la acción quienes participan directamente en la misma, transcribiendo sus actitudes a través del lenguaje verbal, etc. Por tanto, el cometido del verbo no es otro que transmitir formas temporales y contenidos activos, pasivos y medios.

Igualmente ilustrativa de esas cuitas nocionales es su teoría acerca de la aparición del pronombre. Lo considera una parte de la oración que puede parecer inútil, habida cuenta de que ya contamos con el nombre para designar la misma realidad a la que alude el pronombre. Esto, que es sobremanera manifiesto respecto de los pronombres de tercera persona, puede extenderse a los de segunda y hasta a los de primera. Sin embargo, considera que el pronombre tiene su justificada razón de ser en la capacidad para señalar y para referirse a lo que nos rodea, para ser en definitiva lo que llamaríamos un elemento deíctico. De esa manera, la diferencia sustancial entre aludir a una realidad mediante el nombre o el correspondiente pronombre es de mayor o menor énfasis, respectivamente.

No obstante, la historiografía lingüística posterior ha visto en Apolonio Díscolo sobre todo al gran impulsor de la sintaxis, probablemente por el paradigma tendencialmente formal desde el que ha solido ser interpretado. Se subraya desde esos planteamientos que estableció una interesante equivalencia entre el papel desempeñado por las letras en relación a las sílabas y por las palabras en relación ahora a la oración. De esa manera describe cómo cada unidad mayor (la oración) está constituida a partir de la suma de otras menores (la letra, la sílaba, la palabra). La sintaxis, por lo tanto, tendría la misión de ocuparse del estudio de las posiciones ocupadas por los elementos oracionales, así como de las flexiones necesarias para construir congruentemente la oración.

Esta contribución sintáctica es, sin duda, de un valor incalculable, sobre todo contemplada en la trayectoria evolutiva de la gramática griega clásica. En efecto, a la impresionante contribución taxonómica legada por Dionisio de Tracia le faltaba un necesario complemento y desarrollo a través de la sintaxis. La propia concepción de la oración defendida en la *Techné* invitaba a ello. No bastaba con reconocer que la oración es una suma de palabras que transmiten un sentido. Sabemos que esa suma debe seguir una determinada combinatoria, unas reglas de interrelación entre las palabras, en definitiva, una sintaxis.

En ese sentido, la contribución de Apolonio Díscolo es ya ciertamente destacada y, por descontado, a su autor le depara un lugar preeminente en la lingüística de la Antigüedad. No obstante, particularmente me resisto a ver en Apolonio solo al padre de la sintaxis. Sus reflexiones sobre el verbo o sobre el pronombre suponen un avance, cualitativo en esta ocasión, respecto de Dionisio de Tracia. Si este había introducido una precisión y exhaustividad descriptivas sin parangón hasta aquellos momentos, Apolonio Díscolo va más allá de lo meramente expositivo y es capaz de confeccionar una teoría lingüística autónoma y desligada de otras servidumbres filosóficas. En sentido estricto, el trasfondo de la obra de Apolonio opera al margen del paradigma del saber griego clásico, tal y como ha sido expuesto líneas más arriba. Sus reflexiones semánticas, sus ideas sobre la conexión entre significado y sintaxis, no entran dentro de la estricta *techné,* ni buscan ser un intermediario para llegar a ningún *arjé.* Además, muchos de esos planteamientos resultan de una modernidad extraordinaria, hasta el punto de que su teoría sobre el pronombre no anda tan alejada de las ideas de Benveniste acerca de la deixis. Quizá

quepa reformular historiografía lingüística de la Grecia clásica y ver en Apolonio Díscolo al primer gran teórico disciplinarmente independiente de la lingüística, al menos en Occidente.

1.7 Roma

Como suele suceder en otras ramas del saber y la cultura, en lingüística Roma transmite y adapta los conocimientos heredados de los griegos. Los romanos no se mostraron intensamente interesados en los aspectos más teóricos y especulativos de las cuitas lingüísticas. Hasta tal punto debió de ser así, que Crates de Malo (siglo II a. C.) se dedicó a animar públicamente al pueblo romano para que prestaran atención a los temas lingüísticos. Todo un síntoma, sin duda, de un desinterés especulativo, común por lo demás con otras muchas ramas del saber. Probablemente todo ello no deje de constituir una mera anécdota, como propone Arens (1969: 51), si bien en última instancia constituye también un fehaciente exponente de las limitaciones entre las que discurrió nuestra disciplina en etapa romana. De hecho, tal ha sido la lectura predominante entre la historiografía lingüística, no exenta de fundamento, como comprobaremos, aunque también con excepciones significativas que no siempre han sido suficientemente subrayadas.

1.7.1 Varrón

La figura cumbre de la lingüística latina fue Varrón. En el *De lingua latina* (hc. el 43 a. C.), obra de la que solo conservamos los libros V al X, siguiendo la concepción predominante de la gramática como conocimiento del uso lingüístico, como conocimiento práctico, quiso fijar la *latinitas*, basándose para ello en la *natura* lengua, la *analogía* (paradigma), la *consuetudo* (uso) y, finalmente, la *auctoritas* (grandes figuras literarias).

Tusón (1982: 32) considera a Varrón «un caso fuera de lo corriente» y, ciertamente, parece que lo fue. Partió de una peculiar teoría acerca de la evolución lingüística, conforme a la que el lenguaje se habría ido desarrollando a partir de un número limitado de palabras básicas que fueron modificándose, tanto en su estructura

fonética, como en su significado. Así, por ejemplo, «hostis» habría evolucionado desde su significado primitivo, «extraño», hasta el de «enemigo». Naturalmente, el griego era la lengua de la que, por este procedimiento, habría derivado el latín.

Pero, junto a esas modificaciones acontecidas con el transcurso del tiempo, Varrón observa también variaciones lingüísticas en lo que hoy llamaríamos sincronía, en el aquí y ahora concretos, producidas por la intervención de la flexión y la derivación de las palabras. Al respecto, menciona ejemplos en los que se cumplen la anomalía y la analogía, polémica sobre la que había aportado unas no menos debatidas noticias. Las palabras se dividen para Varrón en *productivas*, si disponen de flexión, e *improductivas*, en el supuesto contrario. Sin embargo, ha llamado más la atención su clasificación morfológica de las partes de la oración latina según el caso y el tiempo, conforme a una clasificación que podríamos resumir en los siguientes términos:

Partes de la oración latina según Varrón

Tipo de flexión		Tipos de palabras	Categorizadas como formas que...
Caso	Tiempo		
+		Nombres y adjetivos	nombran
	+	Verbos	expresan
+	+	participios	participan
		adverbios	acompañan

Cuadro 9.

La obra de Varrón tiene algunas intuiciones muy interesantes para un lector actual. Parece atisbar la naturaleza pragmática del lenguaje cuando señala que las áreas culturalmente más importantes cuentan con mayor volumen léxico. Es muy sensible también al uso lingüístico, distinguiendo entre paradigmas generales para todos los hablantes *declinatio naturalis*, invariantes por lo tanto, y otros que dependen del grado de aceptación de las personas *declinatio voluntaria*. Se anticipa, igualmente, al concepto de economía lingüística cuando, dentro del análisis de las partes de la oración, considera que la declinación permite emplear solo las palabras necesarias para una lengua. Si careciésemos de este recurso gramatical, si no pudiésemos declinar las palabras, estas aumentarían tanto que serían inabarcables para la memoria humana.

1.7.2 Remio Palemón

Del siglo I tenemos noticias de la *Ars grammatica* de Remio Palemón, uno de los casos en verdad curiosos de la transmisión del pensamiento lingüístico. No conservamos la obra de Remio Palemón, aunque sí la conocemos a través de sus múltiples comentaristas y de la enorme repercusión que debió tener en su época. A través de esas noticias indirectas, sabemos que Palemón transplantó las categorías establecidas por Dionisio de Tracia a la descripción del latín, lo que terminó confirmando a aquel como el gran canon de la descripción gramatical. Ese planteamiento, ese procedimiento sobre todo en su aspecto más preceptivo, ha llegado prácticamente hasta nuestros días plena de vigencia.

1.7.3 Quintiliano

No obstante, fuera de la reflexión estrictamente gramatical, el mundo latino aporta también otras contribuciones de indudable interés para el historiador de la lingüística. En los albores de nuestra Era, Quintiliano (Calahorra, *circa* 39 Roma, *circa* 95), elabora una obra destinada a tener una influencia capital en la cultura occidental, la *Institutio Oratoria* (c. 95 d. C.) Sus doce volúmenes aspiran a formar al alumnado en el arte de la retórica, disciplina capital en la sociedad romana. Para tal fin, establece una secuencia muy sistemática que puede subdividirse en los siguientes grandes apartados:

- Los dos primeros libros, se encargan de comentar los fundamentos básicos en la formación retórica.
  - El libro I es el más específicamente orientado hacia la enseñanza infantil, incidiendo en cuestiones relacionadas con la gramática, a las que agrega más adelante la geometría y la música.
  - El siguiente libro concreta esas cuestiones en el ámbito de la escuela.
- Los nueve libros siguientes se hacen cargo de los fundamentos y principales técnicas relacionadas con la oratoria.
  - Los libros III al VI se ocupan de la *inventio.*
  - El VII trata de la *dispositio*.
  - En el VIII concentra su atención en el estilo la *elocutio*, ocupándose de la *proprietas*, esto es, los adornos y tropos literarios.

- El libro IX profundiza en las figuras de pensamiento, además de dispensar atención a los ritmos artísticos de la prosa.
- El libro X es de carácter más literario, aconsejando la lectura como herramienta principal en la formación del futuro orador, al tiempo que estudia los principales modelos aportados por la literatura griega y romana. Ni qué decir tiene que de ahí arranca uno de los más poderosos fundamentos clásicos de la crítica literaria y que, por descontado, ha sido obra de referida atención para los historiadores de la teoría literaria.
- Concluye estableciendo los parámetros entre los que ha de desenvolver la correcta actividad retórica.
- La memoria y de la *actio* constituyen las preocupaciones del libro XI.
- En el XII, dibuja los principales rasgos que han concitarse en el orador ejemplar, que ha de encarnar la figura del *vir bonus*, regido por cualidades morales que guíen su mente y su corazón.

La intención manifiesta de Quintiliano fue elaborar un manual didáctico que, entre otras cosas, recogiese su ya entonces dilatada experiencia como prestigioso formador de oradores. Para los historiadores de la lingüística destaca el que todo ese prolijo y detallista programa arranque justamente de la gramática, de un conocimiento exhaustivo de la vida de la lengua sobre la que pretende operar. Quintiliano, por tanto, no renuncia al saber acerca de las lenguas. Antes al contrario, acomoda los avances conceptuales griegos a un nuevo objetivo, la formación retórica, pero sin renunciar a sus logros.

Ese será, en el fondo, un modelo que se proyectará sobre los manuales que circularán ya en la Latinidad tardía. Donato y Prisciano, cronológicamente todavía autores latinos, sin embargo legan obras cuya repercusión real hay que buscarla ya en la Edad Media. Comparten con Quintiliano su afán pedagógico y, sobre todo, la convicción de que el primer basamento de la formación hay que situarlo en el conocimiento profundo y preciso de la gramática latina. No será otra la convicción, formalmente reglada como veremos, que mantendrá el sistema escolar medieval.

2

Edad Media

El tópico es claro y sin distingos en la bibliografía, sea esta científica, meramente divulgativa o de cualquier otra naturaleza: la Edad Media fue un período oscuro, de interés variable. Incluso en el mejor de los supuestos, nunca gozó de una intensidad cultural parangonable a la que hayan protagonizado otras etapas de la historia del Hombre, En lógica consecuencia con todo ello, no ha solido pasar de ser considerada como un largo y silencioso paréntesis, flanqueado por épocas pretéritas y futuras de mayor esplendor. Según tan poco halagüeños planteamientos, entre la caída del Imperio Romano (siglo v) y el Renacimiento (siglo xv) transcurriría un longevo letargo de unos mil años en el que la producción intelectual habría subsistido no sin dificultades, poco menos que de manera testimonial, salvaguardando un legado que sería correctamente interpretado al final de ese período, a partir del Renacimiento.

La lingüística, desde luego, no ha sido una excepción a esa convicción general. Sus historiadores tampoco es que hayan desatendido por completo lo más descollante de la producción medieval en ese ámbito. Aunque no por ello han evitado mostrar una Edad Media lingüística poco fértil y esencialmente preocupada por reproducir –casi mimética y automáticamente– el legado clásico. Incluso, todo sea dicho, se ha llegado a caricaturizar algunos de sus planteamientos teóricos que, fuera de contexto, resultan algo más que ajenos y contrarios a la mentalidad actual.

Sucede que el oscurantismo genera habitualmente más oscuridad de la estrictamente necesaria y, por supuesto, provoca la excesiva circulación de muchísimas –demasiadas– «verdades a medias». La penuria intelectual de la Edad Media no deja de ser una de ellas, como al menos trataré de comentar en las páginas siguientes. Adentrarnos serenamente y sin preestablecidos en la Edad Media para la lingüística significa, si no alcanzar conclusiones diametralmente opuestas a las anteriores, cuando menos buscar explicaciones razo-

nables a un panorama científico ciertamente singular, cuando no extravagante, para la mirada contemporánea. Solo que ninguna cultura de ninguna sociedad de ninguna época se ha instalado en la «autoextravagancia», al menos no lo ha hecho deliberadamente así, salvo cuando ha pretendido enfrentarse al poder establecido en cualquiera de sus manifestaciones y ha recurrido a ello como instrumento subversivo. No es el caso de la cultura y la lingüística medievales. Luego, aquello que hoy resulta extraño, por momentos inconcebible y, como digo, manifiestamente extravagante, en su tiempo debió obedecer a procedimientos y parámetros más que presumiblemente asentados y estandarizados.

La sorpresa ante la extravagancia, al historiador acaso le esté permitida como un momento fugaz. En cualquier caso, no debe desviarlo de su cometido último; esto es, la búsqueda de esos parámetros explicativos, por muy ajenos que puedan resultarle a la mirada contemporánea. De acometerse un intento de comprensión profunda y razonable del Medioevo es más que probable que modifiquemos, cuando menos, parte del contundente diagnóstico que lleva siglos arrastrando. Bien es verdad que, a primera vista, en materia lingüística carecemos de una figura tan capital como pudiera ser Dionisio de Tracia o como será Elio Antonio de Nebrija en los albores del Humanismo. Pero me permitiría avanzar que de ahí a inferir un árido desierto del saber lingüístico media un ecuánime abismo, sobre todo en lo concerniente a los últimos siglos del período medieval. Y quizá la acotación temporal interna de la Edad Media sea una de las primeras puntualizaciones que habrían de acometerse. Tan desmesurado ciclo cronológico no discurrió entre una rotunda uniformidad, sino que más bien contó con varias, intensas y variadas etapas.

Otra puntualización necesaria, por supuesto, introduciría una nueva llamada de atención hacia el eurocentrismo desde el que enfocamos nuestras pesquisas históricas. La Europa medieval, sobre todo durante sus primeros siglos, podría incitar a pensar en términos tan poco optimistas como los antes expuestos en relación a su producción intelectual. Muy distinta era, en cambio, la situación vivida en Extremo Oriente y, sobre todo, en el Mundo Árabe europeo; ámbito este último en el que se desarrolla un esplendor hasta entonces desconocido que, por lo demás, tiene en Al-Andalus uno de sus principales exponentes. Árabes y judíos españoles contribuyeron, no solo a la recuperación del saber clásico, sino a un franco desarrollo

del mismo que poco encaja con esa visión pesimista a la que estamos aludiendo.

Por todo ello, parece más que recomendable aproximarse a la Edad Media desde una perspectiva más flexible, alejada en lo posible de tópicos desproporcionados y que en lo científico procure, como recomendara Khun, juzgar las contribuciones científicas desde los parámetros de su tiempo, olvidando consecuentemente los del nuestro en la medida de lo posible.

2.1 El complejo mosaico histórico de la Edad Media

La caída del Imperio Romano supuso una decadencia inmediata de la vida urbana, con el consiguiente retorno al mundo rural. Asimismo comportó igualmente una notable involución de gran parte de los valores en los que se había sustentado hasta esos momentos la cultura occidental. Los monasterios se convirtieron en los grandes albaceas de la cultura clásica. En su seno se conservó el saber clásico, se impartieron enseñanzas y se perseveró humildemente en el conocimiento con las fuerzas que suministraba la época. Ese depósito de saber, en todo caso, contó con serias restricciones de acceso, como recuerda Deschner (1972). Y, además, fue gestionado desde presupuestos de manifiesto dogmatismo, siguiendo también un apunte del mismo Deschner, cuando contrapone la flexibilidad tolerante del mundo romano[17] al estricto dogmatismo por el que se conducirá el cristianismo primitivo.[18]

Todo ello acontece, por lo demás, en el seno de esa estructura rural que sustentaba el nuevo orden social, el feudal, cuyas relaciones de dependencia eran la manifestación de una urgencia y una necesidad históricas. El feudalismo europeo termina asentando una tupida red social que tiene su vértice máximo en Dios, señor de todos los cristianos. A continuación se hallarían el papa romano y los reyes, para ir estableciendo desde ahí una cadena de estamentos que ubican a los individuos de tal forma que son señores respecto de sus inferiores y, a la vez, vasallos respecto de sus superiores. En el extremo opuesto,

17. En materia religiosa, fundamentalmente, pero consecuentemente también en toda la vida intelectual.

18. Como botón de muestra, baste recordar que es la época de las persecuciones contra la heterodoxia cristiana, las llamadas herejías.

la base de esa pirámide estamental estaría ocupada por los siervos de la gleba, seres ligados a una tierra y a un señor sin otros por debajo. El feudalismo, en el fondo, origina también una cosmovisión con indudables proyecciones sobre la organización y configuración del saber medieval, como tendremos ocasión de comprobar de inmediato.

Fuera de Europa la situación fue sustancialmente distinta. El Oriente que había estado bajo la dominación romana mantuvo pujante una vida urbana que encontró en Alejandría su referente por excelencia. Hasta el siglo VII Alejandría siguió ejerciendo como gran centro de saber, extraordinariamente cosmopolita, posibilitando avances notables en matemáticas (Hypatia), óptica y matemática (Juan Filópono) o medicina (Pablo de Egipa). Tampoco fue un caso aislado. Ciudades como Edesa, Harrán o Ras el-Ain mantuvieron muy activa la cultura semítica y tendieron importantes vías de circulación de ideas entre el Golfo Pérsico y Asia Menor, no siendo en modo alguno ajenas al pensamiento indio. Agréguese a ello el decisivo papel desempeñado por el Islam a partir de la muerte de Mahoma (632), momento en el que ya se había producido la unificación cultural y religiosa de la península Arábiga, impulso que muy pronto se transmitirá a los pueblos vecinos. En el año 649 había llegado hasta Armenia, Irán, Iraq y Egipto y, ya en suelo europeo, en el año 711 alcanza su máxima cota de penetración al Sur de Francia, en Poitiers, luego de su veloz y determinante paso por la península Ibérica. Ese pueblo emergente y conquistador, hace acopio del saber que va encontrando a su paso hasta el siglo VII. A partir del siguiente, en cambio, empieza a dar muestras de una fecundidad intelectual propia, iniciando una serie de aportaciones decisivas en todos los campos de la ciencia y el pensamiento coetáneos. Convertido el árabe en la lengua científica oficial del Islam desde el mismo siglo VIII, los científicos árabes encuentran foros tan destacados como la *Casa de la Sabiduría* (Al-Mamún, 813-833) o el *Mercado* libio (siglo VIII), sin que los propios soberanos fuesen ajenos a importantes formas de mecenazgo. Al menos a primera vista, la situación –en todos los sentidos– era sustancialmente distinta a la de sus contemporáneos cristianos.

Pero los siglos XI y XII van a introducir considerables transformaciones en la Europa cristiana. En esa época hace su aparición el arado de reja asimétrica que, frente al común, presenta la ventaja de permitir manejar la labor agrícola en los suelos duros, así como la de facilitar el tránsito del aire y el agua por la superficie labrada. De ello se sigue una inmediata mejora en la producción agrícola, a la que también

contribuye el desarrollo del collar rígido, que mejora sensiblemente la fuerza de la tracción animal. Otros avances técnicos –como el molino de agua– inciden en la misma dirección de progreso tecnológico y, en general, tienen similares consecuencias. La mejora de la energía hidráulica encuentra un aprovechamiento inmediato en la molienda del grano, pero resultara igualmente de gran utilidad para batir las lupas de hierro surgidas de los hornos de reducción. Ello supuso modificar de manera harto sustancial las condiciones de producción del metal. Incrementada la producción agraria, con ascenso en la curva demográfica, disponiendo de mejoras tecnológicas como las comentadas y con un cada vez más pujante comercio exterior, en el mundo medieval de fines del siglo XI y principios del XII había ingredientes más que suficientes como para que empezase a resquebrajarse la cimentación social del feudalismo, dando paso al progresivo crecimiento de las ciudades. Éstas son un signo inequívoco de expansión en ese contexto y, entre otras cosas, a la vez son también una fuente incesante de necesidades. Surgen nuevas parroquias, nuevos gremios, nuevas profesiones, en definitiva, un hábitat distinto –propio– de una sociedad que está transformándose de forma sustancial.

En el cambiante mundo del tránsito entre los siglos XI y XII la enseñanza empezaba a ser una urgencia que desbordaba las tapias de los monasterios, aunque no llegara a desligarse por completo del recaudo eclesiástico. Antes al contrario, la Iglesia católica creó escuelas episcopales en Reims y Chartres, en París los canónigos de la catedral dispensaron enseñanza y lo propio hicieron los de Saint-Victor, así como los monjes de Sante-Geneviève. De esa inquietud por la enseñanza ni tan siquiera escaparon los propios clérigos; de grado o «por fuerza», ya que el mismísimo Gregorio VII se encargó de obligar a todos los obispos a instruirse en artes liberales (1179). El *III Concilio de Letrán* (1179) no fue a la zaga del Santo Padre y prescribió una escuela para cada catedral al cargo de la cual habría de encontrarse un escolástico. Con la escolástica y con sus cultivadores, los escolásticos, nos reencontraremos en innumerables ocasiones a lo largo de este capítulo. De momento sólo quisiera recordar que son los grandes especialistas de finales de la Edad Media, entre otras cosas relacionadas con la cultura y el pensamiento, también en la instrucción.

Todo estaba dispuesto, pues, para la aparición de las universidades, sin duda una de las consecuencias más inmediatas de la gran expansión urbana de la Europa medieval. Por lo que sabemos del nacimiento de la universidad de París hacia (1170-1180), la primera eu-

ropea junto con la de Bolonia, la institución universitaria se ensambla conforme a un patrón bastante regular en la vida urbana medieval. De la misma forma que la semejanza profesional originó los gremios que reunían artesanos de un mismo oficio, en las *universitas* se concitaron *magistrorum et scolarium,* o lo que es lo mismo*, los que saben y los que iban para aprender.* De ese modo se organiza la más alta transmisión del conocimiento, insisto, siguiendo de forma fidedigna el ritmo social de los tiempos. Aunque la universidad naciente no deja de institucionalizar una situación previa de hecho (Le Goff, 1985: 74), lo cierto es que terminará asentándose tras no pocas convulsiones. La universidad de París vive un cruento período de enfrentamientos con los poderes laicos y eclesiásticos entre 1212 y 1229; conflictividad a la que no serán ajenos otros centros universitarios como Oxford con pugnas similares en 1232, 1238 y 1240. Y es que, en efecto, tanto los eclesiásticos como el poder comunal, o incluso la misma monarquía, recelaban de una institución como la universitaria que desde el principio contó con una inevitable y evidente trascendencia social. Tanto es así que para Tomás de Irlanda, a finales del siglo XIII, París se subdividía en tres grandes dominios: la gran ciudad compuesta por el pueblo llano, los mercaderes y los artesanos; a continuación, la *cité* que quedaba al arbitrio del rey y su corte y, por último, la universidad. Pero antes de que ese apogeo se produjese fue preciso que la Iglesia amparase y tutelase la actividad universitaria directamente desde el Papado. Precisamente los agitados sucesos parisinos a los que me acabo de referir movieron a Gregorio IX a otorgar la bula *Pares Scientiarium*, mediante la que se dotaba a la universidad de cuotas amplias de autonomía bajo la supervisión formal del Papa. Ello no dejaba de constituir una suerte de simbiosis sociocultural de suma utilidad para ambas partes implicadas. Maestros y estudiantes encontraron en la Iglesia un garante para sus actividades que, entre otras cosas, los protegía un tanto del todavía imprevisible –por insuficientemente asentado– mundo urbano. Al Papado, por su parte, se le ofrecía una coyuntura inmejorable para acomodarse a las innovaciones que estaban aconteciendo. Por ello, como sucedería con las órdenes mendicantes, termina apoyando ese proyecto en el que había otro ingrediente añadido, y no de poco peso: la ciencia por excelencia era la de las cosas divinas, de manera que el saber no dejaba de constituir un aliado privilegiado para combatir las fuerzas del mal. No es de extrañar que a veces se tenga la sensación de que esas universidades primitivas fueron en el fondo agentes intelectuales del Papado, y no solo cuando sur-

gieron expresamente para combatir la herejía, como la de Tolosa en 1229, sino en el marco general de la vida medieval que se desarrolla a partir de ese crucial siglo XIII.

En cuanto a la organización del mundo universitario debe consignarse una notable casuística que impide extraer demasiados factores comunes. La universidad parisina contaba con cuatro facultades que se ocupaban de las artes, el derecho canónigo, la medicina y la teología. Estas tres últimas eran facultades superiores y estaban dirigidas por un decano. La facultad de artes, en cambio, se organizaba por nacionalidades –franceses, picardos, normadnos e ingleses–. Al frente de cada una de ellas se encontraba un procurador que asistía directamente al rector. Los estudios de artes se realizaban entre los 14 y los 20 años, consagrados al bachillerato los dos primeros y especializados en el doctorado los cuatro restantes. Medicina y derecho, en cambio, se realizaban entre los 20 y los 25 años, en tanto que para la teología se reservaba una formación mucho más minuciosa que se prolongaba de los 8 a los 35 años. El esquema parisino ni tan siquiera coincidía con el de Bolonia, exponente inmediato de esa dispersión casuística a la que acabo de referirme. En todos ellos, no obstante, a la gramática se le deparaba un papel fundamental, nuclear y básico, bien como enseñanza incluso en la formación previa al ingreso en la vida universitaria, bien como preocupación primaria al producirse éste. No en vano, como veremos de inmediato, las pericias lingüísticas desempeñaban un papel nodal en la transmisión del conocimiento medieval.

2.2 La ciencia medieval

La ciencia medieval, sobre todo en su versión cristiana, puede ser considerada como un gran camino en pos de su identidad. No quiero decir que los científicos medievales estuviesen laborando en búsqueda de una autonomía científica entendida en términos actuales. Más bien me refiero a que durante casi mil años se enquistó en el pensamiento científico medieval la pertinaz necesidad de establecer qué grado de tutela ejercía la fe sobre la razón y, en íntima conexión con ello, hasta qué punto y con qué precauciones eran admisibles las autoridades grecolatinas. No podían caber dudas muy profundas acerca de que las autoridades clásicas constituían el saber por antonomasia, el fundamento de todo conocimiento mundano que,

por lo demás, se acumulaba en las propias bibliotecas monacales. Acomodar esa realidad y esas referencias objetivas a los dogmas de la fe y a la cosmovisión derivada de ello ya era tarea más ardua. Como quiera que la providencia divina es generosa, magnánima y no hace distingos, la solución más inmediata consistió en admitir que el profundo conocimiento del que hicieron gala los sabios griegos había procedido directamente de la inspiración divina, a pesar del manifiesto paganismo de estos pensadores. Voces tan autorizadas como las de S. Clemente Alejandrino (hac. 150-215), S. Agustín (siglo v), Isidoro de Sevilla (entre los siglos vi-vii) o Adhelmo (siglo vii) se habían pronunciado –y se continuarían pronunciando– en términos más o menos similares. Como es fácil imaginar, lo hicieron no sin vacilaciones y sin versiones diversas. Desde los mismos albores del cristianismo no era extraño sostener que los grandes sabios helenos habían sido discípulos de Moisés (S. Justino, siglo i). Tres siglos más tarde S. Clemente Alejandrino explicará que la ciencia griega provenía de Dios y era imprescindible para la interpretación de la escritura. S. Jerónimo (hc. 340-420) era igualmente un buen conocedor del sistema clásico de conocimiento, que apreciaba vivamente. A San Ambrosio de Milán (siglo. iv), aun conociéndolo, le resultaba un tanto hostil. Curiosamente fue San Agustín quien terminó dilucidando una postura equilibrada, y sobre todo efectiva, desde la que se preconizaba liberar de lo superfluo y engañoso a la ciencia pagana. En la formulación más elaborada de esta suerte de derivación científica, Casiodo explicaba que la sabiduría divina existía como principio universal, en el que se inscribían los maestros paganos que lo formalizaron en las reglas de las artes liberales. Lo cierto es que Boecio (480-524) logró establecer una síntesis más que aceptable en su modelo científico que no renuncia al saber clásico, sino que más bien lo cristianiza *a posteriori*. Ello no deja de ser un espejo en el que se irán mirando las grandes autoridades científicas medievales anteriores al siglo xii, a través de propuestas de clasificaciones de las ciencias como el *Didascalion* de H. de Saint-Victor, el *Tratado de la división de la filosofía* de Dominicus Gundissalvus (siglo xii) o el *Sobre el origen de las ciencias* de Robert de Kilwardby (siglo xiii).

El propio Santo Tomás de Aquino (siglo xiii) se verá impelido a intervenir en la cuestión, reservando para la teología el vértice supremo del conocimiento científico, pero concediendo más margen al conocimiento mundano del que podrían sugerir las apariencias. Santo Tomás de Aquino establecería una clara división al respecto. La *cien-*

cia de las cosas divinas, la teología natural, quedaría encuadrada dentro de la filosofía, a cuya encomienda quedaba alcanzar las causas divinas a partir de la observación de los efectos sensibles. La *doctrina sacra*, por su parte, aunque podía tomar elementos de la anterior, recurría a los dogmas de fe como axiomas explicativos de la realidad que observaba. Quizá lo más ilustrativo de su pensamiento en este punto sea su teoría sobre los tipos de verdad. Para Santo Tomás hay tan solo tres grandes clases de verdades: la *estrictamente teológica*, solo accesible mediante la revelación y aceptada como dogma de fe; las *verdades filosóficas*, no reveladas, a las que se accede mediante la razón en todos aquellos campos que no conciernen a la fe y, por último, las *verdades teológicas y filosóficas* que, aun habiendo sido reveladas, son accesibles mediante la razón, en un ejercicio que, en esta ocasión, se convierte en preámbulo de fe. La existencia, por su parte, lo es naturalmente, lo que equivale a decir que constituye un momento del proceso general de la creación y que, como tal momento, es un tránsito de la creación hacia su creador. Ambas ideas, como se ve, son importantes para esa labor consagrada a ir aquilatando lo que entendemos por tutelaje teológico de la actividad científica y, al mismo tiempo, son importantes para enmarcar la actividad más propiamente lingüística que aquí nos preocupa. Los *modi*, con los que concluirá la gran contribución especulativa medieval a la lingüística, podemos avanzarlo ya, se mueven en el segundo nivel de verdades y constituyen, en consecuencia, un modo de actuar racionalmente dotado de relativa independencia teológica. La gramática, por su parte, en tanto que elemento de la existencia, no dejará en última instancia de reflejar, de alguna recóndita forma, la creación divina. Todo hecho de la existencia contiene, en última instancia, alguna forma simbólica de creación divina.

La filosofía fue la gran transcriptora de esos planteamientos científicos, en especial durante el gran apogeo de la escolástica cristiana que tuvo en Santo Tomás de Aquino su referencia por antonomasia. No obstante, como señala Ferrater Mora, la absoluta preponderancia del escolasticismo en el sistema filosófico medieval no deja de ser una verdad a medias. Ni la escolástica fue la única corriente filosófica medieval ni puede ser considerada una especie de denominador común del pensamiento medieval en esta materia. Resulta ciertamente complejo alojar en ella al misticismo cristiano, al platonismo especulativo u otras corrientes menores que también surgieron en ese gran segmento temporal. Puestos a establecer algunos caracteres comunes que pudieran dar cuenta de la actividad de ese período, en todo caso

convendría empezar subrayando su intensa filiación grecolatina y la profusa dependencia que tendencialmente mantuvieron respecto de la teología. De nuevo, pues, estamos ante la debatida delimitación que abría este capítulo y, además, nos vemos emplazados ante un dato significativo, porque la dependencia –casi sumisión– de la filosofía a la teología no fue característica exclusiva de los autores cristianos, sino que la compartieron también con sus colegas árabes y judíos. No es exagerado, por tanto, pensar que nos hallamos ante un claro indicio de la cultura medieval que, entre otras consecuencias, supondrá una selección de preferencias temáticas que, engarzadas en torno a la naturaleza de Dios y a las relaciones de éste con el mundo, terminan determinando una realidad jerárquicamente articulada. En su vértice supremo se encuentra Dios, por lo demás, en una evidente traslación nocional del propio esquema feudal de organización de la vida social.

A finales del siglo XIII se registra una ruptura abierta con ese paradigma. San Alberto Magno emprende una obra que, elaborada de 1254 a 1270, incluye más comentarios personales y es, en síntesis, una muestra de originalidad desde planteamientos naturalistas. Idénticos aires se vislumbran desde los franciscanos de Oxford, que tienen en R. Bacon (siglo XIII) un ardiente defensor de la experimentación en detrimento del razonamiento que, excuso decirlo, constituía la gran herramienta metodológica a la que recurrían estos autores. Ese mismo espíritu permitirá a Witelo (1220-1275 aprox.) construir espejos parabólicos, fundándose en Ptolomeo y Al-Hazem, así como en los trabajos sobre palancas de Jordano de Nemora y la astronomía ptolémica de Campano de Novara. En todo caso, esa ciencia tutelada por la teología católica nunca subsistió de manera predominante. A menudo se encontró acompañada por otras formas de conocimiento, cuando no terminó solapándose con ellas, no desvinculadas de otras vías de espiritualidad, aunque sí ajenas al dogma. Lo curioso es que, como acabo de avanzar, en ocasiones ambas opciones llegaron a confluir, incluso en un mismo autor. Tomás de Aquino, referencia por antonomasia de la ciencia católica, es autor también de un tratado de alquimia, una vía de iniciación simbólica para el conocimiento del Hombre.[19]

Entre los árabes medievales la situación será sustancialmente distinta, por más que no careciesen de la consabida tutela teológica que, a la vista de cómo transcurrieron los acontecimientos, no supuso

19. Al margen del monotemático empeño en desentrañar el principio de transformación de los metales en oro, otro de los tópicos referentes a la Edad Media, tan habitual como impreciso.

mayor rémora para el desarrollo de una floreciente producción científica durante la Edad Media. Los sabios árabes desempeñarán un papel extraordinariamente relevante en la ciencia medieval. Si bien en un principio pueden considerarse unos profundos conocedores del pensamiento griego, progresivamente irán incorporando otras fuentes, fundamentalmente hindúes, y desarrollando sus propias contribuciones originales. Cultivaron con acierto prácticamente todas las principales disciplinas de la época, destacando sobremanera en física, cálculo, geometría, astronomía y medicina. Especialmente en estos dos últimos campos fue fecundo el espíritu de síntesis que caracterizó la contribución árabe de ese tiempo. La astronomía resultaba fundamental en el mundo musulmán por motivos religiosos, ya que era necesario orientarse hacia la Meca, calcular la fecha del ramadán y precisar la salida y puesta del sol para realizar el culto. En ese terreno pronto destacó Al-Kwarizmi (hc. 780-850), autor del *Zij al-Sindhind* que, haciendo acopio de fuentes hindúes, persas y mesopotámicas, suponía un considerable avance más allá del saber griego. Otro tanto ocurrió en medicina, combinando los conocimientos de Hipócrates y Galeno a los que se sumaron aportaciones originales árabes y la experiencia hindú en farmacopea.

2.3 El saber lingüístico y el sistema educativo medieval

La transmisión del conocimiento durante la Edad Media tuvo su gran valedor en el estricto sistema de progresión intelectual conocido con el nombre de *siete artes liberales*. No son éstas, sin embargo, una creación genuinamente medieval, ni tan siquiera en la conceptualización de las propias artes. Fue un contemporáneo de Sócrates, el sofista Hipias, quien funda la enseñanza basada en las artes liberales, por oposición al programa platoniano, únicamente concentrado en la enseñanza de la filosofía.[20] En su acepción clásica, las artes liberales estaban definidas

20. Recuérdese en todo caso que hablamos de «filosofía» conforme a los parámetros de la época, cuyos contenidos son sensiblemente más amplios que los más tarde dispensados al cometido filosófico. Por recurrir al, no por reiterado, menos ilustrativo ejemplo de Aristóteles, entre las preocupaciones filosóficas del Estagirita encontramos materias que irían desde la física hasta la ética, pasando naturalmente por un núcleo de reflexión filosófica formal.

por dos notas fundamentales: ser propias del hombre libre y oponerse a las mecánicas.[21] Originariamente las artes eran una propedéutica de la filosofía, acorde con el esquema jerárquico del conocimiento griego que, como sabemos, les deparaba rango de *techné*, inferior al de *arjé* privativo del saber filosófico. Ese carácter propedéutico, en todo caso, terminó perdiéndose con el tiempo, hasta el punto de que puede decirse que Séneca fue su último defensor (Curtius, 1948: 64). Ello no impidió que se estabilizase su listado definitivo, fijado además en forma de secuencia para propiciar esa progresión en el conocimiento que las había animado desde el principio: gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, música y astronomía. Ese es el paradigma nocional que recoge Marciano Capella (siglo v) y que fija para el conjunto de la Edad Media. A Boecio le corresponderá encuadrar las cuatro últimas dentro del *quadrivium,* al que en el transcurso del siglo ix se incorporará el termino *trivium* para designar a las tres primeras.

La gramática, por tanto, quedaba en la base fundamental de este sistema de conocimiento y enseñanza. Una gramática considerablemente amplia en sus competencia que, con el transcurso del tiempo, termina incorporando buena parte de la retórica, su continuadora en el itinerario propuesto por el *trivium*. Sabemos que en Platón y Aristóteles «gramática» equivalía al «arte de las letras», y que dentro del mismo se incluía el saber leer y escribir. De ahí ampliará sus competencias en el mundo helenístico a otros dominios, fundamentalmente en el ámbito literario, tal y como lo había recogido el ya referido Quintiliano en sus *Institutio orationis* (I, iv, 2) en el que divide la *rede loquendi scientium* de la *poetarum enarrationem*.

Durante toda la Edad Media el valor social del conocimiento de ciertas pericias lingüísticas parece que debió ser más que notable. A comienzos del siglo xii el correcto dominio de la lectura y la escritura era sinónimo de sabiduría en esa Europa cristiana que hasta entonces tenía recluido el conocimiento en los monasterios. Ese aprecio al conocimiento gramatical fue de tal calibre que, cuando arrancan las universidades, el mismo papa romano impone el estudio de Prisciano en La Sorbona. Prueba de esa importancia es la atención que se dispensa al elemento lingüístico en las reflexiones que durante los siglos xi y xii giran en torno a la dialéctica y a la lógica.

21. División que tampoco se corresponde con nuestra actual concepción de la producción artística. Mientras que la pintura o la escultura quedarían fuera de la enseñanza de las artes liberales, por su evidente carácter mecánico, no sucedería otro tanto con la música, que sí ocupó un lugar fijo entre ellas.

A partir del siglo XII encontramos cambios sustanciales que inician un progresivo desapego a esos planteamientos. Es el llamado «espíritu de Chartres» (Le Goff, 1985: 58, 64). No se desdeña el *trivium*, pero se prefiere el estudio concreto de las cosas, de la aritmética, la geometría, la música o la astronomía, primando sobre todo la observación en lugar de la especulación. Por otra parte, se critica en profundidad la explicación simbolista, considerada ahora como una falacia argumentativa en ciencia. Más que ser conscientes del ilimitado poder creador de Dios, se persigue explicar mediante la razón lo efectivamente creado. El rumbo hacia el Renacimiento estaba más que trazado e iniciado.

2.4 La lingüística medieval

Aceptando el riesgo de ser inevitablemente concisos, a grandes rasgos podemos delimitar tres grandes corrientes de intereses medievales por cuestiones lingüísticas:

1. La *gramática*, incluyendo en ella tanto la preparación de textos escolares como la discusión acerca de sus componentes, gran heredera por lo demás de la última tradición grecolatina procedente de Dionisio de Tracia y de Varrón. Tendrá en Donato y Prisciano el eslabón fundamental para asegurar su continuidad conceptual entre estos dos grandes lapsos de la historia occidental.
2. La *etimología*, como sabemos, objeto de atención principalísima en la primera tradición filosófica griega interesada por el significado. No se puede afirmar que la versión medieval de la etimología sea por completo ajena a esa tradición, aunque resulta palpable que son otros los intereses prioritarios que la animan. La gran referencia de ese quehacer será, sin duda, San Isidoro de Sevilla, si bien el arte de la etimología fue practicado con cierta constancia por todo sabio medieval de cierto nivel.
3. La *especulación filosófica sobre aspectos diversos del lenguaje*, por lo general vinculados al significado y, en consecuencia, también indirectamente conectados con discusiones ya conocidas en la Antigüedad Clásica. San Agustín ejercerá como gran eslabón entre las preocupaciones clásicas por el

> significado, durante la Edad Media también habitualmente próximas a la lógica. No obstante, la perspectiva y el paradigma científicos desde el que son enfocadas estas cuitas en la Edad Media resultan, como veremos, palpablemente distintas. Este es el campo principal de aportaciones tomistas, muy vinculadas a la teoría de los *modi significandi*.

Junto a esas tres grandes líneas maestras de contribuciones lingüísticas, la Edad Media desarrolla actividades que requieren de un considerable grado de pericia lingüística y que, por tanto, ponen de manifiesto, si no una preocupación formal y centrada en las lenguas, sí una manera de concretarla en actividades de tan honda repercusión social como la traducción o la creación de sistemas de escritura para las lenguas vulgares. La atención hacia estas últimas, precisamente, denota la conclusión de la etapa medieval y es, por derecho propio, el más inmediato puente hacia el humanismo renacentista en lingüística. A la vez atestigua la versión medieval de un universal histórico, tan constante como la preocupación de los hombres por regular la vida de las lenguas que caían bajo su dominio administrativo.

La preponderancia de cada una de esas tendencias se corresponde, *grosso modo*, con otras tantas etapas en las que podemos parcelar el denso milenio medieval, aunque bien es verdad que no procede entender esa parcelación de manera férrea en exceso. Es cierto que durante la alta Edad Media fue más apreciada la formalización gramatical o la descripción etimológica que la especulación que acompañaría al gran auge del tomismo escolástico. Pero, como suele suceder en cualquier dominio de la cultura humana, «predominar» tampoco equivale a «silencio» completo y absoluto de las corrientes no predominantes, o comparativamente más cultivadas en otras épocas. Será preciso tener esto en cuenta en la exposición de los capítulos siguientes. Ciertamente, la reflexión lingüística medieval tampoco se acomoda con facilidad a los compartimentos que puedan derivarse de una mera secuencia cronológica.

2.4.1 La gramática medieval

La gramática en la concepción medieval del término no era más que el arte de hablar y escribir con corrección. Ello implicaba el conocimiento de las reglas adecuadas para disponer las letras en sílabas,

éstas en palabras, combinarlas en oraciones adecuadas y pronunciarlas con corrección. Ese conocimiento, como es lógico, tenía la contrapartida de evitar los barbarismos y solecismos que entorpecen la corrección gramatical. Básicamente esas serán sus notas definitorias en tratadistas gramaticales tan característicos del período medieval como Marciano Capella (siglo v) en *Siete artes liberales. Las bodas de Mercurio con la Filología*, Petrus Heliae (siglo xii) en *Summa Grammaticae* o en las *Etimologías* de S. Isidoro. Se trata de una concepción de honda raigambre en el pensamiento medieval que figura hasta casi el final del mismo, pues todavía la mantiene en prácticamente los mismos términos Tomás de Erfurt en el siglo xiv.

2.4.1.1 Gramática latina y formación escolar en la Edad Media

Como sabemos, a la gramática se le tenían dispensadas responsabilidades tan grandes como iniciar la formación del sabio medieval desde el inicio mismo del *trivium*. Tal era el peso de esa responsabilidad que en los listados de autoridades ejemplares elaborados durante el Medioevo para orientación escolar no faltaron gramáticos (Curtius, 1948: 79-87). Bien es verdad que en el de Walther de Espira (hc. 975) tan solo contamos con las relativas y parciales inquietudes de Marciano Capela entre las autoridades allí consignadas. Pero en la primera mitad del siglo xiii el listado de Conrado de Hirsau está encabezado por el gramático Donato. El listado de Hirsau tuvo enorme éxito y fue seguido con una aquiescencia relativamente generalizada. No obstante, desde otras propuestas de autoridades ejemplares los gramáticos seguían manteniendo su peso y su cuota de significativa presencia. En la confeccionada por Eberardo el Alemán (*Laborintus*, escrito entre 1212 y 1280) también localizamos expertos en la enseñanza de la gramática, bien es verdad que en posiciones no tan preeminentes,[22] pues hay que esperar hasta el trigésimo lugar para localizar al popularísimo Alexandre de Villedieu y hasta el trigésimo segundo para toparnos con el *Graecismus* de Eberardo de Béthune. Precisamente Curtius (1948: 82-83) destaca esta circunstancia, por lo que supone de competencia real con Donato y Prisciano que, en todo caso, recuerda que seguirán gozando de prestigio máximo hasta el siglo xv.

22. En todo caso hay que advertir que el orden no es prioritario, jerárquico, para estos pedagogos medievales, pues sostienen que todas las autoridades que contemplan son importantes y de igual valor.

Otra prueba fehaciente de esa indiscutible repercusión social de la gramática está en que se acudiese a ella como recurso poético (Curtius, 1948: 591-594). Detectable ya en época de Nerón, la imagen gramatical es empleada en la poesía erótica y jocosa de la Edad Media Latina. Con Alain de Lille (último cuarto del siglo XII) el rendimiento poético de la materia gramatical entra ya al servicio de una crítica filosófica de la cultura de más hondo calado. Ese mismo recurso se mantendrá vigente durante todo el Siglo de Oro, y no será difícil rastrearlo en Gracián, Lope y, sobre todo, Calderón de la Barca.

Por su utilidad escolar inmediata, en las grandes empresas gramaticales de este período predomina un inequívoco carácter prescriptivo y descriptivo, concentrado por supuesto en el latín. Siguiendo el canon griego, y ajustándose al mismo tiempo a esa finalidad didáctica ya reseñada, la gramática medieval suele engarzarse en torno a cuatro unidades bastante bien delimitadas y estables: la ortografía, la etimología, la sintaxis y la prosodia.

Ya he referido en varias ocasiones que Donato y Prisciano constituyen las principales referencias de la gramática medieval y, en gran medida, el puente por el que transita el saber lingüístico grecorromano, gozando de un prestigio tan grande como indiscutido. Donato (siglo IV) fue autor de una *Ars Grammatica* cuyo *Ars minor* inauguraba la andadura gramatical de los estudiantes. El *Ars minor* es una primera aproximación compendiada a la lengua latina, concentrada tan solo en las ocho partes del discurso, mediante un conjunto de preguntas con sus correspondientes respuestas. El desarrollo de esos temas quedaba reservado para el *Ars Maior*.

Prisciano (Bizancio, siglo VI) confeccionó su *Institutiones rerum grammaticarum* siguiendo criterios muy semejantes. De los 18 libros que las componen, el *Priscianus maior* ocupaba las 16 primeras secciones que tocaban fonética y morfología, en tanto que el *Priscianus minor* se encargaba de la construcción o sintaxis.

Donato y Prisciano desempeñan ese preeminente papel en la transmisión lingüística medieval entre otras razones por aportar una herramienta, la lingüística, imprescindible para el manejo de la *Biblia* latina. Hay que tener presente que el latín, en efecto, es la lengua sagrada del cristianismo por encima de todo, pero también el gran referente de intercomunicación entre los sabios medievales. Poco se sabía del griego, por más que se la considerase como la lengua madre del latín, y menos practicado era aún. En cuanto a las lenguas romances o

germánicas de los sucesores históricos de los romanos, se les dispensó un nulo aprecio, ya que eran consideradas como lenguas vulgares.

De los contemporáneos bizantinos de Prisciano tenemos constancia de que iniciaban su formación lingüística con el *ars minor*. De ahí se pasaba al *ars maior* y a continuación a la *Instituio grammatica*. La *Institutio Oratoria* de Quintiliano completaba ese itinerario en el que la gramática era ilustrada y apoyada en numerosos ejemplos literarios. En todo caso, insisto, son el gran modelo medieval. San Beda el Venerable (siglo VII), Alcuino (siglo VIII) o Aelfric elaboran las correspondientes gramáticas latinas directamente inspiradas en estos autores, la última de ellas, además, especialmente dedicada a la enseñanza de niños. Desde el siglo XII son el *Doctrinale* y el *Graecismus* de Bernardo de Béthame las que mantienen, básicamente, el mismo patrón.

Así pues, la gramática medieval, por lo menos hasta el siglo XII, reproduce el esquema griego. Se ocupa de las partes de la oración, junto a las que incluye observaciones sobre la analogía, la etimología, los barbarismos –errores de pronunciación atribuidos a los extranjeros–, el solecismo –errores de construcción–, el metaplasmo –infracciones a la norma gramatical, solo toleradas a los poetas–, e incluso reitera los mismos ejemplos heredados de las gramáticas clásicas.

Con el tiempo el didactismo gramatical alcanzará formas más complejas, y en principio también más sorprendentes para nosotros. En 1199 A. Villedieu publica su *Doctrinale* que es, ni más ni menos, que una gramática versificada en hexámetros. Su intención, por lo demás bastante patente en todo momento, no es otra que facilitar la retención por parte del alumno.[23] Villedieu se muestra como un perspicaz conocedor de uno de los principales vehículos de transmisión de ideas de su tiempo, el verso[24] y de las principales metodologías de estudio, la memorística.[25] El propio Villedieu aplicó el mismo método a otros campos del saber, realizando un nuevo *carmen* para facilitar la

23. No en vano el título real de la obra es *Doctrinale Puerorum*.

24. No fue otro el papel desempeñado por la poesía épica. En efecto, las gestas de los grandes caballeros medievales constituían ejemplos prototípicos en los que mirarse el pueblo llano que las recibía en forma de romances, que las oía en las ferias y romerías, etc. Así, el Cid Campeador o el francés Roland son algo más que personajes históricos; son, fundamentalmente, modelos de ciudadanos rectos en los que mirarse. Sobre ese papel ejemplar de la literatura épica López Estrada tiene estudios clásicos aplicados al caso español. Por lo demás, el propio Villedieu tiene una producción poética en el ámbito literario.

25. Arens (1974: 59) no vacila en considerar ese uso del verso como un gran descubrimiento medieval, juicio sin duda algo sorprendente.

comprensión del algoritmo. Su éxito como didactizador lingüístico fue extraordinario, convirtiéndose de inmediato en referencia indispensable y conocida que mantendría vigente su obra ya bien entrado el Humanismo y la Reforma, como lo demuestra el que la última impresión del *Doctrinale* esté fechada en 1588. Gracias a la imprenta, su manual alcanzó una nueva y masiva difusión, tanto en Francia, como en Italia y Alemania. El *Graecismus* continuó con el mismo procedimiento versificador, recurriendo en esta ocasión a los hexámetros y a los pentámetros.

2.4.1.2 Ideas acerca de cuestiones gramaticales

La transmisión de las normas gramaticales y la preocupación por didactizarlas del mejor modo posible no estuvieron reñidas con tentativas de variada índole, consagradas en esta ocasión a retomar teóricamente algunos aspectos de la descripción gramatical. Esa actividad, como no podía ser de otra forma, se realizó muy acorde con las principales constantes del pensamiento medieval.

La bisagra con la Antigüedad clásica, como he avanzado, hay que buscarla en Agustín de Hipona (354-430), sin duda gran referente del pensamiento occidental, pues no en vano es uno de los padres de la Iglesia junto con Jerónimo de Estridón, Gregorio I Magno y Ambrosio de Milán. La mera cronología física lo sitúa en el ultimísimo borde de la Latinidad, si bien su pensamiento influirá decisivamente ya en la Edad Media que arrancará muy poco después de su muerte. Como en el caso de Donato y Prisciano, su contribución tiene una clara influencia en la etapa histórica siguiente, como de hecho es consignada en los manuales de historia de la filosofía al uso.

En lo que a la lingüística concierne, llama la atención una de sus grandes contribuciones, la *Doctrina Christiana,* obra en la que desde el principio distingue claramente entre signo, significado y cosas. Los signos se aplican a las cosas, sirven para significar, pero son distintos de ellas. Para S. Agustín hay dos tipos de signos, los *naturalia* y los *data* que, *grosso modo*, llamaríamos «naturales» y «artificiales». Dentro de estos últimos, se encuentran las palabras, los más importantes de todos, puesto que hacen posible la expresión del pensamiento. De manera que el signo se convierte en un «intermediario», entre la lógica y el pensamiento. El lenguaje no es la idea, sino el signo a través del cual esta se manifiesta.

Adentrándonos más en ámbitos medievales, y concentrando nuestra atención en la gramática, en primer lugar, la propia disposición de ésta parecía invitar a interpretarla simbólicamente. Para Esmaragdo (siglo IX, obispo de Verdún), las ocho partes de la gramática no hacían más que reflejar la propia estructura de la Iglesia, también organizada en torno a ocho órdenes: ostiariado, lectorado, exorcistado, acolitado, subdiaconado, diaconado, presbiteriado y episcopado (Arens, 1969: 57). Otras veces el simbolismo gramatical era más trascendente desde el punto de vista teológico. Como sostiene un *Anónimo* del siglo IX, el verbo tiene tres personas para reflejar y recordar el misterio de la Santísima Trinidad a través de las palabras. No será la única vez que una tríada de elementos invoque ese dogma en el saber medieval. Una figura del prestigio contrastado de N. de Cusa, en muchos aspectos también un precursor claro del Humanismo, todavía explicaba en el siglo XIV la circularidad del triángulo en virtud del mismo valor simbólico. La geometría era asimismo un mosaico de reflejos divinos, como lo era el mundo en cualquiera de sus dimensiones, lo observásemos desde lo observásemos. La simbología del conocimiento, además, propiciaba una inmejorable ocasión para tratar de conciliar fe y razón, esa conocida y omnipresente preocupación en todo el pensamiento medieval.

En cualquier caso, no toda la gramática sugería símbolos de lejana comprensión intelectual en la actualidad. Los autores medievales mantuvieron la diferenciación entre sujeto y predicado que, como sabemos, circulaba con comodidad entre los lógicos y, por lo demás, había sido acuñación griega clásica, ya desde Platón y Aristóteles. No es de extrañar que concibiesen la oración desde parámetros evidente y estrechamente vinculados a la lógica, como una unidad de transmisión de un sentido completo, percibida como tal por el oyente, siguiendo las ideas plasmadas por Tomás de Erfurt. Del mismo modo, fueron capaces de discriminar entre *nomen substantivum* y *nomen adjectivum*, lo que les permitía clasificar con más rigor las partes de la oración.

2.4.1.3 Una reflexión fónica excepcional. El Anónimo islandés

Cuando tildo de «excepcional» la contribución aportada por un anónimo autor islandés del siglo XII, lo hago en sentido pleno y doble. Es, sin duda, «excepcional» por cuanto que se sale de todos los parámetros escolares, intelectuales y hasta geográficos por los que habían discurrido la historia y la historiografía de la lingüística medievales

hasta la aparición de esa singularísima contribución de la mano de su moderno editor, E. Haugen. Pero no menos «excepcional» resulta la extraordinaria modernidad que atesoran algunas de sus observaciones y no pocas de las decisiones adoptadas para llevarlas a cabo que, en gran medida por cierto, se adelantan en casi ocho siglos al pensamiento lingüístico occidental.

Hacia el siglo XII encontramos documentado en Islandia un singular tratado de ortografía para esa lengua, a cuyo no identificado autor se ha reservado el nombre de «Anónimo islandés». El propósito del *Tratado* es eminentemente práctico. El autor piensa que cada pueblo debe emplear la lengua propia en la escritura. En consecuencia, esta última (la escritura) debía reflejar al máximo la idiosincrasia de la primera (la lengua). El alfabeto latino presentaba graves carencias para la transcripción de la lengua islandesa, dado que no contaba con una estricta equivalencia entre los sonidos de esa lengua y las letras latinas destinadas a representarlos. Así, mientras que el latín cuenta solo con cinco vocales, el islandés llega a distinguir treinta y seis diferentes. Para hacer frente a ello, toma las vocales latinas y las completa con nuevos elementos obteniendo inicialmente nueve letras:

a – ǫ – ę – e – i– o – ø – u – y

Esos nueve signos volvían a subespecificarse según fueran nasales (colocando un punto encima de las vocales), u orales. Los dieciocho resultantes, nuevamente se clasificaban en vocales largas (con una tilde sobre ellas) o breves, obteniendo finalmente los treinta y seis signos buscados.

Sin embargo, lo relativamente novedoso del Anónimo islandés está en el método que emplea para justificar tal cantidad de letras, acudiendo a su capacidad para diferenciar palabras con significados distintos. Comparto plenamente la afirmación de Tusón (1982: 47) cuando opina que:

> «Así, el Anónimo islandés descubrió en el siglo XII la fonología y fue llevado a ella por su preocupación ortográfica. De él no puede decirse que fuese un fonólogo antes de tiempo; sino, simplemente, que fue un fonólogo ya que en su obra está, y muy explícito, el núcleo de un método que tardaría ocho siglos en volver a ser descubierto».

Lamentablemente, la valiosísima aportación a la lingüística medieval del Anónimo islandés pasó desapercibida para unos contemporáneos demasiado alejados, no solo física, sino culturalmente de Islandia. Es más, tampoco disponemos de excesivas noticias acerca de la acogida que tuvo ese *Primer Tratado Gramatical* en la propia Islandia. En cualquier caso, tampoco está de más recordar que el fin último de la obra, esa búsqueda de un sistema ortográfico apto para la representación gráfica de la lengua islandesa, compartía un empeño que recorrerá la práctica totalidad de la Edad Media. En efecto, es el tiempo de los grandes asentamientos de los modernos sistemas ortográficos. En ese milenio surge el cirílico para transcribir las lenguas eslavas, las escandinavas adaptan el latino, conforme a esa inquietud testimoniada desde Islandia, pero también extensiva al resto de la zona. En cuanto a las lenguas romances, fueron transcribiendo su lengua siguiendo su fuente materna, ese latín que ejercía como fundamental e indiscutido vehículo de comunicación culta. La velocidad con la que hubo de transcribir los nuevos idiomas romances fue directamente proporcional a la ascensión sociolingüística de estos, tal y como de hecho veremos de inmediato al tratar la situación en la España de Alfonso X el Sabio.

2.4.2 Las Etimologías de San Isidoro

A pesar de que no deja de ser una constante entre las contribuciones lingüísticas medievales, (Arens 1969: 61) muestra serias reticencias hacia el quehacer etimológico medieval. Tanto es así que resuelve el apartado etimológico de forma tan eficaz como expeditiva, afirmando que

> «en el terreno de la etimología no es posible ningún progreso, pues, al igual que en la Antigüedad, solo es objeto de observación una lengua y no se tiene la menor sospecha de la evolución».

Por supuesto que, en términos absolutos, la argumentación de Arens resulta poco menos que inapelable. Aunque si los etimologistas medievales hubieran estado en condiciones de satisfacer lo planteado por Arens, estaríamos hablando de la gramática comparada y del siglo XIX. Nada de ello, en cualquier caso, priva a las etimologías medievales de un interés más que apreciable desde el punto de vista

historiográfico. En primer lugar porque, entre otras cosas, permiten aquilatar en su justa medida el logro que más tarde alcanzarán los autores decimonónicos. En segundo, porque mediante su particular procedimiento etimológico se aplica un instrumento lingüístico, la etimología por más errada que estuviese, al servicio de la sistematización del saber. Esta circunstancia, en tercer lugar, además nos proporciona información adicional acerca de los contenidos propiamente lingüísticos que encierran las entradas relacionadas con cuestiones de esa naturaleza, terreno este último que, como veremos, ha sido levísimamente explotado.

Petrus Helliae fue el gran formulador teórico del quehacer etimológico medieval, al sostener que era competencia de la etimología declarar una palabra por otra, siguiendo las propiedades sugeridas por sus letras o el acuerdo con las cosas conocidas. Estamos, pues, en el mismo universo etimológico que ya conocemos de los inicios de las especulaciones filosófico-lingüísticas de la Antigüedad griega. Como entonces, también en la Edad Media la etimología está revestida poco menos que de verdad absoluta, ya que faculta para remontarse al origen de las cosas. A ello se irán agregando nuevas encomiendas, más sustantivamente medievales, como veremos de inmediato.

La figura cumbre de la etimología medieval fue, sin ningún género de dudas, San Isidoro de Sevilla (560-635). Hablamos ahora de un espíritu ávido de conocimiento que estuvo interesado por diferentes ramas del saber que abarcó desde la teología[26] y la cosmología[27] hasta la historia.[28] La sistematización y la universalización del conocimiento, por tanto, fueron las dos grandes constantes que caracterizan la labor intelectual de este cartagenero que rigió los destinos episcopales de Sevilla. Preocupación enciclopédica que San Isidoro condensó sobremanera en su gran obra, *Origine sive etymologicarum libri viginti*, más conocido como las *Etimologías*. Muy pronto las *Etimologías* pasaron a ser uno de los grandes referentes del saber medieval y una fuente que desde el siglo VII será de obligado tránsito para todos los intelectuales de la Edad Media, de ahí su enorme repercusión social.

26. *Setentiarum libri tres, De fide catholica contra Judaeos.*
27. *De ordine creaturarum, De rerum natura.*
28. *Liber de viris ilustribus, Historia de regibus Gothorum, Wandalorum et Suevorum.*

La prolija información compilada en las *Etimologías*, como indica su título completo, está condensada en veinte densos capítulos, organizados como sigue:

I. Gramática	**XI**. Hombres y monstruos
II. Retórica y dialéctica	**XII**. Animales
III. Disciplinas matemáticas: aritmética, geometría, música y astronomía	**XIII**. Mundo y sus partes
IV. Medicina	**XIV**. La tierra
V. Leyes y tiempos	**XV**. Edificios y campos
VI. Libros y oficios eclesiásticos	**XVI**. Piedras y metales
VII. Dios, los ángeles y las órdenes de los fieles	**XVII**. La agricultura
VIII. Iglesia y sectas	**XVIII**. Guerra y juegos
IX. Lenguas, gentes	**XIX**. Naves, edificios y vestidos
X. Algunos vocablos	**XX**. Provisiones e instrumentos domésticos

Cuadro 10.

Teórica y metodológicamente Isidoro de Sevilla sigue el patrón de Helliae, manteniendo el convencimiento de que conocer el origen de la palabra conllevaba aproximarnos a la virtud que encierra la cosa designada por ella. Tal cometido se desarrollaría, fundamentalmente, mediante tres mecanismos etimológicos principales:

- *ex causa*, como en el caso de «flumen» («río») que procedería de «fleure» («fluir»), tal y como lo expone Cicerón.
- *ex origine*, cuando se establece una relación entre el nombre «homo» («hombre») y su origen «humus» («tierra»), conforme a la fórmula bíblica.
- *ex contrariis*, registrándose ahora un proceso de contraste como el que se observaría entre «lucus» (el «bosque») que con su follaje oculta la «luz» («lux»), de la que procedería.

A esos tres procedimientos básicos se agregarían otros, mediante los que las palabras derivarían de una forma precedente («prudentia», «prudencia», lo haría de «prudens», «prudente»), o de la declinación de vocablos griegos («silva», «domus»), manteniendo por tanto San Isidoro la convicción de que existía un nexo filial entre latín y griego. Por último, encontraríamos voces derivadas de lugares o nombres de río y, naturalmente, aquellas tomadas de lenguas bár-

baras. Estas últimas serían ajenas a la lengua y, por consiguiente, se harían difícilmente inteligibles.

Tan nítido esquema conceptual estaba acompañado de una no menos firme metodología: primero se procedía a determinar el origen etimológico de una palabra, para después pasar a describir sus casos de uso y los conceptos que abarca, concluyendo con la pertinente ilustración literaria tomada de Porfirio, Cicerón, Platón, Aristóteles y, por supuesto, la *Biblia*.

Falta, desde luego, una revisión detenida y profunda de la penetración última de las *Etimologías* en cuestiones lingüísticas. No obstante, sí tenemos referencias más que sobradas de que ocuparon un lugar importante en esa magna obra. No solo porque las *Etimologías* siguen, *grosso modo*, el itinerario de saber que preconizan las siete artes liberales, situando en consecuencia la gramática en el arranque de ese proceso, sino también porque desarrolló contenidos muy explícitos acerca de diversas cuestiones relacionadas con las lenguas del mundo, tal y como las concebían en su tiempo. Mantiene la convicción de que la diversidad lingüística es consecuencia directa de Babel, si bien subraya que esa dispersión lingüística sirvió inicialmente para delimitar los pueblos. De ese modo, sostiene que al principio hubo tantas lenguas como pueblos, si bien la evolución histórica hizo que la balanza se decantase por los segundos. En todo caso, en varios apartados además, sostiene con firmeza la convicción de que entre lenguas y pueblos existe una relación de dependencia. Más aún, esa dependencia será causal, de manera que serían las lenguas quienes habrían forjado los pueblos, y nunca viceversa. Con el tiempo, de una misma lengua surgirían varios pueblos, rompiendo esa idílica correspondencia postbabélica. De entre todas las lenguas del mundo destacan tres principales: la latina, la hebrea y la griega, imprescindibles a su juicio para la correcta interpretación de las *Sagradas Escrituras.* En este selecto grupo lingüístico, la mayor distinción está reservada para el griego. De la latina destaca su variedad mixta, aquella que finalmente irrumpió en las ciudades y, por consiguiente, se expandió a través de su imperio. San Isidoro avanza incluso un curioso esbozo de clasificación tipológica de las lenguas conocidas, atendiendo a criterios tendencialmente articulatorios. En Oriente como en Siria o entre los hebreos predominaría la articulación con la garganta, mientras que en Oriente (Grecia, Asia) sucedería otro tanto con el orden palatal. En cambio, los mediterráneos (Italia, Hispania) se caracterizarían por «hacer chocar

los dientes». Naturalmente, tal taxonomía carece de una mínima repercusión para el desarrollo histórico de la tipología lingüística. A pesar de ello, sí que en mi opinión merece la pena llamar la atención sobre la presencia de esa inquietud, la de clasificar las lenguas en función de algo parecido a tipos, bastante más antigua de lo que en principio hemos solido considerar. Como tantas veces en la Historia de la Humanidad, la inquietud tardó siglos en encontrar solución adecuada, lo que no va en detrimento de su Antigüedad. Al mismo tiempo, permite aquilatar esa profusa y prolongada Edad Media, en lingüística algo más que gramática y escolasticismo en su versión lingüística.

La obra de San Isidoro de Sevilla, no solo fue un referente ineludible de saber medieval, como he indicado, sino que además se convirtió en el paradigma de la indagación etimológica medieval. Rábano Mauro (siglo IX) con su *De universo* y Huguccio (siglo XII) con el *Liber derivationum* continuaron esa senda que, como he tratado aquí, supuso un verdadero hito de la lingüística medieval, entre otras cosas por las profundas e inmediatas repercusiones sociales que tenía. El propio San Isidoro es consciente de que su obra está destinada a la consulta y, por descontado, a la formación académica.

2.4.3 La especulación filosófica en torno a los hechos lingüísticos

El nexo entre gramática y lógica puede decirse que había sido una de las constantes del pensamiento medieval. Mediante el conocimiento de la gramática latina se accedía a las fuentes clásicas del saber. Cuando estas encuentran en Aristóteles su gran referente, se añade un nuevo ingrediente de peso para reforzar ese nexo, habida cuenta de la presencia explícita de preocupaciones gramaticales en su obra. No es de extrañar, por lo tanto, que Juan de Salisbury (siglo XII) llegara a considerar la gramática como la cuna de toda la filosofía (*Metalógico*, 1,13). Para esa encomienda, de indudable fuste, no bastaba ya con el preciso descriptivismo de las artes legadas por Donato y Prisciano. G. de Conches, maestro de Helliae, ya lo había manifestado de forma bastante rotunda: no se pueden realizar reproches en cuanto a la descripción realizada por Prisciano y Donato, pero sí en cuanto a su adecuación explicativa. Conches, en el fondo, pretendía interrelacionar el marco descriptivo con una teoría del lenguaje

pertinente, auténtico objetivo prioritario de la reflexión especulativa medieval en lo tocante a los hechos del lenguaje. No puede negarse que todo ello supuso un salto cualitativo en la historia de nuestra disciplina: la gramática dejó de ser un «arte» para convertirse en «ciencia» del lenguaje,[29] siempre dentro de los parámetros medievales, circunstancia que la llevó a intensificar de nuevo sus vínculos con la filosofía, tal y como propugnaba Petrus Helliae en el siglo XII. Para el mencionado autor es preciso aplicar las categorías aristotélicas a la descripción de los hechos lingüísticos, siguiendo el parámetro científico diseñado por Abelardo y S. Anselmo, merced a la tarea de recuperación previa de Aristóteles que habían llevado a cabo los filósofos andalusíes. La preocupación ahora, en términos del propio Helliae, consistiría en saber por qué aparece una determinada forma lingüística, para lo que se hace imprescindible una fundamentación filosófica de la gramática.

Aunque esa intención es perceptible en toda la Edad Media, como acaba de atestiguar Conches, será a partir del siglo XIII cuando se establezca con nitidez el objetivo de elaborar una ciencia situada en la base de todo saber, sustentada precisamente en la lógica. Dadas las relaciones tan estrechas que esta mantenía con la gramática, las cuestiones del lenguaje adquieren un protagonismo capital que, como en tantas otras ocasiones, la proyectarán considerablemente más allá de sus estrictas competencias. Sobre todo porque estos autores desarrollarán la firme convicción de que existen principios comunes a todas las lenguas, compartidos por todas ellas, en tanto que pilares de unos patrones de pensamientos que son universales. Esa intuición formulada con mayor claridad que nadie por Roger Bacon durante la Edad Media, terminará por ser determinante para su desarrollo en el esquema del conocimiento medieval.

La respuesta a todas esas inquietudes se llamó *modi sginificandi*. La teoría de los modos de significación arranca formalmente de la mano de Martín de Dacia (f. 1304). Se desarrolla, por tanto, a partir de la segunda mitad del siglo XIII, alcanzando su completa madurez gracias al *De modis significandi sive grammatica speculativa* de Tomas de Erfurt. Muy en síntesis, se podría decir que estos autores, los *modistae,* postularon que cada parte de la oración refiere la realidad de acuerdo con una manera particular de significar. No bastaba, pues,

29. Cfr. Bursil-Hall (1971: 81, n. 61), Robins (1967: 92-93), Tusón (1982: 41, n. 11) quienes insisten en esta apreciación y citan al respecto el caso de Siger de Courtray.

con la simple corrección de la composición (*sermo congruus*); por el contrario, la congruencia semántica en función de criterios lógicos (*sermo verus*) constituía un requisito indispensable para el *sermo significativus*. Si el principio material residía en la forma lingüística, el principio formal quedaba reservado para el significado. Sintetizando sus planteamientos, los *modistae* reconocían varias propiedades en las cosas (*modi essendi*) para cuya captación la mente humana dispone de modos de comprensión activa (*modi intelligendi activi*), obteniéndose de ello una aprehensión específica (*modi intelligendi passivi*). Los sonidos orales (*voces*) reciben de la mente modos activos de significación (*modi significandi activi*) gracias a los cuales pasan a ser palabras (*dictiones*) y partes de la oración (*partes orationis*), permitiendo de esa forma que las cosas muestren las cualidades representadas por los modos de significación pasiva (*modi significandi passivi*). El fundamento de la percepción se halla en los *modi essendi* y, como tal, constituye el elemento común a toda lengua, su *modus entis* al que contrapondrán el *modus esse*, encargado de dar cuenta de la mutación del lenguaje. Desde el punto de vista lingüístico el centro del sistema estaba radicado en los *modi significandi*, en virtud de los que se procedía a establecer las partes de la oración.[30]

La sintaxis estaba basada en la *congruitas*. Siger de Courtrai y T. de Erfurt hablan de tres principios para la adecuada construcción: las palabras debían de ser apropiadas, era necesario que existiera congruencia entre las correlaciones flexivas de las palabras integradas en la misma construcción y, finalmente, debía respetarse el principio de colocabilidad. Las observaciones sobre la situación de las palabras en la frase permitieron a los *modistae* plantear los conceptos de significación y co-significación. Una cosa era el valor semántico potencial de una palabra, y otra el que adquiría en acto de convivencia con las demás.

Todo ello hacía posible plantear un cuadro de categorías semánticas universales que, reflejadas en todas las lenguas, condicionaba cualquier tipo de estructura gramatical. Se cumplía así con la hipótesis universalista claramente expuesta por R. Bacon, cuando afirmó que la gramática era una y la misma para todas las lenguas, excepto en lo accidental, punto el que podía surgir modificaciones de ese patrón.

30. Así el *De modis significandi sive grammatica speculativa* (hc. 1350) de T. de Erfurt contempla las siguientes: *nomen, verbum, participium* y *pronomen*, en lo que no deja de constituir una significativa reducción respecto de las establecidas por Dionisio de Tracia.

2.4.4 Algunas pericias lingüísticas medievales

2.4.4.1 Traducción

Resulta poco menos que inevitable vincular la mayor parte de la actividad traductora de finales de la Edad Media con el trasvase de saber que se registró entre árabes y cristianos, sobre todo en la península Ibérica. Lo cierto es que la fecunda tradición árabe nunca pasó desapercibida para la Europa cristiana, menos allí donde compartió historia con cristianos y judíos. Al-Andalus desarrolló una vida intelectual especialmente floreciente y, de hecho, aportó una figura como la de Averroes, cumbre árabe del pensamiento filosófico medieval y principal responsable de la recuperación del aristotelismo previo a Tomás de Aquino. Ese rico entramado de influencias recíprocas tiene uno de sus principales valedores en la Escuela de Traductores de Toledo fundada en el 1085 a iniciativa del obispo Raimundo. En ella se congregan mozárabes cristianos, árabes y judíos hispanos que, junto con otros traductores europeos, conforman un núcleo verdaderamente prolífico de traducción científica clásica y contemporánea. Entre otros, a modo ilustrativo, podríamos citar las traducciones de los *Elementos* de Euclides realizada por Adelardo de Bath, Herman de Corintia y Gerardo de Cremona, el *Almagesto* de Ptolomeo (Gerardo y Eugenio de Palermo) o la *Aritmetica* de Al-Kwarizmi (Adelardo de Bath). Al margen del interés intrínseco que pudiera tener el listado completo de traducciones para el historiador de la cultura, aquí interesa subrayar que nos hallamos ante una pericia claramente lingüística que se profesionaliza al socaire de los nuevos vientos que corren en la Europa medieval. Por lo demás, técnicamente el proceso de traducción consistía en verter el texto árabe a la lengua vulgar en la primera fase, para en la siguiente hacer una traslación de esta al latín.

La traducción era, sencillamente, una necesidad en todo el Occidente cristiano. Santiago de Venecia, Aristipo de Palermo, Roberto de Ketten fueron ilustres traductores, con frecuencia movidos por intereses religiosos. Pedro el Venerable, abad de Cluny, precisa de una traducción del *Corán* al objeto de combatirlo con mayor eficacia. Toledo es, pues, una consecuencia de su época, pero con la diferencia sustancial de que se hallaba libre de condicionamientos religiosos como los antes comentados. De hecho, el propio Pedro el Venerable tuvo que sufragar los gastos de traducción, lo que da idea

del alto nivel de profesional alcanzado por los traductores toledanos (Le Goff, 1985: 57).

2.4.4.2 Planificación de las lenguas. Alfonso X el Sabio

El Anónimo Islandés comentado más arriba entraría de lleno en lo que Marcos Marín (1990: 61-65) ha llamado «la planificación de las nuevas lenguas», refiriéndose a casos medievales como el que también ilustraría Alfonso X el Sabio. Evidentemente, parece que debió de ser así. Entre los siglos V y IX en Irlanda sucede algo similar con el gaélico, sobre el que se realiza una descripción basada también en Donato y Prisicano hacia el siglo VII. Otro tanto puede decirse de los ya referidos procesos mediante los que la Edad Media dotó de escritura a lenguas modernas que no heredaron el alfabeto latino.

La actuación de Alfonso X el Sabio (1252-1284) constituyó una decisiva intervención en asuntos que hoy no vacilaríamos en catalogar de «política lingüística explícita» hacia la normalización del castellano, no solo como lengua de cultura, sino como lengua de la administración real. Por primera vez un monarca peninsular intervenía directamente en esos quehaceres, hecho que naturalmente tendría una más que determinante repercusión sociolingüística. Alfonso X fija lo que se dio en llamar «castellano drecho»; esto es, un modelo cortesano de lengua castellana, tan sancionado desde el poder que el propio rey se encargó de concebirlo, aplicarlo y supervisarlo. No fue empresa, claro está, fruto de un momento de inspiración puntual, sino que debió ser tarea larga y paciente, en algún modo culminada en 1276 cuando el rey supervisa personalmente la segunda edición del *Libro de la Ochava Espera* y fija las pautas ortográficas de esa lengua cortesana y ejemplar que era el «castellano drecho». De ese modo pone en funcionamiento un modelo ortográfico normativo que se mantendrá vigente hasta el siglo XVI y que, sobre todo, permite desenvolverse en lengua vernácula en asuntos de máxima formalidad comunicativa. Una vez más el propio rey participa directísimamente en la extensión y normalización sociolingüística de sus propuestas. La corte alfonsí genera una diversificada producción en lengua vernácula: literatura religiosa en honor a la Virgen (*Cantigas*), obras jurídicas (*Las Siete Partidas*), historias de España (*Primera Crónica General*) y Universal (*General Estoria*), tratados de astronomía (*Saber de Astronomía*, *Libro de las Cruzes*), de

mineralogía (*Lapidario*) e incluso obras monográficamente concentradas en un juego tan del gusto medieval como el ajedrez (*Libro de Axedrez*). A pesar de que, como es lógico, esas obras no dejasen de contener muchas vacilaciones ortográficas, lo cierto es que quedaba libre el camino para la expansión del castellano en los registros formales y, en general, respiraban del mismo espíritu que de inmediato reencontraremos en autores como Dante.

2.4.4.3 El ocaso de la Edad Media y las primeras reivindicaciones formales de las lenguas vulgares. Dante

Aunque casos como los anteriores no dejaban de suponer una reivindicación de las lenguas vulgares, hasta el punto de prepararlas para ejercer de grandes vehículos de comunicación en situación de máxima elaboración discursiva, compete a un poeta, Dante Alighieri, el haber firmado la reivindicación más significativa en esa dirección. *De vulgari elocuentia* es ciertamente una obra bisagra que anuncia algunas de las preocupaciones humanísticas, todavía desde la Edad Media, y que merece ser valorada en su justa medida. En primer lugar, por la infrecuente circunstancia de que un creador literario presente una reflexión tan explícita sobre la lengua que emplea.[31] Y en segundo porque, si lo comparamos con sus contemporáneos, Dante revela una considerable modernidad. Su pretensión no era otra que justificar la utilización de las lenguas vulgares, partiendo de que el latín era una lengua secundaria, no empleada por todos los pueblos y de difícil conocimiento solo merced a largos años de estudio.[32] Tras este preámbulo inicia un recorrido por la «evolución lingüística» desde el origen del lenguaje en el Paraíso hasta las lenguas románicas y sus respectivos dialectos. En concreto a Europa le corresponden, tras la dispersión lingüística de Babel, tres ramas identificadas con las lenguas eslava, griega y latina. Esta última estaría compuesta por otros tres tipos de lenguas *oc*, *oïl* y *si*, de acuerdo con sus partículas afirmativas. Establecido ese mapa general de las

31. Los dos capítulos de *De vulgari eloquentia* –dos menos que en el plan inicial de la obra fueron– redactados entre 1304 y 1307, fecha en la que ya había iniciado la *Divina Comedia*, escrita entre 1302 y 1321. Al menos cronológicamente el trabajo literario y el ensayístico debieron coincidir durante un tiempo.

32. Sirva como curiosidad la peculiar circunstancia de que estos planteamientos eran formulados en latín por el propio Dante.

lenguas europeas, finalmente se concentra en el italiano, si bien antes había aclarado que cualquiera de ellas es digna del nivel literario. Ello no excluye que entre estas lenguas exista una relación genética, derivando el neolatinidad en su conjunto del provenzal, que en consecuencia se convierte en la lengua madre de todas las demás. Ello, por otra parte, no deja de constituir un reflejo del prestigio alcanzado por esta lengua en la sociedad medieval tras la aparición de los trovadores.

Al examinar el italiano, Dante constata que se encuentra subdividido de nuevo en una serie de variables geográficas, hecho esperable puesto que, como había manifestado al principio de su obra, las lenguas cambian con el tiempo y el lugar. El problema ahora estriba en seleccionar el dialecto adecuado a sus fines, ese modelo de corrección idiomática que le permita ejercer en funciones cultas equivalentes a las depositadas hasta ese momento en la lengua latina. Concluye con una solución un tanto ecléctica: la lengua ilustre no está en ningún lugar y un poco en todos, pero de gran trascendencia porque esboza lo que hoy entenderíamos por «concepto de lengua estándar». Al respecto Dante se limita a enumerar sus características: «ilustre» (que ilumina a quienes la emplean), «cardinal» (en tanto que punto de confluencia de los dialectos), «áulica» (propia de la corte) y «curial» (en tanto que justa y ponderada).

El camino, pues, para la plena descripción normativa de las lenguas vulgares estaba nocionalmente abierto. Incluso quedan establecidos sus parámetros sociolingüísticos, con la nitidez que aportan esos cuatro criterios. Súmese a ello que la lengua latina había dejado de predominar con claridad en el panorama académico en la Edad Media tardía, hasta el punto de que a finales del siglo xv Chuquet ya escribe sus trabajos sobre álgebra en francés y no en latín, prueba más que palpable de hasta qué punto los vaticinios de Dante habían terminado por cumplirse.

3

Humanismo e Ilustración

El título con el que se inicia este capítulo trata de poner de manifiesto la perspectiva cronológica y nocional adoptada para dar cuenta de la actividad lingüística desarrollada durante los siglos XVI, XVII y XVIII. En primer lugar, se propone abordarlos de manera conjunta, para de inmediato subrayar que se entiende que, contra otras opciones de la tradición bibliográfica, se postula un carácter relativamente unitario para ese período. No es reciente, desde luego, una agrupación en tales términos (Huizingaa, 1930; Trevelyan, 1944, Hausser, 1964) que descansa en la convicción de que la auténtica ruptura social y cultural con la Edad Media, tradicionalmente atribuida al Renacimiento, en el fondo solo se corona plenamente con la Ilustración. Los siglos XVI y XVII, desde ese punto de vista, serían etapas iniciales, en cierto modo preparatorias, que de forma progresiva irían desarrollando tendencias ya latentes en la tardía Edad Media, hasta su definitiva eclosión en el XVIII. Atribuir al Renacimiento el protagonismo completo de esa ruptura con la tradición medieval sí que parece una herencia –todavía en parte vigente– de la lectura hecha en su día por un liberalismo que, entre otras cosas, pugnaba por encontrar un árbol genealógico de su propio credo intelectual (Hausser, 1964: 348). Por lo demás, esa opción cronológica tampoco es novedosa dentro de la tradición historiográfica de la lingüística. Para Tusón (1982: 53) el Renacimiento en lingüística se inicia a mediados del siglo XV con los *Elegantiae latini sermonis* (1444) de Lorenzo Valla y llega hasta finales del XVII con la *Grammaire générale et raisonnée* de Port-Royal. Incluso podríamos extenderlo más allá de esta fecha si admitimos que la aportación de Leibniz a la lingüística actúa como una bisagra entre dos épocas, al estilo de lo que supuso Dante para la Edad Media, con lo que la inclusión de las preocupaciones lingüísticas del XVIII parece obligada.

Esa cronología, en todo caso, conviene interpretarla en términos laxos, habida cuenta de las sustanciales transformaciones que ya empiezan a atisbarse en la Italia de finales del siglo XIV y principios

del xv. En ese momento surge lo que más tarde sería conocido como *Humanismo*, sin duda uno de los movimientos destinados a tener mayor repercusión en todos los órdenes de la vida intelectual de Occidente. Bien es verdad que el término «humanismo» es susceptible de ser referido a muy diversas actividades y materias, incluso dentro de esa etapa en la que cabe concentrar su máximo apogeo, desde finales del siglo xiv hasta gran parte de las dos centurias siguientes, sin desdeñar de nuevo la posibilidad de extenderlo hasta los confines de un siglo como el xviii que, insisto, en nombre de las luces en definitiva no hacía otra cosa que llevar hasta sus últimas consecuencias los planteamientos embrionarios que empezaron a circular en la cultura europea tres siglos antes. No obstante, tratando de aclarar esa polisemia, en principio encontramos una acepción histórica del primer humanismo italiano que lo vincula a la figura del intelectual especializado en los llamados *studia humanitatis*; esto es, en aquellas materias más explicativas de «lo general humano», tales como la historia, la poesía, la gramática, o la retórica. El humanista es, por tanto, un erudito en artes liberales, contrapuesto a otros intelectuales profesionales como los juristas, canonistas o artistas (Kristeller, 1961: 910). Esta versión del humanismo mantiene vivas ciertas tradiciones medievales, en especial el atractivo que despiertan la gramática y la retórica, a las que agrega el interés por los autores latinos y por la lengua griega, amén de un espíritu claramente ciceroniano en el caso de los humanistas italianos (Kristeller, 1957: 24). Responde, además, a un modelo sustancialmente distinto de organización, tanto de la vida profesional, como de la transmisión del saber necesario para desempeñarlo. El carácter gremialista que desarrolló la tardía Edad Media es sustituido ahora por las *botteghe* en las que artistas y técnicos, no solo reciben la transmisión de pericias artísticas o intelectuales, sino que son estimulados para dejar correr su propia personalidad individual. De la misma forma que el creador renacentista no será un mero aplicador de los principios técnicos recibidos, el intelectual tampoco reiterará los argumentos de autoridad entre los que ha crecido, sino que perseguirá acuñar sus propios planteamientos. Al mismo tiempo, ya no será nunca más un miembro de un colectivo, de un gremio, sino que pasará a convertirse en un actor individual del cuerpo social, prestigiado por sus quehaceres de carácter culto e intelectual, al servicio de la corte en un primer momento, encuadrado más tarde dentro de estructuras sociales más amplias.

Con ser significativa esta primera acotación profesional al término «humanismo», forzoso será reconocer que hay detrás de ella algo más que eso. Como ha recordado Ferrater Mora, quizá el humanismo en sentido estricto no aportó un sistema filosófico como tal, pero no menos cierto es que en última instancia permitió el desarrollo de una atmósfera filosófica que introdujo cambios sustanciales en la perspectiva acerca del Hombre y su situación en el mundo. Tanto es así que propició una reivindicación casi a ultranza de su dignidad, sobre todo cuando esta viajaba en compañía de la ilustración cultural adecuada. Ese hombre digno alcanza una suerte de autonomía de su horizonte ontológico. El espíritu desvinculado de la protección teológica conduce, por fuerza había de hacerlo, a un ensalzamiento de lo individual que, una vez más, en esta etapa se convierte en un programa intelectual, sistemático y organizado, pero no en un fenómeno ni nuevo ni desconocido. En cualquier caso, no está de más aclarar que el Renacimiento pudo ser anticlerical, antiescolástico y antiascético, pero en modo alguno incrédulo. Se procede a la separación de órdenes, de un lado, el Hombre, su conocimiento y expresión artísticas; de otro, las creencias divinas. Separar órdenes no conllevaba forzosa y necesariamente eliminar alguno de los dos constituyentes implicados en esa operación disyuntiva.

De ello se derivó una primera consecuencia también más que palpable en el ámbito científico. Por más que no siempre, sobre todo en sus albores, la ruptura del humanismo con la tradición medieval fuese tan manifiesta como hubiese pretendido, lo cierto es que terminó por abanderar la reacción formal contra la ciencia y el saber medievales, aunque esa reacción no terminase de culminar definitivamente hasta siglos más tarde. Surge así un manifiesto espíritu naturalista en el arte, en la ciencia, en la cultura en general. Como tal, ese naturalismo no es probablemente una innovación renacentista en términos absolutos. Sí que en cambio hay que reconocerle una sustancial aportación en la manera de entenderlo, tratarlo y llevarlo hasta sus últimas consecuencias. A partir de estos momentos el mundo deja de ser un gran símbolo divino, lo que abre definitivamente las puertas a una metodología racional y liberada de la teología, en el caso de la ciencia; a un estudio de la naturaleza a través de la obra, en el del arte. Rotas las ataduras conceptuales con la pirámide teológico-feudal de la Edad Media, el arte se concentra en la realidad, de la misma manera que el conocimiento se orienta hacia la introspección en el mundo sensible. El Humanismo, entre otras

consecuencias, para la ciencia supondrá una clara consciencia de que su objeto de estudio tiene unas reglas internas que el hombre, ahora sí, puede explicar sin necesidad de otras ayudas ni otros argumentos de autoridad. De inmediato, esta nueva actitud desemboca en ese fuerte y fehaciente rechazo de la tradición medieval, sintetizado en la tan citada y contundente idea de P. Ramus: «todo lo que escribió Aristóteles está mal».

Todo ello discurre, además, en unas coordenadas históricas ciertamente particulares y, hasta aquellos momentos, radicalmente desconocidas. La enorme pirámide feudal que también había «feudalizado» los reinos dejó definitivamente de mantener su vigencia. La propia Roma pierde su autoridad como vértice de la cristiandad, pues no en vano estamos en los gérmenes que conducirán a la reforma luterana. Surgen los estados nacionales europeos y, luego del descubrimiento de América, estos se proyectan fuera de su hábitat geográfico inmediato y dan lugar a los inmensos imperios coloniales europeos, prácticamente vigentes hasta la primera mitad del siglo xx. La conciencia nacional que irrumpe en el Renacimiento no está reñida con una amplia movilidad, inevitable en época de descubrimientos y colonizaciones. Como también era ineludible el desarrollo de una economía sustancialmente distinta, no ya respecto de la más acentuadamente medieval, sino incluso de la desarrollada a partir del siglo xii. El ímpetu del comercio, la colonización o el desarrollo de grandes masas de capital acumulado son otros tantos factores que inician la marcha hacia una organización socioeconómica burguesa que, como venimos apuntando, en este orden de cuestiones también cristaliza de manera definitiva con la Revolución francesa de 1789. Por último, hay que consignar una transformación equivalente en el terreno político. Las cortes feudales dejan su lugar a monarquías absolutas, concentradas en la figura todopoderosa de reyes como Felipe II o Carlos V de España, Francisco I o Luis XIV de Francia o, en fin, incluso el propio Enrique VIII de Inglaterra. Esa monarquía entendida en términos manifiestamente absolutistas, con el tiempo sería incapaz de recoger las aspiraciones de los nuevos grupos socialmente hegemónicos y, finalmente, terminaría física y simbólicamente guillotinada en la Francia revolucionaria. Pero antes cumplió con un papel en verdad directivo de la sociedad que afectó a todos los órdenes de la vida social, incluido por supuesto el científico, como tendremos ocasión de comprobar, también en lo tocante a nuestra disciplina.

La amplitud cronológica de las coordenadas que acabamos de trazar, así como la intensidad histórica de las mismas, por fuerza habían de conducir a una vasta casuística de intereses lingüísticos que, no obstante, son susceptibles de ser condensados en tres grandes epígrafes. El Humanismo y la Ilustración aportaron un inmenso legado descriptivo de las lenguas; afirmación que debe tomarse sin restricciones de ninguna clase. Se rindió cuenta de lenguas clásicas a la luz del rigor que se introduce en esta época, pero también de las llamadas hasta entonces «lenguas vulgares» al socaire de la conciencia nacional que se desarrolla a partir de esos momentos. Del mismo modo, se hicieron cargo estos autores de las nuevas lenguas que empiezan a ser conocidas por los occidentales. En gran parte vinculados a este último aspecto, terminaremos por encontrar catálogos de lenguas que, de manera más o menos implícita, en no pocas ocasiones contemplan igualmente una primera aproximación taxonómica a la realidad lingüística. Pareja a ese cometido descriptivo unas veces, desvinculada por completo del mismo otras, detectamos una segunda corriente más decantada hacia la especulación teórica, bien sobre aspectos generales del lenguaje, bien focalizada en concreto hacia la explicación del origen de éste. Por último, de manera más intermitente y larvada, no deja de ser este un período en el que se empieza a vislumbrar que del conocimiento lingüístico pueden derivarse otros rendimientos, más allá de esos cometidos descriptivos y teóricos a los que acabo de aludir.

3.1 La lingüística descriptiva

3.1.1 Los estudios sobre las lenguas clásicas

La primera tarea que los renacentistas se imponen en relación a las lenguas clásicas no es otra que fijar con la máxima exactitud posible los textos latinos, griegos y hebreos. Bien es verdad que la inquietud latinista del Humanismo adquirió importancia capital, sobre todo durante el arranque de este movimiento, llegando a convertirse prácticamente en una señal identitaria del mismo. No en vano esa desazón latinista ya había estado presente desde los albores del movimiento humanista, antes incluso de la gran eclosión que este protagonizará en el siglo XVI. En un libro precursor, y en no poca medida

también tan fundacional como los *Elegantiarum linguae latinae libri sex* (h. 1444), Lorenzo Valla va mucho más allá de la mera reivindicación lingüística. Lanza una afilada invectiva contra el sistema del saber medieval, al que contrapone un modelo humanista del conocimiento. Hay que tener en cuenta que el latín estaba cargado de simbolismo social y que, ciertamente, proporcionaba un inmejorable campo de batalla dialéctica e intelectual. Como lengua oficial de la Iglesia, remitía directamente al núcleo del poder espiritual y político del entramado medieval. Pero es que, además, en la confrontación que plantea el Humanismo, la latinidad les propiciaba una indiscutible situación de ventaja. Los humanistas como Valla, Vives o Escalígero reclamarán un latín alejado de barbarismos y reminiscencias logicistas medievales (Padley, 1976: 14). La atención prioritaria se desplaza ahora hacia el «correcto» latín, hacia el *usus* y no hacia las *causae* lógicas. Frente a esa rectitud, el panorama del latín eclesiástico no podía ser más desolador durante toda la Edad Media, sobremanera al final de la misma. En el mejor de los supuestos, los clérigos acudían a un latín corrupto; en el más habitual, simplemente carecían de mínimos conocimientos acerca del mismo, analfabetismo que afectaba a no pocos obispos, e incluso a algún papa (Deschner, 1966). De ahí el simbolismo que acabo de apuntar. Nada más emblemático de la corrupción que afectaba a la Iglesia de Roma que la desidia, rayana en el ridículo, con la que cultivaba su propia lengua oficial. Valla es tan mordaz en esa línea argumental que acudirá a la recta latinidad, precisamente, para demostrar la falsedad de los documentos vaticanos, supuestamente emitidos tras el *Edicto de Constantino*.

En cualquier caso, la gran época de vuelta a la recta latinidad llegará con la centuria siguiente, sobre todo de la mano de Julio César Escaligero (*De causis Linguae Latinae,* 1540) y de Petrus Ramus (*Scholae Grammaticae,* 1559). Ramus discriminó entre verbos activos y pasivos, y después entre transitivo y absoluto. Realizó aportaciones muy estimables a la fonética latina, además de basar la morfología en el número, y no en el género, con lo que consiguió que la gramática latina sirviese de base referencial también para la descripción de las vulgares. Destaca igualmente su análisis de las declinaciones latinas empleando criterios de parisilabidad e imparisilabidad, así como su clasificación de los verbos latinos, diferenciando la formación del futuro con o sin interfijo en *b*.[33]

33. Esto es, respectivamente, primera y segunda, de un lado, y tercera y cuarta, de otro.

J. C. Escalígero, figura polifacética característica del Renacimiento, aporta una singular investigación fónica que, entre otras cosas, propone una secuencia evolutiva del griego al latín, iniciándose la misma en las vocales, continuando en los diptongos y finalizando en las consonantes. Por supuesto, que la reflexión de Escalígero continúa dentro de la falacia clásica y que sus criterios evolutivos serían hoy difícilmente homologables. Pero, como en otras ocasiones, ello no obsta para ponderar la intuición de acudir a descripciones sobre la naturaleza de los sonidos ni, por otra parte, deja de plantear una conexión evolutiva de las lenguas atendiendo a aspectos formales.

El interés por la lengua latina, en todo caso, fue decreciendo como prioridad filológico-lingüística a medida que cronológicamente nos vamos alejando de la Edad Media. Cierto es que el latín conservó durante siglos un valor más que estimable como vehículo de cultura y que, incluso, siguió ejerciendo ocasionalmente como *lingua franca* en determinados contextos comunicativos. Burke (1996) menciona que los viajeros de los siglos XVIII y XIX todavía acudían al latín para esos cometidos, al menos en el contexto europeo. De igual modo, la Dieta húngara conservó el latín como lengua vehicular en sus debates parlamentarios hasta bien entrado el siglo XIX. Pero más allá de ejemplos de este tipo, lo cierto es que progresivamente dejó de ser la fuente principal de transmisión del saber y que esa pérdida de hegemonía sociolingüística se traslució también en su interés meramente científico. Ello, en cualquier caso, tampoco impidió que desde el latín se realizaran algunas reflexiones como las de J.J. Escalígero o El Brocense, a las que, de todas formas, acudimos modernamente más por sus contenidos teóricos, que por la descripción de la lengua latina en sí.

3.1.2 El interés por las lenguas vulgares europeas

Una de las principales novedades de la lingüística renacentista va a ser, sin ningún género de dudas, el desarrollo de un creciente y fortísimo interés por las lenguas vulgares. La llamada de atención que en su día realizara Dante no cayó en saco roto. Antes al contrario, se acomete con intensidad y dedicación una tarea que, en términos modernos, no dudaríamos en tildar de fijación de la norma, del modelo ejemplar, de esas lenguas. Tanto es el interés por describir y reducir a arte las lenguas vulgares, que durante el Renacimiento llegan a editarse setenta y

dos gramáticas italianas, cincuenta y cinco francesas y treinta y siete castellanas (Kukenheim, 1932: 219-229). Ello, de un lado, es consecuencia directa de ese espíritu nacional que acompaña a los nuevos tiempos y, a la vez, el requisito ineludible también para convertir estas lenguas en instrumentos de comunicación en todos los órdenes de su repertorio funcional. Cuando se aspiraba a que ejerciesen como lenguas de arte literario, de corte, de diplomacia y de ciencia, por fuerza habían de seguir ese proceso de homologación y normativización que solo se podía conseguir a través de gramáticas, ortografías y diccionarios. Baste recordar, a título ilustrativo de las responsabilidades comunicativas que muy pronto se le iban a encomendar, que el mismísimo Descartes es un ardiente defensor de la transmisión del conocimiento científico lengua francesa.

Tratando de sacar un no siempre fácil denominador común de toda esa actividad lingüística, pueden apuntarse algunas características compartidas por todos estos autores:

1. Se tiene el propósito de convertir las lenguas vulgares en «arte». Las excelencias de estas lenguas serán parangonadas con las atribuidas a las clásicas.
2. La descripción intenta asemejarse lo máximo posible a las realizadas para las lenguas clásicas: mantienen los mismos criterios para establecer las partes de la oración y se recurre a los casos para examinar los paradigmas.
3. Existe la voluntad de fijar las lenguas vulgares y de testimoniarlas de cara al futuro, siguiendo el ejemplo de los gramáticos griegos y latinos, gracias a quienes podían conocerse muchos siglos más tarde sus lenguas.
4. En ocasiones sirven también para enseñar la lengua a los extranjeros.
5. Todas contemplan más o menos los mismos apartados: el estudio de las letras, de sus combinaciones y de su pronunciación (ortografía y prosodia), el de las partes de la oración (etimología), los problemas relativos a la construcción (sintaxis) y, finalmente, un apartado heterogéneo en el que se solía dar cabida a las «infracciones» y las figuras poéticas.

Las principales lenguas europeas, que empiezan por ese tiempo a gozar de peso y prestigio internacionales, son ya objeto de atención pormenorizada en gramáticas ocupadas exclusivamente de ellas. En

1492 Nebrija publica su *Grammatica castellana*, a la que solo tres años más tarde seguirán *Le regolle della lingua fiorentina*, asignada a Lorenzo de Médici, bien es verdad que al parecer tampoco con demasiado fundamento. Hasta 1530 tendrá que esperar el francés para que Palsgrave diera a la luz pública su *Esclarcissement de la langue françoyse*. En 1536 aparece la *Gramatica da linguagem portuguesa* de Oliveira. Más tardías son las primeras gramáticas conocidas de las lenguas eslavas. En 1571 aparece la *Gramatika ceská* (*Gramática checa*) atribuida a Jan Blahoslav, dando en todo caso continuidad a un proceso de incorporación de nuevas gramáticas sobre lenguas occidentales que seguirá con la *Grammatica russica* de H. H. Ludolfo publicada en 1696.

Con todo, como ya he avanzado hace unos instantes, la tarea normativizadora que implícitamente acometen los hombres del Humanismo tenía otras posibles vertientes. No menos decisivo resultaba fijar la ortografía de la lengua, completando en consecuencia la labor ya iniciada durante la etapa medieval. Máxime en una época en que esta resultaba crucial, en tanto que verdadero instrumento de comunicabilidad en unas nuevas coordenadas históricas, entre otras cosas, precisadas de asegurar la transmisión de información escrita transoceánica, con un soporte técnico tan revolucionario como el aportado por la imprenta. Los tratados de ortografía no podían hacerse esperar. Trissino lo hizo para el italiano en 1524, a los que pronto siguieron los del francés, el inglés y las restantes lenguas occidentales. Esa no fue una cuestión exenta de debate y discusión, muy a menudo vinculada a problemas y disputas externas a los hechos del lenguaje, aunque no ajenos a ellos. Como ha mostrado Bertelli (1968), la ortografía de Trissino destapa, ni más ni menos, que la discusión sobre la base de referencia en la que ha de cimentarse el italiano normativo. En principio y aparentemente, es una cuestión meramente lingüística, debiéndose optar bien por una suerte de *koiné* interitaliana, bien por un modelo toscano, bien finalmente por otro más exclusivamente florentino. La disputa ortográfica, sin embargo, simbolizaba algo, bastante, más que todo eso. En última instancia a través de ella se cuestionaba el modelo de estado y no en vano, pues, la propia casa ducal florentina va a estimular un modelo ortográfico, acorde por cierto con su concepción de la construcción del estado, tomando como gran eje vertebral de la vida italiana la propia Florencia. Súmese a ello la relativa caducidad inherente de la ortografía, siempre un reflejo de la fonética, en una perpetua muta-

ción que, por fuerza, termina afectando a su representación gráfica. No es de extrañar, en consecuencia, que la cuestión ortográfica estuviese siempre abierta y que, periódicamente, fuese retomada en obras como *On the Orthographie and Congruitie of the Briton Tongue* (1617) de A. Hume o las *Véritables règles de l'ortographe francèze* (1668) de Louis de l'Esclache.

Al hilo de los debates sobre los modelos ortográficos, la descripción de las letras se situó al borde mismo de los sonidos, por más que lo hiciese de manera harto inconsciente y, por supuesto, nunca libre por completo de la falacia clásica. Pero lo cierto es que, a fuerza de hablar de letras, terminó por alumbrarse algo acerca de los sonidos que transcribían. El camino que, en gran medida, trazara J. C. Escalígero para la lengua latina, poco a poco irá situando nuevos jalones en esa dirección. Si bien el *De litteris libri duo* (*Dos libros sobre las letras*, 1586) de Matthies se desenvolvía sin ambages en los dominios de la falacia clásica, más adelante aparecerán algunos tímidos apuntes que hacen pensar en una puerta abierta hacia una fonética, en todo caso aun muy lejana. Petrus Ramus es autor de *Spreeckons* (*Arte de hablar*, 1635) en el que se describen los órganos de fonación y sus movimientos durante la articulación de los sonidos. Con el siglo XVIII ese interés va a encontrar incentivos más que importantes con el desarrollo de la taquigrafía. Ello conllevó un interés especial por todo lo relacionado con las letras. De ese espíritu surgió el *De formatione loquela* (*Sobre la formación del lenguaje*, 1781) en el que Helwag propone un esquema triangular de representación del vocalismo, todavía hoy vigente.

3.1.3 La diversidad lingüística

3.1.3.1 Las gramáticas sobre lenguas no europeas

La atracción ejercida por las lenguas vivas traspasó las fronteras europeas. La inmensidad que en todos los órdenes abría América también fue terreno franco para el conocimiento de nuevas lenguas, que muy pronto llamaron la atención de los religiosos españoles. De 1555 a 1724 encontramos una verdadera proliferación de gramáticas ocupadas en las lenguas amerindias que inaugura, no sin originalidad expositiva, el *Arte de la lengua mexicana* del jesuita Andrés de Olmos. Por más que Olmos trate de ser fiel a la propia idiosincra-

sia del nahuatl, iniciando su obra con los capítulos correspondientes a los adjetivos posesivos y a los pronombres, esta no deja de estar construida según los parámetros grecolatinos entre los que se había desenvuelto la tradición europea. Según explican Luque y Manjón Pozas (1998: 912) los jesuitas muy pronto se persuadieron del extraordinario papel evangélico que podía desempeñar el conocimiento de estas lenguas, siguiendo por la demás las indicaciones de otro miembro de una orden predicadora, el franciscano fray Alonso de Molina. Lo cierto es que, al parecer, los jesuitas sistematizaron la formación de sus futuros monjes predicadores en esa dirección, ya que eran previamente adiestrados en el manejo de las lenguas indígenas propias de las tierras que se les tenían destinadas para sus cometidos evangelizadores. Felipe II contribuyó en cierta medida a esa tarea, pues en 1565 introdujo un cambio radical en la política colonial monolingüe de Carlos V y, muy al contrario, impuso el requisito de conocer las lenguas de las tierras que se querían misionar. Un fin tan exclusivamente utilitario como el misionero no empece el legado de esa contribución de los religiosos españoles que, a fin de cuentas, pone a nuestra disposición un número significativo de gramáticas amerindias.[34] También explica las circunstancias en que fueron realizadas y divulgadas. Muchas veces anónimas, editadas siglos más tarde en otras ocasiones, en definitiva muestran no albergar otro propósito que ese mencionado instrumento evangelizador.

Tampoco fueron desatendidas las lenguas de medio y extremo Oriente. Durante el siglo xvi Guillermo Postel se interesa vivamente por el árabe, sobre el que realiza diversas publicaciones.[35] Para

34. Por mencionar tan solo las referidas por Luque y Manjón Pozas (1998: 119), *Gramática o arte de la lengua general de los indios de los Reynos del Perú* (fray Domingo de Santo Tomás, 1560), *Arte de gramática da lingua mais usada na costa do Brasil tupí* (José de Archieta, 1595), *Arte mexicana* (Antonio del Rincón, 1595), *Arte y gramática general de la lengua que corre en todo el Reyno de Chile* (Luis de Valdivia, 1606), *Arte da lingua Brasilica* (Luiz Figuiera, 1621), *Arte breve de la lengua Aymara* (Ludovico Bertonio, 1603), *Gramática y catecismos de la lengua Paranapura* (Juan Lucero, 1661), *Gramática de la lengua general del Nuevo reino, llamada Mosca, con un vocabulario del mismo idioma* (fray Bernardo de Lugo, 1619), *Arte de la lengua Yunga* (Fernando de la Carrera, 1644), *Arte de la lengua Quichua* (Juan de Figueredo, 1701), *Gramática de la lengua general de Cuzco* (fray Diego de Olmos, 1640), *Arte, Vocabulario, Tesoro y Catecismo de la lengua Guaraní* (Antonio de Ruiz de Montoya, 1640), *Arte de la lengua Guaraní* (Paulo Restivo, 1724).

35. *De originibus seu de Hebraicae linguae et gentis antiguitate, atque variarum linguarum affinitate* (1538), *Gramatica arabica* (1538), *De cosmographi disciplina* (1538), *Des histoires orientales et principalement des Turkes ou Tourchikes et Schitique ou Tartaresques* (1575).

Postel el árabe tenía una importancia extraordinaria, derivada de su condición de *lingua franca* en gran parte de Asia, África e incluso Europa. Angelus Caninius establece un parentesco entre las lenguas semíticas en *Institutiones linguae Syriacae, Assyriacae atque Thalmudiae* que para Mounin (1967: 130) no deja de suponer un inicio de comparativismo larvado.

Más lejanas en lo geográfico y en lo cultural quedaban las lenguas de Asia. Sobre ellas se irán incorporando noticias varias en los diferentes catálogos de lenguas que también arranca en este período, sin olvidar las más puntuales que ofrece Duret en su *Thrésor* (1611) cuando, al describir los pueblos de Rusia, se ocupa de los tártaros y de su lengua.

3.1.3.2 Catálogos de lenguas y diccionarios políglotas

La conciencia de tal diversidad lingüística, por fuerza, había de conducir a otras obras que tratasen de dar cuenta de ella de un modo más panorámico y, en cierta medida, sistemático. Con el siglo XVI arranca la primera compilación léxica políglota, el *Dictionarium* de Ambrogio Calepino (1502), que se hacía cargo de siete lenguas: hebreo, griego, latín, italiano, francés, alemán y español, a las que en posteriores ediciones se agregarían el húngaro y el polaco. En la misma línea, Daniel Adam de Veleslavín publica en 1598 su *Nomenclator quadrilinguis* checo, latín, alemán y griego o en 1632 verá la luz el primer diccionario bilingüe inglés/fancés de Randle Cotgrave.

La constatación de la diversidad lingüística, no obstante, tuvo otras manifestaciones, entre las que sobresalen los catálogos de lenguas. Conrad Gessner los inicia en 1555 con *Mithridates, sive de differentis linguarum*, obra en la que recoge diversas versiones de *Padrenuestro* en diferentes lenguas, dando paso a una serie de colecciones de materiales lingüísticos de esta naturaleza y con esta metodología, cuya fecundidad se mantendrá vigente durante casi tres centurias. En 1603 la versión de J. Mésiger incorpora ya cuatrocientas lenguas diferentes. El propio Mésiger había realizado con anterioridad recuentos políglotas similares, elaborados en esta ocasión mediante la contraposición de proverbios y refranes.[36]

36. *Specimen quadraginta diversarum atque inter se differentium linguarum et dialectorum videlicet, Ortio Dominica totidem linguis expresa* (1593), *Thesaurus Polyglotus: vel Dictionarium Multilingue: Ex quedrigentis circiter tam verteris, quem novi vel potius antiquis*

Pero será en el siglo XVIII cuando encontremos la gran versión de las *Mithridates*,[37] apadrinada en Rusia por Catalina II (1729-1796), quien mandó enviar una lista con 200 palabras a todos los gobernadores de su Imperio pidiendo las correspondientes traducciones. De ese modo P. S. Pallas obtuvo un material valiosísimo, gracias al cual consiguió compilar unas 200 lenguas de Europa y Asia en el *Linguarum totius orbis vocabularia comparativa* (San Petersburgo, 1786-1787). En la segunda edición añadió unas ochenta nuevas lenguas, esta vez de África y de Asia.

Siguiendo esa línea de interés políglota, Jean Chardin da a la luz pública su *Journal de Voyage* en 1711 que contiene abundantes noticias acerca del léxico árabe. Y, en especial, el jesuita español Lorenzo Hervás y Panduro preparará un *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas* (1800-1804), compilación considerablemente más moderna y profunda que las anteriores. Su clasificación no solo se ocupa de unidades léxicas, sino que se hace eco de cuestiones gramaticales, de manera especial, en el terreno de la sintaxis. Asimismo cabe destacar la atención que le dispensa a los hábitos articulatorios de cada lengua.

Por último, publicada a principios del siglo XIX, pero en la misma línea que las anteriores, las *Mithridates* (1806-1817) de J. Ch. Adelung hacen referencia a unas quinientas lenguas del mundo y nos sitúan, cuando menos temporalmente, a las puertas del comparativismo decimonónico.

3.2 La lingüística especulativa

3.2.1 El origen de las lenguas

Constatar la gran diversidad lingüística del mundo, casi que conllevaba de suyo una serie de temáticas íntimamente conectadas y derivadas de ese hecho motriz. Así, junto a los catálogos y obras varias que ocuparon de la diversidad lingüística, encontramos otras temáticas como el origen del lenguaje, la superioridad de las lenguas o la capacidad de algunas de estas para manejar más conceptos que

incogniti, (1603), *Paroemiologia polyglottos: hoc est: Proverbia et sententiae complurinum linguarum* (1605).

37. El término de Gesner con el tiempo designará un género de trabajo lingüístico.

otras. Naturalmente, a lo largo del lapso temporal que concentra la atención de este capítulo, dichas temáticas predominaron más en una época que en otra, cambiaron de tinte también, aunque siempre manteniendo constante ese nexo que las unía a las principales preocupaciones de los interesados por el lenguaje.

Un tópico muy del Renacimiento fue considerar el hebreo como la lengua más antigua, origen de todas las demás conocidas. J.J. Escalígero (1540-1609) sostenía la filiación del latín respecto del griego, al tiempo que apostaba por esa situación del hebreo como lengua más antigua de la Humanidad. Distinguió también once familias cuatro mayores y siete menores en toda Europa, entre las que podían establecerse parentescos lingüísticos. Las cuatro mayores fueron clasificadas de acuerdo con la designación de Dios, en lenguas *Deus, Théos, Godt* y *Boge*.

Esa creencia acerca de la paternidad lingüística universal de la lengua hebrea prevaleció durante toda esa centuria y la siguiente. En 1538 G. Postel publica *De originibus seu de Hebraicae linguae et gentis antiquitate, atque variarum linguarum affinitate*, obra en la que sostiene la misma tesis, al igual que lo hará Guichard en *Harmonie étymologique des langues, où se démontre que toutes les langues son déscendues de l'hebraïque* (1606). Guichard persistía en esa consideración porque a su juicio era la más simple de todas, ya que sus palabras surgen de tres consonantes radicales. Es también la más perfecta, pues nada falta ni nada sobra. Adán en el paraíso había nombrado las cosas mediante palabras simples de la misma naturaleza. Esto queda reflejado en la lengua hebrea que, por tanto, se aproximaría más que ninguna otra a la lengua original, con lo que sigue los dogmas de la Iglesia católica del XVII. De aquí, como es obvio, se infiere una teoría evolutiva del lenguaje. En el principio de los tiempos habría existido una lengua original y madre, el hebreo, de cuya evolución procederían todas las demás. Ese camino evolutivo, sin embargo, pudo haberse realizado por dos procedimientos: mediante simplificación morfológica y gramatical, caso del inglés; en el extremo contrario, mediante la sucesiva complejidad de sus estructuras, caso ahora del griego. Hemos de esperar hasta 1710 para que Leibniz arremeta contra esta tesis en su *Brevis designatio meditationum de originibus gentium ductis potissimus ex indicio linguarum*.

Otras genealogías, no por alejadas de esa preocupación por el origen de la lengua primigenia, fueron menos curiosas. En plena discusión sobre la norma ejemplar del italiano, Giambullari sostiene

en *Il Gelo* el origen toscano de la lengua florentina, lo que la libera de mayores servidumbres respecto del latín, al tiempo que la dota de la autonomía suficiente como para proponerse como modelo lingüístico autónomo e independiente dentro de la Italia de la época.

Con todo tampoco quisiera detenerme única y exclusivamente en la obvia inexactitud de esas atribuciones genealógicas. Es cierto que los resultados a los que se llega no dejan de ser manifiestas extralimitaciones, por completo alejadas de la realidad y, en última instancia, no desvinculadas de credos religiosos y políticos concretos. Pero también es verdad que el procedimiento para llegar a esas conclusiones, por más erradas que finalmente fueran estas, resulta palpablemente distinto en comparación con los empleados durante la Edad Media. Nos encontramos ahora con experiencias «pseudo-empíricas», con afirmaciones a las que se llega tras un proceso de demostración basado, sino en datos estrictos, sí cuando menos en aproximaciones de experiencia. Es innegable lo parcial de las mismas y lo sesgado de la interpretación que se realiza, pero no menos evidente es ese cambio sustancial en los métodos científicos, al menos tendencialmente emparentados con el nuevo espíritu que inauguran los Kepler, Copérnico o Galileo, entre otros. Este punto me parece decisivo para comprender las nuevas coordenadas entre las que nos estamos desenvolviendo: la paternidad lingüística del hebreo no es un dogma de fe, sino una conclusión científica, por más que *a posteriori* podamos comprobar lo errado de la misma y lo acomodaticio de sus resultados a ciertos dogmas. Pero la dirección hacia el tratamiento científico de ese problema, hacia la recopilación de auténticos datos que pudieran establecer hipótesis firmes, tal y como desarrollará el comparativismo decimonónico, de alguna manera estaba empezando a ser ya señalada.

El siglo XVIII tampoco permaneció ajeno a esas cuitas. En los *Principi di una scienza nuova d'intorno alla commune natura delle nazioni* (1725), J. B. Vico piensa que el lenguaje humano ha seguido tres etapas en su formación que lo llevarían desde una primera «lengua de los dioses», lengua muda que se exteriorizó a través de los gestos y de la escritura, hasta la contemporánea «lengua de la plebe», cuya finalidad primordial consistiría en hacer posible las relaciones prácticas de los hombres, con un estrato intermedio identificado como «lengua de los héroes» que, muda al igual que la primera, se manifestaría fundamentalmente a través de hechos y hazañas míticas. Para explicar la diversidad lingüística, recogiendo ideas presen-

tes en los tomistas, recurre a la heterogeneidad de climas, tiempos, pasiones y costumbres. La lengua madre y prototipo de perfección ahora es el alemán.

Los planteamientos de Vico son un nuevo ilustrativo botón de muestra del carácter fundamentalmente apriorístico de unas reconstrucciones históricas apoyadas en las teorías filosóficas de Hobbes, Locke o Condillac. En la misma línea del autor napolitano, el propio E. B. de Condillac consagró la segunda parte de su *Essai sur l'origine des connoissances humaines* (1746) a la discusión de estas cuestiones. J. J. Rousseau hizo lo propio el *Essai sur l'origine des langues* (1782). Sobre las ideas de ambos volveremos de inmediato con más detalle.

Dentro de esta preocupación por explicar el estado primigenio de las lenguas, los seis volúmenes del *Of the origin and progress of language* de James Burnett (lord Momboddo), por encima de otras consideraciones, aportan la novedad de estar inspirados en el conocimiento directo de algunas lenguas indias. Para Momboddo la aparición del lenguaje se explica como un proceso gradual en el que se van desarrollando mecanismos lingüísticos, cada vez más complejos, para exteriorizar conceptos de antemano prefijados, ya que las ideas de los universales son en el hombre anteriores a la aparición de las palabras. En las lenguas primitivas, con un solo sonido se expresaba lo que en lenguas posteriores precisaba de una oración completa. En última instancia, esa evolución se desarrolló gracias a la intervención divina, aunque contando con una serie de supuestos corporales (los órganos articulatorios), espirituales (los conceptos anteriores a la aparición del lenguaje), y sociales (el colectivo humano en el que tomó cuerpo cada lengua concreta). Por otra parte, aceptó la poligénesis del lenguaje y la existencia de un nexo de relación entre la sociedad y el lenguaje, aunque Momboddo pensaba en una vinculación de tipo unidireccional: primero se constituyó la sociedad, después el lenguaje hubo de adaptarse a ella.

El mismo Leibniz esta vez tampoco pudo sustraerse a esa discusión. Propugnó una teoría monogenética sobre el origen de las lenguas del mundo que, ya en pleno siglo XVII, remitía a una primera lengua desconocida por el hombre, y no al hebreo. A partir del examen de raíces comunes de las palabras, delimita dos grandes grupos de lenguas: el *jafetita* y el *arameo*, ambos relacionados con la historia bíblica de los hijos de Noé. No es, en cualquier caso, este sistema de parentesco lingüístico lo que más nos interesa hoy de Leibniz, sino la metodología empleada que durante mucho tiempo

sirvió de guía a estudios posteriores. Leibniz acudió a elementos «externos» a la estructura de las lenguas como los nombres de lugares, de ríos, o las primeras divisiones geográficas y administrativas entre las que discurrieron las lenguas. Estas retrocedían o avanzaban en función a los avatares políticos vividos por sus pueblos guerras, expulsiones, etc.

Como conclusión de este período, en las puertas mismas de la gramática del XIX y claramente colindantes a planteamientos románticos, destacan tres autores con preocupaciones «prehistoricistas», cuyos vínculos con el Romanticismo traspasaron lo meramente lingüístico. Más bien al contrario, sus ideas acerca del lenguaje son un fiel exponente de una mentalidad, la romántica, que en no pocos aspectos ha permanecido vigente hasta finales del siglo XX, si no en la lingüística más formal y académica, sí en muchas creencias populares acerca de la vida de las lenguas. Me estoy refiriendo a Condillac, Rousseau y, en especial, Herder.

Condillac consideró que la actividad lingüística se había iniciado a partir de un «lenguaje de acción» basado en gestos y gritos inarticulados. Posteriormente, este lenguaje incorporaría los primeros sonidos que imitaban a las cosas representadas, para finalizar en el lenguaje actual compuesto por signos artificiales.

Para Rousseau el lenguaje no era más que la consecuencia directa de una tendencia instintiva del hombre que necesita establecer algún tipo de comunicación con sus semejantes. Hay dos dimensiones del lenguaje en el pensamiento de Rousseau: la exterior, ligada a lo visual y las necesidades físicas, y la interior, más sensible a los sonidos y apegada a las pasiones morales. El lenguaje primitivo habría surgido de esta última, fruto del sentimiento humano y constituido por gemidos y exclamaciones diversas. Más tarde, las voces fueron perdiendo su poder expresivo, pasando a ser sustituidas por la gramaticalización y la pérdida de la naturalidad original. De esta manera, se consuma la capitulación del hombre ante las necesidades materiales: las lenguas pasan del corazón a la razón. En el *Discours sur l'origine de l'inégalite* (1755) aplica sus ideas sobre el contrato social al lenguaje. Tanto la asignación de significado a las unidades léxicas, como la identificación sonora de las palabras son el resultado de un acuerdo entre los componentes de una sociedad.

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, cobra un gran auge en los círculos ilustrados la cuestión de si el lenguaje evolucionó por los propios medios del hombre o, por el contrario, fue un

don divino. Fue tal el interés despertado, que en 1757 la Academia de Ciencias de Berlín instituyó un premio que se ocupaba del tema. La primera edición la gana J. Michaelis, y es la lectura de esta obra lo que motiva a Herder a plantearse participar en futuras ediciones. En 1770 gana el concurso con un trabajo titulado *Abhandlung über den Ursprung der Sprache*, publicado dos años más tarde. Para Herder, lenguaje y pensamiento están íntimamente unidos, hasta el punto de que el lenguaje es el instrumento, contenido y forma del pensamiento. Ambos, lenguaje y pensamiento, no solo se han originado y desarrollado paralelamente, sino que en un principio fueron comunes a todos los pueblos del mundo. De ello tendríamos constancia en las lenguas primitivas actuales es decir, del siglo XVIII para Herder. Superado ese estado monogenético, cada lengua es patrimonio de un pueblo, de manera que cada nación piensa de acuerdo con su lengua. El lenguaje es algo más que un instrumento de expresión: pasa a convertirse en un depósito de formas de pensamiento propio de cada cultura.

3.2.2 La perfección de las lenguas

El siglo XVI puso en circulación otra consecuencia de la confrontación de lenguas. Una vez adquirido el estatus sociolingüístico de lengua ejemplar, se procedió a debatir la mayor idoneidad de las lenguas vulgares, tratando de establecer una suerte de jerarquía entre ellas. *El diálogo de la lengua* de Juan de Valdés es un preclaro ejemplo al respecto. Siguiendo el género dialogado tan al gusto de los renacentistas, se adentra en la comparación con el italiano, la exposición de las principales reglas del castellano y la justificación de una norma vallisoletana por encima de la andaluza. Henri Estienne ensalza al francés en *La precellence du langage françois* (1529), acudiendo a criterios como su sonoridad, su riqueza y variedad de vocabulario o su variedad de morfología. El francés es superior al italiano porque posee más terminaciones que le permiten construir más bellos poemas y porque cuenta con un mayor caudal léxico que le otorga su mayor cantidad de sinónimos. Richard Carew hace lo propio con el inglés en *The Excellency of the English Tongue* (1595), apoyándose en cuatro criterios evaluadores: *Significacye* (oportunidad, exactitud de las palabras), *Easynes* (facilidad, ligereza), *Copiousnes* (riqueza, abundancia) y *Sweetnes* (dulzura). El inglés sería la lengua más in-

teresante porque aúna elementos largos importados de otras lenguas y breves de carácter autóctono, por lo que consigue un gran equilibrio. Además, en su opinión goza de un léxico muy apropiado. En el fragor de esa justificación panegírica de la lengua inglesa no deja de realizar interesantes anotaciones en el orden descriptivo, como la consciencia que muestra acerca de la sustitución del sistema de casos de las lenguas clásicas por el prepositivo en las modernas. En otras ocasiones los argumentos giraron alrededor de la mejor valía de una lengua para la traducción de textos de lenguas clásicas y modernas. Así Jean LeBlond, traductor al francés de textos latinos, a fines del siglo XV sostiene que el francés es superior al inglés, flamenco, valón y otras, perfectamente adecuado para realizar estos cometidos.

3.2.3 Los atisbos del comparativismo

Tan intensa confrontación de lenguas, por más que condujese a resultados y teorías poco acordes con la realidad, no podía de dejar de alumbrar cierto espíritu comparativista, aunque fuera de forma tímida y larvada. Ya ha quedado dicho que Caninius es para Mounin una suerte de antecesor de esos planteamientos que tendrán su plena eclosión en el siglo XIX. Otro tanto puede afirmarse de Filippo Sasseeti quien a fines del XVI llama la atención sobre las coincidencias de algunas palabras de la India con el italiano. En la misma dirección, P. Sajnovics y Gyármathi[38] afinan en los parentescos del húngaro y el finlandés. Tampoco hay que extraer de ello conclusiones más optimistas de lo estrictamente necesario. No nos encontramos frente a un programa científico ni de lejos equiparable al que se desarrollará a partir del siglo XIX. Es más, ni tan siquiera hay una filiación directa entre estos autores y los que posteriormente protagonizarán la gran eclosión de la lingüística histórica y comparada. Pero, como mínimo, sí que podemos percatarnos de que existía ya una inquietud en la lingüística que, tarde o temprano, tenía que cristalizar en esos planteamientos. Por supuesto que, en esa dirección, la antes reseñada contribución de Hervás llega hasta cotas poco menos que imposible para la lingüística de la época y, esta vez sí, se sitúa en los albores inmediatos de la gramática histórico-comparativa.

38. *Demostratio idioma ungarorum et Lapponum idem esse* (1770) y *Affinitas lingaue Hungaricae cum linguis Fennicae originis grammaticae demonstrata* (1790).

3.2.4 La lingüística teórica

Cumplido el programa de depuración de la lengua latina, en la segunda mitad del siglo XVI los renacentistas se disponen a acometer nuevas empresas lingüísticas. Contaban con precedentes inmediatos, en lo cronológico y en lo temático, pues la restitución del recto latín no se había llevado a cabo exenta de selección de opciones teóricas de envergadura. Tanto Ramus como J. C. Escalígero no fueron ajenos a la adopción de opciones teóricas que, más en un caso que en otro, de inmediato trasladaron a sus preocupaciones descriptivas. Ramus aboga por un principio formalista que, como sabemos, aplicará con extraordinario rigor taxonómico. J. C. Escalígero, por su parte, denota un evidente trasfondo filosófico y teológico en relación al lenguaje. No será, sin embargo, hasta el siglo XVII cuando las gramáticas propiamente especulativas hagan su aparición. Y lo hicieron siguiendo, básicamente, dos orientaciones: la que buscó universales lingüísticos, ocupándose sobre todo de la sintaxis, y la que aspiró a crear nuevos lenguajes que superaran las carencias intrínsecas a las lenguas humanas, incapaces de afrontar la riqueza del pensamiento.

Fuera de los autores más directamente consagrados al estudio del lenguaje y de las lenguas, no dejamos de encontrar preocupaciones en gran parte similares. Un autor de la importancia de F. Bacon (1561-1625) para el desarrollo de la nueva mentalidad filosófica y científica de la época, no renunció a exponer sus convenciones acerca de los fuertes vínculos que existían entre el pensamiento y el lenguaje.

3.2.4.1 El Brocense

La *Minerva* de Sánchez de las Brozas, como señala J. Tusón (1982: 59), puede ser considerada «lugar de acumulación y punto de partida». Y, en efecto, de la misma forma que son perceptibles los ecos de la obra de P. Ramus y de J. C. Escalígero, la *Minerva* ejercerá una destacada influencia sobre los gramáticos de Port-Royal y Harris. El Brocense se propone encontrar la explicación última de los usos lingüísticos, para lo que emplea una metodología que se asienta en dos principios: solo acepta los usos lingüísticamente ejemplares de los mejores literatos latinos y, por otra parte, concede primacía absoluta a la razón.

Entiende Sánchez de las Brozas que la gramática es arte de hablar correctamente. Para dar cuenta de ello divide la *Minerva* en dos grandes áreas temáticas: la «etimología», o estudio de las partes de la oración, y la «sintaxis», centrada en las construcciones. Esta última, sin duda, es la que más ha llamado la atención de los especialistas, sobre todo en lo referente a la elipsis y a las construcciones en las que intervienen los llamados verbos meteorológicos.

Para El Brocense la elipsis consiste en la ausencia de una o varias palabras en una construcción correcta. Es necesario destacar justo este matiz de corrección porque el Brocense, lejos de negar la pertinencia de su análisis, propone recuperar racionalmente la forma en apariencia perdida. Las construcciones con elementos elípticos, por lo tanto, remiten a otras más «lógicas», en las que no se registran ausencias de ningún tipo.

En cuanto a los verbos meteorológicos, no acepta la tradicional impersonalidad gramatical que se les había imputado. Empleando un procedimiento similar al anterior, verbos como «llueve» corresponderían a construcciones del tipo de «la lluvia llueve», en las que de nuevo racionalmente podríamos recuperar la estructura completa.

Afirmar que en la producción del Brocense están presentes los conceptos de estructura superficial y estructura profunda sería, pienso yo, un tanto desproporcionado. Sin embargo, parece también evidente que, como veremos en relación a Port-Royal, sí que supera el descriptivismo de las gramáticas sobre las lenguas «vulgares» del Renacimiento, muestra una mayor profundidad analítica y avanza parte de las tesis chomskianas, entre otras cosas, tal y como el propio Chomsky reclamará en su conocida *Lingüística cartesiana*.

3.2.4.2 Port-Royal

Sin ningún tipo de intención normativista y muy atentos al lenguaje oral, A. Arnauld y C. Lancelot aspiran a realizar una gramática universal que fundamente las particulares de cada lengua, exponente directo en lingüística de la mentalidad cartesiana. La *Grammaire générale et raisonée* que publican en 1660 huye de las autoridades literarias y se dispone a cumplir con este objetivo manejando un número considerable de lenguas: griego, latín, francés, hebreo, italiano, alemán y español. La relación de la *Grammaire* con *La logique ou l'art de penser*, firmada por Arnauld y Nicole en 1662, es manifiesta,

de modo que no será posible entender la contribución lingüística de Port-Royal desligada de su producción filosófica.

Parten Arnauld y Lancelot de hacer corresponder lenguaje y pensamiento. Gracias al primero se manifiestan las operaciones básicas de la mente humana. Las palabras no son más que signos entre las ideas y las cosas. Dichos signos poseen dos dimensiones: una material, relacionada con el sonido, y otra espiritual, vinculada a la significación. En tanto que la dimensión material sería compartida con los animales, la espiritual es la propia del Ser Humano. Distinguen nueve partes de la oración: nombre, artículo, pronombre, participio, preposición, adverbio, verbo, conjunción e interjección, clasificadas según criterios semánticos en las que prevalecía su relación con los objetos de nuestro pensamiento las seis primeras o con la forma o el modo del mismo las restantes.

Si el lenguaje transcribe la actividad mental del hombre, para entender qué sucede con las palabras es preciso examinar previamente cuáles son las operaciones básicas del pensamiento. Los hombres de Port-Royal las limitan a los tres casos siguientes:

1. *Concebir*, entendiendo por tal el proceso mental que permite captar las cosas materiales e inmateriales.
2. *Juzgar*, u operación mental que permite afirmar que algo es o no es de una manera concreta.
3. *Razonar* que, como consecuencia de la anterior, hace posible formular un nuevo juicio a partir de dos juicios previos.

En consecuencia, hablar supondrá expresar pensamientos, pero también juicios. Para ello empleamos proposiciones formadas por un sujeto y un atributo, en las que el verbo *ser* tiene encomendada la misión de unir dos conceptos. El verbo *ser* constituye así la marca de afirmación, punto nuclear de la concepción gramatical de Port-Royal que gira en torno a la distinción entre los conceptos (objetos del pensamiento) y la señal de afirmación (forma del pensamiento). Las partes de la oración quedan divididas, siguiendo estos criterios, en *partes que expresan conceptos* (nombre, artículo, pronombre, participio, preposición y adverbio) y *partes que marcan afirmación* (verbo, conjunción e interjección).

En la *Logique* Arnauld y Nicole habían distinguido entre ideas singulares que representan a un individuo e ideas generales que, en el extremo opuesto, representan muchas cosas. A las primeras les

corresponden los nombres propios; a las segundas, los comunes. Los nombres comunes poseen, a su vez, «accidentes» que precisan sus cometidos gramaticales. En cuanto a la cuestión verbal, siguiendo la tradición especulativa otorgan al verbo *ser* un papel substantivo. A partir de él se constituirán todos los demás, los *verbos adjetivos*, de acuerdo con una estructura de «afirmación más atributo». Por lo demás, entienden que el verbo demuestra que el hombre, no solo comprende las cosas, sino que además las juzga.

3.2.4.3 Las teorías lingüísticas del siglo XVIII

En el siglo XVIII continuará esa tradición especulativa, ahora fundamentalmente en el contexto británico. Es necesario subrayar, en todo caso, que la mayor parte de las aportaciones que ahora vamos a comentar suelen formar parte de teorías más genéricas sobre la naturaleza humana y que su conexión, y en ocasiones dependencia, respecto de las corrientes filosóficas predominantes es manifiesta, como de hecho ya hemos tenido ocasión de comentar al referir la contribución dieciochesca a la discusión sobre el origen del lenguaje.

3.2.4.3.1 James Harris

Buena muestra de cuanto acabo de afirmar la tenemos en James Harris quien, muy vinculado a los llamados «platónicos de Cambridge», es una de las personalidades más destacadas de las preocupaciones lingüísticas de este siglo. En 1751 publica *Hermes or a philosophical enquiry concerning language and universal grammar*, obra en la que, como en general sucede con todos los universalistas, distingue entre estructuras individuales de cada lengua en concreto y determinados principios esenciales y comunes a todas ellas. Muy interesado también en el aristotelismo, al igual que buena parte de la reflexión lingüística de todo el siglo XVIII, Harris defendió una teoría del significado fundamentada en la convención y en el papel desempeñado por el lenguaje como medio de formalización lógica. Las «palabras principales», además de poseer significado independiente, simbolizaban las ideas generales y, secundariamente, las particulares.

Su esquema gramatical giraba en torno a dos polos básicos, identificados con el nombre y el verbo. Ambos constituían los «fun-

damentales» del lenguaje. Los restantes elementos de una lengua eran catalogados como «accesorios» y, a su vez, podían ser «definitivos», palabras únicas que para Harris son los artículos y las palabras pronominales o bien «conjunciones» formas con más de una palabra.

3.2.4.3.2 Codillac

Pero será Condillac el filósofo del siglo XVIII que más de lleno entra en cuestiones lingüística. Extremando las posiciones logicistas de Port-Royal, llega a identificar lenguaje y pensamiento, hasta el punto de considerar que el análisis de ambos es una misma cosa. Algunos de sus planteamientos son ciertamente modernos. Para Condillac la relación de los signos con las cosas que designan es arbitraria y está gobernada por las «instituciones», en el sentido aristotélico del término. Por otra parte, defiende una concepción del lenguaje como sistema. Cabe, por lo tanto, reconocerle el mérito de extender los problemas del lenguaje a los dominios de la filosofía y, sobre todo, de ser un claro precedente tenido en cuenta en algunos aspectos por De Saussure y los estructuralistas.

3.2.4.3.3 Beauzée

Sin apartarnos de Francia, N. Beauzée publica en 1767 su *Grammaire générale, ou Exposition raisonnée des éléments nécessaires pour servir à l'étude de toutes les langues*, obra no exenta de críticas coetáneas debido al aparente exceso de refinamiento en su estilo. En todo caso, al historiador de la lingüística le interesan otras discusiones y en este caso se ha solido subrayar que aporta un notable ejemplo de las pesquisas teóricas por las que se conducirá la Ilustración. Hay que tener en cuenta que esta nueva *Grammaire Générale* está escrita por la misma mano que se ocupará de la gramática en la *Encyclopédie* después de Dumarsais.[39] Beauzée, como los autores de Port-Royal, trata de hacer una gramática universal, una teoría del lenguaje en toda su extensión y sin ambages.[40] Con la razón como elemento primordial e

39. Posteriormente editados, en colaboración con Jean-François Marmontel en el *Dictionnaire de grammaire et de littérature* (1789).

40. Tanto es así que Auroux 1985-1986 lo ha considerado uno de los pocos exponentes claros en ese sentido que aporta la época, junto con Port-Royal y Court de Gebelin.

indispensable de esa búsqueda de la gramática universal, parte de un axioma, por lo demás común en esta clase de obras, como de nuevo recuerda Auroux; a saber, la intensa correspondencia, la interdependencia, entre la actividad lingüística y el pensamiento. De ahí que para elaborar las definiciones de las partes de la oración acuda a criterios de verdad o que, al discriminarlas, recurra a criterios lógicos. Con todo, lo que más ha llamado la atención para los comentaristas posteriores ha sido su teoría de los tiempos verbales, en la que discriminó tres dimensiones: el suceso en sí, el acto de habla en el que discurre y un término de comparación de la acción. De la combinatoria de esos tres elementos deriva el conjunto del paradigma verbal, perspectiva que no se encuentra tan lejana de los planteamientos de Benveniste o Guillaume, ya en pleno siglo XX.

3.3 La proyección de los conocimientos lingüísticos

La sistematización de los conocimientos lingüísticos, máxime obtenidos a través de la observación sistemática y científica, pronto animaron a extenderlos a cometidos que trascendían su mera descripción o especulación teórica. J. A. Comenio (1592-1670) es autor de gramáticas especialmente dedicadas a la enseñanza de lenguas a extranjeros, *Janea linguarum recetara* (1631) y *Linguarum methodus novissima* (1649) que, por lo demás, tampoco fueron un jalón aislado en la mentalidad de la época. De la misma forma, se prestó atención a la enseñanza depara sordomudos en obras como el *The Art of Pronunctiation* que firma Robert Robinson en 1617, dentro de una línea de preocupaciones más amplia.

Afirmar, como en ocasiones se ha hecho, que aquí radica el inicio de la lingüística aplicada resulta a todas luces desproporcionado e insostenible; por muchas razones, entre otras porque ni tan siquiera existe un paradigma de aplicación científica. Antes al contrario, tendremos que esperar al siglo XIX para encontrar la primera implicación seria y explícita de plasmación social del «poder científico». Serres (1989) ha sido tan contundente como esclarecedor al respecto. El intelectual del que estamos hablando forma parte, o pretende hacerlo, de un ámbito muy alejado de los problemas mundanales. Eso tampoco significa que deba ignorarse una evidencia tan palpable como que, ya en este período, el conocimiento del len-

guaje ha sido capaz de proyectarse más allá del conocimiento *per se*, iniciando un proceso lento, larvado y secular que, esta vez sí, terminará conduciendo a la lingüística aplicada en la segunda mitad del siglo xx.

El catálogo de proto-aplicaciones lingüísticas, sobre todo a partir del siglo xvii, contó con una serie de proyectos para mejorar y superar las limitaciones de las lenguas conocidas. Comenio, Mersenne o Dalgarno estaban plenamente persuadidos de que las lenguas conocidas solo eran capaces de expresar de manera particular –e «imperfecta» para algunos autores– las ideas y conceptos del pensamiento humano. En suma, las encuentran insuficientes para transcribir algo tan complejo y profuso como el pensamiento humano. Para paliar esas carencias proponen crear lenguas artificiales que puedan alcanzar mayor universalidad. Tal vez fue el británico J. Wilkins quien más entusiasmo puso en ello en su *Essai forwards a real carácter and a philosophical language* (1668). Ortográficamente Wilkins ideó una serie de elementos simbólicos de cuya combinación surgían los conceptos. Así, la idea de «padre» quedaba reflejada en el siguiente signo:

que se formaba por la adición de los elementos gráficos correspondientes a las notas que definen ese concepto:

NÚCLEO	
Relación económica interpersonal	—
ESPECIFICACIONES	
Relación consanguínea	/
Ascendiente directo	|
Sexo: varón	○

Cuadro 11.

Cuando el signo era empleado metafóricamente se indicaba con una línea en la parte superior izquierda, de manera que el ejemplo anterior quedaría como sigue:

Wilkins había previsto también reducir las clases de palabras y la sintaxis a su mínima expresión, así como establecer un sistema fónico universal asociado a cada rasgo. La pronunciación de la palabra que nos está sirviendo de ejemplo sería *kobara*, puesto que

ko = relación interpersonal
b = consanguineidad
a = ascendiente directo
ra = varón

Leibiniz contribuyó igualmente a este afán universalizador con su *Specimen calculi universalis* que, cómo no, pretendía alcanzar una simbolización universal del pensamiento. Para ello partió del silogismo aristotélico que, con las lógicas y prudentes distancias que parezca aconsejable establecer, no dejó de ser un buen antecesor de la lógica simbólica actual.

4

La lingüística del siglo XIX

4.1 Comparativismo e historicismo

En 1786 el juez británico W. Jones lee en la *Royal Asiatic Society in Calcuta* una conferencia, publicada dos años más tarde en la *Asiatic Researches*, que habría de tener una enorme transcendencia para la lingüística del siglo XIX. En ella Jones establece relaciones seguras entre el latín, el griego, y las lenguas germánicas, de un lado, y, de otro, el sánscrito, lengua de la India que debió hablarse hacia el 1500 a. C. No es que la existencia de dichos paralelismos fuera absolutamente desconocida. Coerdoeux, un misionero francés en Asia, se había encargado con anterioridad de enviar un diccionario de esa lengua a Europa, refiriendo sus semejanzas con el latín y el griego. Pero sí que, como apunta J. Tusón 1982: 78,

> «hizo falta un reactivo que permitiese contemplar con nuevos ojos los materiales disponibles y que ayudase a situar los problemas de la comparación en sus justos términos».

La conferencia de Jones tuvo una repercusión académica más que inminente y, a juzgar por el volumen del interés suscitado, sin ningún género de dudas resultó algo más que fructífera. Cuatro años después de la intervención de Jones, Paulin de Saint-Berthélemy publica una *Gramática* del sánscrito en Roma, en 1796 Sylvestre de Sacy organiza los estudios orientales en París y en 1815 ve la luz la quinta gramática de esta lengua editada en Gran Bretaña.

La influencia de este descubrimiento sobre la lingüística occidental no deja de estar sujeta a una sutil controversia, por más que no siempre quede patente en tales términos. Es unánime la opinión que atribuye a ese descubrimiento la responsabilidad última de haber hecho posible el desarrollo de la lingüística comparada y, con

ello, probablemente el de la lingüística moderna, no solo en la acepción decimonónica del término, sino también en lo concerniente a los modelos que han imperado a lo largo del siglo xx. Desde Rask y Bopp la gramática comparada e histórica trabajó mirando al sánscrito y, por supuesto, además lo hizo desde la hipótesis de la protolengua común que anunciara W. Jones y que, más tarde, hemos conocido como indoeuropeo. En efecto, el sánscrito fue lugar de paso obligado para no pocos lingüistas del xix. F. von Schlegel en 1803 inició estudios de sánscrito durante su período parisino. En 1819 su hermano, A. W. Schlegel es nombrado profesor de la misma lengua en la recién fundada Universidad de Bonn. W. von Humboldt, ministro de Instrucción Pública de Prusia, promueve asimismo titularidades de esas cátedras. Y, en fin, desde la aparición a comienzos del xix de la primera gramática sánscrita en inglés, las traducciones a otras lenguas europeas fueron continuas.

De ese modo, para Robins (1967: 139) el interés por el sánscrito tuvo dos efectos decisivos en la tradición europea. En primer lugar, sirvió para el desarrollo sistemático de la lingüística histórica y comparada; en segundo, puso en contacto a los europeos con el pensamiento lingüístico hindú. Este último punto, sin embargo, parece considerablemente más cuestionable. Cerný (1996: 94-95), en concreto, mantiene una postura ostensiblemente crítica al respecto, pues advierte que el rastro del tratamiento de cuestiones fónicas y gramaticales de la lingüística hindú pasó prácticamente desapercibido en Occidente. Tanto es así que no sirvió para desterrar viejos tópicos inadecuados de la lingüística europea, ni para precisar algunos procedimientos metodológicos que el sanscritismo parecía traer de suyo. Como botón de muestra alude al detalle de que en 1812 Grimm todavía abonara la falacia clásica de confundir «letras» con «sonidos».[41] Por lo demás, la morfología hindú habría sido parcial y débilmente aprovechada, poco menos que limitada a distinguir lenguas flexivas y no flexivas, al tiempo que tampoco habría generado una auténtica clasificación genética de las lenguas, al menos de inmediato: Adelung publica sus *Mithridates* entre 1806 y 1807 o Balbi hace lo propio con su *Atlas etnográfico del mundo*, que clasificaba las naciones conocidas a lo largo de la historia según sus lenguas,

41. Aun reconociendo la validez del trasfondo de la argumentación de Cerný, en todo caso resulta ciertamente complicado imaginar cómo podía Panini alumbrar esa dirección cuando, como se ha comentado ya, la gramática hindú carecía de esa distinción.

todavía con criterios nada influidos por la visión que, en apariencia, debería haber inaugurado el sánscrito.

A pesar de tan contundentes reparos, no por ello injustificados, lo cierto es que a partir de esa fecha se desarrolla un pensamiento lingüístico ostensiblemente renovado en Europa. Renovado y, además, homologado al paradigma científico imperante en aquel tiempo. El método históricocomparativo empleado por los lingüistas se acoge a las directrices generales del positivismo científico diseñadas desde la biología por Cuvier. Frente al apriorismo y a la especulación acuñados por la lingüística del XVIII, se reivindica ahora un predominio total de los datos constatados empíricamente y de las relaciones que estos mantienen. A partir de la observación podrá operarse de manera inductiva para llegar a generalizaciones más amplias. En el caso de los lingüistas, el objetivo prioritario de sus pesquisas, desde el principio, no fue otro que el establecimiento del parentesco entre lenguas. Las testimoniadas permitían inducir un tronco común a todas ellas, finalmente identificado con el indoeuropeo. Ese intento de homologación epistemológica, por lo demás, no careció de reveladora manifestación a través incluso de las metáforas científicas empleadas. Para A. von Schlegel las lenguas: más perfectas son aquellas que resultan más orgánicas; esto es, las flexivas, porque «tienen una rica y fructífera vegetación» (A. von Schlegel, 1818: 15, cit en Luque y Manjón, 31). Bopp tampoco renunciará a ese campo de metáforas científicas, al considerar la gramática como el resultado de la actividad combinatoria de sus raíces básicas que se unen como cuerpo y alma, muy vinculadas a una concepción organicista acorde con esos rumbos que estamos comentando.

4.1.1 Los precursores inmediatos del comparativismo en Alemania. Friedrich y August von Schlegel

F. von Schlegel, *Über die Sprache und Weisheit der Indier, (Sobre la lengua y la sabiduría de los indios*, Heidelberg, 1808), amplía el radio de comparación inicialmente apuntado por Jones, estableciendo parentescos del sánscrito con lenguas europeas (griego, latín, celta, antiguo alemán) y de Asia Menor (persa). Además de similitudes más o menos apreciables en sus raíces léxicas, también encuentra parentescos en su propia estructura gramatical. Se le suele atribuir el haber sido pionero en acuñar el término «gramática comparada». En

todo caso, parece más interesante su esbozo de ley fonética para explicar la evolución de las lenguas coetáneas respecto de una lengua materna común.

August Wilhelm von Schlegel (1764-1848) es para Luque y Manjón Pozas (1998: 30)[42] el autor de la primera clasificación de las lenguas acorde con su estructura gramatical en *Observations sur la langue et la litterature provençales* (París, 1818). Piensa A. von Schlegel que hay tres grandes clases de lenguas, según carezcan de estructura gramatical, empleen afijos o, por último, estén dotadas de flexión. Esa tipología, además, establece también una gradación de perfección lingüística que culmina, como era de esperar, en las lenguas flexivas, en las que encuentra la posibilidad de formar un gran número de palabras y expresar un gran número de conceptos a partir de un número reducido de sílabas. Dentro de las lenguas flexivas acuña una nueva subdivisión, esta vez entre lenguas analíticas y lenguas sintéticas. Las primeras estarían caracterizadas por el uso de una serie de recursos, tales como la anteposición del artículo al sustantivo y del pronombre personal al verbo, el empleo de las preposiciones en sustitución del caso o la expresión del grado del adjetivo mediante adverbios. Las lenguas analíticas, por lo demás, proceden evolutivamente de las lenguas sintéticas. No sería este el camino más directo para alcanzar los postulados histórico-comparativos, como podremos apreciar de inmediato, pero de un lado no pienso que esté desvinculado del mismo, pues no deja de apoyarse en datos que, en cierta medida, surgen de la comparación entre las lenguas; de otro, hay que reconocer que alcanza logros significativos. No en vano para tipólogos actuales del peso de B. Comrie, en lo esencial, la propuesta de A. von Schlegel sigue siendo válida dentro de la tipología morfológica (Luque y Manjón Pozas, 1998: 34). Por lo demás, esta división clasificatoria de las lenguas, será utilizada más adelante por Schleicher en su teoría evolutiva que, polémicas interpretativas al margen, no deja de ser un hito destacado de esta escuela.

42. Por más que, como aclaran en ese mismo lugar los autores mencionados, ya hubiera algo más que apuntes al respecto en los textos lingüísticos de Adam Smith y en la *Enciclopédie* francesa.

4.1.2 Fundamentos del método comparativo. Rask, Bopp y Grimm

4.1.2.1 Rasmus Rask

Podemos decir que, al menos simbólicamente, Rasmus Rask (1787-1832) realiza su primera gran aportación científica en 1818. Ese año, en efecto, aparece su *UndersØgelse om det gamle nordiske elle Islandske SprØg Aprindelse* (*Estudio del origen del antiguo noruego o islandés*), a pesar de que el manuscrito original data de 1814. Varias son las observaciones que destacan en el pensamiento de Rask hasta el punto de convertirlo en uno de los primeros propulsores de la gramática histórico-comparativa. En primer lugar, cabe mencionar su convicción acerca de la existencia de un profundo parentesco entre las lenguas escandinavas, las germánicas, el griego, el latín, el lituano, el armenio y las lenguas eslavas, a las que posteriormente añadirá el sánscrito, el persa, el albanés y las lenguas célticas. Ese parentesco, además, está cimentado en una lengua común de la que proceden, aunque en su opinión es imposible detectar dicha lengua primigenia. En lo metodológico advierte de la conveniencia de recurrir a criterios gramaticales para pronunciarse acerca del posible parentesco de las lenguas. La opción gramatical le parece simplemente la más segura, habida cuenta de lo mutable y fácilmente importable que puede resultar el léxico. En todo caso, admite un margen de semejanzas léxicas, sobre todo en el vocabulario más general y fundamental, que pueda resultar indicativo de vecindad genética entre lenguas. Es más, en esos casos es posible pensar en posibles regularidades en el paso de las letras de una lengua a otra, lo que dicho en términos actuales, equivale a pensar en reglas de equivalencia fonética, muy cerca por lo tanto de lo que a continuación veremos que plasmó Grimm.

La relativa complicación o lejanía para la comunidad científica de su danés materno, su muerte bastante temprana, así como el viaje científico a la India que le encomendara la Academia de Dinamarca, terminaron siendo otros tantos inconvenientes que truncaron un prometedor arranque científico. De hecho, su figura, sin duda precursora en no pocos aspectos de lo que sería la plena eclosión de la gramática histórico-comparativa, no fue conocida con fundamento hasta la centuria siguiente, cuando Hejmslev se encargó de divulgarla.

4.1.2.2 Franz Bopp

La *Conjugationsystem,* (*Sobre el sistema de conjugación del sánscrito en comparación con los del griego, el latín, el persa y el germánico,* 1816) de Franz Bopp (1791-1867) estaba encaminada, fundamental y prioritariamente, a establecer las primitivas raíces monosilábicas, cuyo significado no debía ser arbitrario, sino fruto de una especie de exacta correspondencia con los sonidos. Para ello Bopp operó mediante la comparación del sánscrito con las demás lenguas, sobre todo en lo concerniente a sus raíces verbales. Tan discutible –por parcial– punto de partida, no obsta en todo caso para que Bopp ponga en funcionamiento una metodología muy precisa, muy centrada en la recopilación inicial de datos, fase *sine qua non* para acometer la tarea del análisis propiamente lingüístico. De ese modo, Bopp no solo sienta los principios metodológicos de la gramática histórico-comparativa, sino que introduce un giro copernicano de neto tinte empírico que destierra los apriorismos teoréticos de Humboldt y Herder (Luque y Manjón Pozas, 1998: 38). Yo diría más, son un inmenso esfuerzo de homologación al paradigma científico imperante en su tiempo. Como observa Serres, la Revolución francesa en ciencia significa razón y destierro de todo aquello que no se acoge a sus dictados estrictos, quedando fuera de ella incluso las disciplinas más humanísticas como la metafísica. Humboldt podía estar cerca de los metafísicos, pero es evidente que Bopp se sentía más cómodo entre el rigor de los biólogos o los botánicos, siguiendo ese paradigma científico tan apegado a Cuvier que nos recordaba S. Serrano.

Como sucediera con A. von Schlegel en 1833 aparece también un Bopp tipólogo en *Vergleichende Grammatik des Sanskrit, Zend, Griechischen, Lateinischen, Litauischen, Gotischen un Deutschen,* (*Gramática comparada del sánscrito, persa, griego, latín, lituano. gótico y alemán*, Berlín 1833). El Bopp tipólogo considera que, de un lado, existen lenguas sin raíces que, en consecuencia, carecen de capacidad de composición. Debido a ello manifiestan sus relaciones gramaticales mediante la posición que ocupan las palabras, caso del chino. De otro, hay lenguas con raíces monosilábicas, con el consiguiente poder de composición. Estas lenguas, entre las que figuran todas las indoeuropeas, forman palabras conectando raíces verbales y pronominales. Por último hay lenguas con raíces disilábicas y tres consonantes que son las que portan el significado. Sus formas gramaticales son fruto de la composición, pero también de la modificación interna de sus consonantes. A este grupo pertenecen las lenguas semíticas.

Son igualmente dignas de mención las ideas de Bopp acerca de que las lenguas mantienen un desarrollo continuo y que, por tanto, carecen de un estado perfecto desde el punto de vista de la forma gramatical. El contraste de lenguas, su clasificación en tipos, por fuerza habían de conducir a un clásico perenne en las inquietudes humanas acerca del lenguaje y las lenguas: el cambio, la mutación de las lenguas. Bopp no elude esa derivación poco menos que consustancial a lo que había sido su faceta más descriptiva e historicista, inaugurando unas coordenadas que van a resultar de extraordinaria productividad en el seno de la tradición lingüística. Para la explicación de esa inquietud ya no se acudirá al mito, como en las culturas antiguas, ni a la especulación teórico-filosófica. Los apuntes de Bopp son el resultado, aunque sea indirecto e implícito, de lo constatado a través de los datos lingüísticos, de la observación fundada y metodológicamente conducida.

4.1.2.3 Jacob Grimm

Con J. Grimm (1785-1863) el método histórico-comparativo completa su primer momento de madurez. No es que los resultados descriptivos de la *Deutsche Grammatik* (*Gramática alemana,* 1822) resulten espectacularmente diferentes de lo aportado por sus antecesores. Sí lo es, en cambio, la formulación de las regularidades por las que se rigen las analogías fonéticas existentes entre el alemán, el gótico, el inglés y las lenguas escandinavas; analogías y regularidades, además, que son explicables como procesos evolutivos desde el antiguo indoeuropeo. Las «leyes de Grimm», aparecidas en la segunda edición de su gramática en 1822, contemplan los cambios fonéticos como fenómenos de evolución regular, y no como meras alteraciones. Es obligado citar uno de los cuadros que más reiteradamente aparece en las historias de nuestra disciplina, a modo de resumen sintético de los planteamientos de Grimm:

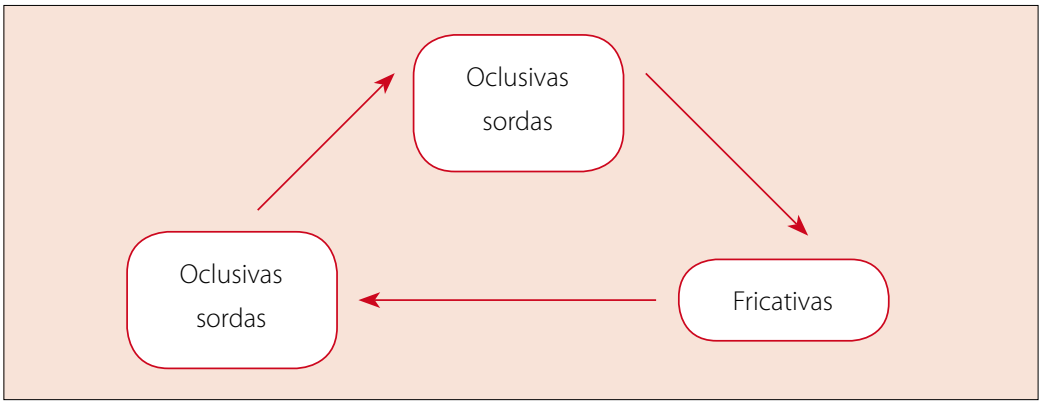
	Labiales			Dentales			Velares		
Griego	P	B	F	T	D	TH	K	G	CH
Gótico	F	P	B	TH	T	D	H	K	G
Antiguo alto alemán	BV	F	P	D	Z	T	G	CH	K

Cuadro 12.

En consecuencia, podía afirmarse que cuando el griego conservaba una oclusiva sorda *p, t, k* procedente del consonantismo indoeuropeo, en gótico aparecía una fricativa (*f, th, |h|*) y en antiguo alto alemán una oclusiva sonora (*b, d, g*). De la misma forma, si la consonante griega era una oclusiva sonora (*b, d, g*), en gótico correspondían oclusivas sordas (*p, t, k*) y en antiguo alto alemán fricativas (*f, z, ch*). En consecuencia, frente a las fricativas griegas (*f, th, ch*) se consignan oclusivas sonoras en gótico y sordas en antiguo alto alemán. Así podía establecerse una relación entre palabras griegas como «*kardia*» y góticas como «*hairto*» por las mutaciones /*k*/>/*h*/ y /*d*/>/*t*/. La ley inducida, por tanto, se formula como:

> *cuando en indoeuropeo aparece una* **p**, *esa* **p** *se mantiene en griego, pero en gótico encontramos una* **f** *y en antiguo alto alemán una* **b** *o una* **v**.

El mecanismo de cambio, siguiendo y adaptando nuevamente a Tusón (1982: 90), gráficamente sintetizaría la llamada *rotación consonántica* con un esquema del tipo siguiente:



Cuadro 13.

Por último, resta solo mencionar a título de anécdota que la lingüística actual cuenta con algunos términos acuñados por Grimm, caso de *stark y schwach* (*fuerte* y *débil*), referidos a la flexión, o *ablaut* (apofonía) y *umlaut* (metafonía), lo que no deja de ser un exponente de la profundidad que alcanzó este autor en su tiempo.

4.1.3 La expansión temática y académica del comparativismo

Las contribuciones que acabamos de comentar, asientan definitivamente el método histórico-comparativo. Estaba todo, pues, dispuesto para propagación más allá de los ámbitos académicos y temáticos entre los que se había desenvuelto hasta esos momentos. Y así lo hizo extendiéndose al estudio de la etimología en la *Etymologishe Forschungen auf dem Gebiet der indogermanischen Sprachen* (*Investigaciones etimológicas en el campo de las lenguas indoeuropeas*), publicada entre 1833 y 1836 por A. T. Pott.

No obstante, Cerný (1996: 102) señala que las lenguas romances ofrecían una inmejorable coyuntura para el desarrollo de esos postulados científicos, entre otras muchas razones porque se disponía de documentación escrita más que abundante. La evolución de esas lenguas respecto de su lengua madre, el latín, contaba, por tanto, con un material empírico en gran medida privilegiado. No fue otro el logro alcanzado por los tres tomos entre los que discurría la *Grammatik der romanischen Sprachen* (1836-1844) de F. Diez (1794-1876). La obra de Diez, en la que se da cabida a las metodologías de Bopp y Grimm, constituye para Iordan (1967: 17) el inicio de la romanística «en el sentido estrictamente científico de la palabra». Desde luego, ese sendero investigador en las lenguas románicas fue continuado por Meyer-Lübke (1861-1936) en una obra de igual título (1890-1902).

También fue el momento en que arranca la eslavística que aporta la figura de J. Dobrovský (1753-1829), a quien Cerný (1996: 101) considera el fundador del estudio histórico-comparativo de las lenguas eslavas, merced a su *Institutiones linguae slavicae dialecti veteris* (*Fundamentos de antiguo eslavo*) de 1822. Asimismo destaca los cuatro volúmenes publicados entre 1852 y 1875 por F. Miklosicel *Vergleichende Grammatik der slavischen Sprachen* (*Gramática comparada de las lenguas eslavas*).

4.1.4 La singularidad metafórica del comparativismo. Schleicher

August Schleicher (1821-1867) fue un botánico, manifiestamente interesado por el pensamiento darwinista, que solo se dedicó a quehaceres lingüísticos durante los últimos años de su vida. De esa etapa, obviamente la de principal interés para nosotros, cabe mencionar el *Compendium der vergleichenden Gramatik der indogermanischen Sprachen* (*Compendio de gramática comparada de las lenguas indoeuropeas*,

1861-1862),[43] y *Die darwinische Theorie und die Sprachwissenschaft* (*La teoría de Darwin y la Ciencia del Lenguaje*, 1865). En esa producción[44] hay que destacar tres grandes líneas de contribución, quizá un tanto exageradas para el lector actual, pero dato histórico a fin de cuentas y reflejo extremo del comparativismo: su teoría evolutiva, muy influida de darwinismo como por lo demás se evidencia hasta en los mismos títulos de sus obras, los intentos por reconstruir la proto-lengua europea y sus propuestas de clasificación tipológica.

Para Schleicher las lenguas, al igual que los organismos vivos, nacen, crecen, evolucionan, envejecen y, por último, desaparecen. Ese proceso evolutivo se concentra en torno a dos grandes fases: la primera es la evolutiva propiamente dicha, iniciándose en los albores prehistóricos, cuya manifestación lingüística consiste en un estadio aislante similar al chino, para pasar a una fase aglutinante (húngaro) y concluir en formas flexivas. La segunda supone la decadencia y mortandad de las lenguas. De esta manera la lengua se comporta, más que como una creación social, como un ente perfectamente natural, circunstancia que lo invita a incluir la lingüística entre las ciencias de la naturaleza. Ese, en definitiva, es el mecanismo que permite ir generando lenguas a partir de una misma lengua madre común, lenguas que a su vez engendrarán nuevas lenguas y así sucesivamente. Schleicher plasmó sus ideas en las propias lenguas indoeuropeas, en la llamada *Stammbaumtheorie*, un árbol genealógico indoeuropeo que se iba ramificando históricamente hasta alcanzar las lenguas contemporáneas. Cada lengua tenía una lengua materna o *Grundsprache,* caso del latín respecto de las lenguas romances, agrupadas todas ellas a su vez en grandes troncos genealógicos, la *Ursprache,* lengua original, reconstruidos a partir de las lenguas conocidas. De esta manera, el indoeuropeo inicialmente quedaba dividido en dos grandes grupos, el *eslavo-germánico* y el *ario-greco-italo-céltico*. El primero se subdividía en un grupo *germánico* y otro

43. Era frecuente entre los autores alemanes de la época apelar al término «indogermanischen» –lit. «indogermánicas»– para referirse a lo que actualmente denominamos «indoeuropeo», que es el criterio que sigo para la traducción del título de la obra de Schleicher. Bopp constituye la excepción a esa regla, consciente de que las similitudes del sánscrito con las lenguas europeas van más allá de los dominios de la germanística.

44. A la que habría que agregar *Die Sprachen Europas in sustematischer Übersicht* (*Las lenguas de Europa en perspectiva sitemática*, 1850) y *Über die Bedeutung der Sprache für die Naturgesischte des Menschen* (*Sobre la importancia del lenguaje para historia natural de los hombres*, 1865).

eslavo-letón, en tanto que para el segundo reservó dos grandes ramas lingüísticas, el grupo *greco-italo-céltico* y el *ario.* Continuando con este procedimiento llegaba a las lenguas y dialectos particulares.

El grueso de su actividad más descriptiva, empero, se desarrolló en ese intento por reconstruir los orígenes del indoeuropeo al que he hecho referencia. Schleicher mostró una extraordinaria y meticulosa sistematicidad, por momentos incluso superior a la manifestada por Bopp y Grimm (Luque y Manjón Pozas 1998: 41). Así, delinea procedimientos como el que recoge el siguiente cuadro:

Objetivo	Manifestaciones
Determinar un concepto y buscar todas las palabras equivalente al mismo en las lenguas indoeuropeas	«caballo» = sánscr: as^{v}vas, gr: hippos, lat: equus, írán: aspa
Analizar las diferencias entre sonidos y grupos	sánscr y lat.
Determinar la forma más antigua, fundándose para ello en regularidades de la evolución fonética	En este caso kw
A la vista de los resultados parciales, reconstruir la forma más arcaica posible	*akwas[45]

Cuadro 14.

Su contribución tipológica procede fundamentalmente del artículo titulado «Zur Morphologie der Sprache» («Sobre la morfología del lenguaje», 1859). Su sistema tipológico, claramente inspirado en A. von Schlegel, introducía sin embargo la novedad de combinar dos criterios: el significado (raíz, contenido) y la relación (forma). De ese modo, las lenguas aislantes indicarían el significado mediante sonidos y la relación mediante el orden de palabras; en tanto que las aglutinantes expresarían a través de sonidos la relación y el significado, siendo la raíz invariable en todo caso. Las lenguas flexivas, por su parte, tendrían la capacidad de fundir significado y relación en una unidad mayor, ya que la raíz puede sufrir modificaciones internas o recibir afijos que pongan de manifiesto la relación.

Es cierto que Schleicher ha sido uno de los gramáticos histórico-comparativistas más criticados, cuando no el que más promovió el ensañamiento académico por parte de los lingüistas inmediatamente posteriores (Aarslef, 1982: 294-299). Pero ya he avanzado que, a pesar de sus manifiestas extralimitaciones, en primer lugar es un documento más que

45. El asterisco corresponde a la propia notación de Schleicher que recurría a ella para señalar las formas así obtenidas mediante este procedimiento.

explícito de la penetración del paradigma de las ciencias naturales en el pensamiento lingüístico. Por otra parte, sus excesos no siempre lo llevan a errar el camino. También he apuntado que estableció una metodología de análisis lingüístico muy sistemática, centrada en las lenguas vivas, siendo en este sentido un tanto precursor a la lingüística del siglo xx. Además, en su intento de clasificación tipológica de las lenguas destacan dos hechos importantes: el trabajo mediante el análisis de la estructura de la palabra, desconocido hasta entonces, y la utilización de procedimientos cuasi-algorítmicos para llevar a cabo esa descripción, abriendo para estos autores una senda que más tarde seguirían tipólogos rusos como Uspenski o, entre otros, Kibrik (Luque y Manjón Pozas 1998: 4243).

4.2 Una aportación distinta y, para algunos, excepcional: Von Humboldt

En la actualidad ha vuelto a cobrar relieve la contribución teórica de W. von Humboldt (1767-1855), sobre todo gracias a la lectura que de ella han hecho los generativistas. Von Humboldt ha sido considerado una figura al margen de la lingüística del xix, aunque como suele suceder, casi nadie está radicalmente al margen de su contexto histórico, aunque sea en la más recóndito manifestación del mismo. Desde luego, socialmente al menos, parece que por el contrario deberíamos considerar a W. von Humboldt como una de las figuras centrales de la Alemania moderna. Estadista y diplomático de relieve, tuvo una prolífica y diversificada obra que, amén de la lingüística, abarcó también la literatura, la teoría política y la educación. Tanto es así que actualmente se le considera uno de los grandes reformadores del sistema educativo alemán. Entre otras cosas, contribuyó decisivamente al nacimiento en 1810 de la Universidad de Berlín que, por cierto, hoy lleva su nombre.

La excepcionalidad con la que es juzgado por los historiadores de la lingüística se circunscribe única y exclusivamente a nuestro campo disciplinar. Esta directa y evidentemente motivada por la originalidad de algunos de sus planteamientos, así como por su carácter pionero en relación a las corrientes estructuralista y generativista del siglo xx.

Von Humboldt se desenvuelve en un ámbito de intereses claramente generalistas y universales. Sus afanes apuntaron hacia el lenguaje humano, hacia principios que puedan ilustrar cómo funcionan todas las lenguas y, por momentos, aclararnos qué relaciones hay entre ellas. Considera la lengua como el gran transcriptor del pensa-

miento pero, a la vez, subraya sus vínculos con la cultura. De manera que, en última instancia, estaremos ante conceptos recurrentes y mutuamente implicados. Si ello es así, constatada la diferencia entre los pueblos, deberemos de concluir una jerarquía de lenguas en función del grado de complejidad mental de cada comunidad humana. Todas las lenguas, piensa Humboldt, disponen de recursos que les permiten exteriorizar relaciones gramaticales de persona, tiempo, caso, etc., aunque no todas cuentan con el mismo número y tipo de formas gramaticales y, por consiguiente, no todas habilitan para acometer con la misma profundidad las funciones del pensamiento humano. Humboldt concibe el lenguaje en términos evolutivos, siguiendo una progresión que iría, desde una fase analítica (propia de lenguas aislantes como el chino), hasta otra sintética que culminaría la evolución lingüística en lenguas flexivas (como el alemán). Estas últimas se corresponderían con estadios de mayor perfección en el pensamiento, la cultura y, en definitiva, la humanidad misma, siendo además las únicas capaces de producir pensamiento abstracto.

Humboldt entiende que la lengua es un sistema cohesionado gracias a la analogía que relaciona todos sus componentes. Pero ese sistema, y aquí radica su interés para los generativistas, no es un *ergon*, un producto, sino *enérgeia*, una productividad; es decir, la lengua posee una capacidad que le permite contar con número infinito de posibilidades de realización. No podía ser de otra forma: el mecanismo del pensamiento es inagotable y, por lo tanto, el lenguaje, en tanto que creador y manifestación de aquél, tendrá las mismas características.

4.3 Los neogramáticos

Con todo, el hecho más relevante en el panorama lingüístico de la segunda mitad del XIX es la aparición de los neogramáticos *Junggrammatiker*,[46] grupo de lingüistas prioritariamente concentrados en torno a la Universidad de Leipzig entre los que destacaron A. Leskien, K. Brugmann, H. Osthoff y H. Paul. Los neogramáticos

46. Cuya traducción al español, obviamente, sería la de «Jóvenes gramáticos», por lo demás en lógica contraposición a los «gramáticos» establecidos en aquel tiempo, esto es, los histórico-comparativos. El término «gramática», entre otras cosas, designaba al modelo histórico-comparativo y, por consiguiente, estaba dotado de un contenido muy diferente al actual. Ignoro las razones que condujeron a esa traducción, ya clásica en el contexto hispánico, que mantengo, como se puede comprobar, sin excesivo convencimiento.

reaccionan contra el concepto de ley fonética empleado por los comparativistas al que achacan la admisión de excepciones. El principal inconveniente de las excepciones radicaba fundamentalmente en la fase del proceso científico en el que aparecían. Inicialmente las excepciones no suponían contradicción científica alguna, pero no así en un estado avanzado de desarrollo disciplinar. Como recuerda S. Serrano (1983: 53) la relación conformidad/excepción es asimétrica, de manera que si un hecho conforme no prueba una ley, una excepción refuta su carácter universal. Por lo tanto, la actitud de los neogramáticos en este punto es una exigencia surgida de la propia dinámica científica que, entre otras consecuencias, permitirá una mayor sistematización de las leyes lingüísticas. Brugmann y Osthoff se pronuncian contundentemente al respecto: la ley fonética era ciega y carecía de excepciones, cualquier excepción lo era solo en apariencia, ya que admitía una explicación basada en la analogía como factor desencadenante del cambio. Para los neogramáticos atenerse a las leyes fonéticas concebidas en estos términos constituía la única solución científicamente válida; lo contrario, abandonarse al subjetivismo y a la arbitrariedad. Dicho en términos de Leskien, aceptar hechos contingentes equivale a admitir la incapacidad para el reconocimiento y el tratamiento científico de un objeto de estudio dado, el lenguaje en esta ocasión.

Lo cierto es que los neogramáticos superaron bastantes de las limitaciones del método histórico-comparativo. Excepciones a la «regla de Grimm», como la del clásico y citadísimo ejemplo del gótico *fádar* <sans. *pitá*, en contra del cambio esperable /*t*/>/*b*/, eran explicadas por Verner con una nueva «ley» más completa y precisa. Los sonidos indoeuropeos *p, t, b* se convertían en fricativas sordas (*f, b, h)* en gótico únicamente si la sílaba anterior era tónica. En caso de que fuera átona, aparecía la correspondiente fricativa sonora.

Sin duda la aportación de los neogramáticos es decisiva para entender el desarrollo de la lingüística contemporánea. La analogía, tal y como fue propuesta por los neogramáticos, implicaba la inclusión de cualquier elemento lingüístico dentro de un conjunto más amplio y, por lo tanto, dejaba el paso franco para el inmediato desarrollo del concepto de sistema lingüístico. Por otra parte, la convicción de que todos los cambios que acontecen en el lenguaje tienen su origen en la vida de los hablantes los conducía necesariamente hacia el presente lingüístico, superando así el predominio exclusivo de la perspectiva diacrónica que había sido característico de la etapa comparativista. Las lenguas no serán ya sólo organismos naturales que

nacen, crecen y mueren, sino que forman parte, por decirlo de un modo gráfico, del «aquí y ahora». La transcripción científica de esta nueva perspectiva es un creciente interés por las llamadas «hablas vivas», superando de esa manera la limitación imperante hasta ese momento de ceñirse para el estudio del lenguaje únicamente a las fuentes escritas. Ello tendría dos consecuencias inmediatas de gran transcendencia. Por una parte, la fonética descriptiva recibirá un espaldarazo definitivo dentro del organigrama epistemológico de la lingüística. Tras los neogramáticos estamos en la antesala de abandonar la costumbre de referirnos a las letras en lugar de a los sonidos, aunque en el desarrollo de la moderna fonética concurren más factores con influencia decisiva y, naturalmente, aunque haya de esperarse hasta Troubezkoi para su formulación teórica definitiva. Por otra parte, desde el Romanticismo se había acentuado el interés por lo que, *grosso modo*, se había llamado la «lengua del pueblo». Desde el momento en que aparecen los neogramáticos, el estudio de los dialectos adquiere la suficiente entidad científica dentro de la lingüística como para plantear su análisis sistemático.

Bibliografía

Aarsleff, H.

———1970. «The History of Linguistics and Professor Chomsky» en *Language*, 46: 570-585.

———1974. «The Problem of the Origin of Language in the Eighteenth Century and de Debate in the Berlin Academy before Herder», en D. Hymes, ed. 1974: 93-156.

———1975. «The Eighteenth Century», en T.A. Sebeok, ed. 1975: 383-480.

———1977. «Guillaume de Humboldt et la pensée linguistique des idéologues», en A. Joly y J. Stéfanini, eds. 1977: 217-241.

Abad, F.

———1976. *Historia de la lingüística como historia de la ciencia*. Valencia: F. Torres.

———1983. «La Historia de la Lingüística como disciplina», en *Presentación de la lingüística contemporánea y otros estudios*. Málaga: UNED, 25-43.

Alonso, A.

———1949. «Examen de las noticias de Nebrija sobre la antigua pronunciación española», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 3: 1-82.

Alvar, M.

———1969. *Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual*. Madrid: Gredos.

Anónimo, L.

———1955/1966. *Vtil y breve institution para aprender los principios y fundamentos de la lengua hespañola*. Edic. facsímil con estudio de A. Roldán. Madrid: CSIC, 1966.

Apolonio, D.

———*Sintaxis*. Edic. de G. Uhlig 1983. *Grammatici Graeci*. Hildesheim: G. Olms, 1965 reimpresión, vol. II, iiiii, 1497. Traducción española de V. Bécares. Madrid: Gredos, 1987.

Arens, H.

———1969b. *La lingüística: sus textos y su evolución desde la Antigüedad hasta nuestros días. 2 vols*. Madrid: Gredos, 1976.

Aristóteles.

———*De interpretatione*. Edic. de H.P. Cooke y H. Tredemick. Londres: Heinemann, 1975.

———*The Poetics*. Edic. de W. Hamilton Fyfe. Londres: Heineman, 1975.
Arlotto, A.
———1972. *Introduction to historical linguistics*. Boston: Hougton Mifflin.
Arnauld, A. y Lancelot, C.
———1660. *Grammaire gènèrale et raisonèe*. Edic. facsímil en Menston, The Scolar Press, 1968. Trad. castellana de R. Morillo-Velarde, Madrid: S.G.E.L., 1980.
———1662. ----y Nicole, P. *La logique ou l'art de penser*. París: Flammarion, 1970.
Auroux, S.
———1973. *L'Encyclopédie «grammaire» et «langue» au XVIIIe siècle*. París: Maison Mame.
———1979. *La Sémiotique des Encyclopédistes.* París: Payot.
———1980. «L'histoire de la linguistique», en *Langue Francaise*, 48: 7-15.
———1982a. «Empirisme et Théorie linguistique chez Condillac», en J. Sgard, ed. *Condillac et les Problémes du Langage.* Ginebra: Slatkine, 117-219.
———1982b. *L'llluminismo Francese e la Tradizione Lógica di Port-Royal.* Bolonia: Cleup.
———1983. «General Grammar and Universal Grammar in Enligtenment France», en *General Linguistics,* 23/1: 1-18.
———1984a. «Du nom au verbe: la grammaire genérale de Port-Royal á Destutt de Tracy», en *Modeles Linguistiques,* VI-I: 11-21.
———1984b, ed. *Materiaux pour une histoire des théories linguistiques*. Lille: Pres. Univ. de Lille.
———1985-1986. «La teoría de los tiempos en la gramática general francesa Beauzée y Destutt de Tracy», en *Estudios de Lingüística de la Universidad de Alicante*, 3: 287-312.
———1990, ed. *Histoire des idées linguistiques.* Lieja/Bruselas: Mardaga.
Authier, M.
———1989a. «Arquímedes: el canon del sabio», en Serres, ed. 1989: 119-151.
———1989b. «La refracción y el olvido cartesiano», en Serres, ed. 1989: 287-313.
Bahner, W.
———1956. *La lingüística española del Siglo de Oro*. Madrid: Ciencia Nueva, 1966.
———1997. «Geschichtsbewußtsein und Sprachgeschichte im *Siglo de Oro*. Zur Spezifik spanischer Sprachbetrachtung», en Lieber, M. e Hirdt, W., eds. *Kunst und Kommunikation*. Betrachtungen zum Medium Sprache in der Romania. Festschrift zum 60. Geburtstag von Richard Baum. Tubinga: B. Narr, 13-24.
Balbín, R. de y Roldán, A.
———1966. «Estudio preliminar» a la edc. del Anónimo de Lovaina, XIIILX.
Baldelli, I.
———1965. «Sulla teoria linguistica di Dante», en *Dante nella critica d'oggi*. Roma: Editori Reuniti, 705-713.

Baratin, M.
———1982. «L'identité de la pensée et de la parole dans l'Ancien Stoïcisme», en *Langages*, 65: 9-21.
———1981. ---- y Desbordes, F. *L'anlyse linguistique dans l'antiquité classique 1. Les Théories*. París: Klincksieck.
———1986. «La troisième partie de l'Ars Grammatica», en *Historiographia Linguistica*, XIII, 23: 215-241.
Barros, C.
———2002. «Manifiesto de historia a debate» en *Manuscrits*, 20:. 215-226.
Bartlett, B. E.
———1975. *Beauzée's Grammaire Genérale – Theory and Methodoloy.* La Haya: Mouton.
Battaglia, G.
———1963. *Le teorie linguistiche del Settecento*. Nápoles: Liguori.
Baum, R.
———1982. «La Grammaire Idéologique et sa place dans la grammaire philosophique», en *Historie Epistémologie Langage,* 4-1: 22-23.
Beauzée, N.
———1767. *Grammaire Genérale.* París: Barbou.
———1782-1786.---- y Marmontel. *Encyclopédie Méthodique – Grammaire et*
———*Belles Lettres,* 3 vol. París: Panckoucke.
Benedict, R.F.
———1939. «Edward Sapir», en *American anthropologist*, 41: 465-477.
Benedini, P.
———1988. «La teoria sinttatica di Modisti: attualitá dei concetti di reggenza e dipendenza», en *Lingua e Stile*, 23, 1: 113-135.
Bertelli, S.
———1976. «L''egemonia linguistica come egemonia culturale», en *Bibliothéque d'humanisme et renaissance,* 38: 249-281.
Beuchot, M.
———1961. *La filosofía del lenguaje en la Edad Media*. México: UNAM.
Bloonflied, L.
———1931. *El lenguaje*. Lima: Univ. Nacional de San Marcos, 1964.
Bos, H., Mehrtens, H. y Schneider, I.
———1981. *Social History of Nineteenth Century Mathematics*. Boston: Birkhauer.
Bottéro, J.
———1987. *Mésopotamie: l'Écriture, la Raison et les Dieux*. París: Gallimard.
Branca, S.
———1982. «Destutt lecteur de Beauzée», en *Histoire, Epistémologie, Langage,* 4-1: 45-51.
Breva Claramonte, M.
———1975a. *'Sanctius' Theory of Language: a Contribution to the History of Renaissance Linguistics*. Amsterdam: J. Benjamin.

———1975b. «'Sanctius' *Minerva* of 1562 and the Evolution of his Linguistic Theory», en *Historiographica Linguistica*, II/1: 49-66.
———1987. «El Renacimiento y la teoría gramatical de Pedro Ramus 1515-1572», en P. Bádenas de la Peña et al. *Athlon: satura grammatica in honorem Francisci R. Adrados. vol II*. Madrid: Gredos, pp. 115-122.
Brondal, V.
———1948. *Les parties du discours.* Copenhague: Munksgaard.
Burke, P.
———1993. *Hablar y callar. Funciones socials del lenguaje a través de la historia*. Barcelona: Gedisa, 1996.
Bursill-Hall, G.L.
———1963. «Mediaeval Grammatical Theories», en *Canadian Journal of Linguistics*, 9: 39-54.
———1966. «Aspect of modistic grammar», en *Monograph series on languages and linguistics 17th annual Round Table*. Georgetown Univ. Press, 133-148.
———1971. *Speculative Grammars of the Middle Ages: The Doctrine of «Partes Orationis» of the Modistae*. La Haya: Mouton.
———1974. «Towards a History of Linguistics in the Middle Ages, 1100-1450», en D. Hymes, ed. 1974: 77-92.
———1975. «The Middle Ages», en T.A. Sebeok, ed. 1975: 179-230.
———1976. «Some Notes on the Grammatical Theory of Boethius of Dacia», en H. Parret, ed. 1976: 164-188.
———1977. «Teaching Grammars of the Middle Ages: Notes on the Manuscript Tradition», en *Historiographia Linguistica*, IV, 1: 1-30.
———1981. «Mediaeval Donatus Commentaris», en *Historiographia Linguistica*, VII, 1: 69-98.
———1971 –––– y Leslie, G. «The History of Linguistics», en *Canadian Journal of Linguistics*, 15: 143-150
Calero, M.L.
———1985. «La 'Gramática razonada' de Matías Salleras», en *Alfinge*, 3: 7-19.
———1986. *Historia de la gramática española 1847-1920. De A. Bello a R. Lenz*. Madrid: Gredos.
———1989. «La concepción del lenguaje en la tradición gramatical española 1847-1920», en K. D. Dutz, ed. 1989. *Speculum historiographie linguisticae*. Munster: Nodus, 139-161.
Campos Daroca, J.
———1996. «Las ideas lingüísticas de Platón», en J. D. Luque, ed. *Actas de las I Jornadas sobre historiografía lingüística*. Granada: Asociación Andaluza de Lingüística General.
Cardona, G.
———1965. «On Panini's morphophonemic principles», en *Languague*, 41: 225-237.
———1976. *Panini: A Survey of Research*. La Haya: Mouton.

———1981. *Antropologia della cultura*. Turín: Loescher.
———1985c. «Dall'oralità alla scrittura: la formazione di una lingua standard», en A. Moreschini, ed. 1985. *La formazione di una lingua letteraria. Atti del Convegno della Società Italiana di Glottodidatica*. Pisa: Giardini, 71-80.
———1986. *Storia universale della scrittura*. Milán: Mondadori.
Caveing, M.
———1982. *Constitution du type mathématique de lídéalité dans la pensée grecque*. Lille: Univ. de Lille.
Cerný, J.
———1996. *Historia de la lingüística*. Cáceres: Universidad de Extremadura, 1998.
Chevalier, J.C.
———1967. «La Grammaire générale de PortRoyal et la critique moderne», en *Langages*, 7: 16-33.
Chomsky, N.
———1966. *Lingüística cartesiana. Un capítulo de la historia del pensamiento racionalista*. Madrid: Gredos, 19-69.
Christmann, H.H.
———1987. «Quelques remarques sur l'histoire de la linguistique», en *Historiography of Linguistics*, XVI, 3: 235-242.
Ciruela, J. J.
———1999. *Historia de la lingüística china*. Tesis Doctoral inédita. Universidad de Granada.
Clerico, G.
———1977. «F. Sanctius: histoire d'une réhabilitation», en Joly y Stéfanini, eds. 1977, 125-144.
Coulmas, F.
———1996. *Writing Systems*. Londres: Blackwell.
Court de Gebelin, A.
———1774. *Grammaire Universelle et Comparative. Monde Primitif.* T. III. París.
Cremona, J.
———1965. «Dante's views on language», en *The mind of Dante* ed. por V. Limentani, Cambridge: Cambridge Univ. Press, 138-162.
———1985. «John Locke: idee sul linguaggio e 'uso civile'», en *Lingua e Stile*, 20, 2: 173-197.
Crombie, A. C.
———1985. *Histoire des sciences de saint Augustin à Galilée*. París: Le Seuil.
Curtius, E. R.
———1948. *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter.* Berna: A. Francke. Traducción española: *Literatura europea y Edad Media latina*. México: Fondo de Cultura Económica, 1955.

Dahan-Dalmedico, A. y J. Peiffer.
———1986. *Une histoire des mathématiques*. París: Le Seuil.
Dampier, W. C.
———1972d. *Historia de la ciencia y sus relaciones con la filosofía y la religión*. Madrid: Tecnos, 1992.
Dante Alighieri.
———*De vulgari eloquentia* en *Tutte le opere*. Milán: U. Mursia, 1965. Trad. castellana en *Obras completas*, Madrid: B.A.C., 747-775.
———*De vulgari eloquentia*. Texto latino y traducción castellana de M. Rovira y M. Gil, Madrid: Universidad Complutense, 1982.
Daumas, M.
———1962-1979, dir. *Histoire générale des techniques*. París: P.U.F.
Delgado León, F.
———1998. «Algunos aspectos de historiografía lingüística», en Calero, Delgado y Osuna, eds. *Estudios de Lingüística General*. Córdoba: Universidad de Córdoba, 5-28.
Deshpande, M.M.
———11983. «Panini as a Frontier Grammarian», en *Papers from the Regional Meetings*, 19: 110-116.
Deschner, K.
———1966. *Historia criminal del cristianismo*. Barcelona: Martínez Roca, 1980.
———1972. *Historia criminal del cristianismo*. Edc. Esp. México: Fondo de Cultura Económica.
Di Benedetto, V.
———1958 y 1959. «Dionisio Trace e la 'Techne' a lui atribuita», en *Annali della Scuola Normale Superiore di Pesa*, 27 (1958): 169-210 y 28 (1959): 87-118.
Diderischen, P.
———1974. «The Foundation to Comparative Linguistics: Revolution or Continuation?», en D. Hymes, ed. 1974: 277-306.
Diez, F.
———1836-1844/1874-1876. *Grammaire des langues romanes*. París: A. Frank.
———1853. *Etymologisches Wörterbuch der romanisches Sprachen*. Bonn: A. Marcus.
Dijksterhuis, E. J.
———1987. *Archimedes*. Princenton: Princenton U. P.
Dionisio de Tracia.
———*Téchne Grammatiké*. Edic. de G. Uhlig 1983 en *Grammatici Graeci*, Hildesheim: G. Olms. Trad. inglesa de A. Kemp, 1986, «The Tekhne Grammatike of Dyonisius Thraz: English Translation with Introduction and Notes», en *Historigraphia Linguistica*, XIII, 23, 1986:343-364.
Donato.
———*Ars grammatica De octo partibus orationis ars minor*. Ed. de H. keil 1864. *Grammatici latini*. Leipzig: Teubner, vol. II, 2.

Donnet, D.
———1967. «La place de la siyntaxe dans les traités de grammaire grecque, des origines au XXé siècle», en *L'Antiquité Classique*, 36: 22-48.
Donze, R.
———1967. *La gramática general y razonada de PortRoyal*. Buenos Aires: Eudeba, 1970.
Drake, S.
———1981. *Galileo at Work*. Chicago: Univ. of Chicago Press.
Drioton E. y J. Vandier
———1962. *L'Égypte*. París: P.U.F.
Edgerton, F.
———1946. «Sir William Jones 1746-1794», en T.A. Sebeok, ed. 1946, 118-145.
Egli, U.
———1986. «Stoic Syntax and Semantcis», en *Historiographia Linguistica*, XIII, 23: 281-306.
Elfers-van-Ketel, E.
———1991. *The historiography of grammatical concepts. 19th and 20th-century changes in the subject-predicate conception and the problem of their historical reconstruction*. Amsterdam: Rodopi.
Eramus de Roterdamus, D.
———1511/1569. *De octo orationis partium constructione*. Barcinone: Bornat.
Escalígero, J.C.
———1540. *De causis linguae latinae libri XIII*, en Bibliopolio Commeliniano, 1609.
Ferrater Mora, J.
———1941. *Diccionario de Filosofía*. México: Atalante.
Février, J.G.
———1963. «Les sémites et l'alphabet. Ecritures concrètes et ècritures abstraites», en AA. VV. 1963. *L'ècriture et la psychologie des peuples*. París: A. Colin, 117-129.
Feyerabend, P. K.
———1970. *Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Barcelona: Ariel, 1974.
Fónagi, I.
———1965. «Contribution to the PhyseiThesei debate», en *Omagiu lui Alexandru Rosete*, 251-257.
Fontaine, J.
———1959. *Isidore de Seville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique*. París.
Formigiari, L.
———1970. *Linguistica ed empirismo nel Seicento inglese*. Bari: Laterza.
Fournier, F.
———1979. «Questions sur la grammaire traditionelle. Le profil grec», en *Langue francaise*, 41: 77-104.
Fowler, D. H.
———1987. *The Mathematics of Plato's Academy: a new reconstruction*. Oxford: Claredon Press.

Funke, O.
———1959. «On the sources of John Wilkins», en *English Studies*, 49: 208-214.
Gandillac, M. de
———1966. «Histoire des théories du langage», en *Le langage*, 2: 69-82.
García, C. s
———1960. *Contribución a la historia de los estudios gramaticales: la aportación del Brocense*. Madrid: CSIC.
García Marcos, F. J.
———1996a. «Propuestas para un modelo integral de historiografía lingüística», en J. D. Luque, ed. *Actas de las I Jornadas sobre historiografía lingüística*. Granada: Asociación Andaluza de Lingüística General.
———1996b. «Ampliación epistemológica y metahistoriografía en la sociolingüística actual», en J. D. Luque, ed. *Actas de las I Jornadas sobre historiografía lingüística*. Granada: Asociación Andaluza de Lingüística General.
Gelb, J. J.
———1963[2]. *A Study of Writting*. Chicago: Chicago U. P.
Gillings, R.
———1972. *Mathematics in the Time of the Pharaons*. Boston: MIT Press.
Gillipsie, C. C.
———1970-1980, dir. *Dictionary of Scientif Biography*. Nueva York: Scribners & Sons.
———1980. *Science and Policy in France and the End of Old Regime*. Princenton: Princenton U. P.
Gipper, H. y P. Shmitter.
———1975. «Wilhelm von Humboldt», en T. A. Sebeok, ed. 1975: 532-546.
Godfrey, R.G.
———1966. «The Language Theory of Thomas of Erfurt», en *Studies in Philology*, 57: 22-29.
Grayson, C.
———1965. «Nobilior est vulgaris: latin and vernacular in Dante's Thought», en *Centenary Essays on Dante*. Oxford: Oxford Univ. Press, 54-76.
Greene, J.C.
———1974. «The History of Science and de History of Linguistcs», en D. Hymes, ed. 1974: 487-501.
Grégoire, H.
———1793. *Rapport* en M. Certeau 1975. *Une politique de la langue. La Révolution francaise et les patois: l'enquête de Grégoire*. París: Gallimard, 300-316.
Hamilton, R.
———1953. «Juan de Valdés and some Renaisance Theories of Language», en *Bulletin of Hispanic Studies*, 30: 125-133.
Hammet, I.M.
———1985. «The Early Monboddo Papers and the Genesis of Monboddo's *Of*

the Origen and Progress of Language», en *Bulletin of Hiroshima Jogakium College*, 35: 133-161.
———1986. «Lord Monboddo and the Impact of the French Encyclopaedia on Eighteenth Century Scottissh Philosophy», en *Bulletin of Hiroshima Jogakium College*, 36: 193-215.
———1987. «An Introduction to Lord Monboddo's *Of the Origin and Progress of Language*», en *Bulletin of Hiroshima Jogakium College*, 37: 141-156.
———1988. «The Universal Grammars of James Harris and Lord Monboddo», en *Bulletin of Hiroshima Jogakium College*, 38: 51-80.
Hansen-Love, O.
———1972. *La révolution copernicienne du langage dans l'oeuvre de W. von Humboldt*. París: Vrin.
Harris, J.
———1951/1972. *Hermès ou recherches sur la grammaire universelle*. Edic. de A. Joly. Ginebra: Droz.
Harris, R.
———1986. *The origin of writting*. Londres: Duckworth.
Haugen, E.
———1972b. *First Grammatical Treatise. The Earliest Germanic Phonology*. Londres: Longman.
Hauser, A.
———1951. *Historia social de la literatura y el arte.* Madrid: Guadarrama, 1963.
———1964. *Historia social de la literatura y el arte*. Edc. Esp. Madrid: Guadarrama, 1972.
Hempel, C. G.
———1966. *Filosofía de la Ciencia Natural*. Madrid: Alianza, 1973.
Herder, J.G.
———1772. *Ensayo sobre el origen del lenguaje* en *Obra selecta*. Madrid: Alfaguara, 1982.
Hymes, D., ed.
———1974. *Foundations in Sociolinguistics: An Ethnographic Approach* Filadelfia: Univ of Pennsylvania Press.
Humboldt, W. von
———1821. *Sobre el origen de las formas gramaticales y sobre su influencia en el desarrollo de las ideas*. Barcelona: Anagrama, 1972.
———1836. *Uber die Verschiedenheiten des menschlichen Sprachbaues*. Darmstadt: Claasen an Roether trad. francesa, *Introduction à l'oeuvre sur le Kavi*. París: Du Seuil, 1949.
Hunt, R.W.
———1941-1943. «Studies on Priscian», en *Collected Papers*. Amsterdam: J. Benjamins, 194.
———1950. «Studies in Priscian in the Eleventh and Twelfth Centurires», en *Meadiaeval and Renaisance Estudies*, 12: 1-56.

Iordan, I.
———1967. *Lingüística románica*. Madrid: Alcalá.
Jacobson, R.
———1968. «W. von Humboldt, the linguist», en *Linguistics*, 44: 69-74.
Joly, A.
———1976. «James Harris et la problématique des parties du discours à l'époque classique», en H. Parret, ed. 1976: 413-430.
———1977. «La linguistique cartésienne: un erreur mémorable», en A. Joly y J. Stéfanini 1977: 165-200.
———1977 –----– y J. Stéfanini, eds. *La grammaire générale: des Modistes aux idéologues*. Lille: Publ. de l'Univ. de Lille.
Jones, D.
———1914. *Outline of English Phonetics*. Londres, 1947.
Jones, W.
———1786. «The Third Anniversary Discourse on Hindus», en W.P. Lehmann 1968: 7-20.
Joyaux, J.
———1969. *Le langage, cet inconnu*. París: SGPP.
Juliard, P.N.
———1970. *Philosophes of Language in XVIIIth. Century France*. La Haya: Mouton.
Keil, C.A.
———1855-1880. *Grammatici Latini*. I-VIII. Leipzig: Teubner.
Keiler, A.R.
———1972. *A Reader in NinteenthCentury Historical IndoEuropean Linguistics*. Bloomington: Indiana Univ. Press.
Keith, P.W.
———1975. «The Grammatical Tradition and the Rise of Vernaculars», en T.A. Sebeok, ed. 1975: 231-276.
Kelly, L.G.
———1977. «La grammaire à la fin du moyen âge et les universaux. Essai de bibliographie», en Joly y Stéfanini, eds. 1977: 1-10.
———1979. «Modus Significandi: An Interdisciplinary Concept», en *Historiographia Linguistica*, 6, 2: 159-180.
Kemp, A.
———1972. *John Walli's Grammar of the English Language*. Londres: Arnold.
———1978. «Appollonius Discolus a pioneer of the Western Grammar», en *Work in Progress*, 11. Edimburgo: Department of Linguistics, Univ. of Edinburg.
Kibbe, D.A.
———1985 «John Palgrave's *Les claircissement de la langue francoyse*», en *Historiographia Linguistica*, XII, 12: 27-62.

Kneale, W.
———1966. «Leibniz and the Picture Theory of Language», en *Revue Internationale de Philosophie*, 21: 204-215.
Koerner, E.F.K.
———1978. *Toward a Historiography of Linguistics.* Amsterdam: J. Benjamins.
———1980, ed. *Studies in Mediaeval Thougth*. Amsterdam: J. Benjamins.
———1981. «The Neogrammarian doctrine: Breakthough of Extension of the Schleicherian Paradigm», en *Folia Linguistica Historica*, 2: 157-178.
———1987. «Friedrich Schlegel and the Emergence of Historical-Comparative Grammar», en *Lingua e Stile*, 22, 3: 341-365.
———1995---– y Asher, R. ed. *Concise History of the Language Sciences,* Oxford: Pergamon.
Kramer, S. N.
———1956. *La historia empieza en Sumer.* Barcelona: Orbis. Trad. esp. de Jaime Elías, 1985.
———1963. *The Sumerians: Their History, Culture and Character.* Chicago: Univ. of Chicago Press.
Kretzmann, N.
———1968. «The Main Thesis of Locke's Semantic Theory», en *Philosophical Review*, LXXVII: 175-198.
———1975. «Transformationalism and the PortRoyal Grammar», en J. Rieux, ed. 1975, 176-197.
Kristeller, P. O.
———1956-1996. *Studies in Renaissance thought and letters.* Roma: Edizioni di Storia e Letteratura.
Krivoy, A.
———2002. «Plasmocitona solitario de cabeza». *Gac, Médica de Caracas*, 116/2 143-151.
Kuhn, Th.
———1957. *La revolución copernicana*. Barcelona: Ariel, 1978.
———1987. *¿Qué son las revoluciones científicas? Y otros ensayos*. Barcelona: Paidós/UAB, 1991.
Kukengheim, L.
———1951. *Contributions à l'histoire de la grammaire grecque, latine et hébraïque à l'èpoque de la Renaissance*. Leiden: Brill.
Laborda, X.
———1994. «Paradojas procedimentales y declarativas de la Historiografía», en R. Escavy, J. M. y Hernández Terrés, eds. *Congreso de Historiografía Lingüística. Nebrija, V centenario* (1992). Murcia: Universidad de Murcia, vol. III: 321-334.
———1999. «Notes sobre Historiografia Lingüística. Teoria de la Història com a novel·la verídica», *Homenatge a Jesús Tusón*. Barcelona: Empúries, 161-18.

———2005. «Historiografía Lingüística y visibilidad de la Retórica», en *Revista de Investigación lingüística,* VIII: 85-130.
Lakatos, I.
———1971, ed. *Historia de la Ciencia y sus reconstrucciones racionales*, Madrid: Tecnos, 1993.
Lakoff, R.
———1969. «Review of C. Lancelot and A. Arnault, *Grammaire générale et raisonnée*», en *Language*, 45: 343-367.
———1976. «*La Grammaire générale et raisonnée* ou la Grammaire de PortRoyal», en H. Parret, ed. 1976: 348-373.
Lapesa, R.
———1942. *Historia de la lengua española*. Madrid: Gredos, 1991[9].
Larkin, M.T.
———1971. *Language in the Philosophy of Aristotle*. La Haya: Mouton.
Law, V.
———2005. *The History of Linguistics in Europa from Plato to 1600*. Cambridge: C.U.P.
Le Goff, J.
———1985. *Los intelectuales y la Edad Media*. Madrid: Gedisa, 1986.
Lehman, M. y Malkiel, Y.
———1968. *Directions for historical linguistics: a symposium*. Texas: University Press.
Leibniz, G.W.
———1765. *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*. Madrid: Edit. Nacional, 1977.
Leroy, M.
———1968. «Etymologie et linguistique chez Platon», en *Bulletin de la Classe des Lettres*, 14: 121-152.
———1971[2]. *Les grandes courantes de la linguistique*. Bruselas: Univ. de Bruselas.
Levin, S.
———1983. «The Origins of Grammar in Sophistry», en *General Linguistics*, 23, 1: 41-47.
Linacre, T.
———1512/1555. *Rudimenta gramatices*. Lugduni: S. Gryphius.
Lindberg, D. C.
———1978. *Science in the Middle Ages*. Chicago: Univ. of Chicago.
Liveranni, M.
———1990. «The shape of Neo-Sumerian fields», en *Bulletin on Sumerian Agriculture*, 5: 147-186.
Losee, J.
———1987. *Filosofía de la ciencia e investigación histórica*. Madrid: Alianza, 1989.
Luque, Durán J. D. y F. Manjón Pozas.
———1998. *Introducción a la historia de la tipología lingüística.* Granada: Método.

Malkiel, Y. y M. Lanton
———1969. «History and histories of Linguistics», en *Romance Philology*, 22: 530-574.
Manchester, M.L.
———1982. «Philosophical Motives in W. von Humboldt's Defense of the Inflectional Superiorrity Thesis», en *Historiographia Linguistica*, 9, 12: 107-120.
Marco, V. de
———1957. «La contesa analogiaanomalian» *Rendiconti della Academia di Archiologia*, 32: 129-148.
Marcos Marín, F,
———1990. *Introducción a la Lingüística: Historia y Modelos.* Madrid: Síntesis.
Margueron, J. C.
———1991. *Los mesopotámicos*. Madrid: Cátedra. Trad. esp. de J. L. Rozas López, 1996.
Mateo García, M. V.
———1996. «La recepción de Andrés Bello. Valoración contrastiva», en J. D. Luque, ed. *Actas de las I Jornadas sobre historiografía lingüística*. Granada: Asociación Andaluza de Lingüística General.
Maury, J.P.
———1986. *Galilée, le messager des étoiles*. París: Gallimard.
Meillet, A.
———1928. *Esquisse d'une histoire de la langue latine*. París: Champion.
Menéndez Pidal, R.
———1926. *Orígenes del español*. Madrid: Espasa.
Metcalf, G.J.
———1974. «The IndoEuropean Hypothesis in the Sixteenth and Seventeenth Centuries», en D. Hymes, ed. 1974: 233-257.
MeyerLübke, W.
———1890-1902. *Grammair des langues romanes*. Ginebra: Statkine Reprints, 1974.
———1911-1920. *Romanisches etymologisches Wörterbuch*. Heidelberg.
Michelena, L.
———1975. «El Brocense, hoy», en *Homenaje a A. Rodríguez Moñino*. Madrid: Gredos, 429-442.
Misra, V.N.
———1962. «The Descriptive Techniques of Panini», *en Ianua linguarun*, 24: 50-69.
Mitchell, T. F.
———1975. *Principles of Firthian Linguistics*. Londres: Longman.
Morillo-Velarde, R.
———1980. «Estudio preliminar» a la edc. esp. de Lancelot y Arnauld 1660. *Grammaire générale et raisonée*, 9-31.
Mounin, G.
———1959. «Une ilusion d'optique en historie de la linguistique», en *Travaux de linguistique et de littérature*, 4: 7-13.

———1967. *Historia de la lingüística desde los orígenes al s. XX*. Madrid: Gredos, 1968.
———1968b. *Claves para la lingüística*. Barcelona: Anagrama, 1969.
———1972. *La lingüística del siglo XX*. Madrid: Gredos, 1976.
Nasar, S. H.
———1979. *Science et Savoir en Islam*. París: Sindbad.
Nebrija, E.A. de
———1481. *Introductiones in latina gramaticen*. Barcinone: J. Rosembach, 15-23.
———1492. *Gramática castellana*. Edic. de A. Quilis, Madrid: Edit. Nacional, 1980.
———1517. *Reglas de ortografía en la lengua castellana*. Ed. de A. Quilis, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1977.
Niederehe, H.J.
———1975. *Alfonso X el Sabio y la lingüística de su tiempo*. Madrid: SGEL, 1985.
Núñez González, J.M.
———1987. «La descripción de los casos latinos por el Brocense: sus presupuestos teóricos», en *Minerva*, I: 153-167.
Padley, G.A.
———1976. *Grammatical Theory in Western Europe 1500-1700: The Latin Tradition*. Cambridge: Cambridge Univ. Press.
Pagliaro, A.
———1947. «La dottrina linguistica di Dante», en *Quaderni di Roma*, 8: 1485-1501.
———1954. «Il capitolo linguistico della *Poetica* di Aristotele», en *Ricerche Linguistiche*, 3: 1-55.
Palmer, L.R.
———1972. *Introducción crítica a la lingüística descriptiva y comparada*. Madrid: Gredos, 1975.
Pandit, M.D.
———1963. «Some linguistic principles in Panini's Grammar», en *Ianua linguarum*, 24: 50-69.
Pariente, J.C.
———1985. *L'analyse du langage à PortRoyal*. París: Minuit.
Parret, H.
———1976, ed. *History of Linguistic Thought and Contemporany Linguistics*. Berlín: De Gruyter.
Partington, J. R.
———1964. *History of Chemistry. IV vols.* Londres: McMillan.
Paul, J.
———1973. *Histoire intellectuelle de l'Occident médiéval*. París: A. Colin.
Pedersen, H.
———1959. *The Discovery of Language*. Cambridge Mass.: Harvard Univ. Press, 1962

Percival, W.K.
———1968. «Nineteenth Century Origins of Twentieth Century Structuralism», en *Papers from the Fourth Regional Meeting*. Chicago: Chicago Lin. Society, 416-420.
———1976a. «Deep and Surface Structure Concepts in Renaissance and Mediaeval Syntactic Theory», en Parret, ed. 1976: 238-252.
———1976b. «The Applicability of Kuhn's Paradigms to the History of Linguistics», en *Language*, 52: 285-294.
———1976. «The Notion of Usage in Vaugelas and in the PortRoyal Grammar», en H. Parret, ed. 1976: 374-382.
Pisani, V.
———1946. «M. Bartoli e la linguistica spaziale», en *Paideia*, 1: 95-108.
Platón.
———*Cratilo*. Ed. esp. de J.L. Calvo en Platón. *Diálogos*. Madrid: Gredos, 1983, vol. II, 339461.
Ponzio, A.
———1973. *Produzione linguistica e ideologia sociale*. Bari: De Donato.
———1974. *Filosofia del linguaggio e prassi sociale*. Lecce: Milella.
———1976. «Gramatica transformacional e ideología política», en AA. VV. 1976. *Lingüística y sociedad*. Madrid: Siglo XXI, 83-181.
Porset, Ch.
———1977. «'Grammatista philosophans'. Les sciences du langage de PortRoyal aux idéologues 1660-1818. Bibliographie» en A. Joly y J. Stefanini, eds. 1977: 11-96.
Postgate, J. N.
———1992. *La Mesopotamia arcaica. Sociedad y economía en el amanecer de la historia.* Madrid: Akal., Trad. esp. de Carlos Pérez Suárez, 1999.
Powell, M.
———1981. «Three problems in the history of cuneiform writin: origin, direction os script, literacy», en *Visible Language*, 15/4: 419-440.
Prisciano.
———*Instituiones grammaticae*. Edic. de H. Keil *Grammatici latini*. Lepizig: Teubner, vols. I: 18-55 y II: 18-59.
Radford, A.
———1988. *Transformational Grammar. A First Course*. Cambridge: Cambridge Univ. Press.
Rastier, F.
———1967. «Los estudios fonológicos de Jakobson», en Haudricourt et al. 1969. *Estructuralismo y lingüística*. Buenos Aires: Nueva Visión, 139-161.
Redwood, J.
———1977. *European Science in the Seventeenth Century*. Londres: David & Charles.
Reynolds, A.
———1971. «What *did* Otto Jespersen say?», en *Papers from the Seventh Regional Meeting*. Chicago: Chicago Ling. Society, 519-529.

Riebel, J.
———1980. *Histoire et dictionnaire du temps des Lumières*. París: Laffont.
Rieux, J.
———1975. *The Port-Royal Grammar*. La Haya: Mouton.
Robins, R.H.
———1967. *Breve historia de la lingüística*. Madrid: Paraninfo, 1974.
Roldán, A.
———1977. «Estudio introductorio», en la edic. del Anónimo de Lovaina. 1555. *Vtil y breve institution para aprender los principios y fundamentos de la lengua hespañola*. Madrid: CSIC, 1977: I-XCl.
Romeo, L.
———1971. «Historiography of Linguistics and Rome's Scholarship», en *Language Sciences*, 17: 23-44.
Ronan, C.
———1983. *The Cambridge Illustrated History of the World's Science*. Twickenham: Newnes.
Rooryck, J.
———1986. «Méthode, grammaire et théorie des signes au 17ème siècle», en *Semiotica*, 6, 3/4: 343-350.
Rosier, I.
———1982. «La téorie médiévale des modes de signifier», en *Langages*, 65: 117-128.
———1983. *La grammaire spéculative des modistes*. Lille: Presses Univ. de Lille.
Ruwet, N.
———1967. *Introduction à la grammaire générative*. París: Plon.
Sainte Fare, J.
———1961. «L'état présent des études linguistiques relatives à l'egyptien ancien», en *Mélanges Maspéro*, IV: 99-107.
———1963. «Les hiéroglyphes, l'évolution de écritures éguyptiennes antiques», en AA. VV. 1963 *L'écriture et la psychologie des peuples*. París: A. Colin, 51-71.
Salmon, V.
———1966. «Language Planning in SeventeenthCentury England», en *In Memory of J.R. Firth*. Londres: 370-397.
———1967. «Review of *Cartesian Linguistics*», en *Journal of Linguistics*, 56: 165-187.
———1974. «John Wilkins. Essay 1668: Critics and Continuator», en *Historiographia Linguistica*, I, 2: 147-164.
———1979. *The Study of Language in 17th. Centure England*. Amsterdam: J. Benjamins.
Salus, P.H.
———1969. *On Language. Plato to von Humboldt*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.
———1971. «The Modistae as ProtoGenerativists», en *Papers from the VIIth Regional Meating*. Chicago: Chicago Ling. Society, VII: 530-534.

Sampson, G.
———1980. *Schools of Linguistics. Competition and Evolution*. Londres: Hutchinson.
San Agustín.
———*De doctrina christiana* en *Oeuvres de St. Agustin*. París: Bibl. Agustinienne, 1949.
Sánchez de las Brozas, F.
———1562. *Minerva, seu de latinae linguae causis et elegantia*. Edic. del Estal. Salamanca: Univ. de Salamanca, 1975. Trad. castellana de F. Riveras Cárdenas. Madrid: Cátedra, 1976.
San Isidoro.
———*Isidori Hispalensis Episcopi Etymologiarium sive originum libri XX*, edic. de W.M. Lindsay. Oxford: Oxford Univ. Press, 1911.
Schlegel, F.
———1808. *Ueber die Sprache und Weisheit der Indier*. Heidelberg trad. francesa, *De la langue et de la philosophie des Indiens*. Ginebra: Mauguet.
Schleicher, A.
———1861. *Compendium der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen*. Weimar.
Sebeok, Th. A.
———1963-1975, ed. *Current Trends in Linguistics. Vol.14*. La Haya: Mouton.
———1966, ed. *Portraits of Linguistics*. Bloomington: Indiana Univ. Press.
———1975, ed. *Historiography of Linguistics*. La Haya: Mouton.
Seigel, J.P.
———1980. «The Perceptible and the Imperceptible: Diderot's speculations on language in his Letters on the Deaf and Blind», en Rieber, ed. 1980: 91-102.
Serrano, S.
———1983. *La lingüística: su historia y su desarrollo*. Barcelona: Montesinos.
Serres, M.
———1989, dir. *Historia de las ciencias*. Madrid: Cátedra, 1991.
Sextus Empiricus.
———*Against the Logicians*. Edic. de R.G. Bury. Londres: Heinemaan, 1949.
Simone, R.
———1975. «Théorie linguistique et l'histoire de la lingüustique», en *Historiographica Linguistica*, II, 3: 353-379.
Staal, J.F.
———1965. «Context sensitive rules en Panini», en *Foundations of Language*, 1: 65-72.
———1969. «A method of linguistic description: the order of consonants accodering to Panini», en *Languages*, 38: 499-531.
———1972, ed. *A reader on the Sanskrit grammarians*. Cambridge, Mas.: Cambridge Univ. Press.
Stéfanini, J.
———1976. «Jules César Scalige et son *De causis linguae latinae*», en Parret, ed. 1976:. 317-330.

———1977. «De la grammaire aristotélicienne», en Joly y Stéfanini, eds. 1977: 97-105.
Stengers, I.
———1989a. «Los episodios galileanos», en Serres, ed. 1989: 255-287.
———1989b. «La afinidad ambigua: el sueño newtoniano de la química del siglo xviii», en Serres, ed. 1989: 337-363.
Stiker, H.J.
———1972. «Une théorie linguistique au Moyen Age: l'école modiste», en *Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques*, 56: 585-616.
Swiggers, P.
1979. «L'Encyclopédie et la linguistique au XVIIIe siècle», en *Lingvisticea investigationes*, 3, 2: 383-396.
———1980. «Histoire et historiographie de la linguistique», en *Semiotica*, 31, 12: 107-137.
———1981a. «The HistoryWriting of Linguistics: A Methodological Note», en *General Llinguistics*, 21, 1: 11-16.
———1981b. «Comment ècrire l'histoire de la linguistique?», en *Lingua*, 55: 63-74.
———1982. «A propos d'une opposition fondamentale dans l'historiographie de la linguistique», en *Folia Linguistica Historica*, 3, 2: 239-246.
———1983a. «Les 'Parties du discours' dans la grammaire française au dix-huitième siècle», en *Revue Roumaine de Linguistique*, 28, 2: 153-163.
———1983b. «Qu'estce qu'une théoire en linguistique?», en *Modèles linguistiques*, V/1: 3-17.
———1984. «Les conceptions linguistiques des Encyclopédistes. Etude sur la constitution d'une théorie de la grammaire au Siècle des Lumières», en *Sammlung Gross*, 21: 11-65.
———1985. «La définition des parties du discours chez Beauzée», en *Lingua Posnaniesis*, 27: 51-61.
———1986. «La linguistique foctionelle du Cercle de Prague», en *Philologica Praguensia*, 29, 2: 76-82.
Szemerény, O.
———1972. «Comparative Linguistics», en *Current Trends in Linguistics. Vol. 9*. La Haya: Mouton, 119-195.
Tagliavini, C.
———1963. *Storia della linguistica*. Bolonia: Patron.
Tavoni, M.
———1982. «The 15th Century Controversy on the Language Spoken by Ancient Romans: An Inquiry into italian humanist concepts of 'latin', 'grammar' and 'vernacular'», en *Historiograhia Linguistica*, IX, 3: 237-264.
Taylor, D.J.
———1974. *Declinatio, a Study of the Linguistic Theory of M.T. Varro*. Amsterdam: J. Benjamins.
———1986. «Rethinking the History of Language Science in Classical Antiquity», en *Historiography of Linguistics*, XIII, 1: 175-190.

———1987, ed. *The history of linguistics in the classical period*. Amsterdam: J. Benjamins.
———1989. «Philology, Linguistic Theory and the Prehistory of Varro's 'De Lingua Latina'», en K.D. Dutz, ed. 1989. *Speculum historiographie linguisticae*. Munster: Nodus, 71-76.
Terracini, B.
———1957. «Natura ed origine del linguaggio umano nel 'De vulgari eloquentia'», en *Pagine ed appunti di linguistica storica*. Florencia, 237-246.
———1964. «Tradizione illustre e lingua literaria nella Spagna del Rinascimento», en *Studi di Letteratura Spagnola*, vol. I, Roma: E. Reuniti, 61-98.
Thomas de Erfurt.
———*De modis significandi sive grammatica speculativa*. Londres: Longmans, 1972.
Thomsen, M.L.
———2001. *The Sumerian Language: An Introduction to Its History and Grammatical Structure.*
Thomsen, W.
———1902. *Historia de la lingüística*. Madrid: Labor, 1945.
Trujillo, R.
———1988. *Gramática de la lengua castellana*, de Andrés Bello. *Notas a la gramática de la lengua castellana* de don Andrés Bello, de Rufino José Cuervo. *Estudio crítico y edición* de Ramón Trujillo. Madrid: Arco/ Libros.
Tusón, J.
———1980. *Teorías gramaticales y análisis sintáctico*. Barcelona: Teide.
———1982a. *Aproximación a la Historia de la Lingüística*. Barcelona: Teide.
———1986. *El luxe del llenguatje*. Barcelona: Empúries.
———1987. «L'irracionalisme lingüístic de la raó illustrada», en *Límits*, 2: 17-30.
———1997. *La escritura. Una introducción a la cultura alfabética.* Barcelona: Octaedro.
Urrutia, H.
———1982. «Concepción de la normatividad en la obra de Andrés Bello», en *Letras de Deusto*, 12, 23: 5-38.
Valdés, J.
———1535. *Diálogo de la lengua*. Edic. de J.F. Montesinos. Madrid: Espasa-Calpe, 1964.
Valla, L.
———1440. *De linguae latinae elegantia librisex*. Lugduni: S. Gryphius, 15-35.
Valverde, J.M.
———1955. *Guillermo de Humboldt y la filosofía del lenguaje*. Madrid: Gredos.
Varrón, M.T.
———*De lingua latina*. Edic. de R.G. Kent. Londres: Heinemann, 1967.
Várvaro, A.
———1968. *Stori, problemi e metodi della linguistica romanza*. Nápoles: Lignori.

Vennemann, T. y T.H. Wilbur.
———1972. *Schuchardt the Neogrammarians and the Transformatinal Theory of Phonological Change*. Frankfurt: Atenäum.
Wilkins, J.
———1668. *An Essay towards a Real Character and Philosophical Language*. Edic. facsímil en Menston: The Scolar Press, 1968.
Zamora, A.
———1960. *Manual de dialectología española*. Madrid: Gredos.

Índice

Palabras previas 7

Introducción 15
Lingüística, historia e historiografía científicas 15

1. La Antigüedad 29
1.1 Mesopotamia arcaica 29
1.1.1 La sociedad mesopotámica 29
1.1.2 El saber científico mesopotámico 30
1.1.3 La escritura mesopotámica 31
1.1.3.1 Posibles causas 31
1.1.3.2 La evolución de la escritura mesopotámica 34
1.1.3.2.1 Fase 1. Pictografía 35
1.1.3.2.2 Fase 2. La traslación ideográfica 37
1.3.2.3 Fase 3. Rotación de los signos y simplificación del sistema 39
1.1.3.3 El recorrido social de la escritura en la antigua Mesopotamia 40
1.1.4 El sistema escolar mesopotámico y las enseñanzas lingüísticas 41
1.1.5 Facultades lingüísticas y cosmogonía mesopotámica 43
1.2 Egipto 44
1.2.1 Cultura, sociedad y ciencia en el antiguo Egipto 44
1.2.2 La escritura 44
1.2.3 Las cuestiones lingüísticas en la teogonía egipcia 49
1.3 Israel 50
1.4 La India 54
1.5 La lingüística en la antigua China 58
1.5.1 Laozi (580-500 a. C.) 60
1.5.2 Confucio (551-479 a. C.) 61
1.5.3 Zhuangzi (369-290 a. C.) 62
I.5.4 Xun Kuang 63
1.5.5 Los autores moístas 65
1.5.6 La escuela nominalista 66
1.6 La lingüística en la Grecia clásica 67

1.6.1 Las cuestiones lingüísticas en el esquema de conocimiento griego ... 72
1.6.2 La especulación filosófica acerca de cuestiones lingüísticas ... 77
1.6.3 La escuela estoica ... 81
1.6.4 Helenismo y gramática ... 81
1.7 Roma ... 89
1.7.1 Varrón ... 89
1.7.2 Remio Palemón ... 91
1.7.3 Quintiliano ... 91

2. Edad Media ... 93
2.1 El complejo mosaico histórico de la Edad Media ... 95
2.2 La ciencia medieval ... 99
2.3 El saber lingüístico y el sistema educativo medieval ... 103
2.4 La lingüística medieval ... 105
2.4.1 La gramática medieval ... 106
2.4.1.1 Gramática latina y formación escolar en la Edad Media ... 107
2.4.1.2 Ideas acerca de cuestiones gramaticales ... 110
2.4.1.3 Una reflexión fónica excepcional. El Anónimo islandés ... 111
2.4.2 Las Etimologías de San Isidoro ... 113
2.4.3 La especulación filosófica en torno a los hechos lingüísticos ... 117
2.4.4 Algunas pericias lingüísticas medievales ... 120
2.4.4.1 Traducción ... 120
2.4.4.2 Planificación de las lenguas. Alfonso X el Sabio ... 121
2.4.4.3 El ocaso de la Edad Media y las primeras reivindicaciones formales de las lenguas vulgares. Dante ... 122

3. Humanismo e Ilustración ... 125
3.1 La lingüística descriptiva ... 129
3.1.1 Los estudios sobre las lenguas clásicas ... 129
3.1.2 El interés por las lenguas vulgares europeas ... 131
3.1.3 La diversidad lingüística ... 134

3.1.3.1 Las gramáticas sobre lenguas no europeas 134
3.1.3.2 Catálogos de lenguas y diccionarios políglotas ... 136
3.2 La lingüística especulativa 137
3.2.1 El origen de las lenguas 137
3.2.2 La perfección de las lenguas 142
3.2.3 Los atisbos del comparativismo 143
3.2.4 La lingüística teórica 144
3.2.4.1 El Brocense 144
3.2.4.2 Port-Royal 145
3.2.4.3 Las teorías lingüísticas del siglo XVIII 147
3.2.4.3.1 James Harris 147
3.2.4.3.2 Codillac 148
3.3 La proyección de los conocimientos lingüísticos 149

4. La lingüística del siglo XIX 153
4.1 Comparativismo e historicismo 153
4.1.1 Los precursores inmediatos del comparativismo en Alemania. Friedrich y August von Schlegel 155
4.1.2 Fundamentos del método comparativo. Rask, Bopp y Grimm 157
4.1.2.1 Rasmus Rask 157
4.1.2.2 Franz Bopp 158
4.1.2.3 Jacob Grimm 159
4.1.3 La expansión temática y académica del comparativismo 161
4.1.4 La singularidad metafórica del comparativismo. Schleicher 161
4.2 Una aportación distinta y, para algunos, excepcional: Von Humboldt 164
4.3 Los neogramáticos 165

Bibliografía 169